

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

MARZO-ABRIL DE 1930.—NÚMERO 122.

Ideas del Maestro Fray Francisco de Vitoria anteriores a las Relecciones "De Indis., acerca de la colonización de América según documentos inéditos. *

Vitoria no trató las cuestiones referentes a la guerra, y en general al derecho de gentes y al derecho internacional, precisamente desde el punto de vista político o económico. Su mirada es más comprensiva, más amplia podemos decir, y por eso más firme, puesto que no está sometida a circunstancias de tiempo y espacio, que modifican los juicios humanos.

La fecunda virtualidad encerrada en la especulación que venía practicándose tradicionalmente en las Escuelas, completada con la atenta observación personal de la realidad, fué para él manantial abundantísimo de doctrina sólida y pura, que expuesta con el arte de persuasión de que estaba dotado, producía en sus oyentes los efectos mágicos de una revelación. Es cosa averiguada que simpatizaba poco con la metafísica pura, tal vez porque en su tiempo y amparados en ella, una turba de filosofastros había convertido las antiguas y merecidamente célebres Academias en campo de logomaquias estériles. Evitando todos los escollos, se sitúa él, cual otro Séneca, pero creyente, en el puesto del moralista cristiano, y desde allí discute, aclara, selecciona y determina los grandes problemas de orden vital que en su tiempo se ventilaban. Su doctrina tiene, pues, ante todo un valor teológico especulativo y práctico, no sólo circunstancial, sino permanente. El jurista, el consejero, el hombre de visión clara en la marcha y gobierno de los pueblos están subordinados en él al teólogo, al moralista, de tal modo que erraría muy fundamentalmente

* Conferencia de inauguración del cursillo de otoño (1929) de la *Cátedra Francisco de Vitoria* en la Universidad de Salamanca.

quien al exponer sus ideas quisiera prescindir de esa natural y lógica derivación de su pensamiento.

Agreguemos aún a modo de prenotando, que el célebre Maestro no alcanzó el dominio pleno de los asuntos a que debe su celebridad hasta una época relativamente avanzada. Espíritu abierto y sereno, de juicio pronto y desembarazado, enriquecido con una lectura *casí infinita*, según afirma su admirador Juan Vaseo, no podía estancarse en posiciones sugeridas por la primera y simple percepción de las cosas. Lo mismo que comprobamos en Santo Tomás, el asombroso genio de los tiempos medios, con quien tanta semejanza ofrece nuestro Vitoria, renovábase éste de día en día, abandonando posiciones poco seguras para sustituirlas por otras mejor afianzadas; rompiendo con la rutina ya envejecida de ciertas instituciones jurídicas; tanteando siempre nuevas concepciones sintéticas, para acoplar los antiguos e invariables principios con las nuevas realidades. Nunca hubieran tenido sus enseñanzas, sin este laborioso período de gestación, ni la resonancia que lograron entre sus contemporáneos ni la perduración, hoy en pleno auge, comprobada por cuatro siglos de experiencia.

Y puesto que hemos de ocuparnos de ese período de desarrollo, en que el Maestro elaboraba su ideario ético-jurídico, para culminar en las inmortales relecciones *De indís*, será bien que señalemos primero el cuadro cronológico en que tuvo lugar.

La cronología de la producción literaria de Vitoria es, como en los grandes pensadores que a través de esfuerzos continuos lograron hallar la fórmula precisa, definitiva para expresar sus ideas, algo básico. Prescindiendo de ese elemento, nos exponemos a cometer groseros errores, tanto más imperdonables, cuanto que a estas alturas está suficientemente reconocido el terreno para situar en él de un modo conveniente, objetivo, cada una de las piezas.

Por lo que afecta a la cronología de las Lecturas y de las Relecciones, que constituyen el fondo principal para conocer a Vitoria, no necesitamos repetir aquí lo que ampliamente hemos expuesto en otra ocasión (1). A ello debemos remitirnos, añadiendo todavía que las investigaciones posteriores han corroborado palpablemente nuestras primeras conclusiones.

Según esas conclusiones, el sistema doctrinal de Vitoria, tal como él lo expuso y ha llegado a nosotros, queda encuadrado en un período de poco más de diez años; y limitándolo a las materias que al presente nos interesan, puede aún reducirse a cinco o seis, los más fecundos de su vida, que son los comprendidos entre 1534 y 1539.

(1) Cfr. *Los manuscritos del maestro fray Francisco de Vitoria*. Madrid, 1928, pp. 109-153.

Su pensamiento acerca de la soberanía temporal y de la razón que asistía a los nuevos pueblos del continente americano para ser gobernados sin más subordinación a los antiguos de Europa que la exigida por el derecho de gentes, comienza a manifestarse en la relección *De potestate civili*, que es de Navidad de 1528; y se aclara más en la primera *De potestate ecclesiastica*, dada en los primeros meses de 1532. La materia del curso de 1533-34, que yace inexplorada aún en la Biblioteca vaticana, debió ofrecerle ocasión, al estudiar las condiciones de la ley, para fijar sus posiciones sobre otros aspectos de aquella cuestión fundamental. Como tema vital en que estaba interesada toda la nación española, y afectaba directamente a gran parte de sus individuos, en una forma o en otra venía a suscitarse todos los años en el aula de nuestro catedrático. «Quaestio haec—dice él en una de las primeras lecciones del curso de 1534-35—quaestio haec jactata est multoties in scholas». Y poco después, refiriéndose a otro aspecto del problema: «Quaestio est solemnis, quae singulis annis venit in scholas». Era, pues, contienda añeja, que forzosamente había de tocarla un profesor de la categoría de Vitoria.

Pero dada su radical discrepancia con el modo de pensar y de obrar en esta materia de la mayoría de sus contemporáneos, era sumamente delicado afrontar la exposición en toda su compleja amplitud, sabiendo que sus palabras, escuchadas por un millar de alumnos, habían de tener pronta resonancia en los extremos más apartados de la península. La más estudiada circunspección, todo el respeto para con las personas y procedimientos era poco, dada la susceptibilidad de los ánimos, acrecentada por encuentros anteriores con otros propugnadores de ideas afines a las del catedrático de prima. Abandonar la causa, no era digno ni se avenía con el carácter franco y decidido del maestro alavés. Ante ese estado de cosas ¿cuál fué la norma seguida por Vitoria?

Para proceder con orden debemos distinguir en él acerca de este punto de su doctrina tres períodos o fases, perfectamente comprobados por los documentos inéditos que voy a tener el honor de daros a conocer.

Primeramente figura un período de formación, que se cierra en otoño de 1534, con posiciones claramente definidas y que se caracteriza por cierta reserva y comedimiento ante el público, contentándose con desahogar en privado, cuando el caso lo requería, su enojo contra el procedimiento de conquista seguido en Indias.

En el segundo período la escena cambia; y si logra reprimir su enojo, no tiene reparo en proponer públicamente para los indios un sistema de gobierno que para sí quisieran hoy las colonias más mimadas de la metrópoli. Esto tenía lugar durante el curso de 1537-38. Pero sus palabras causaron tal efecto en la opinión, que aunque estaban escritas y formando parte de una de las relecciones, creyó él conveniente retirarlas de la circulación, para afrontar luego de nuevo el problema en toda su amplitud

y en forma más moderada, cual lo tenemos en la relección *De indis* y en la *De jure belli*, dadas ambas en 1539.

Veamos ahora en particular el contenido ideológico de esos dos primeros períodos, puesto que el tercero, el de las relecciones *De indis*, os es perfectamente conocido, y sólo lo recordamos aquí para que nos sirva de término de comparación.

El espíritu sanamente renovador de Vitoria se reveló en este asunto por su acierto en abandonar posiciones hasta entonces acérrimamente defendidas por el conjunto de juristas y por la mayoría de los teólogos. Nos referimos a las tesis acerca de la capacidad de dominio por parte de los infieles y a la soberanía temporal del Papa en todo el orbe. Hoy nos parece extraño que durante tanto tiempo y con tal unanimidad se hubieran sostenido sin grandes señales de lucha dos afirmaciones tan poco consistentes como éstas: *El Papa tiene jurisdicción temporal en todo el mundo.—Los infieles son incapaces de dominio*. Pero recorriendo la historia de las relaciones entre el Pontificado y el Imperio en los siglos medios, veremos claramente cómo un hecho, que en sí es pasajero y circunstancial, queda convertido en derecho expresa o tácitamente reconocido; y a base de él se deciden las contiendas entre nación y nación, y se regulan ciertas anomalías de carácter grave en el seno de las mismas, como pudiera hacerlo hoy el Tribunal internacional de la Haya o la Sociedad de Naciones.

Es indudable que durante aquellos siglos, dentro del estado social y político de la Europa cristiana, la intervención directa del Jefe supremo de la Iglesia en asuntos de orden temporal era, en muchos casos, una necesidad, porque así lo exigían los intereses religiosos de los pueblos; y entonces todos, hasta nuestro Vitoria, reconocen que le compete por ley divina ese derecho. Otras veces era el fracaso de tentativas de arreglo de los príncipes entre sí, o el peligro de una invasión turca o agarena lo que hacía volver las miradas de los pueblos al Pontificado, la institución de mayor solvencia, aun en el orden temporal, y la única capaz de aunar los esfuerzos de todos para rechazar al enemigo común.

Pero la aparición de coaliciones de Estados cristianos rivales entre sí al finalizar la Edad Media, seguida de la adhesión del Romano Pontífice a una de las parcialidades, agravada aún por ciertas extralimitaciones a que le arrastró pronto un nepotismo desenfrenado, hicieron declinar su prestigio político, y provocaron la discusión acerca de los títulos en que fundaba su soberanía universal. Siendo ésta de carácter precario, de la discusión salió hondamente quebrantada.

Tal es a mi juicio la razón interna de aquel orden de cosas casi milenario, pero cuya desaparición venía preparándose desde los últimos de-

cennios de la centuria décimaquinta. Vitoria no tuvo necesidad de hacer grandes esfuerzos de raciocinio para poner en evidencia lo inseguro del pretendido dominio. Le bastaba recoger la herencia del cardenal Torquemada, aquel auxiliar tan incondicional del Pontificado, y que sin embargo no manchó su dignidad adhiriéndose al «*merum commentum in adulationem et assentationem pontificum*», al «cuento inventado para adular y acrecentar el poder de los Pontífices», como dice crudamente nuestro Profesor de prima (1). En consecuencia propone él en una de sus primeras relecciones, en la primera *De potestate ecclesiastica*, estas conclusiones: «Papa non est orbis dominus»; «ni el poder temporal de los príncipes depende del sumo Pontífice»; ni sus leyes y medidas de gobierno meramente temporal necesitan la confirmación del Vicario de Cristo. «Si el Papa dijese—son palabras textuales de Vitoria—que esta o aquella administración no conviene al gobierno temporal de la república, *papa non est audiendus*, no se le ha de hacer caso, porque juzgar de esto no pertenece a él, sino al príncipe; y aunque fuese verdad, nada tiene que ver en ello la autoridad del Papa» (2).

Este radicalismo y dureza de expresión era necesario para aclarar el equívoco y deslindar las atribuciones de uno y otro soberano. Obsequioso con ambos, pero inflexible y digno cuando lo reclama el caso, el Maestro cree garantizar suficientemente el derecho de intervención del Papa por vía de excepción en asuntos de índole civil con esta proposición, que figura entre las anteriores: «En orden al fin espiritual, el Papa tiene amplísima potestad temporal sobre todos los príncipes y reyes y emperadores» (3).

Derrocada esta máxima de la omnímoda jurisdicción temporal del Papa, era fácil acabar con la que negaba capacidad de dominio y de prelación a los infieles, que en el sistema jurídico de algunos canonistas era corolario de la primera. De ello se ocupa también repetidamente nuestro Teólogo; y primero que en la relección *De indis*, donde lo trata ampliamente, cuando comentaba en otoño de 1534 el artículo décimo de la cuestión décima de la *Secunda secundae*, que Santo Tomás lo formula así: *Utrum infideles possint habere praelationem seu dominium supra fideles*. El texto del Santo prepara la respuesta al profesor. Ni el derecho natural ni el de gentes hacen incompatible ese dominio o prelación con la infidelidad del príncipe, si estaba ya en vigor antes que el súbdito se con-

(1) Relectio prima *De potestate Ecclesiae*, q. 3, fol. 30 v de la edición de Salamanca de 1565. Todas nuestras citas se refieren a esta edición, que es la mejor que se ha hecho hasta el presente.

(2) Id. *ibid.*, fol. 38 v.

(3) Id. *ibid.*, fol. 36 v.

virtiera a la fe. Pero en todo caso, la Iglesia se reserva el derecho de sustraer al fiel del dominio del príncipe infiel cuando exista temor fundado de que éste ha de procurar su perversión. La razón es obvia. Por derecho divino el cristiano es súbdito de la Iglesia: luego en virtud de ese mismo derecho tiene ella atribuciones y aun obligación de ampararlo en el orden espiritual, sustrayéndolo de los peligros en que puedan naufragar sus creencias.

* * *

La anexión a la Corona de España de los pueblos americanos y su advenimiento a la fe creaba para los moralistas nuevos problemas que rebasaban el alcance de la antigua jurisprudencia, formada exprofeso para los pueblos de Europa. El profesor salmantino, que seguía atentamente las discusiones que en torno a este punto tenían lugar, comprendió pronto que era preciso, no ya revisar aquellas normas, sino volver las cosas a su origen, o sea remontarse a los altos principios de la fe y de la razón para establecer con base más amplia una legislación de equidad, que amparase los derechos de aquellos naturales.

En las lecciones de otoño, que acabamos de citar, es parco en alusiones a este asunto. Al comentar el artículo octavo de la cuestión diez, *Utrum infideles compellendi sint ad fidem*, comienza con esta observación: «Quaestio ista est moralis, et pro principibus utilis». En ella parece tener continuamente delante a los infieles clásicos, los turcos, judíos y mahometanos; y cuantas normas propone, diríanse encaminadas al buen gobierno de tales súbditos por un príncipe cristiano. Este podría en absoluto, sin quebrantar el derecho divinopositivo, compeler a tales súbditos a abrazar la fe, como sostuvo siglos antes Escoto; pero obrará con más acierto no haciéndolo, según opina Santo Tomás. Sólo de un modo indirecto, tal como eximiendo a los cristianos de ciertos tributos o concediéndoles privilegios que se niegan a los infieles, podría el príncipe compeler a éstos; pero debe hacerlo con tal moderación, que no dé lugar a que abracen la fe simuladamente, para librarse de esas gabelas. Puede además obligarles a la observancia de la ley natural, y aun puede libertar de la muerte al súbdito de otro príncipe, cuando es inocente, según aquellas palabras de los Proverbios: *Erue eos qui ducuntur ad mortem*.

Esto es en resumen lo que en materia de gobierno de infieles encontramos en las mencionadas lecciones del curso de 1534-35. En las del curso siguiente Vitoria se mantiene en la misma reserva, como si esperase a que el tiempo templara la corriente arrolladora contraria a sus ideas. Sólo una vez, hacia diciembre de 1535, habiendo expuesto las formas posibles de adquisición de dominio, se atreve a formular el siguiente corolario: «Los cristianos no pueden ocupar por la fuerza las tierras de los infieles si éstos las poseen como verdaderos dueños, esto es, si siempre

estuvieron bajo su dominación» (In 2. 2, q. 62). Aunque este principio es ciertamente radical si lo comparamos con lo que venía sosteniéndose hasta entonces sobre esa materia, pero formulado así, aisladamente y como posición avanzada de las lecciones de dos cursos, no satisface las exigencias de quien espera encontrar en esas lecturas un programa completo acerca de la evangelización y gobierno de América. Y sin embargo es cierto que para esas calendas Vitoria tenía trazadas las líneas fundamentales de sus famosas doctrinas en defensa de los indios. Si aquí no se muestra más explícito, es por no infringir el propósito que había formado de no tocar en actos públicos estas delicadas cuestiones, mientras sobre ellas no se hiciera más luz.

En ese año de 1534, o quizá durante los últimos meses del anterior, llegaron a España y corrieron por Salamanca nuevas de las emocionantes conquistas de Pizarro y sus compañeros en Perú, de la prisión del inca Atahualpa y de su ejecución, con toda la serie de aventuras que a ella sucedieren. En pos de las noticias vinieron algunos de los actores o interesados en aquella campaña, no ciertamente los más ambiciosos, que allí fueron quedando sepultados con su oro entre riscos y valles inaccesibles. Los más discretos, los que una vez recogido el botín, aspiraban sólo a disfrutarlo tranquilos en la madre patria, vueltos a ella, y repuestos de los sobresaltos y peligros en que se habían visto, comenzaron a sentir el remordimiento de la conciencia acerca de la legitimidad de sus adquisiciones; y como al fin eran creyentes, trataron de subsanar lo hecho consultándolo previamente con personas competentes. Algunos de esos, no muchos, acudieron a Vitoria; y aunque ignoramos su decisión, podemos inferirla por la que propone a otro caso de igual índole, que aquel mismo año le encomendaba su amigo el padre Miguel de Arcos, provincial de la provincia dominicana de Andalucía. La respuesta, hasta hoy desconocida, he tenido la fortuna de encontrarla recientemente junto con otras cartas del mismo Maestro, y es documento importantísimo para apreciar, no solamente el sentir de su autor acerca de aquella conquista, sino también para fijar una de las etapas de su evolución doctrinal en esta materia. El documento es corto, y me vais a permitir que os lo lea, prescindiendo de las primeras líneas de salutación, que no hacen al caso. Dice así el insigne maestro con su estilo vibrante y fraseología medio latina, muy corriente entonces entre el personal universitario:

Cuanto al caso del Perú, digo a V. P. que ya, tam diutinis studiis, tam multo usu, no me espantan ni me embarazan las cosas que vienen a mis manos, excepto trampas de beneficios y cosas de Indias, que se me hiela la sangre en el cuerpo en mentándomelas. Todavía trabajo cuanto puedo, que pues ellos se llevan la hacienda, no me quede yo con alguna jactura desta otra hacienda de la conciencia; y aunque se echa poco de ver, creo que no importa menos que la otra. Lo que yo suelo hacer es, primum, fu-

gere ab illis. Yo no doy ni tomo que sepa que tiene muchos beneficios, digo fuera del dicho y carta. Lo mismo procuro de hacer con los peruleros, que aunque no muchos, pero algunos acuden por acá. No exclamo nec excito tragoedias contra los unos ni contra los otros, sino, ya que no puedo disimular, ni digo más, sino que no lo entiendo, y que no veo bien la seguridad y justitia que hay en ello, que lo consulten con otros que lo entiendan mejor. Si lo condenáis así ásperamente, escandalizanse, y los unos allegan al papa, y dicen que sois cismático porque pones duda en lo que el papa hace; y los otros allegan al emperador, que condenáis a su magestat y que condenais la conquista de las Indias, y hallan quien los oiga y favorezca. Itaque fateor infirmitatem meam, que huyo cuanto puedo de no romper con esta gente. Pero si omnino cogor a responder categóricamente, al cabo digo lo que siento.

Destos del Perú, timeo que no sean de aquellos qui volunt divites fieri. Y por algunos se dijo: *Impossibile est divitem intrare in regnum caelorum*. Aquí, pues esta hacienda fué ajena, no se puede pretender otro título a ella, sino *jure belli*.

Primum omnium, yo no entiendo la justicia de aquella guerra; nec disputo si el emperador puede conquistar las Indias, que *praesuppono* que lo puede hacer strictísimamente. Pero a lo que yo he entendido de los mismos que estuvieron en la próxima batalla con Tabalipa, nunca Tabalipa ni los suyos habían hecho ningund agravio a los cristianos ni cosa por donde los debiesen hacer la guerra.

Sed responden los defensores de los peruleros, que los soldados no eran obligados a examinar eso, sino seguir y hacer lo que mandaban los capitanes.

Accipio responsum para los que no sabían que no había ninguna causa más de guerra, mas de para roballos, que eran todos o los más. Y creo que más ruines han sido las otras conquistas después acá.

Pero no quiero parar aquí. Yo doy todas las batallas y conquistas por buenas y santas. Pero hase de considerar que esta guerra, *ex confessione* de los peruleros, es, no contra extraños, sino contra verdaderos vasallos del emperador, como si fuesen naturales de Sevilla, et *praeterea* ignorantes *revera justitiam belli*; sino que verdaderamente piensan que los españoles los tiranizan y les hacen guerra injustamente. Y aunque el emperador tenga justos títulos de conquistarlos, los indios no lo saben ni lo pueden saber; y así *verissime sunt innocentes quantum attinet ad bellum*. Y así, *supposita tota justitia belli ex parte hispanorum*, non potest bellum ultra procedere, más de hasta sujetarlos y compelerlos a que resciban por su príncipe al emperador, in quantum fieri poterit, *minimo damno et detrimento illorum*, y no para robarlos y echarlos a perder quantum spectat ad bona temporalia. Que la guerra, máxime con los vasallos, hase de tomar y proseguir por bien de los vasallos y no del príncipe, si *quid habent veri vatum praesagia*, id est, los dichos de los santos y doctores. Ni sé por dónde puedan robar y despojar a los tristes de los vencidos de cuanto tienen y no tienen. En verdad, si los indios no son hombres, sino monas, non sunt capaces injuriae. Pero si son hombres y prójimos, et *quod ipsi prae se ferunt*, vasallos del emperador, non video quomodo excusar a estos conquistadores de última impiedad y tiranía, ni sé que tan grand servicio hagan a su magestad de echarle a perder sus vasallos. Si yo desease mucho el arzobispado de Toledo, que está vaco, y me lo hoviesen de dar porque yo firmase o afirmase la inocencia destos peruleros, sin duda no lo osara hacer. Antes se seque la lengua y la mano, que yo diga ni escriba cosa tan inhumana y fuera de toda cristiandad. Allá se lo hayan, y déjennos en paz. Y no faltará, *etiam intra Ordinem Praedicatorum*, quien los dé por libres, *immo laudet, et facta, et caedes, et spolia illorum*.

Restat del remedio de la composición. Iterum clamor de los celosos de la fe y del papa, que osa poner duda en lo que el papa concede. An mihi non licet nescire quod nescio? [Cicerón]. No lo entiendo. No me osaría atener en este caso a la composición. *Ipsi viderint.*

Sed quid si envían a Roma? Si presidiese allí san Gregorio, conformarme hía con su determinación; ahora algúnd escrúpulo me quedaría, máxime que no me parece restitución incierta. Que si todos los que robaron quisiesen restituir, bien se sabe a quién, como si robasen a Salamanca. Aunque no se sepa que perdió Pedro, ni Juan ni Martín, no lo terníamos por restitución incierta. Pero esto no obstante, si éste, *ex auctoritate papae, immo episcopi*, diese la mitad a pobres, permitirían que se quedase con lo demás. Pero porque dé 200 a 300 ducados, non intelligo cómo excusarle.

Denique, si mihi credis, encomiéndele V. P. a Dios, y allá se avenga.

Et vale semper in Domino. Salmanticae, 8.^a novembris [1534] (1).

Tui studiosissimus

FRATER FRANCISCUS VITORIA.

Sin detenernos a comentar históricamente este interesantísimo dictamen, lo primero que resalta en él es la enérgica decisión con que reprueba el proceder de los que tomaron parte en la campaña, acudiendo a ella, no por interés político o religioso, sino única y exclusivamente por parecerles ese un buen negocio, una ocasión propicia para salir de penurias y trampas. Alejemos del ánimo todo intento de empañar las gloriosas hazañas, el heroísmo de algunos, de muchos, que con esfuerzos titánicos realizaron aquella epopeya, ante la cual son juegos de niños las cantadas por Homero. Pero hubiera sido de desear que en sus comienzos, en su prosecución y en su desenlace las cosas se llevasen con otro plan, pues no íbamos precisamente a conquistar, que a eso en principio no teníamos

(1) El texto original de la carta no expresa el año en que fué escrita. De su contenido parece deducirse con seguridad que corresponde a 1534. En ella se mencionan dos hechos, que combinados entre sí, nos dan ese resultado. El primero es la referencia a la batalla y prisión de Atahualpa, que tuvo lugar el 16 de noviembre de 1532. El segundo es la vacancia del arzobispado de Toledo. Vacó aquella sede a 4 de febrero de 1534 por muerte de don Alonso de Fonseca, que venía ocupándola desde 1524. Don Juan Tavera, presentado para sucederle en el curso del mismo año, debió tomar posesión hacia fines de él, continuando en ella hasta su muerte, ocurrida en 1545 (10 de agosto). No es posible referir la alusión que hace Vitoria, a esta segunda vacancia, puesto que considera como «próxima» la batalla con el inca, y aún parece ignorar su ejecución, verificada en agosto de 1533. Ni el contenido de la consulta ni el tono de la respuesta se avienen con el estado de cosas que reinaba en Perú en 1545, cuando habían desaparecido, y por cierto trágicamente, casi todos los principales actores de aquella empresa, y nuevas complicaciones, las encarnizadas disensiones y guerras civiles, tenían preocupados los ánimos en la Metrópoli.

Otras consideraciones que sugiere la carta nos llevan al mismo resultado; pero creemos innecesario insistir sobre ello.

derecho, según las enseñanzas del Maestro, sino a civilizar y evangelizar, a hacer que aquellos pueblos bárbaros entrasen en la común sociedad de todo el género humano, para ayudar y ser ayudados por la convivencia y relaciones mutuas de orden material y moral con el resto del mundo.

Así lo entendió Vitoria desde un principio, y durante muchos años guardó silencio, por no herir sentimientos ni provocar conflictos sobre cosas que a él no tocaba remediar. «Confieso mi debilidad—dice él, tachándose de cobarde—que hago cuanto puedo de no romper con esa gente. Pero si me veo obligado a responder categóricamente—añade—al cabo digo lo que siento». Y efectivamente, en público mantuvo todo ese tiempo una reserva que contrasta grandemente con la reprobación decidida que en el fuero de su conciencia aplicaba irremisiblemente a aquel modo de llevar tales negocios. Porque no es sólo este caso el que lo atestigua, sino también otros varios, entre los cuales hay uno que casi parece identificarse con el expuesto, y data aproximadamente de la misma época. Lo cuenta así el padre Alonso Fernández, historiador de San Esteban: «Habíale preguntado [el padre fray Bartolomé de Miranda, regente a la sazón del colegio de San Gregorio, y luego arzobispo de Toledo] cómo se habría en la respuesta de ciertos casos tocantes a un conquistador de Indias o perulero. Y respondióle, que no fuese fácil en decirle su parecer, sino que se detuviese hasta penetrar mejor la calidad del negocio y el ánimo del que preguntaba y las marañas que encubría; porque en los negocios nuevos, como eran entonces los de Indias, era muy peligrosa la facilidad en la respuesta; y la resolución, una vez dada, si es a gusto del que la pregunta, es peligrosísima, sin tener lugar para arrepentirse el que la da» (1).

Y es que el buen Maestro no veía manera de legitimar aquella intromisión, sino a título de guerra, para la cual tampoco encontraba fundamento en el comportamiento de Atabalipa, el monarca inca destronado; pues, según tenía entendido de los mismos que asistieron a los primeros encuentros, «nunca—dice él—Tabalipa ni los suyos habían hecho ningún agravio a los cristianos ni cosa por donde los debiesen hacer la guerra».

Pero demos por buenas y santas de parte de los soldados aquellas batallas y conquistas, puesto que ignoraban la injusticia de las mismas, conforme se alega. Mas aun con eso—agrega él—téngase en cuenta que, por confesión de los mismos peruleros, la guerra era, «no contra extraños, sino contra verdaderos vasallos del Emperador, como si fuesen naturales de Sevilla», los cuales además defendían su independencia de

(1) *Historiadores del convento de San Esteban de Salamanca*, t. I, Salamanca, 1914, p. 246.

buena fe, ignorando que el Emperador tuviera título alguno para conquistarlos. En ese caso, la guerra no puede llevarse más que hasta hacerles reconocer vasallaje con el daño mínimo para ellos, «que la guerra, máxime con los vasallos, hase de tomar y proseguir por bien de los vasallos, y no del príncipe», no habiendo razón alguna para «robar y despojar a los tristes de los vencidos de cuanto tienen y no tienen», lo que constituye impiedad y tiranía suma. Por ningún interés terreno, ni aunque le brindasen con el arzobispado de Toledo, que había vacado aquel año por muerte de don Alonso de Fonseca, firmaría él la inocencia de estos peruleros. «Antes se seque la lengua y la mano—exclama—que yo diga ni escriba cosa tan inhumana y fuera de toda cristiandad».

Para colmo de iniquidades, los que así habían usurpado la hacienda ajena, venían ahora con pretensiones de legitimar sus atropellos, recurriendo a la composición. Y probablemente lo conseguirían. Este es otro de los abusos contra el que truena el Maestro, sin que baste autoridad ni título alguno para dejarle satisfecho. Se trataba de reparar una injusticia, y ni el Rey ni el Papa podían hacerlo sacrificando al injuriado. El propio San Gregorio, ocupando la silla de San Pedro, que lo hiciese, no le dejaría del todo tranquilo, por no tratarse, como se alegaba, de restitución incierta; «que si todos los que robaron quisiesen restituir, bien se sabe a quién, como si robasen a Salamanca».

Tal es la primera fase de ánimo o actitud del maestro Vitoria acerca de la conquista de las Indias, actitud realmente áspera, inflexible, de brava intransigencia. Mucho debió él meditar en esas cosas, sin hallar motivo ni razón que las justificase, creyendo ser imposible que ni el interés común de la Humanidad ni menos la piedad cristiana pudieran avenirse con semejantes atropellos de seres sumidos en la ignorancia y privados de todo amparo. Y en esa convicción, sólo con oír hablar de cosas de Indias, se le helaba la sangre, como él gráficamente escribe. No estaba, pues, para entrar en discusiones ni para tratar en su aula o en repeticiones ante toda la Universidad o en acto alguno público ese tema. De pretenderlo, la escena hubiera sido trágica; y él era demasiado prudente para no lanzarse a una aventura de esa índole.

He aquí explicado su silencio y reserva, de que antes hemos hecho mención, en las lecturas de 1534, fecha precisamente de la carta que comentamos.

Ese silencio se prolongó todavía tres años más. No sabemos si en ellos hizo él alguna manifestación en uno u otro sentido. Desde luego, por las lecturas no consta. Sólo podemos asegurar que hacia los últimos meses del curso de 1536-37 se sabía que, en cuanto su salud se lo permitiese—pues había estado enfermo gran parte del curso—, haría una elección, en que

trataría de si es lícito comer carne humana. El sustituto lo anunció así en su aula, ignorando tal vez el alcance que el acto había de tener.

Al fin la relección se dió en el curso de 1537-38, y por ahí anda en manuscritos y ediciones, mutilada en forma que resulta del todo inofensiva. Y sin embargo, a juicio nuestro, aquella relección produjo una conmoción fulminante. No porque el Maestro desatase en ella sus iras contra los usurpadores y compartípes, que no en vano habían transcurrido tres años, tiempo suficiente para reaccionar de su primer enojo y elevar a las regiones de una jurisprudencia razonada aquellos argumentos que hemos encontrado en la carta al padre Arcos, donde resalta, más que las pruebas, con ser contundentes, la indignación por el trato inhumano de los indios.

Ante el hecho consumado, debió pensar el buen Maestro, que era preciso reglamentar las cosas para compensar con la benignidad del trato futuro las atrocidades pasadas, llegando en ese sentido a extremos en que hasta ahora nadie había podido soñar. En efecto, Vitoria proponía en aquella relección, entre otras cosas, que el Emperador gobernase a los indios del propio modo que gobernaba cualquiera de los pueblos de Europa incorporados a su Corona.

Y llegados a este punto, antes de pasar adelante, me vais a permitir que os relate el proceso mediante el cual he venido en conocimiento de hecho tan peregrino.

Revisaba yo hace unos meses en Sevilla cierta colección de papeles que pertenecieron al mencionado padre Miguel de Arcos, cuando apareció uno que tenía este encabezamiento: «Utrum si propter sacrilegam consuetudinem comedendi carnes humanas vel utendi hostia humana in sacrificiis, ut inventi sunt barbari in provincia Yucatan, possint principes christiani sua auctoritate et ratione bellum inferre». «Si por la sacrilega costumbre de comer carne humana o de hacer sacrificios humanos, como se estila entre los salvajes de la provincia de Yucatán, pueden los príncipes cristianos declararles la guerra por su propia autoridad». Ojeé ligeramente el documento, y pareciéndome que su contenido coincidía con lo que recordaba de las relecciones *De indis*, lo tomé por un extracto de las mismas. Con todo, no estando seguro de ello, por si pudiera ofrecer algún interés nuevo, mandé sacar de él fotocopia a fin de poderlo estudiar despacio. Y empaquetadas con otros papeles vinieron las fotocopias, sin volver sobre ello hasta que me encargaron la presente conferencia. Entonces me puse a examinar el material inédito de que disponía sobre Vitoria para poder coordinar ideas y decir algo nuevo. Transcribí las mencionadas fotocopias, y analizadas una y otra vez, me persuadí de que el documento tenía una importancia insospechada. Pero ante todo había que

clasificarlo con rigurosa precisión dentro de la producción literaria del Maestro. El escrito, me dije, es anterior a las selecciones *De indis*, puesto que tratando del mismo tema, no hace alusión a ellas en ocasión que parecía obligado mencionarlas. Es por otra parte posterior al curso de 1533-34, a cuyas lecturas se remite una vez. Por lo tanto, hay que colocarlo entre mediados de 1534 y principios de 1539. Vi además que no se trataba de fragmento de carta ni de consulta ni tampoco de lectura, porque el texto parecía estar redactado verbalmente por el mismo Vitoria. ¿Será acaso parte de una selección? De serlo había que agregarlo a una de las comprendidas entre las dos fechas mencionadas, todas las cuales para mí eran perfectamente conocidas. Y recorriendo mentalmente sus características, no hallaba ninguna que tuviese afinidad con la materia del documento. Pero entonces súbitamente recordé que una, la *De temperantia*, tenida en el curso de 1537-38, estaba incompleta, y acaso pudiera ser ésta una parte de la misma. Me puse enseguida a hacer la confrontación, y con sorpresa, a los primeros pasos compruebo que una de las cuestiones que en ella se promete tratar está sólo comenzada, y ese comienzo coincide textualmente con el principio del fragmento encontrado en Sevilla. No había que hacer más averiguaciones. El fragmento se había desprendido de aquella selección. Y como dicho fragmento faltaba en el mismo original autógrafo cuando por los años de 1538-39 lo copiaba un estudiante de San Esteban, según tenía yo averiguado por otro manuscrito de la catedral de Palencia (1), sacaba como consecuencia que la desmembración se hizo en vida del propio Vitoria y probabilísimamente por él mismo. Así se explica que en ninguna edición ni en ningún manuscrito, incluso en los que a raíz de la muerte del Maestro manejaban los religiosos de San Esteban, apareciese ese fragmento.

Y ¿qué interés, pregunto, qué motivo pudo tener Vitoria para retirar de la circulación esa parte de su repetición universitaria? Eso nos lo dirá su propio contenido.

En la selección *De temperantia*, después de haber condenado como contraria a todo derecho la antropofagia (2), propone Vitoria una nueva

(1) *Los manuscritos del maestro Fray Francisco de Vitoria*, p. 103.

(2) Anteriormente a Vitoria era tesis generalmente admitida, aun entre los que defendían la libertad de los indios, su condición de esclavos tratándose de indios caribes o antropófagos. Aunque Vitoria no admite la tesis en la forma que aquéllos la entendían, concede sin embargo que puede ser ello causa justa para que un poder extraño impida, incluso con las armas, semejantes aberraciones. En esto como en otras muchas cosas el Maestro no hizo más que reducir a términos de justicia y equidad natural las tan combatidas enseñanzas que durante un cuarto de siglo, ante el Consejo de Indias y en sus peregrinaciones por las Antillas y Tierra Firme, venían sosteniendo

cuestión, que es la cuarta, preguntando si es lícito hacer uso en los sacrificios de sangre humana, o si pueden hacerse sacrificios humanos, como lo acostumbraban algunos pueblos bárbaros. Y respondiendo también negativamente en una conclusión, que es la séptima, vuelve a preguntar otra vez en la cuestión quinta, si dado que existan pueblos en que se practican esos ritos, como sucede en la provincia de Yucatán en la Nueva España, si pueden los príncipes cristianos hacerles la guerra por ese motivo, y si ha de ser por propia autoridad o por comisión del Romano Pontífice.

El desarrollo de esa cuestión se reduce a unas líneas, consignando en forma de objeciones el parecer de los juristas Agustín de Ancona, San Antonino de Florencia y Silvestre Mozolino de Prierio; y sin más, bruscamente pasa a otra cosa, dejándonos menos que a media miel. Evidentemente la relección está aquí truncada, faltando además cinco nuevas cuestiones, que en el prólogo se había prometido tratar. Nuestro fragmento responde sólo a la cuestión quinta, que es de todas la más importante (1). Analicemos su contenido.

Los citados juristas sostuvieron que los pecados de los infieles contrarios al derecho divino revelado no pueden ser cohibidos ni castigados por un poder extraño, pero sí los contrarios al derecho natural, porque en el primer caso no se les puede convencer de que obran mal y en el segundo sí.

A lo cual replica Vitoria: Luego se podrá hacer la guerra a esos infieles por sus adulterios y fornicaciones, robos y perjurios, de cuya ilicitud se les puede convencer. En cuyo caso, *a fortiori*, un príncipe cristiano podrá también compeler con las armas a los cristianos de otro reino cuando cometen esos crímenes, y *a pari*, los mismos infieles podrían hacer la guerra a los cristianos en eso delincuentes; consecuencias como se ve absurdas, aunque se trate de paliarlas con la condicional de que para esas guerras debe preceder mandato del Papa. El Papa no tiene jurisdicción alguna sobre los infieles: luego es vano querer apoyarse en él para debelarlos.

Para resolver esta cuestión, continúa Vitoria, hay que precisar primero qué autoridad pueden tener sobre los infieles sus propios príncipes y cuál los extraños. Y para ello establece trece conclusiones, cuyo conteni-

los dominicos, compañeros o discípulos del profesor salmantino algunos, frente a los interesados en el negocio de las encomiendas.

(1) El texto del fragmento se publicará íntegro en el *Anuario* de la Asociación Francisco de Vitoria acompañado de un esquema de la relección *De temperantia* en que se señale decididamente el lugar que debe ocupar en la misma.

do, por encerrar normas importantísimas de derecho de gentes e internacional, voy a extractar aquí, aunque sea abusando un poco de vuestra paciencia.

Primera conclusión: *Los príncipes infieles pueden obligar a sus súbditos a dejar tales ritos*; porque «pueden establecer leyes conducentes al bien de la república». De donde se infiere como corolario que si un príncipe infiel se convirtiere a la fe, no hace injuria a sus súbditos prohibiendo la idolatría y demás ritos contra el derecho natural, y aun está obligado a procurarlos en cuanto pueda.

En la **segunda conclusión** hace extensiva esa misma autoridad del príncipe de un pueblo infiel a los preceptos de derecho divinopositivo, como por ejemplo a la ley evangélica; y eso con mayor razón, dado que el príncipe se convierta o sea ya por tradición de familia cristiana. No que pueda obligar a sus súbditos a recibir el bautismo, sino a la observancia de algunos preceptos contenidos en el Evangelio. Tal conclusión la da Vitoria por muy probable, apoyándose siempre en la misma razón: el deber del príncipe es procurar el bien físico y moral de sus súbditos por los medios que a él le parezcan más adecuados.

Sin embargo, en cuanto a la aplicación de estas dos primeras conclusiones, debe tenerse presente que una condición de la ley es que sea tolerable y conforme a razón, porque no basta que se ordene al bien. Y así, aunque el príncipe puede dar leyes encaminadas a la extinción de la infidelidad y de sus ritos y a que se introduzca la religión cristiana, conviene que eso se haga sin grande violencia ni gravamen para sus súbditos; y si se ejerciere alguna violencia, que ésta sea moderada. Además se ha de cuidar de no suscitar con ello escándalos ni turbaciones, que alterarían la paz y cederían en desprestigio de la religión misma.

La **tercera conclusión**, en que radica según Vitoria toda la dificultad, se refiere al poder de los príncipes cristianos sobre los infieles sometidos a su dominación. La formula así: *Los príncipes cristianos con relación a estos infieles no pueden más con autorización del Papa que sin ella*. La conclusión podría tal vez molestar a quienes suponían que todo el derecho de los monarcas españoles a intervenir en América radicaba en la comisión de Alejandro VI. Entendida como la entiende Vitoria, no tiene réplica. El Papa no puede dar leyes a los pueblos paganos: luego no puede obligarles a cumplirlas. La condición de Vicario de Cristo no implica esas atribuciones. Además, dice San Pablo: «¿Qué tengo yo que meterme a juzgar a los que están fuera?» (Cor., 5). Se entiende de la fe, según lo comenta Santo Tomás: «Los prelados recibieron potestad solamente sobre los que se han sometido a la fe».

Pasemos a otra conclusión, que es la **cuarta**. *Los príncipes cristianos no pueden declarar la guerra a los infieles por sus pecados contra el dere-*

cho natural con más razón que por otros pecados no opuestos a ese derecho. El fundamento de ello queda ya indicado atrás.

Con esta conclusión quedaba cerrado el paso a las famosas enseñanzas de Ginés de Sepúlveda, que luego habían de surgir en la controversia sobre los indios. Pero a ella sirve de complemento la **quinta conclusión**, que responde directamente a la cuestión propuesta: *Los príncipes cristianos pueden hacer la guerra a los bárbaros cuando son antropófagos o emplean los sacrificios humanos.* La razón primera la constituyen las palabras de los Proverbios: *Erue eos qui ducuntur ad mortem* (Prov., 24, 11). Y ese derecho no radica precisamente en que tales costumbres sean contrarias a la ley natural, sino en que semejantes pueblos inferen injuria grave a sus víctimas, de la que pueden pretender librarse por sí o invocando el auxilio ajeno. Y aun cuando no lo reclamen, se les puede auxiliar, porque a ellas no les es lícito renunciar al derecho de defensa de su vida.

Sexta conclusión: *Si la guerra se hace por sólo este título de suprimir los sacrificios humanos, en cesando la causa, no es lícito pasar adelante en la campaña ni ocupar por ese motivo sus bienes y tierras.* La razón es porque la guerra entablada con ese título no da derecho a despojar al enemigo de su libertad y hacienda, sino en cuanto sea preciso para reparar la injuria y evitar que se repita en lo futuro. Y si para lograrlo fuera preciso establecer príncipes cristianos al frente de tales pueblos, será lícito hacerlo en la medida que la necesidad lo reclame y nada más.

Como se ve, aquí condiciona Vitoria la intervención de un poder extraño, excluyendo toda arbitrariedad y subordinándolo al bien físico y moral del pueblo intervenido. Y el principio que con ello establece se aplica a toda intervención armada, sea cualquiera el título que la justifique.

Y dado que la razón de los sacrificios humanos, en el caso concreto a que se refiere nuestro Teólogo, pudiera no ser suficiente para legitimar cuanto los españoles hicieron en Indias, acude él enseguida con una nueva conclusión que ataje las protestas que hubiera suscitado la primera. *Además de ese título—dice la conclusión séptima—puede haber otros motivos para hacer la guerra a los pueblos bárbaros, tales como si no quisieren recibir a los predicadores del Evangelio, si después de recibidos los mataban, y otros de los cuales al presente no es mi propósito disputar.* Esos títulos están taxativamente señalados por el mismo Vitoria en la segunda parte de la primera elección *De indís*, dada un año después.

En la **octava conclusión** equipara del todo la guerra contra los pueblos bárbaros a la que se entabla entre cristianos, porque la justicia de la guerra no radica precisamente en la diferencia de religión. De donde se infiere, que así como un príncipe cristiano, al vencer a su rival también cristiano, no procede de ligero a despojarle y ocupar su trono, tampoco

debe hacerlo tratándose de príncipes infieles. La intención en esta como en las anteriores conclusiones es manifiesta: refrenar el abuso de la dominación de los indios indefensos.

La **conclusión novena** es una deducción de la primera. *El príncipe cristiano que obtiene por cualquier título justo el principado de un pueblo pagano, puede, evitando el escándalo, procurar atraerlo a la fe cristiana y prohibir los ritos contrarios a la ley natural o ilícitos en general.* Si lo puede hacer el príncipe infiel salido de los mismos paganos, no hay razón para que no lo puedan los príncipes cristianos siendo legítimos.

Pero el príncipe cristiano no puede gravar con mayores tributos a sus súbditos infieles que a los cristianos. Así lo dice la **conclusión décima**; y se debe entender de estos nuevos pueblos de indios, pues en cuanto a los incluidos de antiguo bajo su cetro, como los judíos y sarracenos, antes nos ha dicho Vitoria que el príncipe podía favorecer a los cristianos con exenciones y privilegios para facilitar la conversión de los primeros.

La **conclusión undécima** debió ser la que comenzó a soliviantar los ánimos de los aludidos en ella. Ya hemos visto con qué acopio de precauciones venía preparando Vitoria el golpe final. Nada de anatemas ni de reproches como en la carta al padre Arcos. Todo es raciocinio sereno, leyes generales, semilla lanzada al campo de aquel público más o menos interesado en los negocios de Indias. El no iba a resolver ahora casos de conciencia. Allá cada uno se las arregle. Su misión de moralista especulativo es señalar las condiciones de la legítima adquisición del dominio por parte de los príncipes y las normas a que han de atenerse en el gobierno de sus pueblos, sean paganos o cristianos. Mas en la conclusión undécima desciende de esas generalidades, y desechando todo temor, establece este principio: *El príncipe cristiano que obtiene el principado sobre un pueblo pagano está obligado a dar leyes conducentes al bien de la república, aun en las cosas temporales, de modo que esos intereses temporales se conserven y prosperen, y no se despoje a dicho pueblo de su dinero y oro.*

Entre los que escuchaban estas palabras, que era toda la Universidad, no es de creer que se llamasen muchos a la parte, protestando de que se quisiera poner traba tan radical a los negocios de nuestros aventureros en América. Pero el rumor cundió por los ámbitos de la península, y surgieron sin duda millares de voces pidiendo que aquello se retractase como lesivo a sus intereses ya sancionados e incompatibles con nuestra acción colonizadora. Y esto no es una simple conjetura, porque Vitoria no se contentó con hacer aquella afirmación, pasando rápidamente a otra cosa, sino que al explicarla, la agrava ostensiblemente. He aquí sus propias palabras: «De donde se sigue que en las leyes que dé el tal príncipe no debe mirar a la utilidad de otros súbditos suyos, sino tan sólo a la de aquella república. Lo cual es claro, porque dicha república no forma parte de la otra ni se ha de subordinar al bien de ella... Según esto—añade—si con-

viene a la república pagana que no se saque de ella oro, el rey hace mal en permitirlo..., como haría mal permitiendo que el oro de España se llevase a Italia». En otros términos—glosamos nosotros—que el Emperador, supuesto su legítimo dominio sobre las Indias, debe gobernarlas en lo temporal en las mismas condiciones que otro cualquier reino sometido a su Corona.

El contraste entre esa doctrina y la realidad haría tal vez creer a algunos que el profesor dominicano vivía en un mundo en que Adán fué siempre fiel al mandato divino. Mas él, firme en sus ideas, prosigue intrépido su camino y formula la **conclusión duodécima** en estos términos: *Si conviene a los pueblos bárbaros acuñar moneda, el rey hace mal en prohibirlo, porque impide el bien de la república*. En suma, cuanto el rey está obligado a hacer en beneficio de su patria, debe hacerlo en beneficio de los bárbaros a él sometidos, aun cuando antes por su estado de ignorancia o por otro motivo careciesen de esas ventajas. El príncipe cristiano tiene para con esos pueblos las mismas obligaciones que tendría para con ellos uno de sus naturales que ocupase dicho principado, si tanto él como su principado llegasen a abrazar la fe.

A la luz de esos principios la colonización es, no ya una empresa de lucro, sino servicio prestado a la colonia, apoyo físico y moral para extender a ella los beneficios comunes de la civilización, préstamo o anticipo reintegrable del poderoso al débil; porque eso sí, Vitoria reconoce a la nación colonizadora, proceda por medios bélicos o por medios pacíficos, el derecho a compensarse de sus sacrificios a costa de los colonos, pero sin exceder los límites de la justicia. ¡Sublime comentario a los tres cánones áureos que forman el epílogo de la relección *De jure belli*!

La última de las conclusiones va encaminada más directamente al Emperador y a sus ministros. *«No basta que el príncipe dé buenas leyes a los pueblos bárbaros, sino que está obligado a poner ministros que velen por su observancia; y hasta que eso no se logre, el rey no está exento de culpa, o mejor aquellos por cuyo consejo se administran los negocios de tales pueblos»*. Por toda prueba recuerda Vitoria lo que los escitas dijeron a Alejandro, y que los indios podrían aplicar al Emperador: *«Si tú no eres nuestro rey ¿quién te constituyó juez sobre nosotros? Y si lo eres, debes favorecer a los tuyos, no apoderarte de sus cosas»*.

Tal es en síntesis el desarrollo que nuestro catedrático dió a la cuestión propuesta en la relección de 1538, y que sin duda pronunció íntegra ante la Universidad. Las consecuencias podéis imaginarlas. Su mismo autor debió temer alguna complicación, y sin esperar el resultado y antes que el manuscrito original pasase a manos extrañas, arrancó de él las hojas referentes a este asunto, quedando sólo el recuerdo de sus palabras. Felizmente para él, los alumnos no solían tomar nota de esos discursos académicos, en la esperanza de que luego les facilitaría el profesor el

mismo original, como lo hizo Vitoria con otras relecciones y su compañero Domingo de Soto con las suyas. Mas para nosotros, hubiera desaparecido totalmente tan memorable documento, de no haber remitido confidencialmente Vitoria copia del mismo a su amigo el padre Arcos, quien lo transcribe en su *libro de notas*. Acaso se tomaron otras precauciones para conjurar amenazas que podían venir de fuera. En Salamanca mismo, sobre todo entre los juristas, se comentaba desfavorablemente la audacia del profesor dominico, censurándole de haberse entrometido en asuntos que no eran de su incumbencia, y de haber removido una cuestión que hacía tiempo estaba resuelta. Volver sobre ello, era pura ociosidad; y poner en litigio la rectitud del Monarca y de sus consejeros resultaba tan temerario como el proceder de quien busca la iniquidad en casa del justo, según expresión de los Proverbios.

La campaña, si bien un tanto velada, porque ante el público se imponía el respeto al profesor de prima, debió herir a éste y de estimularle para que saliese de nuevo a escena, no con aire retador, sino en defensa de la justicia y de la verdad ultrajadas en la persona de los desgraciados indios. En el manuscrito antes citado de la catedral de Palencia el copista dominicano que transcribía hacia otoño de 1538 la relección *De temperantia*, al llegar al punto suprimido, ingiere en el texto, *proprio marte*, dos líneas que responden perfectamente a las suposiciones que acabamos de hacer, y nos transmiten el rumor que circulaba ya por San Esteban acerca de la próxima relección que el Maestro pensaba dedicar íntegra a esta materia. «Hanc quaestionem—escribe el avisado calígrafo—expecta usque ad relectionem quam de hac materia auctor hujus, non post multos dies, edicturus est, ubi latissime disputabitur». «Sobre esta cuestión, espera a la relección que sobre ello dará el autor dentro de poco, donde ha de tratar la materia amplísimamente». Y en efecto, transcurridas unas semanas, a fines de diciembre de aquel año o primeros de enero del siguiente, pronunció Vitoria la memorable relección *De indis*, que tuvo una segunda parte en la *De jure belli*, dada en la Universidad el 19 de junio de 1539.

En la primera debía él naturalmente justificar su insistencia sobre tan delicado tema y responder a los cargos que le habían hecho sus adversarios por la relección *De temperantia*. Y a eso se ordena la introducción, extraordinariamente larga, pues ocupa cuatro folios en la primera edición de Salamanca, cosa rara en él, que suele entrar en materia con unas líneas de preparación.

Réstanos antes de terminar hacer, a modo de síntesis, una confrontación de la doctrina que acerca de la colonización se contiene en la relección *De temperantia* con la propuesta en las relecciones *De indis*, a fin de

poder apreciar las modificaciones introducidas por su autor al volver tan decididamente sobre el tema.

Primeramente se advierte cuán expreso estudia en las últimas reelecciones la cuestión de los títulos legítimos para la dominación de las Indias y lo referente a la guerra, puntos tocados de paso nada más en la *De temperantia*. Lo referente al supuesto dominio universal del Papa y del Emperador y a la natural autonomía y libertad de los pueblos infieles como base de todo su discurso era doctrina de antiguo afirmada por Vitoria y que nunca había de abandonar. Mas como abundaban los recalci trantes, en la reelección primera *De indis* satisface a sus argumentos, atacando otras posiciones a que pudieran pretender tal vez acogerse.

Por otra parte es muy de notar cuando discute ese punto, un argumento, aparentemente inofensivo, pero que en realidad implica las tesis más avanzadas que había sostenido en el fragmento inédito. «Dado que el Emperador fuese dueño del mundo—escribe él al terminar de exponer el primero de los títulos ilegítimos—no podría ocupar las provincias de los bárbaros y establecer nuevos gobernadores deponiendo a los antiguos, ni cobrar allí tributos. Lo cual se prueba, porque aun los que atribuyen al Emperador ese dominio, no dicen que sea señor con dominio de propiedad, sino tan sólo de jurisdicción; y ese derecho no se extiende a que pueda convertir las provincias en cosa suya o reparta las ciudades y predios a su arbitrio» (Relectio prima *De indis*, 1 pars, num. 26, fol. 147 v.).

También se advierte en estas reelecciones *De indis* que Vitoria habla más en concreto, aplicando a los pueblos americanos las conclusiones de carácter general que había propuesto en la *De temperantia*. En cambio prescindió totalmente de los capítulos que debieron ser la piedra de escándalo en 1538, como por ejemplo lo de no poder exportar oro y lo de permitir a los indios acuñar moneda si así convenía a aquellas repúblicas, lo cual, de implantarse, supondría no pequeño quebranto para el Erario del Emperador y para cuantos intervenían en los negocios de América.

Se abstuvo igualmente de tratar de las relaciones o gobierno del príncipe cristiano extraño sobre aquellos naturales, que tan insistentemente le preocupa en la reelección anterior, donde siempre se resuelve por un proceder en todo igual al gobierno del Emperador sobre cualquiera de sus reinos.

El silencio no significa cambio de opinión, sino reserva discreta para evitar conflictos. Volver sobre ello después de haber retirado el fragmento que ocasionó las protestas, sería pura necedad; y de sobra estaba persuadido Vitoria de que sus discursos no habían de encauzar las cosas en toda su integridad por el camino que él al principio les había señalado. Con visión clara del porvenir, confiaba sin embargo en que al fin la justicia se abriría paso, y si entonces no era posible restablecer la calma

en aquel mar revuelto de pasiones e intereses, habían de venir tiempos mejores en que, arrinconada la espada y quemado el arco como enseres innecesarios, según cantó el Salmista, reinaría la paz y verdadera fraternidad entre todos los pueblos, solícitos, no de imponer sus ambiciones, sino de ayudarse mutuamente para dilatar los beneficios de una civilización superior basada en el amor y la justicia. Ese era sin duda el ideal de Vitoria en materia de política internacional; y providencialmente nos toca vivir en un momento histórico en que las corrientes de intercambio de orden intelectual y afectivo entre la Metrópoli y sus antiguas Colonias parecen llevarnos a la realización de ese ideal en toda su amplitud.

Frecuentemente se ha considerado a Vitoria como hombre doctrinario, cuyo pensamiento se desenvuelve en las regiones de la especulación y de los principios, sin que llegase a influir directamente en la marcha de las cosas. Yo creo que más que a nadie, más aún que al propio las Casas, deben los pueblos hispanoamericanos su salvación al insigne jurista. Si en un principio las luchas entabladas por los delegados de los primeros apóstoles del Nuevo Mundo ante el Consejo de Indias impulsaron a Vitoria a dilucidar con tanto empeño este asunto, los razonamientos de esos misioneros solían ir virtualmente respaldados por el dictamen del propio Vitoria o de sus discípulos. Eso daba consistencia y autoridad a sus reclamaciones, que después se traducían en leyes humanitarias y de protección, de que hoy podemos justamente enorgullecernos como pueblo colonizador. En la segunda mitad de la centuria décimasexta es aún frecuente tropezar en nuestros teólogos con escaramuzas de enemigos batidos en retirada, que enarbolan sin embargo la bandera esclavista de Ginés de Sepúlveda. Y las armas de que se sirven aquellos defensores de la libertad son siempre las mismas: los dictados áureos del inmortal autor de las relecciones *De indis*. Sin ruido, desde su aula, en menos de un cuarto de siglo Vitoria había conquistado totalmente el campo.

FR. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.

Preparación intelectual para la fe

Propedéutica filosófico-apologética.—Un poco de metodología.

I

LA EXIGENCIA DE LOS QUE QUIEREN APLICAR EL MÉTODO MATEMÁTICO A LA INVESTIGACIÓN DE LA VERDAD RELIGIOSA

Dijimos en nuestro artículo anterior, que nos parecía estarían muy en su lugar, algunas palabras de metodología, al principio de la «Propedéutica filosófico-apologética», como denominamos la primera de las dos partes principales en que hemos dividido la «Preparación intelectual para la fe». Ya se comprende que, ni sería oportuno, ni es nuestra intención tratar aquí de los diversos métodos de filosofar, cosa que pertenece a los manuales de Lógica. En ellos puede verse tratado de intento, y con la debida extensión, lo relativo a cuestiones de metodología. Lo único propio de este lugar, y que cumple a nuestro propósito, es llamar la atención acerca de la relación entre los falsos métodos y su influencia sobre los errores del entendimiento en la investigación de la verdad religiosa. Porque, siendo dicha influencia causa de error en cualquier orden de conocimientos, claro es que no lo será menos en materia de religión. ¿Cómo, si no se hace uso más que del método positivista, se podrán conocer las verdades del orden metafísico, que se hallan fuera del alcance de la experiencia? Y con más razón, ¿cómo se llegará al conocimiento de aquellas altísimas verdades de cosas que «ni ojo vió, ni oído oyó, ni a hombre pasó por pensamiento, cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquéllos que le aman?» (I Cor. II, 9). ¿Cómo, por todo método que no se eleve sobre el orden material, se vendrá en conocimiento de Dios, que dista infinitamente de toda materia y que, como dice el Angélico Doctor (P. I. Q. XIV, a. 1), se halla «in summo immaterialitatis»? Y si hablamos del método racionalista, ¿cómo se podrá adquirir el verdadero conocimiento de la verdad por medio de sola la razón individual, con desprecio de la razón de todos los

demás, y, sobre todo, de la del mismo Dios, como si hubiera nadie con derecho a considerar y tener su propia razón por superior a toda otra, no sólo humana, sino también divina? Indicaciones son éstas, que no necesitan ulteriores desarrollos, que a cualquier lector, con la mayor facilidad se le ocurren y puede muy bien hacer por sí mismo. No hay, pues, necesidad de insistir más sobre este punto.

Es también contrario al verdadero método, exigir el mismo género de certeza en toda clase de conocimientos, como lo hacen aquellos que no admiten otro método, que no sea el matemático, para todas las ciencias. A los tales se refiere el Angélico Doctor con Aristóteles, en estas palabras: «Philosophus ostendit quomodo homines in consideratione veritatis propter consuetudinem diversos modos acceptant: et dicit quod quidam non recipiunt quod eis dicitur, nisi dicatur eis per modum mathematicum. Et hoc euidem contingit propter consuetudinem his, qui in mathematicis sunt nutriti. Et quia consuetudo est similis naturae, potest etiam hoc quibusdam contingere propter indispositionem, illis scilicet, qui sunt fortis imaginationis, non habentes intellectum multum elevatum» (Comm. in II Metaph. lect. 5.^a). Contra esta pretensión de usar del mismo método matemático, y contra el irracional empeño en querer ver de la misma manera y con el mismo género de certeza toda clase de verdades, ha escrito nuestro insigne filósofo Balmes algunos párrafos, que vienen admirablemente a nuestro propósito, y no podemos menos de trasladar aquí: «Como los seres, dice, se diferencian mucho entre sí en naturaleza, propiedades y relaciones, el modo de mirarlos y el método de pensar sobre ellos han de ser también muy diferentes.

»Imagínanse algunos que, en sabiendo pensar sobre una clase de objetos, está ya trillado el camino para lograr lo mismo con respecto a todos, bastando para ello dirigir la atención a lo que se quiere estudiar de nuevo. De aquí es que se oye en boca de muchos, y se lee también en uno que otro autor, la insigne falsedad de que la mejor lógica son las matemáticas, porque acostumbran a pensar en todas materias con rigor y exactitud.

»Para desvanecer esta equivocación, basta observar que los objetos que se ofrecen a nuestro espíritu son de órdenes muy diferentes, que los medios de que disponemos para alcanzarlos nada tienen de parecido, que las relaciones que con nosotros los unen son desemejantes, y que, en fin, la experiencia está enseñando todos los días que un hombre dedicado a dos clases de estudios resulta sobresaliente en la una, y quizás muy mediano en la otra; que en aquélla piensa con admirable penetración y discernimiento, mientras en ésta no se eleva sobre miserables vulgaridades.

»Hay verdades matemáticas, verdades físicas, verdades ideológicas, verdades metafísicas; las hay morales, religiosas, políticas; las hay literarias e históricas; las hay de razón pura, y otras en que se mezclan por necesidad la imaginación y el sentimiento; las hay meramente especula-

tivas, y las hay que por necesidad se refieren a la práctica; las hay que sólo se conocen por raciocinio; las hay que se ven por intuición, y las hay de que sólo nos informamos por la experiencia; en fin, son tan variadas las clases en que podrían distribuirse, que fuera difícil reducirlas a guarrismos» (Criterio, c. XII, § II).

No se tengan por demasiado largos e innecesarios los párrafos que acabamos de citar, tomados del Angélico Doctor y del gran filósofo español; pues su cita está justificada por lo mucho que, entre los racionalistas, se falta a una doctrina, tan conforme al sentido común y a la sana razón, como es la que nos enseñan Aristóteles, Sto. Tomás y Balmes, en las citadas palabras. Ya dijo uno de los primeros, y, acaso, el primer geómetra del siglo XVIII, Eulero (Cartas a una princesa de Alemania) que, «los *esprits forts*, y los que abusan de su penetración en las verdades intelectuales, padecen ordinariamente el defecto de pretender demostraciones geométricas para convencerse de todas las verdades religiosas». De Bayle es esta fórmula tan orgullosa como antifilosófica, *La comprensión debe ser la medida de la creencia* (Caussette, «El buen sentido de la fe», t. 1, L. 1. c. 2). Los incrédulos, dice Augusto Nicolás (Est. fil. sobre el Crist., P. III, C. IX), están siempre clamando que se les pruebe hasta la evidencia (y ¿sabe Dios qué evidencia es la que piden!!!) la divinidad del Cristianismo». Ya Celso, con muchos siglos de anticipación había dado a los racionalistas de los tiempos posteriores ejemplo de esas exigencias irracionales, contrarias a la naturaleza de las cosas y a las reglas del verdadero método. «No es necesario, dice él (Orígenes, C. Cels. I, 9), admitir ningún dogma que no se comprenda, ni en tanto sino en cuanto se le comprenda». Estas palabras de Celso, parece que debía tener presentes el gran soñista Rousseau cuando dijo (Emilio, lib. 4) que los dogmas deben ser *claros, luminosos, chocantes por su evidencia*. Pero ¿cómo toda el agua de los mares podrá caber en la palma de la mano o en la cavidad de una concha? Y ¿cómo la infinitud del ser divino, la verdad subsistente, la primera y suprema inteligencia, han de poder encerrarse dentro de los límites de la razón de Celso, de Bayle, de Rousseau, y de cuantos racionalistas pretenden que su propio entendimiento se halla a la misma altura que el de Dios, y han de poder darse cuenta cabal de todos los profundos y secretísimos misterios de la divinidad? ¿Quién no ve con la mayor claridad, que semejante pretensión es contraria a la naturaleza, a la sana filosofía, y a la misma razón, no la desequilibrada, como se halla en algunos individuos, sino la verdadera razón natural? He aquí lo que acerca de la relación entre la razón humana y las verdades divinas nos dice esa legítima y verdadera razón natural, por medio de su más fiel y perfecto representante, el Doctor Angélico. Pregunta el Santo, «Qualiter se habeat humana ratio ad veritatem fidei primam» (C. Gentes I, 8). Y vamos a trasladar aquí la contestación de Sto. Tomás con sus mismas palabras del

texto latino, para que nada pierdan de la fuerza de su expresión. Dice, pues, el Aquinatense contestando a la pregunta anteriormente formulada: «*Considerandum etiam videtur, quod res quidem sensibiles, ex quibus humana ratio cognitionis principium sumit, aliquale vestigium in se divinae imitationis retinent, videlicet quod sunt, et bonae sunt, ita tamen imperfectum quod ad declarandam ipsius Dei substantiam omnino insufficiens invenitur. Habent enim effectus suarum causarum, suo modo, similitudinem, quum agens agat sibi simile; non tamen effectus ad perfectam agentis similitudinem semper pertingit.*»

Humana igitur ratio, ad cognoscendum fidei veritatem, quae solum videntibus divinam substantiam potest esse notissima, ita se habet quod ad eam potest aliquis veras similitudines colligere; quae tamen non sufficiunt ad hoc, quod praedicta veritas quasi demonstrative vel per se intellecta comprehendatur. Útile tamen est ut, in huiusmodi rationibus quantumque debilibus, se mens humana exerceat, dummodo desit comprehendendi vel demonstrandi praesumptio; quia de rebus altissimis, etiam parva et debili consideratione, aliquid posse inspicere jucundissimum est...»

¡Qué diferencia entre el lenguaje de la razón humana en el Angélico Doctor y el de esa misma razón en Celso, en Bayle y en Rousseau! ¡Qué elevada, qué conforme a la naturaleza y al sentido común en Sto. Tomás! ¡Qué pobre, y qué llena de contradicciones en los filósofos racionalistas! Y decimos llena de contradicciones, porque una de las mayores y más palmarias consiste en esa misma irracional exigencia de evidencia matemática para el conocimiento de las verdades de fe. En efecto: ¿qué mayor contradicción que pretender achicar la esencia infinita del Criador, hasta poder encerrarla dentro de los estrechos límites de la razón de la criatura? ¿Cómo podrá ser Dios infinito y finito? Infinito, por su propia naturaleza; y finito, por suponerse que es comprendido por la razón finita del hombre? Pues en tan manifiesta contradicción incurren aquellos que quieren aplicar el método matemático y las demostraciones geométricas al conocimiento de las verdades de la fe. No: esa especie de demostraciones no es compatible con la naturaleza del conocimiento ni de las verdades que pertenecen al orden sobrenatural, que es el de la divinidad.

Tanto es así, que no sólo contradicen a la naturaleza de las cosas los racionalistas, al exigir la demostración de las verdades de fe, sino que también se opondría a la misma naturaleza el apologista católico que pretendiera demostrarlas. He aquí cómo, refiriéndose al misterio de la Santísima Trinidad (y lo mismo se entiende de los otros misterios de nuestra fe), lo dice el Angélico Doctor con las siguientes palabras, que nos parece conveniente dejar consignadas tal como salieron de la pluma del Santo: «*Qui autem probare nititur Trinitatem personarum naturali ratione, fidei dupliciter derogat. Primo quidem, quantum ad dignitatem ipsius fidei, quae est ut sit de rebus invisibilibus, quae rationem humanam exce-*

dunt. Unde Apostolus dicit (Heb. XI, 1) quod *fides est de non apparentibus*. Et idem Apostolus dicit (I. Cor. II, 6) *Sapientiam loquimur inter perfectos; sapientiam vero non hujus saeculi, neque principum hujus saeculi; sed loquimur Dei sapientiam in mysterio, quae est abscondita*. Secundo quantum ad utilitatem trahendi alios ad fidem. Cum enim aliquis abprobendam fidem inducit rationes quae non sunt cogentes, cedit in irrisionem infidelium. Credunt enim quod hujusmodi rationibus innitatur, et propter eas credamus. Quae igitur fidei sunt, non sunt tentanda probari nisi per auctoritates his qui auctoritates suscipiunt. Apud alios vero sufficit defendere non esse impossibile quod praedicat fides» (Sum. Theol. P. I, Q. XXXII, a. 1).

Después de estas palabras del Angélico, tan llenas de sabiduría, tan juiciosas y rebosantes de cordura y buen sentido, que no nos venga la incredulidad exigiendo que le expliquemos cómo se verifica la verdad del misterio de la Encarnación y el de la Sma. Trinidad; pues le responderemos: Esto se verifica de la manera que Dios comprende perfectísimamente bien. Esto se define y se cree, mas no se explica. Pero «le explicaremos muy bien, dice A. Nicolás («Del Protest. en su rel. con el Socialismo». L. II, C. V), cómo esto no debe explicarse, haciéndole observar que en los conocimientos de todo orden, aun los más exactos como las matemáticas, que tienen por objeto lo finito, las cosas se explican en definitiva, sólo por otras que no se explican; que la propiedad de estas cosas que explican las otras es el de ser ellas mismas inexplicables y de ser, por consiguiente, tanto más inexplicables cuanto son más explicativas; y que la cosa más explicativa de todas, la que lo explica todo, Dios es una cosa que por nada puede ser explicada. ¿Y por qué así?—Porque solamente lo infinito puede explicar lo finito, y porque es propio de lo infinito el ser inexplicable. La explicación descende de lo infinito a lo finito, pero no remonta.—¿Y por qué así otra vez?—Porque las cosas no pueden explicarse sino *por medio* de otras cosas que les son anteriores o superiores, como la palabra *por medio*, o *según*, usada en todas las explicaciones, lo indica; y que la cosa que nada tiene que le sea anterior ni superior, no puede, por consiguiente, ser explicada *según* nada ni *por medio* de nada». Pero dejemos hablar al A. Maestro, escogiendo, entre otros muchos textos que vendrían muy bien a nuestro intento, el siguiente, por su extraordinaria claridad y hermoso laconismo. Dice, pues, el Santo: «Sed sicut dicit Augustinus... Deus omnem formam intellectus nostri subterfugit, quia quaecumque formam intellectus noster concipiat, illa forma non pertingit ad rationem divinae essentiae. Et ideo ipse non potest esse pervius intellectui nostro; sed in hoc eum perfectissime cognoscimus in statu viae quod scimus eum esse super omne id quod intellectus noster concipere potest; et sic ei conjungimur quasi ignoto. Sed in patria ipsum per formam, quae est essentia sua, videbimus; et conjungemur ei quasi noto» (Suppl. Q. XCII, a. 1 ad 3.^m)

No explicamos, pues, a los racionalistas el modo como se verifica la verdad de los misterios de nuestra fe, pero sí les explicamos de una manera del todo satisfactoria el por qué no les damos la explicación de dichos misterios.

Lo que sí pueden exigir los racionalistas es la demostración de los motivos de credibilidad; y esa demostración, los apologistas católicos no solamente pueden dársela, sino que está dada millares de veces; y ella es precisamente la que constituye el objeto de la apologética.

Pero en lo tocante a exigir razones que justifiquen nuestra fe, no son los racionalistas más exigentes que los católicos, en quienes se cumplen las palabras del Angélico (II-II, Q. I, a. 4, ad 2.^o): «Non enim crederet, nisi videret ea esse credenda, vel propter evidentiam signorum, vel propter aliquid hujusmodi». Lo que hacen los racionalistas es confundir la demostración de las verdades de fe, con la de los motivos racionales para asentir a ellas. Siempre la confusión, el embrollo y el sofisma han de ser el manto con el cual encubren sus errores.

Así, pues, a su exigencia de la demostración de las verdades de fe y de la aplicación del método matemático al conocimiento de las mismas, les diremos que es una exigencia de lo imposible, contraria a la naturaleza de las cosas, a la sana filosofía y a la razón natural. Pero si lo que nos exigen es que les demostremos que hay motivos sobradísimos para creer dichas verdades, entonces se hallan en su pleno derecho, y los católicos con la Iglesia, somos los primeros en reconocer la razón de esa exigencia y que, sin el previo conocimiento de los motivos para creer, el acto de fe sería imprudente.

Nada mejor que unas palabras de Santo Tomás para sintetizar lo dicho acerca de la imposibilidad de la demostración de las verdades de fe, al mismo tiempo que de la necesidad de la misma demostración con respecto a los motivos de credibilidad. Dice, pues, muy a nuestro propósito el Angélico: «Sed, quia sermo propositus confirmatione indiget ad hoc quod recipiatur, nisi sit per se manifestus, ea autem quae sunt fidei sunt humanae rationi immanifesta, necessarium fuit aliquid adhiberi quo confirmaretur sermo praedicantium fidem. Non autem confirmari poterat per aliqua principia rationis per modum demonstrationis, cum ea quae sunt fidei rationem excedant. Oportuit igitur aliquibus indiciis confirmari praedicantium sermonem, quibus manifeste ostenderetur hujusmodi sermonem procesisse a Deo, dum praedicantes talia operarentur, sanando infirmos et alias virtutes operando, quae non posset facere alius nisi Deus. Unde Dominus, discipulos ad praedicandum mittens, dixit: *Infirmos curate, mortuos suscite, leprosos mundate, daemones ejicite* (Matth. X, 8); et dicitur: Illi autem profecti, praedicaverunt ubique, Domino cooperante, et sermonem confirmante, sequentibus signis (Marc. XVI, 20)» (C. Gent. III, 154).

A lo cual debe añadirse que es doctrina de la Iglesia, que para creer se requiere conocimiento cierto del hecho de la revelación; y que no basta el conocimiento solamente probable, ni el meramente subjetivo, ni sola la experiencia interna o la inspiración privada. (Denz. *Enchiridion*, nn. 1.171, 2.025, 2.072, 2.101, sqq. 1.273, 1.812, 1.637).

Pero una vez que se tenga la certeza necesaria del valor de los motivos de credibilidad y del hecho de la revelación, entonces, diremos con Aristóteles (*Ethic.* I, C. 1), que es propio del hombre bien disciplinado buscar en cada materia tanta certeza, cuanta permite la naturaleza de la cosa. Con lo cual, dejó el Estagirita consignada una de las más principales reglas del verdadero método con que debe procederse en la investigación de la verdad en general, y que, sin duda alguna, con mayor razón, debe tenerse en cuenta cuando se trata de las verdades divinas.

II

LOS FALSOS PUNTOS DE PARTIDA

Otra de las reglas del verdadero método consiste en que, para resolver las cuestiones, se tomen como puntos de partida, principios evidentes, cuya certeza se halle fuera de toda discusión, y sirvan de base para la certeza de las conclusiones.

La razón de ser de esta regla claramente se ve; porque, no siendo la ciencia otra cosa, que el conocimiento de las mismas conclusiones, deducidas de los principios, en cuya virtualidad se hallan contenidas; la verdad o falsedad de las conclusiones dependerá, respectivamente, de la verdad o falsedad de los principios, suponiendo que no haya defecto en el raciocinio, sino que éste sea rigurosamente ajustado a las leyes de la Lógica. De aquí se infiere que, si los principios son verdaderos y el raciocinio legítimo y rigurosamente lógico, las conclusiones serán por necesidad verdaderas; y en tal caso, se tendrá verdadera lógica y verdadera ciencia. Pero, si los principios son falsos, y el raciocinio, como en el caso anterior, conforme a las leyes de la dialéctica, entonces, las conclusiones serán también necesariamente falsas, y se tendrá verdadera lógica, pero falsa ciencia. Porque un principio falso, lógicamente desarrollado en sus legítimas conclusiones, por fuerza, da lugar a todo el conjunto de conclusiones falsas, por su participación de la falsedad del principio.

Esto quiere decir, que así como existe la lógica de la verdad, también existe la del error; y que, como hay verdadera ciencia, también la hay falsa. Y dependiendo todo ello de la verdad o de la falsedad de los principios, no hay necesidad de encarecer la suma y trascendental importancia de que, en todo discurso se tomen como puntos de partida principios verdaderos, sólidos y de certeza indiscutible, que comuniquen su verdad,

solidez y certeza a las conclusiones. Así se da lugar al verdadero conocimiento científico, a la verdadera ciencia, que no debe confundirse con la que sólo tiene apariencias de tal.

Este mismo intrínseco enlace que existe entre los principios y las conclusiones, hace que por éstas podamos formar juicio de aquéllos; de tal modo que, cuando una conclusión lógicamente deducida es falsa, es una prueba manifiesta de la falsedad del principio de donde procede. Lo cual es una de las causas, por las cuales han caído en el mayor descrédito los famosos sistemas panteístas de la moderna filosofía alemana, que al hacer su aparición brillaron como relámpagos; pero que la enormidad de los absurdos manifestos en sus consecuencias no podía menos de manifestar con toda claridad lo absurdo de sus principios.

Esto se ve más claro aún, cuando se trata de principios y conclusiones que se hallan relacionados con la vida práctica. Nada más a propósito para abrir los ojos a todo aquel que no los tenga voluntariamente cerrados y hacerlo ver con la mayor evidencia la interna falsedad de los mismos principios panteístas a los cuales acabamos de aludir, como las consecuencias a que lógicamente dan lugar en la vida práctica tanto individual como social. En buena lógica no hay quien sea capaz de romper el hilo fatal, ni separar los anillos de la fuerte cadena, que, por medio de una serie de consecuenicias rigurosamente lógicas y necesarias, une el anarquismo con el panteísmo, como el fruto con su árbol y el hijo con su padre.

Por eso, los autores de tales principios son los principales causantes de tan funestas consecuencias. Son los sembradores de los vientos, origen de las tempestades de que es víctima la sociedad.

Por el contrario; si en vez de tomar como punto de partida el falso principio de la confusión e identidad de Dios con el mundo, se toma el verdadero, de la distinción real entre Dios Criador y el mundo creado; de Dios, infinitamente superior a la universalidad de todas las criaturas; de Dios, Acto puro, y primera y única Causa de todo ser, y si es la inteligencia del Angélico Doctor, sublimada por la fe, la que fija sus ojos en ese único primer principio de todas las cosas, y si la razón de Sto. Tomás es la que deduce las conclusiones contenidas en el piélago inmenso de la infinita virtualidad de la primera Causa y Acto puro, entonces aparecerá el organismo científico más maravilloso que se conoce, la más completa y prodigiosa trama sintética de verdades divinas y humanas enlazadas entre sí, y deducidas de la primera verdad, como de su principio y punto de partida. No otra cosa es la *Summa Theologica*.

Y si se quiere otro ejemplo, más particularmente relacionado con la gran cuestión de nuestros días, la cuestión social, tómese como punto de partida el *nuevo* mandamiento de amor que Jesucristo nos da en su Evangelio (Joan. XIII, 34); dedúzcanse las conclusiones prácticas en él conteni-

das; aplíquense a la vida individual y social, ajusten a ellas sus actos los individuos y las naciones; y se verá el más perfecto cumplimiento de aquellas palabras de nuestro V. P. Fr. Luis de Granada: «Si este mandamiento se guardase en el mundo, sin duda vivirían en él los hombres como en un paraíso».

Fácilmente se podrían multiplicar los ejemplos en los cuales se viese con toda claridad la íntima relación entre los principios y las conclusiones, entre el punto de donde parte el discurso y el término al cual lógicamente conduce. Pero nos parece que no es necesario insistir más en este punto; y que lo dicho es muy suficiente para que se vea con la mayor evidencia el fundamento de la regla del verdadero método, que exige que en la investigación de la verdad se proceda partiendo siempre de principios verdaderos. El faltar a dicha regla constituye un verdadero vicio capital del entendimiento; porque no sólo es causa de tal o cual error particular, sino de una infinidad de errores sistemáticos, tantos cuantos son aquellos a los que se extiende la virtualidad del error que sirve de punto de partida a un sistema. Y bien podemos decir que este vicio es el mayor entre los defectos de procedimiento en la investigación de toda verdad, y particularmente de la verdad religiosa. Por donde se verá cuán grande obstáculo haya de ser para la fe.

III

QUE LAS COSAS CLARAS NO SE HAN DE NEGAR POR LAS OSCURAS, NI LAS
OSCURAS SE HAN DE CAMBIAR POR LAS ABSURDAS

Este es uno de los axiomas más corrientes en las escuelas y más conformes al sentido común. Y es tal la claridad con que salta a la vista, que no necesita justificación, y creemos que sería tiempo inútilmente gastado, el que empleásemos en demostrar la base racional de tan sabia e importante regla del verdadero método en la investigación de la verdad. Ni una palabra, pues, sobre ello. En cambio, sí que está justificado, y es muy conveniente que nos detengamos en poner de manifiesto cómo la incredulidad falta a la mencionada regla.

Esto resultará claro si ponemos ante los ojos del lector algunas de las cosas que los incrédulos no creen, y las comparamos con otras que no tienen dificultad en creer, siendo así que las primeras no pasan de ser simplemente oscuras, mientras que las segundas son grandes y manifiestos absurdos. Veámoslo.

Se trata, por ejemplo, del dogma de la creación. El acto creador, entendido en el sentido de la doctrina católica, es simplemente oscuro; nada envuelve de absurdo y repugnante a la razón. Su repugnancia ni se ha demostrado, ni se demostrará nunca, ni es posible demostrarla. Las

dificultades que, en contra de él, puedan oponer los incrédulos, se las ha propuesto y resuelto muy fundamental y satisfactoriamente hace bastantes siglos el Angélico Doctor. Sin embargo, los incrédulos no creen en el dogma de la creación. ¿Por qué? Ninguna razón pueden alegar. Lo único que pueden decir de tal dogma es que no ven el modo del acto, con que Dios haya creado el mundo; de ahí no pueden pasar. Pero como la existencia del mundo es un hecho evidente, que no se puede negar, y no es menos evidente que ha de tener alguna causa; y que, si esa causa no es Dios con su acto creador, tiene por fuerza que ser otra, y de algún otro modo, síguese necesariamente que, los que no creen en el dogma de la creación, y no expliquen por ese medio la existencia del mundo se ven precisados a explicarla por otra causa y de otro modo. Ahora bien; si la creación del mundo es cosa oscura, todo otro modo de explicar su existencia, no solamente es oscura, sino absurda e implica contradicción a la luz de la razón natural. Porque todas las tentativas e hipótesis que la incredulidad ha ensayado para explicar la existencia del mundo sin la creación, se reducen a una de las tres siguientes: o el mundo sin Dios; o el mundo, que es a la vez Dios; o el mundo, que coexista con Dios. Pues bien: todas ellas son a cual más absurda y contradictoria. Porque un mundo sin Dios, envuelve todos los absurdos y contradicciones del ateísmo y la absurda negación del principio de causalidad; un mundo-Dios, todos los absurdos y contradicciones del panteísmo; y un mundo coexistente con Dios, todos los absurdos y contradicciones del dualismo, que viene a resolverse también en el ateísmo.

Después de lo que acabamos de decir, hablando de los grandes absurdos y contradicciones en que cree la incredulidad, por no creer en el dogma de la creación, que no tiene nada de absurdo, ni contradictorio, sino que, es simplemente obscuro, podríamos continuar poniendo de manifiesto los dichos absurdos y contradicciones. Los cuales resaltan de modo particular en determinados puntos; como son, por ejemplo, las explicaciones del origen de la materia, de la vida, de la fuerza, del movimiento, del orden existente en todo el universo. Acerca de lo cual, con sólo citar párrafos enteros de algunos autores racionalistas, donde tratan de explicar dicho origen, prescindiendo de Dios y de su acto creador, podríamos llenar muchas páginas con que se vería clarísimamente cómo la incredulidad cambia las cosas oscuras por las absurdas, faltando a una de las principales reglas del buen método en la investigación de la verdad. Pero no es necesario que nos extendamos tanto sobre el particular. Sólo vamos a trasladar aquí unas palabras de Causette, por su grande oportunidad a nuestro propósito y porque en ellas se presenta el contraste de los que por no creer en el misterio de la creación, creen en una multitud de otros misterios, que son, además, errores manifiestos y repugnantes a la razón.

Habla el citado autor de la cosmogonía según el ateísmo, y dice (*El buen sentido de la fe*, t. 3, l. 3, c. 7): «¡Qué cosmogonía y cuántos misterios aceptados para eludir uno solo! En primer lugar: ¿Han tenido comienzo la fuerza y la masa? Primer misterio. ¿Cuál es el origen del átomo, principio a su vez de todo lo demás? Segundo misterio. ¿Cuál fué el origen del movimiento, que impulsó la universalidad de las cosas desde la era mecánica al período químico? Tercer misterio. Y posteriormente, ¿de qué manera se las han compuesto en su enlace fortuito los átomos engarabitados para formar esta armonía sin razón y este concierto sin fin que se llama mundo? ¿No es esto un golpe del azar mil veces más sorprendente, según la comparación clásica, de lo que sería la composición de la *Eneida*, merced a un conjunto de letras lanzadas de cualquier modo sobre la platina de una prensa de imprimir? Cuarto misterio. Y suponiendo ya arreglada la materia, ¿cómo se dispuso esa cadencia universal, dentro de la cual se realizan todos los movimientos del universo?, quinto misterio. Y finalmente, ¿de qué manera lograron los rayos solares hacer brotar la vida del seno de la tierra, enlazándola con sus abrazos de fuego? Ya lo véis, siempre nuevos misterios, y todo para escapar al único misterio de la creación *ex nihilo*. En verdad que es indispensable dar crédito a muchas cosas para disfrutar la ventaja de ser incrédulo».

Para terminar este punto, sólo añadiremos que esos grandes absurdos y contradicciones en que incurren forzosamente los incrédulos por su empeño de explicar el origen y formación del universo sin Dios creador, sin un primer principio de todo ser y de toda actividad, y sin una primera inteligencia, causa y origen de todo orden, no son los únicos. Lo mismo les sucede, cuando tratan de explicar los más trascendentales acontecimientos de la historia, prescindiendo de la divinidad de Jesucristo y del elemento divino en la Iglesia católica, ya que, sin esas claves, no es posible la verdadera filosofía de la historia. Una buena prueba de los grandes desvaríos en que se viene a caer al querer explicar sin el elemento divino, lo que no puede explicarse sin él, nos la ofrecen las obras de Renán, M. Schurè, Tiele, Schenkel, Baur, Hegel, Strauss, etc., con sus tentativas de explicaciones puramente naturalistas de cosas que no tienen explicación satisfactoria sin la clave de lo sobrenatural. Semejantes tentativas suponen un desconocimiento absoluto de la proporción que debe existir entre los efectos y sus causas correspondientes. Y en verdad, que tal desconocimiento se necesita para pretender dar una explicación satisfactoria, por ejemplo, de la conversión del mundo al cristianismo, sin partir de la base de la divinidad de Jesucristo y de la verdad de su resurrección; pues como dice el Angélico Doctor (*Contra Gentes*, lib. I, cap. 6): «Esset autem omnibus signis mirabilibus, si ad credendum tam ardua et operandum tam difficilia et ad sperandum tam alta, mundus absque mirabilibus

signis inductus fuisset a simplicibus et ignobilibus hominibus». Muy en su lugar se hallará aquí aquello del Dante (*Divina Commedia*, *Paradiso*, *Canto XXIV*, 106): «Se il mondo si rivolse al Cristianesimo,

Diss io, senza miracoli, quest uno
E tal, che gli altri non sono il centesimo».

Nos parece que lo dicho es más que suficiente para que se vea con la mayor claridad cómo los incrédulos, por no creer cosas obscuras, pero sumamente razonables, creen otras no sólo obscuras, sino también las más absurdas y contradictorias, cambiando lo obscuro por lo absurdo, y faltando, con ese modo de proceder, a una de las más principales reglas del verdadero método, que debe seguirse en la investigación de la verdad.

IV

DEFECTO EN EL MODO DE PLANTEAR LAS CUESTIONES

Uno de los defectos más comunes y, a la vez, más capitales y contrarios a la razón, en que suelen incurrir los incrédulos al plantear las cuestiones que se refieren a materias religiosas, consiste en suponer falsamente que debe probarse aquello que, en realidad, ninguna necesidad hay de probar. Porque teniendo en su favor el derecho de posesión de la verdad, ese derecho, mientras no se demuestre de un modo evidente que es ilegítimo, vale él solo por toda otra prueba. Lo que debe probarse no es el valor del derecho de posesión, sino la ilegitimidad de tal derecho. Si una familia, desde tiempo inmemorial, se halla en posesión de una hacienda, que ha sido patrimonio de sus mayores, y, después de transcurridos, por ventura, varios siglos, hay quien quiera disputar a dicha familia su derecho, diciendo que la posesión de la tal hacienda no es más que una usurpación, no es la referida familia la que debe molestarse en probar su legítimo derecho a la hacienda heredada; al nuevo competidor es a quien toca presentar las pruebas evidentes de lo que afirma en contra de un derecho que tiene en su favor la sanción de muchos siglos. En este caso, para resolver el litigio entre las partes contendientes, sería un mal modo de plantear la cuestión si se hiciese en esta forma: ¿El derecho de tal familia a la posesión de dicha hacienda es verdadero y legítimo? El verdadero modo de plantear la cuestión es este otro: ¿Existen pruebas verdaderamente demostrativas de que la posesión de la cual se trata no es más que una usurpación? Y decimos que de este segundo modo y no del primero es como debe plantearse la cuestión; porque lo que debe probarse no es lo primero, sino lo segundo. Las cuestiones no deben plantearse acerca de aquellas cosas que ni necesitan, ni deben ser probadas, sino acerca de aquellas otras que necesitan y deben serlo.

Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir, podremos formar cabal juicio del falso modo, con que proceden los incrédulos en el planteo de las cuestiones en materia de religión. Y vamos a hacer resaltar ese defecto en algunos puntos determinados y concretos, en los cuales aparece de modo especial y con evidencia completa.

Pero antes queremos hacer una observación sobre el uso del referido principio de la posesión en las cuestiones que tratamos, porque nadie nos tache de aplicar un principio jurídico a cosas muy distintas. La posesión no es solamente una presunción, es una prueba perenne del derecho, que tiene el poseedor. De igual modo la adhesión de la Humanidad o de la Iglesia a verdades tan fundamentales para su vida como la existencia de Dios, la divinidad de Jesucristo y otras en éstas contenidas, es una prueba perenne de tales verdades, por cuanto esta adhesión responde a la evidencia objetiva de las mismas. Los argumentos que han producido la primera adhesión no han desaparecido, y de continuo están afectando la inteligencia y corroborando la convicción. Tal es la razón y el sentido del citado principio a las cuestiones que nos ocupan. Ilustrémoslo con algunos ejemplos.

Se trata de la existencia de Dios. ¿De qué lado se halla la posesión? ¿Del lado de la existencia o del de la no existencia? ¿Y qué es lo que habrá necesidad de probar? ¿Que Dios existe? o ¿que no existe? ¿Serán los que creen en Dios quienes deban demostrar su existencia? o ¿serán más bien los incrédulos quienes deban demostrar que Dios no existe, aduciendo para ello tales pruebas, que prevalezcan contra toda la fuerza de las pruebas metafísicas, físicas, históricas y del sentido común y moral de la Humanidad? ¿Están los ateos en posesión de que sea verdad que Dios no existe, como todo el género humano está en posesión de la verdad de que existe? De lo que haya que responder a esta pregunta, puede juzgarse por las siguientes palabras nada menos que del mismo Voltaire: «Afirmar que ni el ojo está hecho para ver, ni la oreja para oír, ni el estómago para digerir, ¿no es esto el más enorme de los disparates, la locura más escandalosa que pueda brotar jamás de ningún espíritu humano? Por incrédulo que yo sea, tal demencia me parece evidente, y así lo confieso». «Verdaderas pruebas contra la existencia de una sabiduría suprema no se han presentado jamás». «El ateísmo es el vicio de los tontos, es un error que ha sido inventado en las últimas sucursales del infierno... El ateísmo especulativo es la más necia de las locuras, y el ateísmo práctico el mayor de los crímenes. Forma de cada opinión de la impiedad una furia, armada de un sofisma y de un puñal, que hace a los hombres insensatos, crueles» (Citado por P. G. Devivier, S. J., Curso de Apol. crist. Intr. c. I, a. 1). Y Séneca dice: «Mentiuntur qui dicunt se non sentire esse Deum; nam etsi tibi affirmant interdium, noctu tamen et soli dubitant» (Vid. Far- ges et Barbedett, »Phil. schol. Theod., lib. I, cap. III, art. 2). Pero he aquí

cómo el ateo M. Le Dantec, nos manifiesta las razones que tiene para no creer en Dios: lo diremos con sus mismas palabras (Le Dantec, *L'athéisme*, pag. 90: «Mes raisons (d'être athée), je vais les dire brièvement, mais je ne me dissimule pas leur vanité. Je suis assez sage pour me dire, avec M. de la Palisse, que, si je ne crois pas en Dieu, c'est parce que suis athée; c'est là la seule bonne raison que je puisse donner de mon incrédulité» (Vid. Farges, «Nouvelle Apologétique», 1911, pag. 70).

He ahí, pues, las razones; he ahí el fundamento del derecho de posesión de la incredulidad para negar la existencia de Dios. Y en contra de los ateos, de quienes dice La Bruyère (cap. 16), «que, si los hay..., sólo probaría que entre los hombres existen algunos monstruos», está la humanidad entera, en la cual no hay familia que con anterioridad a toda ciencia, no tenga conocimiento previo de la divinidad (Cicerón, «De natura deorum», IX); ni se encontrará jamás un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos, sin sacrificios (Plutarco, *Adv. Col. Epic.*); en cual, el griego y el bárbaro, el hombre continental y el insular, unánimemente confiesan la existencia de Dios. Y si, desde que el mundo es mundo, existen cuatro miserables que la nieguen, debe decirse sin vacilar que éstos pertenecen a una raza abyecta, privada de razón, estéril y herida de muerte (Máximo de Tiro, *Disert. I*); en la cual, todos los que tienen una vislumbre de razón, invocan a la divinidad cuando se ponen a hacer alguna cosa, por grande o pequeña que sea (Platón, *Tim.*) (Vid. Devivier, obra citada, pag. 7).

Pues bien; hallándose la humanidad en posesión de la certeza sobre la existencia de Dios, el modo de plantear la cuestión acerca de esa existencia, no debe ser si Dios existe. Todo el género humano está en posesión de esa certeza; eso no debe, pues, preguntarse, porque no necesita de prueba. El verdadero modo de plantearla es este otro: ¿Existen pruebas demostrativas de que Dios no existe? ¿La incredulidad descansa sobre bases racionales y puede justificarse a la luz de la razón? Esta es la única manera de encauzar bien la cuestión acerca de la existencia de Dios en las discusiones con los incrédulos. Ellos son quienes deben demostrar que Dios no existe: la humanidad no tiene que hacer más que continuar en la pacífica posesión en que se halla de la certeza de la existencia de Dios, sin que necesite para nada demostrar lo que ya está más que de sobra demostrado para todo aquel que quiera ver y no cierre voluntariamente sus ojos a la luz.

Con esto, ya se puede comprender en qué consiste la falta de método en que incurren los incrédulos al plantear la cuestión sobre la existencia de Dios. Porque toda su táctica se reduce a cambiar falazmente el giro de los argumentos, dándose a sí mismos por libres y exentos de la obligación de demostrar la no existencia de Dios, y, por el contrario, exigiendo a la humanidad la demostración de la existencia del mismo Dios. Ni

más ni menos que, como si en el ejemplo de que nos hemos servido anteriormente, el competidor que niega el derecho de posesión, exigiese a dicha familia las pruebas de la legitimidad de su derecho, y él, en cambio, se considerase totalmente libre de aducir las pruebas de su negación en tal derecho.

* * *

Otro problema en el cual aparece también claramente el defecto de método en el modo de plantear las cuestiones, es el de la divinidad de Jesucristo ante la Crítica racionalista. Jesucristo, diremos con el P. Félix, «es respecto a su adversario un *poseedor* secular; porque sobre su posesión han pasado diez y ocho siglos, trayéndole la sanción de las inteligencias, que han venido a ratificarla. La Crítica moderna, poniéndose frente a frente de Jesucristo, es un mal *pleitista*, que sin título alguno viene a disputarle la legitimidad de su posesión, cuando ya cuenta cerca de dos mil años. Tenemos, pues, el derecho de decirle: Vengan vuestras pruebas: Jesucristo Dios está en posesión de las almas; o, si así os place, las almas están en posesión de la fe en la divinidad de Jesucristo. Decís que todos esos siglos han creído sin motivos para creer; decís que Jesucristo ha poseído sin razón de poseer; a vosotros toca probar esa falta de prueba, a vosotros toca demostrar que la posesión de Jesucristo es ilegítima y que nuestro dogma no puede sostenerse» (El Progr. por el Crist., conf. 2.^a)

Acerca, pues, de la divinidad de Jesucristo, la Crítica racionalista plantea la cuestión, como lo hace la incredulidad atea, acerca de la existencia de Dios, de un modo falso e impropio. Lo cuestionable no debe ser la divinidad de Jesucristo, sino el valor de la Crítica. Porque la posesión está en favor de la fe en la divinidad de Jesucristo: mientras que la Crítica no tiene en favor suyo más que hipótesis gratuitas y apriorismos irracionales, como lo demuestra palpablemente la historia de las variaciones y contradicciones en que incurren los críticos racionalistas escriturarios. Muy fácil es decir: «la crítica afirma», «la crítica niega»; pero ¡cuán imposible es decir con verdad que la crítica haya demostrado ni pueda demostrar absolutamente nada contrario a los hechos sobrenaturales de la revelación, contenidos en la Sagrada Escritura! Y ¡qué anticientífico y opuesto a las exigencias del verdadero método es abandonar las posiciones ocupadas por la fe de los siglos, sin más motivo que el de las temerarias afirmaciones y negaciones de ese fantasma de la crítica racionalista, la cual, después de todo, se halla todavía en mantillas!

* * *

En el mismo defecto de método se incurre al plantear la cuestión acerca de la verdad del catolicismo en presencia del protestantismo. Este es de ayer: sus características son la novedad, la variedad y la contradicción.

ción. El catolicismo, por el contrario, cuenta la sucesión de sus pastores, sin interrupción, desde el mismo Jesucristo; cosa que asombraba a San Agustín, ya en su tiempo, tan distante del nuestro. Tiene además en su favor las notas de unidad, santidad y catolicidad. La posesión, pues, se halla de parte de la verdad de la Iglesia católica y en su favor, y en contra del protestantismo. No debe, por lo tanto, plantearse la cuestión preguntando, si la verdad se halla en la Iglesia católica, como no debe tampoco plantearse preguntando, si Dios existe, ni si Jesucristo es verdadero Dios. Así como es a la incredulidad a quien toca demostrar que no existe Dios, y a la crítica racionalista presentar las pruebas que justifiquen su negación de la divinidad de Jesucristo, así también, es el protestantismo quien debe probar que en él se halla la verdadera doctrina de Jesucristo, el verdadero cristianismo y no en la Iglesia católica.

* * *

De lo dicho claramente se infiere que, cuando los incrédulos exigen a los católicos las pruebas de las mencionadas verdades, faltan a una de las principales reglas del verdadero método, cual es la que prescribe que, en las cuestiones se tenga en cuenta de qué lado se halla el derecho de posesión, y que se planteen contando con ese mismo derecho, y se pruebe aquello que necesita probarse.

Ya se comprenderá que, con esto, no intentamos reprobar el que los católicos expongan y den a conocer las pruebas de la religión y los fundamentos de la fe, en conformidad con aquellas palabras del Príncipe de los Apóstoles (I Petri, III, 15). «Benedicid en vuestros corazones al Señor Jesucristo, prontos siempre a dar satisfacción a cualquiera que os pida razón de la esperanza o *Religión* en que vivís».

Nuestra intención es únicamente dejar señalado y puesto de manifiesto uno de los muchos defectos de procedimiento en la investigación de la verdad religiosa, contrarios al verdadero método; defecto de que adolecen con mucha frecuencia los incrédulos de mala fe.

V

DEFECTO CONSISTENTE EN EMPEZAR POR LAS OBJECIONES

Este defecto lo vemos muy bien expuesto por el gran apologista católico Augusto Nicolás (Est. filos. sobre el Crist., tom. I, Intr.), a quien cedemos la palabra por unos momentos. Dice así: «Un defecto muy ordinario en los que quieren discutir sobre materias religiosas es el empezar por objeciones, y por objeciones sacadas siempre de la incomprensibilidad de los misterios. Semejante conducta es cómoda sin duda, mas no es conforme a las reglas de una franca dialéctica. En la investigación de la

verdad de una cosa debe empezarse siempre por el examen de los motivos de credibilidad de su existencia, y después pasar a las objeciones. Si las razones o motivos de credibilidad son tan satisfactorios que colmen la convicción, ¿qué importan algunas objeciones? Hay un principio recibido de que siempre que se pruebe una proposición por medio de pruebas que le sean propias, cualquiera objeción, aun la *insoluble*, debe importar poco, *a menos que la contradicción esté en los términos*. Además, las objeciones entran comúnmente en la misma naturaleza de la cosa que se examina: por consiguiente para apreciarlas bien, es necesario ante todo conocer la misma cosa por las razones de su existencia, y sucede entonces con mucha frecuencia que se funden y desaparecen en la exposición». Resalta a primera vista la verdad y fundamento de las anteriores palabras. Oigamos también, al mismo propósito, las siguientes no menos autorizadas de nuestro insigne Balmes. «En el examen, dice, de las materias religiosas siguen muchos un camino errado. Toman por objeto de sus investigaciones un dogma, y las dificultades que contra él levantan, las creen suficientes para destruir la verdad de la religión, o al menos para ponerla en duda. Esto es proceder de un modo que atestigua cuán poco se ha meditado sobre el estado de la cuestión.

En efecto; no se trata de saber si los dogmas están al alcance de nuestra inteligencia, ni si damos completa solución a todas las dificultades que contra éste o aquél puedan objetarse; la religión misma es la primera en decirnos que estos dogmas no podemos comprenderlos con la sola luz de la razón; que, mientras estamos en esta vida, es necesario que nos resignemos a ver los secretos de Dios al través de sombras y enigmas; y por esto nos exige la fe. El decir, pues, «yo no quiero creer porque no comprendo, es enunciar una contradicción; si lo comprendieses todo, claro es que no se te hablaría de fe. El argumentar contra la religión, fundándose en la incomprendibilidad de sus dogmas, es hacerle un cargo de una verdad que ella misma reconoce, que acepta, y sobre la cual, en cierto modo, hace estribar su edificio. Lo que se ha de examinar es si ella ofrece garantías de veracidad, y de que no se engaña en lo que propone: asentado el principio de infalibilidad, todo lo demás se allana por sí mismo; pero, si éste nos falta, es imposible dar un paso adelante. Cuando un viajero de cuya inteligencia y veracidad no podemos dudar, nos refiere cosas que no comprendemos, ¿por ventura le negamos nuestra fe? No, ciertamente. Luego, una vez asegurados de que la Iglesia no nos engaña, poco importa que su enseñanza sea superior a nuestra inteligencia.

Ninguna verdad podría subsistir, si bastasen a hacernos dudar de ella algunas dificultades que no alcanzásemos a desvanecer. De esto se seguiría que un hombre de talento esparciría la incertidumbre sobre todas las materias, cuando se encontrase con otros que no le igualasen en capacidad; porque es bien sabido que, en mediando esta diferencia, no le es

dado al inferior deshacerse de los lazos con que le enreda el que le aventaja.

En las ciencias, en las artes, en los negocios comunes de la vida, hallamos a cada paso dificultades que nos hacen incomprensible una cosa de cuya existencia no nos es permitido dudar. Sucede a veces que la cosa no comprendida nos parece rayar en lo imposible; mas si por otra parte sabemos que existe, nos guardamos de declararla tal, y conservando la convicción de su existencia, recordamos el poco alcance de nuestro entendimiento. Nada más común que oír: «No comprendo lo que ha contado fulano; me parece imposible; pero, en fin, es hombre veraz y que sabe lo que dice; si otro lo refiriera, no lo creería; pero ahora no pongo duda en que la cosa es tal como él la afirma» (El Criterio, c. XII, § XIII). Hasta aquí son palabras de Balmes; y no hemos titubeado en transcribir todo un párrafo bastante largo de El Criterio, por ver en él tan perfectamente expresado lo que nosotros intentábamos exponer, y por la grande autoridad, de todos reconocida, del eminente filósofo catalán.

Ahora, para mejor inteligencia de las mismas palabras de Balmes y de Augusto Nicolás, y a fin de que se vea con más claridad dónde se halla la raíz de ese defecto que consiste en empezar las disputas por las objeciones, conviene que nos detengamos un poco a considerar la causa por la cual, aun en contra de las verdades más perfectamente establecidas y reconocidas como parte del tesoro científico, sobre las que ha recaído ya el fallo de los siglos, pueden ofrecerse a la mente graves objeciones. Y éstas, a veces, llevan tal apariencia de razón, que no vemos el modo de resolverlas y armonizarlas con aquellas mismas verdades de las cuales no nos es posible dudar. ¿Cómo sucede esto? Para responder a esta pregunta, hay que presuponer que las proposiciones que se ofrecen a la consideración del entendimiento pueden presentársele bajo dos aspectos: uno el verdadero, y otro falso; hay que recordar aquellas palabras del Libro del Eclesiastés (I, 8): «Todas las cosas *del mundo* son difíciles: no puede el hombre *comprenderlas* ni explicarlas con palabras». Hay que tener en cuenta que es muy difícil al limitado entendimiento del hombre penetrar la íntima naturaleza de las cosas y ver sus esencias en sí mismas, bajo todos sus aspectos y mutuas relaciones. Ciertamente es que éstas son de la más perfecta y absoluta armonía, y que no existe ni puede existir la más mínima oposición entre una verdad y otra, cualquiera que sea el orden a que pertenezcan; porque todas tienen un mismo origen, que es la primera verdad, Dios (D. Thom. C. Gent. L. I, C. 7). De ahí el maravilloso conjunto armónico que forman las verdades de fe y las de razón y las de cada uno de esos órdenes entre sí.

Pero nuestro entendimiento no se halla a la suficiente altura para dominar tan vasto y hermoso horizonte y abarcar con su mirada esas armonías de la verdad en el universo y en su Soberano Autor, en el mundo de

los cuerpos y en el de los espíritus, en el orden de la gracia y en el de la gloria. Sólo vemos muy pocas verdades, y éstas aisladas y como sin conexión con las demás, con las cuales constituyen la admirable unidad y variedad, en que consiste la belleza de la creación. Y en vez de descubrir las íntimas relaciones de armonía que existen entre ellas, nos parece con frecuencia, ver relaciones de oposición y antagonismo. Y he aquí la fuente y origen de las objeciones contra la verdad, así como también la razón por la cual se explica el hecho, tan común y ordinario entre los hombres, de la diversidad de juicios y opiniones acerca de una misma cosa, que mientras a unos les parece la más clara y verdadera, para otros es la más falsa y absurda. Es que unos la ven solamente bajo uno de sus varios aspectos, por una sola cara, y los otros bajo otro y por cara distinta. Unos ven las razones en favor de una proposición y otros las dificultades y objeciones en contra de la misma. Sobre esto de ver los objetos por una sola cara tiene también Balmes un párrafo oportunísimo a nuestro propósito, y que sería una falta de omisión el no trasladarlo aquí, es como sigue («El Criterio», Cap. XIII, § V): «Entendimientos, por otra parte, muy claros y perspicaces, se echan a perder lastimosamente por el prurito de desenvolver una serie de ideas que, no representando el objeto sino por un lado, acaban por conducir a resultados extravagantes. De aquí es que con la razón todo se prueba y todo se impugna; y a veces un hombre que tiene evidentemente la verdad de su parte, se halla precisado a encastillarse en las convicciones, y resistir con las armas del buen sentido y cordura a los ataques de un sofista que se abre paso por todas las hendiduras, y se escurre al través de lo más sólido y compacto, como filtrándose por los poros. La misma sobreabundancia de ingenio produce este defecto, como las personas demasiado ágiles y briosas se mantienen difícilmente en un paso mesurado y grave».

Con esto se comprenderá perfectamente en qué consiste el procedimiento de los incrédulos, cuando, en las discusiones acerca de los dogmas católicos, empiezan por las objeciones, como si ellas fueran las únicas a que se haya de atender, y nada más hubiera que tener en cuenta para formar verdadero juicio y decidir con acierto sobre el resultado de una cuestión.

Muy fácil sería poner de manifiesto y hacer resaltar lo defectuoso y absurdo de tal modo de proceder en cuestiones filosóficas e históricas del orden humano; pero como más pertinente a nuestro objeto, vamos a poner en evidencia dicho absurdo, aunque muy brevemente, haciendo alguna que otra aplicación a las discusiones acerca de los dogmas de la fe católica. Sirva de ejemplo una discusión sobre el misterio inefable de la Santísima Trinidad. Este dogma, como cualquiera otra verdad, podemos considerarlo por el lado de las pruebas en su favor, y por el de las objeciones en contra. Las pruebas en su favor son el testimonio de infinito va-

lor del mismo Dios, y los motivos de credibilidad, por los cuales se demuestra que Dios ha atestiguado la verdad de dicho dogma, así como también todos los demás que la Iglesia católica propone a la creencia de los fieles. Esa exposición de los dichos motivos de credibilidad y de su fuerza demostrativa de que Dios ha hablado a los hombres, y de que la Iglesia católica es la depositaria de la palabra divina, se halla magistralmente hecha en las obras de los apologistas católicos, y especialmente en las del Angélico Doctor. Nosotros pensamos decir de intento algunas palabras acerca del mismo asunto, cuando llegue el momento oportuno, en conformidad con el plan que nos hemos trazado. Por ahora, baste decir, que la fuerza demostrativa de los mencionados motivos es tal que hizo exclamar a Ricardo de San Víctor (*De Trin.* I, c. 2): «Si lo que nosotros creemos es un error, Vos mismo, oh Dios, sois el que nos engañáis». Esto sin contar las razones de congruencia que aduce el Angélico Doctor en varias partes de sus obras, especialmente en la *Sum. Theol.* (P. I, Q. XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, y en la «C. Gent.» Lib. IV, cap. 1-26), en donde de tal modo trata de tan altísimo misterio, que no parece pueda la razón humana pedir más para esta vida. Esto en cuanto a las pruebas en favor de este dogma.

Veamos ahora lo que debe pensarse de las objeciones en contra del mismo. ¿En qué consisten estas objeciones? ¿Qué valor tienen? Desde luego podemos contestar con las siguientes palabras de Enr. F. de Aguessau: (*Cartas sobre varias materias*, tom. XVI de sus obras, páginas 143 y 144). «Todos los argumentos de los enemigos de la religión cristiana (ya hablando del dogma al que nos estamos refiriendo) se fundan en el único supuesto de una contradicción real en el misterio de la Santísima Trinidad; contradicción que jamás llegarán a demostrarnos. Las consecuencias que de aquí deduzcan deben por lo mismo ser necesariamente falsas; y, lejos de que la razón las favorezca, sucede todo lo contrario: cuanto más perfecta y más ilustrada es, más siente y reconoce sus defectos». Ya Sto. Tomás había dicho (*Contra Gentes*, Lib. I, Cap. 7): «Quaecumque argumenta contra fidei documenta ponantur, haec ex principiis primis naturae inditis, per se notis, non recte procedere. Unde nec demonstrationis vim habent, sed vel sunt rationes probabiles vel sophisticae; et sic ad ea solvenda locus relinquitur». Y, en efecto; ningún filósofo incrédulo ha presentado hasta ahora, ni presentará nunca ninguna objeción que no se halla resuelta por el mismo Angélico Doctor.

Y en realidad, todas las objeciones contra el misterio de la Santísima Trinidad no tienen más fundamento que la ignorancia religiosa, una mala inteligencia del verdadero sentido del dogma según la doctrina de la Iglesia o las preocupaciones de la incredulidad. Esa ignorancia y esa mala inteligencia aparecen especialmente en el principal argumento tantas veces propuesto por el racionalismo y la incredulidad, y tantas veces contestado y satisfactoriamente resuelto por los teólogos y apologistas ca-

tólicos, con la misma respuesta y la misma solución dadas por el Angélico Maestro.

Dos cosas, dice la incredulidad, repitiendo siempre la misma cantilena, dos cosas que son las mismas que otra tercera, son igualmente las mismas entre sí; por consiguiente, siendo las tres divinas personas una misma cosa con la divina esencia, deben ser también una misma cosa entre sí. Alguno pudiera creer que, si el presentar ese argumento es algún mérito y alguna gloria, tal mérito y tal gloria pertenece a los modernos racionalistas e incrédulos; pero nada de eso, porque el mismo argumento se lo propuso y le dió perfecta solución el Angélico Doctor, hace ya más de seis siglos. Pondremos las palabras textuales del Santo, a fin de que nada pierdan del vigor de su expresión. «Videtur (dice el Angélico, P. I, Q. XXVIII, a. 3, arg. 1), quod relationes quae sunt in Deo, realiter ab invicem non distinguuntur. Quaecumque enim uni et eidem sunt eadem, sibi invicem sunt eadem. Sed omnis relatio in Deo existens, est idem secundum rem cum divina essentia. Ergo relationes secundum rem ab invicem non distinguuntur». No es posible proponer la objeción con más claridad y menos palabras. Nadie podrá decir que Santo Tomás pasa por alto las objeciones, ni que disimula la mayor o menor apariencia de fuerza que puedan tener. Veamos ahora cómo la resuelve. (Lugar citado, ad 1.^m) «Ad *primum* ergo dicendum, quod, secundum Philosophum (Physic. lib. III, text. 21), argumentum illud, quod *quaecumque uni et eidem sunt eadem, sibi invicem sunt eadem*, tenet in his quae sunt idem re et ratione; sicut tunica et indumentum; non autem in his quae differunt ratione. Unde ibidem dicit quod licet actio sit idem motui, similiter et passio, non tamen sequitur quod actio et passio sint idem; quia in actione importatur respectus, ut a quo est motus in mobili; in passione vero, ut qui est ab alio. Et similiter, licet paternitas sit idem secundum rem cum essentia divina, et similiter filiatio; tamen haec duo in suis propriis rationibus important oppositos respectus. Unde distinguuntur ab invicem». Estas palabras del Angélico Doctor, cuya explicación y desarrollo pueden verse en los comentaristas del Santo, al exponer el citado lugar de la «Summa Theologica», minan por su base y reducen a la nada ese argumento *Aquiles* de la incredulidad contra el augusto e inefable misterio, que constituye la misma vida íntima de Dios, y que por su misma naturaleza de vida íntima de Dios, tiene que ser, por necesidad, lo más secreto, impenetrable y elevado sobre la razón humana, pero no contrario a esa misma razón. Porque debe tenerse muy en cuenta que son dos cosas completamente distintas ser algo sobre la razón y ser contrario a la razón; por más que los incrédulos parece que no entienden o no quieren entender una verdad tan clara y manifiesta y tan de sentido común. Como si dos líneas paralelas fuesen contrarias, por el sólo hecho de hallarse la una en un plano más elevado que aquel en el cual se halla la otra. En esto confunden los incrédulos la ley del paralelismo con la de

contrariedad y oposición. A propósito de la mencionada e importante distinción entre ser una cosa superior y ser contraria a la razón, no sobrarán, antes bien serán muy oportunas en este lugar unas palabras de Leibnitz que dicen así: (*Teodicea*, discurso sobre la conformidad de la fe con la razón)). «Hay una distinción que no debe nunca olvidarse, *entre lo que es superior a la razón y lo que es contrario a la razón*. Lo que es contrario a la razón es contrario a las verdades absolutamente ciertas e indispensables, y lo que es superior a la razón es contrario sólo a lo que estamos acostumbrados a experimentar. Una verdad es superior a la razón cuando nuestro entendimiento no sabe comprenderla: tal nos parecen la Santísima Trinidad y tales son los milagros reservados a sólo Dios, como por ejemplo, la creación. Pero una verdad no puede ser nunca contraria a la razón, y lejos de ser incomprensible un dogma porque la razón lo combate, puede decirse que nada es más difícil de comprender que su absurdidad. Dije al principio que por *la razón* no quiero entender aquí las opiniones y discursos de los hombres, y mucho menos el hábito de juzgar de las cosas según el curso ordinario de la naturaleza, sino el encadenamiento inviolable de las verdades». La misma distinción se halla expresada por el Doctor Angélico con su acostumbrado claro y hermoso latín, cuando dice (*Contra Gentes*, lib. I, cap. VII): «*Quamvis autem praedicta veritas fidei christianae humanae rationis capacitatem excedat, haec tamen, quae ratio naturaliter indita habet, huic veritate contraria esse non possunt*».

Lo dicho nos parece suficiente para poner de manifiesto el vicio radical de que adolecen las objeciones de la incredulidad contra las verdades que nos enseña la fe. Pero además de ese vicio que afecta a todas ellas, porque en todas se presupone, y basta él solo para anularlas, y destruir toda la fuerza aparente que parecen tener y con la que se presentan, hay otros muchos que afectan a las mismas objeciones según la propia índole y especial carácter de cada una. Señalar todos esos vicios uno por uno, es cosa que ni entra en nuestro plan, ni es tampoco necesaria para el objeto que aquí nos proponemos. Además, que ese trabajo lo han llevado a cabo los teólogos y apologistas católicos, y muy especialmente el Angélico Doctor, en cuyas obras se halla un verdadero arsenal de objeciones, cada una con su correspondiente y satisfactoria solución. Hasta aquí sólo nos hemos propuesto manifestar, o mejor dicho, llamar la atención, porque la cosa, de suyo, es demasiado clara, sobre el hecho de que, cuando los incrédulos, en las cuestiones relativas a los dogmas católicos, empiezan por las objeciones, relegando al último lugar las pruebas, o prescindiendo en absoluto de ellas, incurren en uno de los más graves defectos contrarios a lo que exige el verdadero método en la investigación de la verdad.

FR. PASCUAL BROCH, O. P.

Rosaryville (U. S. A.) Ponchatoula, La.

Los Manuscritos del Cardenal Torquemada

en la Biblioteca Vaticana

Cuando los católicos del mundo entero dirigen su mirada filial al Vaticano para venerar la persona augusta del Sumo Pontífice Pío XI y darle pruebas de adhesión inquebrantable en su Jubileo Sacerdotal, no será fuera de propósito que nosotros, después de habernos postrado a sus plantas y recibido su bendición paternal, continuemos recreándonos con la consideración de la Iglesia Católica y de su Cabeza visible en la tierra, al través de la luz esplendorosa que proyectan sobre el Vaticano las obras del inmortal dominico fray Juan de Torquemada (1388-1468).

Fué éste uno de los Cardenales que más se sacrificaron por Ella y por el Papa, consagrándose en cuerpo y alma a su servicio y defendiendo a capa y espada—de palabra y con la pluma—sus divinas prerrogativas. Tanto es así que el Concilio de Florencia y, más tarde, el Sumo Pontífice Pío II quisieron honrarle con el glorioso título de **Defensor de la Fe** (1).

Larga fué su vida e incansable su actividad. Ocupado en mil asuntos delicados, como Maestro del Sacro Palacio, Delegado del Papa y Príncipe de la Iglesia; tomando parte tan activa en los Concilios de Basilea y Florencia en que se debatieron cuestiones de trascendental importancia; distraído con frecuentes consultas así de parte de Prelados como de religiosos y seglares, y molestado con diversas enfermedades, halló tiempo su-

(1) «*Concilio Florentino interfuit, in quo cum Gracis disputando, et respondendo Oratoribus Conciliabuli Basiliensis, primum Eugenii cunctorumque Summorum Pontificum in Catholica Ecclesia, necnon eiusdem auctoritatem supra Concilium mordicus defendit. Quare propter haec, et ab ipso gesta in Basiliensi Concilio in favorem Apostolicae Sedis, fideique catholicae, DEFENSORIS FIDEI nobilem titulum a Patribus eiusdem Synodi promeruit*». (Fontana, *Theatrum Dominicanum*. P. 2.^a, c. 3, págs. 381 y 395 s. Roma, 1666).

ficiente para reconcentrar su espíritu y escribir más de *cuarenta* obras, casi todas sobre materias eclesiásticas (1).

Mucho abogan en su favor y condenan nuestra indolencia, por el olvido en que las tenemos, la rapidez con que se propagaron sus manuscritos y las numerosas ediciones que de ellos se hicieron, apenas fué conocida la imprenta, descubrimiento felicísimo que Torquemada patrocinó desde el primer momento y trabajó por implantar en Italia, sin perdonar sacrificio de ningún género (2). Grande fué la fama que con sus obras se conquistó, pues hasta nuestros teólogos del s. xvi le citan como una autoridad.

Hoy su nombre apenas es conocido; y si todavía hay quien de él se acuerde, es muchas veces para execrarle, confundiéndole por una parte con su sobrino Tomás de Torquemada, y desconociendo por otra, en absoluto, la personalidad, rectitud y méritos extraordinarios del famoso Inquisidor General de España. Oír hablar de Torquemada y representarse enseguida el tipo encarnado del terror, de la crueldad y de la injusticia, suele ser todo uno. Y sin embargo nada más falso.

En la esperanza de que, no tardando, habrá quien salga a la palestra para hacer justicia a nuestro primer Inquisidor General, vamos a ocuparnos por ahora de su tío el CARDENAL TORQUEMADA, estudiando los manuscritos que de él se conservan en la Bibl. Vaticana. Aparte de su valor intrínseco, constituyen una de las fuentes más fidedignas y copiosas

(1) A este propósito plácenos consignar aquí un testimonio nada sospechoso, elocuente y tanto más digno de atención cuanto que salió de la pluma del gran historiógrafo Pastor, el cual, no obstante las excelsas cualidades con que el cielo le había enriquecido, abrigaba sentimientos de ninguna simpatía para cuanto guardaba relación con España y con la Orden Dominicana. Esto de todos es sabido; pero no queremos ahora sentar plaza de jueces para sentenciar, conforme a la mezquindad de nuestros juicios humanos, en la causa de un mortal que ha dado ya cuenta de sus obras en el tribunal de Dios. Dice así: «*Soweit die Theologie in Betracht kommt, war Torquemada unzweifelhaft das gelehrteste Mitglied des heiligen Kollegiums; mit Recht hat man ihn den grössten Theologen seiner Zeit genannt. Die Wissenschaft, pflegte Torquemada zu sagen, sei der einzige bleibende Schatz für dieses Leben, die durch Studium erworbene Weisheit allein entschädige den Menschen für die Kürze des Lebens durch Aussicht auf ein unsterbliches Leben. Die schriftstellerische Thätigkeit Torquemadas, der für einen der frömmsten Kardinäle galt, erstreckte sich fast auf alle Fragen welche die Kirche seiner Zeit bewegten. Er war einer der ersten, die mit den Wassen der Wissenschaft für die Rechte des Papsttums wieder eintraten*». (Pastor, *Geschichte der Päpste*, T. I, L. III, I, p. 355, Freiburg im Breisgau, 1901).

(2) De ahí provino el que su obra *Meditationes* fuera el primer libro ilustrado que se publicó en Italia, el año de 1467. (Véase L. de Gregori, Bibliotecario della Casanatense, *Del chiostro della Minerva e del primer libro con figure stampato in Italia*. En «*MEMORIE DOMINICANE*», números 3, 5 y 6. Firenze, 1926).

para conocer la fisonomía espiritual y el ambiente en que se desarrolló la vida de este célebre dominico español.

Muchas son las Bibliotecas públicas, de las que llevamos recorridas hasta el presente, en que se conserva uno o varios códices de nuestro Cardenal; pero podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que el fondo más rico, de cuantos actualmente existen sobre esta materia, es el de la Biblioteca Vaticana. El haberlo descubierto se lo debemos al M. R. Padre Beltrán de Heredia, conocidísimo de nuestros lectores, a quien damos las gracias de todo corazón.

Al Vaticano han ido a parar entre otros—aparte de los que con la desolación sembrada por Napoleón desaparecieron—algunos de los mss. que su autor mismo había legado como precioso testamento al Convento de la Minerva, donde pasó la mayor parte de su vida, donde contribuyó eficazmente con su dirección y expensas a la construcción de la magnífica Iglesia que aún hoy admiramos, donde fundó la renombrada Cofradía de la Anunciata en favor de las doncellas pobres y donde quiso fueran sepultados sus restos mortales (1).

Algunos de estos mss. son autógrafos y otros han sido copiados por sus amanuenses o corregidos por él. Es más: parte de su producción literaria, que nosotros sepamos, yace aún en el olvido, oculta entre el polvo de las bibliotecas. Y no hay para qué ponderar la oportunidad y la grande utilidad de una edición crítica de sus obras, sacando a luz aquellos tesoros y cotejando las ya impresas con los manuscritos que se encuentran dispersos por distintas bibliotecas. Es esto tanto más justo cuanto que, habiendo sido él el fundador, por decirlo así, de la Iglesiología mediante su obra magna DE ECCLESIA, merece que se le conozca a fondo y se haga un estudio comparativo de sus doctrinas con las de sus predecesores y continuadores, a fin de poder justipreciar el gran empuje que dió Torquemada a este ramo del saber humano.

El fondo actual de manuscritos de Torquemada, existentes en el Vaticano, abarca 65 códices, de un gran valor, por lo general. Salvo rara excepción, todos son de los ss. xv-xvi.

He aquí una breve descripción de cada uno de ellos, haciendo notar de antemano:

- a) Que cuando en la descripción de los mss. se señala la época de su

(1) Todavía hoy, después de casi cinco siglos, se conserva la siguiente nota del siglo xv en una de las guardas del códice Vat. lat. 2.269 que contiene parte del Comentario de Torquemada al Decreto de Graciano: *Donavit hunc librum Reuerendissimus pater et dominus dominus Johannes de Turrecremata ordinis predicatorum Episcopus Sabinen. Sacrosancte Romane ecclesie Cardinalis sancti Sixti vulgariter nuncupatus Conuentui Sancte Marie Super Mineruam.*

encuadernación, es porque lo dan así a entender los escudos de Papas y Cardenales que aparecen al dorso o en las cubiertas de los mismos.

b) Que en la transcripción se ha procurado conservar el texto tal cual está, toda vez que se trata de dar a conocer al público la parte externa, digámoslo así, de dichos mss. Otra cosa sería si pretendiésemos hacer una edición íntegra y correcta de las obras de Torquemada. Únicamente hemos descifrado las abreviaturas, para facilidad del tipógrafo y comodidad del lector.

c) Que, si a veces no va indicado el género de escritura de un ms., entiéndese que está en letra caligráfica de la época respectiva.

I.—VAT. LAT. 973. Vitela, s. XV, mm. 229 × 162, ff. 34, a líneas tiradas; 34 ilustraciones en colores muy sobrios—rojo, amarillo, verde y dorado—; títulos y capitales en letra encarnada, así como la nota marginal del f. 29 r, alusiva a la ilustración de la persona misma del Card. Torquemada; encuadernación en pasta recubierta de piel encarnada en tiempo de Pío VI, siendo Bibliotecario de la Vaticana el Card. Zabala. La escritura es toda de la misma mano, a excepción de una nota del f. 29 y de algunas correcciones que aparecen de cuando en cuando (1) y que son autógrafas de Torquemada, según se desprende de las últimas palabras del colofón, en cursiva: *corre[c]te per eum*, y de la absoluta semejanza que guardan con otros escritos ciertamente suyos, como diremos después.

Por eso este texto debe retenerse como el auténtico de verdad, así como es también auténtica la miniatura que del Cardenal nos ofrece en el f. 29, a cuyo margen se leen estas palabras: «*Rmus. dominus Iohannes de Turre cremata Episcopus Sabinensis sacrosancte Romane ecclesie Cardinalis Sancti Xisti m[n]cupatus*. Vestido con el hábito dominicano y teniendo a sus plantas el Capelo cardenalicio, aparece de rodillas el venerable anciano ante su Patrono S. Sixto, a quien dirige esta sentida plegaria: «*Gloriosus et mirabilis in sancto Sixto apparuisti, bone Iesu, dum ei et in confessione inconcussam fidei virtutem, et in Passione gloriosam victoriam contulisti. O Pastor eximie, basis firmitatis, adamas constantie, dorix puritatis, Sixte, fons clementie, rivus largitatis, militantem me in acie sub titulo tue Sanctitatis, post cursum presentis uite iunge cum Beatis*».

Hay al principio dos guardas en papel y otra al final. Los cuadernillos son de 10 ff., y van indicados con el reclamo y, en cada folio, con letra y número correspondientes. Los cuatro últimos folios están sin numerar. Cada miniatura va protegida con una hoja de papel, del tiempo de la encuadernación.

(1) Cf. ff. 11 r, 19 r, 24 v, 27 v, 32 v, etc.

Rub. (f. 1 r): *De Creatione Rerum Contemplatio prima*. Encima va la ilustración sobre la creación del mundo.

Inc.: *O admiranda et laudanda*.

Expl. (ff. 33 v-34 r): *recedat a memoria. Deo gratias Amen. Expliciunt Contemplationes. Composite per Rmum. dominum dominum Iohannem de Turrecremata, Cardinalem sancti Sixti vulgariter nuncupatum* (f. 34 r) *ffacte* (sic) *in claustro fratrum predicatorum de Minerua Rome* (sigue cursiva, probablemente de la mano de Torquemada) *correte* (sic) *per eum*.

II. — VAt. LAT. 974. Perg., s. XV-XVI, mm. 298 × 217 poco más o menos, ff. 76, a dos columnas; títulos en letra encarnada; capitales en rojo y azul hasta el f. 62 r, pues en los siguientes quedaron los espacios vacíos; ornamentación italiana s. xv-xvi del f. 1 r, que lleva en el margen inferior las armas del Cardenal, del f. 18 v y, a medias del 17 v; encuadern. en pasta recubierta de pergamino encarnado durante el papado de Pío VI. La escritura es de dos manos distintas: de una hasta el f. 62, y de otra lo restante. Los cuadernillos son de 10 ff., a no ser el séptimo que es de 8 y el primero que también lo es y que en la numeración salta del uno al tres. La indicación va hecha con el reclamo y con letra y número correspondiente; sólo en el octavo falta la letra. En el perg. hay con frecuencia entradas notables, por defecto del mismo material. Al final, una guarda en papel. Quedaron en blanco los ff. 74 v-76 v. Contiene los siguientes escritos de Torquemada:

1. (ff. 1 r - 17 v). Rub.: *Incipit Symbolum veritatum fidei Romane ecclesie que fuerunt collecte per Reuerendissimum patrem et dominum dominum Iohannem de Turrecremata Episcopum Penestrinum Sancte Romane ecclesie Cardinalem sancti Sixti vulgariter nuncupatum, pro informatione manicheorum*.

Inc.: *Beatissime pater... Iohannes episcopus Penestrinus... Religiosa illustris Regis Bosne fides*.

Expl. (f. 17 vb): *pena condigna plectendi*.

Rub.: *Explicit Symbolum veritatum fidei romane ecclesie quibus manicheorum Quinquaginta reprobantur errores*.

A continuación está la rúbrica. *Sequitur acceptatio predictarum veritatum cum iuramento semper tenendo (!) eas et credendo (!) facta per manicheos publice coram sanctissimo domino nostro papa Pio*. Y al terminar el texto de la aceptación, se dice con letra encarnada: *Factum Rome in ecclesia sancti Petri, die 14 mensis Maij. Anno domini 1461*.

2. (ff. 18 ra-55 va). Rub.: *Incipit tractatus contra principales errores perfidi Machometti et Turcorum siue Sarracenorum, copulatus (sic) per eundem Rmum. patrem et dominum Cardinalem sancti Sixti*.

Inc.: *Beatissimo et clementissimo domino et patri domino Pio vniuersalis ecclesie summo pontifici. Iohannes de Turrecremata Romane ecclesie, tituli sancte marie in Transtiberim presbiter Cardinalis, sancti Sixti vulgariter nuncupatus... Letatus sum, beatissime pater, et non parum exultauit spiritus meus.*

Expl. (f. 55 rb): *hiis qui diligunt eum.*

Rub. (ib.): *Explicit tractatus contra principales errores perfidi Machometi.*

Sigue luego la tabla de cuestiones en los ff. 55 rb-55 va.

3. (ff. 55 va-62 rb). Rub.: *Incipit libellus velociter compositus et editus per Reuerendissimum patrem et dominum dominum Iohannem de Turrecremata Episcopum Sabinensem, Sacrosancte Romane ecclesie Cardinalem, sancti Sixti vulgariter nuncupatum, contra certos hereticos nouiter impugnantes paupertatem christi et suorum apostolorum.*

Inc.: *Quis det oculis meis fontem lacrimarum et plorabo quod in populo cristiano.*

Expl. (f. 62 rb): *redemptionis humani generis.* Termina con la misma rúbrica que al principio.

4. (ff. 62 va-63 vb). Carece de rúbrica y de inicial. [**Novus tractatus circa paupertatem Christi**] Inc.: *[C]ogimur fidei zelo aduersariorum veritatem quam de sanctissima et honoratissima paupertate christi iuxta catholicos doctores ecclesie, in quodam tractatu nostro scripsimus, dictis respondere.*

Expl.: *Ista sufficiant pro nunc, quia plurima alia notata sunt in tractatu nostro de paupertate christi.*

5. (ff. 63 vb-65 ra). Carece de rúbrica y de inicial. [**De paupertate et perfectione**].

Inc.: *[R]euerendissime pater et domine domine mi singularissime, perlectis R[euerendissime] d[ominationis] v[estre] litteris, intellexi eandem michi precipere ut dicerem super duobus. Primum est quod paupertas actualis, licet non sit simpliciter perfectio, ut est priuatio pecuniarum, tamen affectio animi ad cauendum talibus propter deum est perfectio. 2.^{um} est quod, etsi paupertas non sit de essentia perfectionis, ipsa tamen paupertas est de essentia interioris perfectionis...*

Expl.: *occurrit ad quesita vestra que vestre d. correctioni submitto quam deus felicem conseruare dignetur. Ex tyburi 8 septembris.*

6. (ff. 65 ra-67 vb). Carece de inicial y de rúbrica.

Inc.: *[C]um venisset ad manus nostras libellus quidam intitulatus de monarchia et origine principatus aduersus romani imperii dignitatem,*

visus est nobis plurima falsa continere et diuine ordinationi repugnare...

Expl.: *errare uidetur aduersarius sic dicendo. Explicit opusculum festinanter collectum ad honorem romani imperij et dominorum Romanorum per Reuerendissimum dominum dominum Cardinalem, sancti Sixti vulgariter nuncupatum. Deo gratias.*

7. (ff. 68 ra-74 rb). Carece de inicial y de rúbrica.

Inc.: *[D]um nuper deuotam historiam beate agnetis virginis et martiris gloriose, persoluendi officium gratia, perlegeremus.*

Expl.: *participes efficiamur. Amen. Explicit tractatus de nuptiis spiritualibus editus et compositus per Reuerendissimum patrem et dominum dominum Iohannem de Turrecremata, Episcopum Sabinensem, Sacrosancte Romane ecclesie Cardinalem, sancti Xisti vulgariter nuncupatum. Deo gratias.*

III.—VAT. LAT. 975. Vitela, s. XV, mm. 284 × 212, ff. 179, a dos columnas; capitales en rojo y azul; títulos en letra encarnada; ornamentación de la inicial del f. 1r. que en el margen inferior lleva entre flores las armas del Cardenal Torquemada; encuadern. en pasta recubierta de piel roja en tiempo de Clemente XII, siendo Bibliotecario de la Vaticana el Card. Angelo Quirini. La escritura es de la misma mano, a no ser las correcciones y adiciones marginales, que sin duda son del amanuense.

Las indicaciones del corrector, aunque hoy casi imperceptibles, aparecen con frecuencia en el margen. Llevan su reclamo los cuadernillos que son de 10 ff., menos el último que actualmente tiene nueve. El margen exterior de algunos folios está restaurado. Quedaron en blanco los ff. 114 v. 115 ra casi del todo, y 179.

Comprende dos tratados:

1. ff. 1 ra-112 ra). Inc.: *Sacro et colendissimo Reuerendissimorum patrum sancte Romane ecclesie dominorum Cardinalium collegio. Suus humilis seruator Iohannes de Turrecremata Episcopus Sabinen... Cogitanti michi quid de sudoribus mei studij.*

En el comentario sigue el orden de los Evangelios *iuxta ritum dominicanum*.

Expl. (f. 112 ra): *diuersimode dispensat.*

Rub.: *Expliciunt questiones super euangelijs dierum dominicanarum,*

2. (ff. 112 ra-174 va). Rub.: *Incipiunt questiones super euangelijs in diebus festiuis.* Inc. (f. 112 rb): *Primo utrum christus conuenienter.* Empieza por la fiesta de S. Andrés. Viene luego «*in festo beati Nicolai*» que está sin terminar, por haber quedado parte de un folio en blanco; las últimas palabras son: *Ad secundam (rationem) respondetur negando conse-*

quentiam ratione iam dicta (f. 114 vb). Casi al final del 115 ra comienza, «*in festo beati Thome apostoli*».

Expl. (f. 174 va): *sed fidem que argento pretiosior est* (en la fiesta de santa Catalina virgen y mártir).

Rub.: *Expliciunt Collationes pro dominis Cardinalibus pro colocationibus post mensam, collecte per dominum Iohannem de Turrecremata Episcopum Sabinensem sancte Romane ecclesie Cardinalem, sancti Sixti vulgariter nuncupatum*. Sigue luego la tabla de cuestiones en los ff. 174 vb-178 vb.

IV.—VAT. LAT. 976. Papel, s. XV-XVI, mm. 340 × 235, ff. IV-212 (1), a líneas tiradas; capitales en rojo y azul, ligeramente adornadas; títulos en letra encarnada; ornamentación del f. 1 r, que lleva al margen inferior el escudo de armas de un obispo, probablemente alemán, llamado Teodoro. Me inclino a creer que este códice fué copiado a petición suya y para su uso. La escritura parece también alemana, por lo fuerte que es, aunque caligráfica y muy clara; y finalmente, el nombre mismo del amanuense corrobora nuestra opinión: *Scriptum per me Egbertum noet* (f. 208 r). Los cuadernillos de a 10 ff., llevan reclamo, no siempre de la misma mano, y letra y número correspondiente; de la *r* vuelve otra vez a la *a*, con el comienzo de un nuevo tratado de Torquemada. La encuadern. en pasta, recubierta de piel roja. Se encuentran varias indicaciones marginales, algunas de mano distinta, como en los ff. 94 v, 98 v-99 r y 113 r. Son de notar las del corrector, de mano finísima, y las del amanuense que sigue sus pasos. Están en blanco los ff. 182 v y 209-212. La paginación en números romanos, es igualmente de otra mano y tinta más débil. Preceden al texto cuatro folios que contienen el índice detallado de todo el manuscrito. Hay una guarda al principio y otra al final. A lo largo del canto se lee en capital: *Tractatus Rmi. domini Cardinalis sancti Sixti*. Estos son los siguientes:

1. (ff. 1 r-51 r). Rub.: *Ad beatissimum Pium Secundum pontificem maximum et uniuersalem papam. Reuerendissimi patris Io. de Turre Cremata Sancte Romane ecclesie Cardinalis aduersus spurcissimam mahumetorum sectam, liber incipit*.

Inc.: *Beatissimo et clementissimo domino... Io. de Turre Cremata... tituli sante marie transtyberim presbyter Cardinalis, sancti Sixti vulgariter nuncupatus. Post humilem recomendationem*. La B inicial está ornamentada.

Expl. (f. 50 v): *his qui diligunt deum*.

(1) Sin interrupción del texto, salta la paginación del f. 135 al f. 138.

Rub. (ib): *in fine canitur laus. Explicit tractatus contra principales errores perfidi Machometi et Turcorum siue Sarracenorum, sic festinanter copulatus (sic) per Rnum. dominum sancti Sixti, propter dietam principum proxime celebrandam. Ad obuianum hostilitatis incursibus Turci. Cuius tractatus sunt capitula que sequuntur. Capitula sequentia per ordinem errorum.* Y sigue la enumeración de los errores, ni más ni menos que como al principio, en el índice general.

2. (ff. 51 v-70 v). Rub.: *Incipit tractatus (1) contra Alchoranum legem mendacissimam Sarracenorum a fratre petro de pennis ordinis fratrum predicatorum. Prohemium. Inc.: Quia predicatorum ordo. Expl.: et ipsius Alchoranum. Rub.: In fine Canitur laus. Explicit tractatus contra falsissimam legem Machometi, editus a fratre petro de pennis ord. fratrum pred. finitur manu sinistra.*

3. (ff. 71 r-94 v). Rub.: *Item Reprobationes triginta octo articulorum quos tenent heretici usiti de maldauis. Prohemium. Inc.: Beatissime pater, scriptura sancta testante. Expl.: Breuitatis causa supersedemus.* (con tinta encarnada: *laus deo*) *finitur compendium breuitatis causa compositum contra regni bosne erroneos et hereticos articulos per Iohannem (2) de Turrecremata Sacrosancte Romane ecclesie Cardinalem...* Además de las notas marginales, de que hablamos en la descripción del código, hay otras en los ff. 80 v-81 r, del mismo tiempo, pero de tinta muy clara, cuyo copista ha entresacado del texto los nombres de los doctores citados en favor de la comunión *sub una specie* y las razones en que se fundan.

4. (ff. 94 v-101 r). Rub.: *De aqua benedicta, ubi etiam de speciebus sacramentalibus altaris, si in eis sit aliqua virtus, problemma. Inc.: Iniunxit michi nuper Reuerendissima paternitas vestra, pater colendissime, probleuma (sic).*

Expl.: *quandoque aliud contingere.* (con tinta encarnada: *laus deo*) *Hec*

(1) Indicamos este tratado, aunque no sea de Torquemada, por no alterar el orden, ya que todo el resto del ms. contiene escritos de nuestro Cardenal.

(2) Equivocadamente había escrito el amanuense: *Iohannem cathalanum*; pero lo corrigió después. Esto nos hace recordar otros dos escritos que el Catálogo de la Bibl. Vaticana atribuye a Torquemada y que se encuentran en el Ottob. lat. 1759.

Helos aquí:

1. (ff. 219 v-249 v). Inc.: [Q] *Vamuis ut ait beatus Hieronymus. Expl.: uel etiam impugnari. Laus deo.* En el sumario lleva esta rúbrica: *Tractatus Dominj Johannis Episcopi (un espacio vacío) Cardinalis sancti Sixti Cathalanj.*

2. (ff. 250 r-259 v). Inc.: [1] *N QUODAM TRACTATU Quem nuper edidi. Expl.: ac determinationi Sanctissimi dominj nostri domini Eugenij Pape quarti et Sacrosanctae Romanae Ecclesiae.*

sunt, Reuerendissime pater et domine, que ego vester humilis capellanus magister Iohannes de turre Cremata pro proposito michi probleumate collegi, que lime correctionis vestre prudentissime dominationis humiliter offero examinanda et emendanda. Basilee.

5. (ff. 101 r-111 v). Rub.: **Tractatus factus per fratrem Iohannem de Turrecremata Contra Auisamentum** (1) **quoddam basiliensium quod non liceret appellare a Concilio ad papam.** Inc.: *Sancta synodus Basiliensis.* Expl.: *circa hoc auisamentum appellationum* (en letra encarnada: *finis*). Torquemada se muestra muy sensato y respetuoso para con los PP. del Concilio, pero en modo alguno accede a sus proposiciones sumamente perniciosas y erróneas.

6. (ff. 111 v-117 v). Rub.: **Sequuntur collecta per dominum sancti Sixti super petitione Regis Francie vt aliud tertium celebraretur Concilium.** Inc. (f. 112 r). *Quod autem conuenientissimum esset...* Antes va el *Prohemium* (esta palabra en rojo): *Quoniam non hominis sed diuinitatis esse conuincitur omnia inconcuse tenere in memoria.*

Expl. (f. 117 v): *et cum impiis non sedebo, finitur manu sinistra.*

7. (ff. 118 r-131 v). Inc. (f. 118 v): **Sequitur tractatus in quo ponuntur impugnationes quorundam propositionum quas quidam magister in theologia nominatus Alfonsus de matricali posuit et asseruit.** Antes va el *Prohemium* (esta palabra en tinta encarnada).

Expl.: *cuius dispositione ac iussu collecta sunt, corrigenda submitimus.*

8. (ff. 131 v-162 r). Rub.: **De Sacramento Eucharistie Incipit tractatus ubi contra Bohemos** (2) **sufficiencia communionis sub vna specie tantum.** Inc.: *Quarundam religiosarum personarum sacri ordinis crebris et deuotis precibus me pulsantium* (3).

Son 15 capítulos muy hermosos.

Expl.: *Hec sunt carissimi fratres, que, vestre dilectionis precibus in-*

(1) Acerca de esta palabra, véase P. Beltrán de Heredia, *Estudios críticos sobre los Cuodlibetos de Santo Tomás.* En *LA CIENCIA TOMISTA*, 1924, Mayo-Junio, p. 384.

(2) Torquemada los conocía perfectamente, a causa de las disputas habidas con ellos en 1433.

(3) Recuerda Echard a este propósito que Odorico Rainaldo, en sus *Ann.* de 1437, n.º 21, alaba el egregio Comentario sobre el Sacramento de la Eucaristía que Torquemada escribió en Basilea, a petición de sus hermanos de hábito, los Dominicos de Bohemia, a fin de que pudieran éstos responder fácilmente a los vanos argumentos de los herejes que en aquel país pululaban (Cf. Quétil-Echard, *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, t. I, p. 843, col. 1, Lutetiae Parisiorum, 1719).

flexus, his sanctis diebus festinato labore, vtinam utili pro vestra consolatione collegi. Orationum vestrarum auxilio me, queso, iuuetis vt hoc diuinissimum sacramentum sit michi impetratio venie, stabilimentum gratie, lumen peregrinationis mee: et tandem introductio felicitatis eterne. Amen.

9. (ff. 162 v-182 r). Rub.: *Hic incipit questio de decreto irritante quod attemptabatur per multos Basilee contra summum pontificem in materia prouisionis ecclesiarum et collationis benefitorum.* Inc.: *Quoniam lex, teste tam morali quam diuina doctrina...*

Expl.: *vt in hoc sacro Concilio decretanda ecclesie sue sancte sint vere accommoda et utilia. Amen. finitur Manu sinistra.*

Antes de entrar en materia protesta que a ninguno de los presentes quiere hacer alusión. Es admirable el respeto y circunspección que guarda en el hablar, y, por otra parte, la firmeza con que sostiene los derechos de la S. Sede.

10. (ff. 183 r-208 v). Rub.: *Rmi. patris domini Iohannis episcopi pnestrinj, Sancte Romane ecclesie Cardinalis, vulgariter sancti Sixti nuncupati, libellus siue tractatus contra errores manicheorum ad beatissimum Pium papam 2 inscriptus.* Inc.: *Beatissime pater.* Expl.: *veniunt pena condigna plectendi. Explicit Symbolum veritatum fidei Romane ecclesie quibus Manicheorum quinquaginta reprobantur errores. Scriptum per me Egbertum noet. manu sinistra.* Viene luego la aceptación de estas proposiciones por «*Giorgius chuchiginch Stoyanus turtehouich et Radmilus vochinch Regni bosne...*» que termina en el f. 208 v. con estas palabras: *factum Rome in ecclesia sancti Petri, die XIII maii MCCCCLXI.*

V.—VAT. LAT. 1.043. Papel, s. XV-XVI, mm. 294 × 211, ff. 208 (parte 1.^a) y 197 (parte 2.^a), en dos volúmenes, a líneas tiradas; ornamentación de la inicial del f. 1 r, en cuyo margen inferior va el escudo de un obispo que también debió ser alemán; carencia de capitales por lo general; títulos en letra encarnada; encuadern. en pasta, recubierta de piel roja, durante el papado de Pío VI, siendo Bibliotecario el Card. Zelada. Letra de diversas manos; en las notas marginales se advierten dos escrituras. Ordinariamente no van indicados los cuadernillos. En letra cursiva de aquella época, bastante descuidada por cierto, contiene la guarda 5.^a (de las cinco que van al principio) el índice de los tratados del código. Hay una guarda al comenzar la segunda parte, y otra al final de cada volumen. Quedaron en blanco los ff. 135 v-140 v, 203-208, 220, 230 r-232 v, 244 v, 365 v, 383 v-385 v, 405.

De Torquemada encontramos aquí dos escritos (1):

(1) Entre los otros tratados de este código, hay varios de San Bernardino de Sena

1. (ff. 133 r-135 r). El primero encierra dos cuestiones: a) *Questio disputata per Rmum. dominum cardinalem sancti sixti an ius naturale continet plura precepta*. Inc.: *Queritur utrum ius naturale*. Expl.: *ea que ratione regulari possunt*; y b) *Qualiter ius naturale et ius gentium se habent ad invicem*. Inc.: *Et quoniam intelligentia huius pendet*. Expl.: *secundum quod quelibet ciuitas aliquid sibi commodum determinat*.

2. (ff. 306 r-357 r). Rub.: *Tractatus magne excellentie et doctrine contra sectam machometi in quo improbantur omnia que in alcorano continentur contra sanam doctrinam fidei catholice, edditus (sic) a reuerendissimo domino Io. de turrecremata cardinali sancti sixti, dignissimo hispano*. Inc.: *[B]eatissimo ac deuotissimo p[ape] domino pio II.^o... Letatus sum, beatissime pater, et non parum exultauit*.

Expl. (f. 356 r): *hiis qui diligunt deum*. [E]xplicit tractatus... ad obuiandum hostilitatis incursibus turci...

El índice ocupa los ff. 356 r-357 r. Los cuadernillos son de a 10 folios y llevan su reclamo. En este tratado hay dos escrituras: la una va del f. 306 r al 315 v, y la otra hasta terminar. La primera mano ha puesto los títulos posteriormente al texto, en el margen y con tinta negra; la segunda los lleva dentro y con tinta encarnada. Faltan las iniciales y se encuentran adiciones marginales de mano distinta.

VI.—VAT. LAT. 2267. Perg., s. XV, mm. 398 × 280, ff. 337, a dos columnas; capitales en rojo y azul; ornamentación del folio 2 r (en cuyo margen inferior van las armas del Cardenal Torquemada) y de la inicial de cada *Distinción*; encuadern. en pasta recubierta de piel roja en tiempo de Pío IX; al principio un folio en blanco; y, después del prólogo que abarca f. 1 r-v, una hoja de papel, del siglo pasado. La escritura es primorosa, toda de la misma mano. No se indican los cuadernillos. El códice abarca el comentario a 49 *Distinciones* del Decreto de Graciano. Las primeras palabras de cada texto citado van en caracteres mayores.

Inc.: *Sanctissimo...(1) patri... Calixto diuina prouidentia... pape tertio...*

(de contractibus, de confessione et fructu eius et origine illius, de Regimine principum, etc.) y otro que abarca ff. 246 r-305 v, y lleva por rúbrica: *Tractatus nouus et ualde compendiosus contra perfidiam iudeorum edditus et compilatus iussu benedicti pape, sic in sua obedientia nuncupati, per quatuor famosos magistros in sacra theologia, quorum unus fuit fr. vincencius ferrarii*. Inc.: *Prophetam suscitabo eis*. Expl.: *scripsit manu propria fr. fernandus hispalensis mjrno anno dominj MCCCCXL*. Pulcherrimus, subtilissimus ac nouus tractatus contra iudeorum detestabilem horrendam veteremque perfidiam explicit deo gratias. Las dos palabras *manu propria* ocupan el lugar de otras primitivas, que fueron luego raspadas.

(1) En el margen superior del f. 1 r ha escrito una mano moderna: *Turrecremata*.

Cogitanti michi beatissime pater... A raíz del prólogo, se da principio al comentario con estas palabras (f. 2 ra): *PRo* (sic) *Commendacione libri decretorum* (1).

Expl. (f. 331 rb).: *Cayn qui de peioribus oblationem deo faciebat. finis huius distinctionis deo gratias. in qua gracia vitande prolixitatis facimus finem huius primi voluminis. Explicit primum volumen de distinctionibus. Compositum per Rmum. in xristo patrem et dominum dominum Jo. de Turrecremata Episcopum Pnestrinum* (sic)... *ad gloriam dei et utilitatem ecclesie.*

Los fols. 331 v-337 r contienen la tabla de materias.

VII.—VAT. LAT. 2.268. Perg., s. XV, mm. 405 × 277, ff. 244, a dos columnas; capitales en rojo y azul; las armas de Torquemada en el f. 1 r; escritura sin duda de la misma mano que el anterior; encuadern. idem; cuader-nillos, de a 10 folios—menos el último que actualmente sólo tiene tres—con reclamo, letra y número respectivo, aunque a veces mutilados por la cuchilla del encuadernador (en las letras llega hasta la *x* y comienza de nuevo el abecedario hasta la *e* inclusive). Al principio hay dos folios en blanco, y en el segundo estas palabras de época posterior: *Jo. de Turrecremata vol. II super Distinctionibus*. Contiene las *Distinciones* 50-101.

Inc.: *Incipit distinctio quinquagesima. Ex premissis. Hic intitulatur quinquagesima distinctio Et continuatur ad precedentem sic.*

Expl. (f. 239 r).: *dicenda continuantur. Explicit tractatus de distinctionibus. Deo benedictissimo et laudabilissimo qui nobis gratiam tribuit veniendi ad finem huius operis. Benedictio et claritas et gratiarum actio per infinita secula. Amen. Finita est lectura ista Rome Vicesimaquarta Junij Anno domini Millesimo quadringentesimo quinquagesimo septimo per dominum Johannem de turre cremata, presbiterum Cardinalem tituli sancte Marie in Transtiberim, sancti Sixti vulgariter nuncupatum, ad gloriam dei et utilitatem ecclesie.*

En los fols. 239 v-244 r está la tabla de materias.

VIII.—VAT. LAT. 2.269. Perg., s. XV, mm. 397 × 270, ff. 255, a dos columnas; capitales en rojo y azul; ornamentación italiana del f. 1 r que en la parte inferior lleva las armas de Torquemada, y en la superior al mismo Cardenal arrodillado delante del Papa Paulo II en el momento de ofrecerle su comentario en tres volúmenes sobre el Decreto de Graciano. Es indudable que esta miniatura (2) refleja con precisión la persona de nuestro Cardenal, miniatura que por otra parte coincide exactamente con la que

(1) De escritura relativamente reciente se lee en el margen superior: *Jo. de Turrecremata Volumen Primum Super Distinctionibus*.

(2) Su tamaño viene a ser de 13 por 18 (o sea mm. 180 por 130).

encontramos en el Vat. lat. 973 donde se contienen sus *Contemplationes* por él revisadas y corregidas. La encuadern. es en pasta recubierta de piel roja en tiempo de Pío IX; de entonces data igualmente un folio de papel que han colocado al principio para proteger la miniatura. Van en blanco los ff. 254-255, así como los dos que preceden al texto, el segundo de los cuales dice de un lado en letra moderna: *Jo. de Turrecremata Vol. Primum De Causis*, y del otro en escritura del s. XV: *Donauit hunc librum Reuerendissimus pater et dominus dominus Joannes de Turrecremata ordinis predicatorum Episcopus Sabinensis Sacrosancte Romane ecclesie Cardinalis sancti Sixti vulgariter nuncupatus Conuentui Sancte Marie Super Mineruam*. Los cuadernillos son de 10 folios con su letra y número respectivo en el margen inferior, a excepción de los seis últimos. La paginación, en números arábigos, propia del s. XV. Contiene este códice el comentario a las cinco *Causas* primeras del Decreto de Graciano.

Inc. (f. 1 r.): *Sanctissimo et beatissimo ac clementissimo domino domino Paulo Pape secundo. Humilis et deuotus sanctitatis tue seruus Johannes de Turrecremata Sabinensis Episcopus .. Seipsum cum humili recommendatione ad pedum oscula beatorum. Cum placuisset, beatissime pater, diuine dispositioni*. Terminada la introducción comienza el comentario en el f. 2 vb con estas palabras: *QUIDAM: Consummata parte prima huius aurei decretorum voluminis sequitur 2.^a pars eiusdem operis que nomine causarum intitulatur*.

Expl. (f. 249 ra): *Si qui vero... quousque digne penitent. Littera est plana*.

Rub.: *Explicit quinta causa et per consequens primum volumen Lecture nostre...*

Los ff. 249 rb-253 vb contienen la tabla de materias que termina así: *Explicit tabula questionum Primi voluminis de Causis vsque ad Causam Sextam exclusive*. Su método es éste: pone primero la letra del texto y, a continuación, intercala aquellas cuestiones que la lectura de aquél le sugiere. La primera cuestión le da materia para 68 folios; la segunda, para los ff. 68 v-75 r; la tercera, para los ff. 75 r-84 v; la cuarta, para los ff. 84 v-89 r, y así sucesivamente.

IX.—VAT. LAT. 2.270. Perg. s. XV, mm. 397 × 270, ff. 301, a dos columnas; capitales en rojo y azul, y la inicial en fondo dorado; ornamentación del fol. 1 r, que en el margen inferior lleva las armas de Torquemada; encuadern. como el anterior, recubierta de piel, color castaño. Van indicados los cuadernillos con reclamo, letra doble y número correspondiente, a partir del f. 2 (el 1.º es independiente, y precedido por otro en blanco que lleva escrito en caracteres modernos: *Jo. de Turrecremata. Vol. II de Causis*); de la *tt*, que actualmente sólo cuenta tres folios, vuelve a la *A* repitiendo el abecedario hasta el cuadernillo señalado con la *M*, el cual tie-

ne 8 folios. En general son de 10. En el margen superior del f. 1 r está escrito, hacia el medio, *Causa 6.^a*, y al lado derecho, con letra relativamente moderna: *Turrecremata*.

Comprende las *Causas* 6-16 inclusive.

Rub. (f. 1 ra): *Expleto peR (sic) dei gratiam primo volumine de causis. Nunc ad Secundum Calamum nostrum protendamus, quod in hac Sexta Causa, que sequitur, duximus inchoandum*. Inc.: *QUO FORNICATORES. Hic incipit sexta causa*. Expl. (f. 294 vb): *Si ad solum Li. VI. Et sic est finis huius decime sexte cause*. Prosigue con caracteres mayores: *Explicit Causa Decima sexta et per consequens 2.^{um} volumen lecture nostre super Decretum. Compositum per me Iohannem de Turrecremata Episcopum Sabinensem, Cardinalem sancti Sixti vulgariter nuncupatum. Deo gratias*.

El índice o tabla de materias está en los ff. 295 ra-301 va.

X.—VAT. LAT. 2.271 (1). Perg., s. XV, mm. 399 × 280, ff. 333, a dos columnas; capitales en rojo y azul, y la inicial con orla dorada en fondo negro; armas del Cardenal en el margen inferior del f. 1 v; encuadern. en pasta, recubierta de piel color castaño, en tiempo de Pío IX. Los cuadernillos, como el anterior; comienza con la letra *M* con que cerró el 2.270 y, acabado el abecedario, lo repite con letras dobles hasta la *ff* (ésta sólo tiene 6 folios, todos señalados); y de aquí vuelve a la 'a' para terminar con la 'r'. El f. 1 r-va quedó en blanco; sólo tiene estas palabras: *Jo. de Turrecremata, vol. III de Causis*. El código abarca las *Causas* 17-36.

Rub. (f. 1 vb): *Expleto peR dei gratiam Secundo volumine in Tractatu de Causis. Nunc ad Tertium Calamum nostrum protendamus, quod in hac Decima septima Causa, que sequitur, duximus inchoandum*. Inc.: *QUIDAM PRESBITER. Hic intitatur*. Expl.: (f. 327 vb-328 ra): *pro utilitate publica desudauimus*. Y en letra mayor: *Finitum est hoc opus Rome Die 24 mensis Marcij in vigilia annunciacionis dominice Anno domini MCCCCLIIIJ. Compositum et editum per Reuerendissimum patrem et dominum dominum Iohannem de Turrecremata Episcopum Sabinensem, Sacrosancte Romane ecclesie Cardinalem. Deo gratias*.

Sigue el índice en los ff. 328 ra-333 rb.

XI.—VAT. LAT. 2.272. Perg., s. XV-XVI, mm. 388 × 273, ff. 179, a dos columnas; capitales en negro, así como la inicial y las armas de Torquemada en el f. 1 r; escritura menos caligráfica que las anteriores; raras notas marginales, como la del f. 94 r; encuadernación en pasta, recubierta

(1) Es una copia primorosa la de los cód. 2.269, 2.270 y 2.271. Tengo para mí que es la que Torquemada mostró al Sumo Pontífice, según aparece en la miniatura del 2.269.

de piel color castaño, en tiempo de Pío IX; un folio en blanco al principio, en que con letra posterior se lee: *Jo: de Turrecremata Super Tractatu de Penitentia*; indicación de cuadernillos por medio del reclamo. Comenta aquí Torquemada 7 *Distinciones*.

Inc. (f. 1 ra, en cuyo margen superior va la invocación divina: *Ihesus Maria*): *Sanctissimo... Nicholao... pape quinto... Jo. de Turrecremata... Grauiissimis egritudinibus meis...*

Expl. (f. 176 r): *in secula seculorum. Amen.*

Rub.: *Explicit Lectura super tractatum de De (sic) penitentij Septem distinctionibus in Decreto distinctum per Reuerendissimum dominum Johannem de Turre cremata Sancte Romane ecclesie tituli sancte Marie in transtibrim (sic) presbiterum Cardinalem, sancti Sixti vulgariter nuncupatum. Deo gratias.*

Siguen los índices.

XII.—VAT. LAT. 2.273. Perg., s. XVI, mm. 447 × 316, ff. 216, a dos columnas; capitales en rojo y azul con una ligera ornamentación, la cual es más abundante en el f. 1 ra (cuya inicial en colores encierra la tiara en fondo azul y las llaves en fondo rojo entrecruzadas y sostenidas por manos angélicas, mientras la primera letra del texto contiene la miniatura de una iglesita en rojo y azul); encuadern. en pergamino verde, en tiempo de Paulo V, y restaur. durante el Papado de Pío IX; escritura toda de la misma mano, sin notas marginales, ni correcciones, ni índices. Los cuadernillos, por lo general, de 10 folios; llevan su reclamo.

Inc. (f. 1 ra): *Cupiens olim, Beatissime Pater Nicholae pontifex maxime, librum decreti... proficiendi causa percurrere.*

El texto comienza: *Vbera mea sicut turris.*

Expl. (f. 216 rb): *omne opus agit quod agit pater. Et sic est finis huius partis. Deo gratias. Explicit lectura super tertiam partem decreti que De Consecratione intitulatur. Sub anno a Natiuitate domini MCCCCXLIX°.*

XIII.—VAT. LAT. 2.566. Papel, s. XV, mm. 426 × 274, ff. 254, a dos columnas; capitales en rojo y azul; ornamentación italiana de la inicial del prólogo en fondo dorado; armas de Torquemada en el margen inferior del f. 1r; encuadern. en pasta, recubierta de pergamino blanco en tiempo de Pío IX. Los cuadernillos son de 10 folios, cada uno con reclamo, letra y número; del último han desaparecido dos que estaban sin escribir. Lleva un folio en blanco al final y otro al principio; en éste ha puesto una mano relativamente moderna: *Ioannis de Turrecremata Cardinalis S. Sixti Episcopi Sabinensis Lectura Super Tit. de Causis*. tom. I. El código comprende cinco *Causas*.

Rub.: *Incipit volumen lecture de Causis edite a Reuerendissimo domino Johanne de Turrecremata, Sacrosancte Romane ecclesie Cardinali,*

Episcopo Sabinensi. Inc.: Sanctissimo... domino Paulo... pape secundo... Cum placuisset, beatissime pater, diuine dispositioni que singula proprijs dispensat temporibus... Ad commendacionem doctrine tradite per venerabilem patrem magistrum Gracianum in hac Decreti parte. Expl. (f. 250 ra): Si quis vero... quousque digne peniteat. Littera plana est etc.»

El índice ocupa los ff. 250 rb-254 vb y termina así: *Explicit tabula questionum Primi voluminis de causis libri decretorum, deo gratias.*

XIV.—VAT. LAT. 2.567. Papel, s. XV-XVI, mm. 429 × 275, ff. 331, a dos columnas; capitales en rojo y azul: ornamentación italiana de la inicial del texto y del margen inferior f. 1 r, donde van en fondo negro las armas de Torquemada; encuadern. recubierta de pergamino blanco en tiempo de Pío IX. Los cuadernillos van señalados y son de 10 folios, menos el último que tiene 12. Terminado el abecedario, lo empieza de nuevo con letras dobles. Hay un folio en blanco al final y otro al principio; en éste se dice con letra bastante reciente: *Joannis de Turrecremata Super volumine de Causis Incipiens a Causa 6.^a* TOMO II. El código llega hasta la 16 inclusive.

Rub.: *Expleto per dei gratiam primo volumine de Causis, Nunc ad secundum calamum nostrum protendamus, quod in hac sexta causa, que sequitur, duximus inchoandum. Inc.: QUO FORNICATORES. Hic incipit sexta causa que sic ad superiores continuatur. Expl. (f. 323 v): de regu. si ad solum li. VI. Rub.: Explicit secundum volumen de Causis...*

Sigue la tabla de materias en los ff. 323 vb-331 ra.

XV.—VAT. LAT. 2.568. Papel, s. XV-XVI, mm. 429 × 275, ff. 354, a dos columnas; capitales en rojo y azul, y la inicial en fondo dorado; ornamentación italiana del margen inferior del f. 1 r, donde van las armas de Torquemada; encuadern. en pasta, recubierta de pergamino blanco, en tiempo de Pío IX. Los cuadernillos son de 10 folios, menos el último que lleva 8, y están señalados con reclamo, letra y número correspondiente. Terminado el abecedario, vuelve a repetirlo con letras dobles. Hay dos folios en blanco al final y al principio (precedidos de una guarda en pergamino) y en el segundo de éstos se dice con letra de época posterior: *Joannis de Turrecremata Super volumine de Causis Tomo III. Incipiens a Causa 17.^a* Llega hasta la 36.

Rub.: *Completis per dei gratiam duobus volluminibus in tractatu de causis. Nunc ad tercium calamum nostrum protendamus, quod in hac decima septima Causa Duximus inchoandum. Inc.: QUIDAM PRESBITER. Hic intitlatur decima septima Causa. Expl. (f. 347 vb): Explicit ultimum volumen Causarum. Deo gratias. Laus et sempiterna gloria et gratiarum actio sit sanctissime trinitati patri et filio et spiritui sancto. Finitum est*

hoc opus Rome die 24 mensis Martij... Anno domini M^oCCCC^oLXIIIJ... Deo gratias.

En los ff. 348 ra-354 va se encuentra la tabla de materias.

XVI.—VAT. LAT. 2.569. Papel, s. XV-XVI, mm. 407 × 279, ff. 214, a dos columnas; capitales en rojo y azul con ligerísima ornamentación a veces; la primera inicial, en color—dorado, azul, verde y encarnado—, lleva una miniatura que representa al Papa Nicolás V con la tiara en la cabeza y un libro en la mano; encuadern. en pasta, recubierta de pergamino blanco, en tiempo de Pío IX. Van indicados los cuadernillos (todos de 10 folios, menos el último que tiene 8) con reclamo, letra y número correspondiente, que en muchos casos ha hecho desaparecer la cuchilla del encuadernador. Lleva al final una guarda, y al principio cuatro folios en blanco, en el último de los cuales está escrito con caracteres más modernos: *Ioannis de Turrecremata Super Tractatu de Poenitentia.*

Inc.: *Sanctissimo... Nicholao... pape quinto... Grauiissimis egritudinibus meis.* Expl. (f. 214 v): *in secula seculorum Amen.* Rub.: *Explicit lectura super tractatu de penitentiis septem distinctionibus in decreto distinctum... per Rmum. Ioannem de Turrecremata... tituli Sancte marie In transtiberim.*

XVII.—VAT. LAT. 2.570. Papel, s. XV-XVI, mm. 408 × 287, ff. 351, a dos columnas; ligera ornamentación del f. 2 r, que en el margen inferior lleva las armas de Torquemada; inicial de prólogo y de texto en rojo (ff. 1 vb-2 ra); faltan las capitales, a no ser en los ff. 2-6 vb, y aún éstas en negro; encuadern. en pasta, recubierta de piel blanca en tiempo de Pío IX. El prólogo parece de dos manos: la primera sólo llega hasta la línea décima. Hay ligerísimas notas marginales en escritura distinta, si bien son de la misma época que el texto. El f. 341 se le pasó inadvertido al copista. Están indicados los cuadernillos con el reclamo y, a veces, con el número respectivo en cada folio. El último es de 12; los demás de 10. En el folio en blanco del principio va escrito: *Joannis de Turrecremata Super Distinct. de Consecratione.* El prólogo a este tratado (f. 1 vb) nos es ya conocido; va dirigido al Papa Nicolás V, excusándose de continuar el Comentario al libro *de Causis*, por motivo de enfermedad, etc.

Inc. (f. 1 vb): *Cupiens olim, Beatissime Pater Nicolae.* Viene luego el texto (f. 2 ra) que comienza: *Ubera mea sicut turris.* Expl. (f. 344 vb): *Opus quod agit pater. Et sic est finis huius partis. Deo gratias.*

En letra cursiva de aquella época se dice a continuación: *Explicit lectura domini Cardinalis Sancti Sixti, ordinis predicatorum, super tractatu de consecratione.* La escritura del índice, que comienza en el f. 345 ra, es de mano distinta.

XVIII.—VAT. LAT. 2.571. Papel, s. XV-XVI, mm. 408 × 290, ff. VIII (de índices)-386, a dos columnas; capitales en rojo y azul; ornamentación de la inicial del texto; notas marginales de otra mano, sobre todo en los primeros folios; encuadern. en pasta, recubierta de pergamino blanco, en tiempo de Pío IX y del Cardenal Lambruschini, Bibliotecario de la Vaticana. Hasta la mitad del f. 47 rb conserva la escritura el carácter del s. XV. Con tinta encarnada se señala en el margen superior el número de la *Distinción* que se comenta. Los cuadernillos, de a 10 folios, llevan su letra y número correspondiente, y, además, el reclamo en medio del margen inferior hasta el f. 47 y, luego, a la orilla derecha. Falta dicho reclamo en el cuadernillo *R* (ff. 199-209) y en otros es de mano distinta. En cuanto a las letras, terminado el abecedario, lo repite hasta la *u* inclusive. Quedó en blanco el f. 208.

Preceden al texto una guarda en pergamino (que dice con letra de aquella época: *Cardinalis sancti Sixti super ultima parte decreti videlicet, de Consecratione*), ocho folios de índices con numeración romana, y luego otros dos en blanco, en el primero de los cuales ha escrito una mano moderna: *Joannis De Turrecremata Super Distinct. de Consecratione*, mientras en el segundo, *verso*, col. 2.^a, está el prólogo que comienza: [C]upiens olim, beatissime pater Nicolae. Al final hay dos folios en blanco.

Inc. (f. 1 ra): *Ubera mea*. Expl. (f. 386 vb): *et opus facit quod agit pater. Et sic est finis huius partis. Deo gratias. Explicit lectura... anno... M^oCCCC^oXLIX^o.*

XIX.—VAT. LAT. 2.572. Papel, s. XV, mm. 300 × 220, ff. 200, a línea tiradas; infinidad de notas marginales, correcciones, supresiones, adiciones y demás características propias de un borrador. Nos hallamos, sin duda alguna, en presencia del autógrafo de Torquemada. Es admirable, edificante y consolador ver cómo un sabio de la talla de nuestro Cardenal prepara sus obras, cómo tacha mil veces lo escrito para precisar más su pensamiento, cómo va elaborando su comentario y perfeccionándolo en el fondo y en la forma... Su tipo común de letra es completamente cursivo y no difícil de leer, a pesar del uso continuo de abreviaturas. A veces emplea otra escritura más reposada y más clara, como puede verse en el f. 100 v, en las notas marginales del Vat. lat. 973 y en una extensa nota que se halla al final de su libro *De conceptione Beate Marie Virginis...*, actualmente conservado en la Biblioteca del Seminario Pontificio de Valladolid. No es raro el caso de que intervenga su amanuense, v. g. en los ff. 53 r, 73-76, 81 r-83 r, 119 v-120 v, etc. Se observa una paginación *general*, algo posterior, que tiene en cuenta algunas papeletas intercaladas (1),

(1) Entre los ff. 63-64 se encuentra un pedacito de papel que contiene parte de un *Memoriale Antonicij*, pero ni va numerado ni es autógrafo de Torquemada.

en donde se modifican o amplían conceptos; otra *especial* de los primeros folios en el margen inferior, al medio (ésta no tiene en cuenta las papeletas); y otra *especialísima* para los once primeros folios, a la orilla derecha del margen inferior. En los siguientes hasta el 18 encontramos asimismo esta paginación rarísima, pero no en forma seguida; y así al f. 12 corresponde el n.º 5, al 13 el n.º 6, al 14 el n.º 7, al 15 el n.º 8, al 16 el n.º 9, al 17 nada, y al 18 el n.º 10.

A partir de estos 23 folios, comienzan a señalarse los cuadernillos con el reclamo hacia la derecha del margen inferior y el número correspondiente en el primer folio de cada cuadernillo (por lo general en el margen inferior, a veces en el superior también). Son muy irregulares; los hay de cinco, de siete, de doce, de catorce folios, etc. El último tiene veintidós.

Está encuadernado en pergamino verde durante el papado de Paulo V, y restaurado el dorso en pergamino blanco en tiempo de Pío IX.

Van en blanco los ff. 53 r en parte, 48 r-v (exceptuadas ocho líneas), y 37 v, a no ser las nueve primeras líneas.

Lleva un folio en blanco al principio, en que se dice con caracteres modernos: *Joannis de Turrecremata Lectura distinctionum Pars I.*

Contiene el código 49 *Distinciones*.

Inc. (f. 1 r): *pro commendacione libri decretorum quod, auxiliante xristo, exponendum suscepimus visum est nobis*. En medio del margen superior está la invocación favorita de Torquemada: *Ihesus maria*, y al lado derecho hay tres medias líneas escritas, difíciles de leer, que terminan así: *reddere quod suum est*.

Expl.: *seruare unitatem spiritus glo. unitatem ecclesiasticam, quam facit spiritus sanctus*.

XX.—VAT. LAT. 2.573. Papel, s. XV, mm. 300 × 220, ff. 258. Es continuación del anterior y tiene las mismas características que él. En cuanto a los cuadernillos, es de notar que aquí falta el reclamo, y que el número va cuándo en el margen inferior, como en el 2º, cuándo en el superior, como en los 7-14, cuándo en ambos, como en los 3-6. También se encuentra en el margen superior la señal de la *Distinción* correspondiente. Van en blanco los ff. 44 rv, menos las ocho primeras líneas, 95 rv y 160 r-161 r. El folio en blanco del principio dice con letra posterior: *Joannis de Turrecremata Lectura distinctionum Pars II.*

Prosigue el comentario hasta la *Distinción* 96 inclusive por lo menos (f. 251 v).

Inc.: *ex premissis § hic intitulatur quinquagesima distinctio et continuatur ad precedentes sic... magister gracianus agit de ordinandis, scilicet quales debeant ordinari uel repelli*. Como en el anterior, pone al principio la invocación divina en medio del margen superior; a su derecha,

estas palabras: *incipit distinctio quinquagesima*, y a su izquierda: *incipit primus sexternus 2 i voluminis distinctionis*.

Expl.: *viduas pupilos et orphanos grauabat et grauari sinebat. dedisse adiuctorem (sic) et sibi admjnstrationem regni interdixisse legitur, ut in canone? grande? de suple. ne. pla. li. VI.*

XXI.—VAT. LAT. 2.574. Papel, año 1457 (f. 1 r), mm. 300 × 220, ff. 572. Es continuación de los dos anteriores. Las características, las mismas. Son 28 cuadernillos (mas algunos folios aparte) de 20 folios, por lo general: el 5º, el 18, el 20, el 21, el 23 y el 26 tienen 22; el 22, 14, y el 27, 31. La indicación—autógrafa de Torquemada—va en el margen superior, a veces con letra, a veces con números romanos o arábigos. En el mismo lugar está señalada la *Causa* que se comenta. Van en blanco los ff. 100 r en parte y 100 v, y el que le sigue sin paginar, 106 v y otro folio entre el 547-548; lo cual indica que la numeración, aunque antigua, es posterior al texto. Hay cuatro folios en blanco al final y dos al principio; en el segundo de éstos se dice con letra moderna: *Joannis de Turrecremata Lectura de causis Prima pars*. Son doce *Causas* las que en este códice comenta.

Inc.: *quidam. consumata parte prima huius aurei decretorum voluminis, sequitur secunda pars eiusdem operis, que nomine causarum intitlatur, consumaturque XXXV causis*. Expl.: *finis est huius 12 cause gratias omnipotenti deo. diocesanj» (sic)*.

Como en los dos anteriores, aquí tampoco hay índices. Es de advertir, como indicación preciosa para la cronología de esta obra, que en el extremo derecho del margen superior, f. 1 r, se lee: *in octauis apostolorum 1457*. A partir del cuadernillo 18º, la tinta es menos negra.

XXII.—VAT. LAT. 2.575. Papel, año 1463 (f. 356 r), mm. 300 × 220, ff. 356. Continuación de los tres anteriores. Iguales características. Todo de la misma mano. En los cuadernillos 5-7 empléase tinta más negra. Son 18, y constan generalmente de 20 folios. Es frecuente encontrar al principio de cada uno la invocación: *ihesus*. Hay dos folios en blanco y sin paginar entre los 324-325. Al principio va otro que dice con letra algo posterior: *Secunda pars Lecture de causis. edite per Reuerendissimum dominum Cardinalem sancti Sixti*.

Inc.: *(diocesani. hic incipit 13 causa que sic continuatur, nostro iudicio, ad superiorem. superius magister gratianus tractauit. de rebus ecclesie non alienandis*. A la derecha del f. 1 r escribió Torquemada: *causa 13*, y a la izquierda: *sesternus primus de 2.ª parte de causis incipiens a causa XIIJ*.

Expl.: *in secula seculorum amen. explicít causa XXVI (1). et per con-*

(1) Está equivocado. Debe ser: *causa XXXVI*.

sequens 2.^{um} volumen lecture nostre super decretum. finita fuit hec causa in loco nostro de sublaco. anno domini 1463, die prima mensis julij.

XXIII.—VAT. LAT. 2.576. Papel, s. XV, mm. 300 × 220, ff. 248. En general, las mismas características que los cuatro anteriores. Entran diversas manos, aunque predomina la de Torquemada: ff. 1r-4r) escritura que tira a cancilleresca (1); ff. 5 r-233 r) autógrafo de nuestro Cardenal, a excepción del f. 15 r, tachado en parte, de la nota del 103 r y del f. 115 rv; ff. 234 r-248 v) mano probablemente del amanuense, con varios párrafos intercalados por el autor. En el margen superior indícase el número de la cuestión de que se trata. En cuanto a la paginación, haremos notar que algunos folios, a partir del comienzo del autógrafo, la llevan doble, siendo más antigua la del margen inferior: el n. 3 corresponde al f. 5, el n. 4 al 6, el n. 5 al 8, el n. 6 al 9, el n. 7 al 11, el n. 8 al 12, el n. 9 al 13 y el n. 10 al 14. Los cuadernillos son muy irregulares; desde el f. 5 van señalados con número o letra en el margen superior, hacia el lado izquierdo. La escritura es más negra, por lo regular, desde el cuadernillo 8.º Al principio hay un folio en blanco y otro al final; en aquél escribió una mano moderna: *Joannis de Turrecremata Super Tractatu de Paenitentia*. Quedaron en blanco los ff. 4 rv casi todo, uno entre los 115-116 y seis entre los 233-234.

Inc. (f. 1 r): *Sanctissimo... Nicolao...* El f. 4 r termina así: «*Ad primum in quo queritur utrum conuenienti ordine, etc.*» (2).

Expl. (f. 233 r): *saluatori nostro sit honor et gloria et gratiarum actio in secula seculorum amen. explicit lectura super tractatum de penitentijs et distinctionibus in decreto graciani? per dominum johannem de turre cremata, sancte romane ecclesie tituli sancte marie in transtiberim presbiterum cardinalem, sancti sixti vulgariter nuncupatum.*

Sigue la parte intitulada: **Sexternus additionum.**

Inc. (f. 234 r): *Ad 3.^m sic proceditur et videtur quod caritas non augeatur.* Después de tratar algunas cuestiones sobre la caridad, el estado de inocencia, los diablos, etc. Expl. (f. 248 v): *sicut et susceptio medicine est causa salutis, non tamen sunt simile.*

XXIV.—VAT. LAT. 2.577. Papel, s. XV-XVI, mm. 330 × 228, ff. 362, a dos columnas; capitales y títulos en rojo; encuadern. en pasta, recubierta de pergamino blanco, en tiempo de Pío VI y del Cardenal Bibliotecario

(1) Aquí faltan las iniciales.

(2) Se nota aquí una interrupción del texto por haber desaparecido el primer folio del autógrafo de Torquemada, que actualmente comienza en el f. 5 r con estas palabras: *in quo queritur utrum penitencia sit virtus. Ad 3.^{um} sic proceditur (!) et videtur quod penitencia non sit virtus.*

Francisco Xav. Zelada. Dos manos intervienen en el texto: una hasta el f. 200 v y otra hasta el final. Esta última hace la escritura más clara y menos cursiva. Las notas marginales también están en cursiva, a excepción de algunas que se encuentran en los 13 primeros folios, y son de dos o tres manos. Van indicados los cuadernillos con reclamo, letra y número correspondiente (que a veces se llevó la cuchilla del encuadernador), con la particularidad de que en cada uno se señalan los seis primeros folios, no obstante constar de 10, a no ser el último que tiene 12. El reclamo sólo llega hasta el f. 200. En el canto inferior del código ha escrito una mano del s. XVI: *de potestate pape Sancti sexti*. Lleva al principio dos folios en blanco; en el segundo hay estas palabras, de época algo posterior: *Joannis de Turrecremata, de Ecclesia*.

La obra comprende cuatro libros y, a continuación de cada uno, va la tabla de materias; mas el primero la lleva al principio (ff. 1 vb-2 vb) y el segundo al principio (ff. 103 vb-105 va) y al fin (ff. 244 vb-246 vb). La del tercero ocupa los ff. 316 rb-317 ra; y la del cuarto, ff. 360 vb-361 va. El prólogo empieza en el f. 1, antes del índice, con estas palabras: *En lectulum salomonis ambiunt sexaginta fortes...*

Inc. (f. 3 r): *Capitulum primum de nomine ecclesie et differentia eius a nomine synagoge*. Expl. (f. 362 rb) con el capítulo 38 del libro 4.º sobre los errores de Huss y Wiclef, condenados en el Concilio de Constanza: *nullus est episcopus dum est in peccato mortali gratias deo*. El registro del libro 4.º va intercalado entre las proposiciones de Huss.

XXV.—VAT. LAT. 2.578. Papel, año 1443 (f. 434 v), mm. 290 × 210, ff. 435, a líneas tiradas; carencia de capitales; títulos con iguales caracteres que el texto; diversas manos; abundancia de correcciones y adiciones; encuadernado en madera, recubierta de piel roja, en tiempo de Pío IX y del Card. Bibliotecario Angelo Mai. En cuanto a la escritura, más o menos cursiva, hemos de notar que los ff. 101 r-260 r, y varias correcciones del texto, así como diversas notas marginales a través de todo el código, son autógrafas de Torquemada. La impresión general que se recibe, al examinar este manuscrito, es que se trata del texto primitivo o, mejor dicho, de la primera copia que sacaron del borrador y que su autor corrigió y adicionó copiosamente. Aquí aparecen repetidas veces las dos escrituras de Torquemada (1).

Es múltiple la paginación: hay una *general* que tiene en cuenta incluso los tres primeros folios del prólogo (f. 1 rv) y del Registrum del primer libro (ff. 2 r-3 r), y otra *especial* de cada uno de los libros. Y así el I termina en el f. 97 (f. 100 de la general), el II en el f. 201 (f. 301 r), con unas

(1) Recuérdese lo que dijimos en la descripción del Vat. lat. 973.

palabras del mismo Torquemada; el III en el f. 73 (f. 380) y el IV en el f. 434 de la numeración general, pues carece de propia. El Registrum del Lib. II está en los ff. 201 v-205 r (f. 301 v-304 r); el del III, en el f. 74, a dos columnas (f. 381), y el del IV (I) en el f. 435 rv.

Van indicados los cuadernillos con el reclamo, letra y número correspondiente. A veces no se advierte esta última señal, pero obedece sin duda a que desapareció al recortar el códice para encuadernarlo. En el f. 435 r, que es el último, añadió una mano de la época, con tinta débilmente roja: *Sunt in isto opere XXXVI sexterni*. Ya desde un principio cortaron varios folios, como entre el 426-427 y el 294-295; pero en nada perjudican al texto, pues aún estaban sin escribir, así como los ff. 3 v, 304 v-307 v.

El folio en blanco que lleva al principio, dice con letra moderna: *Joannis de Turrecremata Summa de Ecclesia. LIB. IIII.*

Inc. (f. 1 r) (2): *In lectulum salomonis*. Terminado el prólogo con las palabras: *sed hereticum comprobabit deo gratias*, comienza el L. I en el f. 4 r: *Capitulum primum de nomine ecclesie et differentia a nomine synagoge. Ecclesia* (sic) *cum adiutorio omnipotentis dei*.

Expl. (f. 434 v): *in peccato mortali. Hec pro complemento huius quarti libri dixisse sufficiat et per consequens huius totius nostri operis, habito ergo fine huius nostri summe, quam quatuor libros distinctam de ecclesia intitulantur duximus, erectis sursum luminibus ac manibus ad ipsius sancte ecclesie capud* (sic) *et sponsum Ihesum xristum dominum nostrum, fontem sapientie, cuius dignatissima gratia hoc opus, licet multis laboribus et infirmitatibus fatigati, consummavimus, ingentes illi gratias offerentes dicimus: tibi laus tibi gloria tibi gratiarum accio in secula seculorum Amen. Compilatum est autem hoc opus per dominum Jo. de turre cremata, sancte romane ecclesie tituli sancte Marie in transtiberim presbiterum Cardinalem, sancti sexti vulgariter nuncupatum et finitum in vrbe Anno domini M^oCCCC^oLIIJ. In mense octobris, anno Pontificatus Sanctissimi domini nostri pape Nicolai Quinti, anno VII^o Cuius sapientie et auctoritatis Iudicio omnia dicta In hoc opere corrigenda submituntur.*

XXVI.—VAT. LAT. 2.579. Papel, s. XV-XVI, mm. 295 × 219, ff. 45, a líneas tiradas; encuadern. en pasta, recubierta de pergamino verde, en tiempo de Paulo V, y restaurado el dorso en el siglo pasado. La escritura

(1) Encabezan el L. IV estas palabras: *In nomine domini nostri ihesu xristi. Amén.*

(2) En el f. 1 r, al margen, se dice con letra y tinta distinta, aunque del s. XV, explicando las palabras del texto *hinc nos zelo fidei*, etc.: *Johannes de turrecremata Sancte Romane ecclesie tituli sancte marie in transtiberim presbiter cardinalis, sancti sexti vulgariter nuncupatus.*

es cursiva y de dos manos: una llega hasta el f. 21 v; la otra hasta terminar. Con la primera hay notas marginales de un tercero. No tiene índices ni se indican los cuadernillos. Conserva un folio en blanco al fin y otro al principio, en el cual se dice con escritura del s. XVII: *Joannis de Turrecremata Tractatus contra Concilium Basiliense*.

Inc.: *Notastis teneo superiori die pro vestra sapientia et humanitate*. En el margen superior del f. 1 r está escrito con caracteres modernos: *Jo. de Turrecremata tractatus contra Concilium Basiliense*. Expl.: *in secula benedictus amen. Explicit responsio facta per Magistrum Johannem de Turrecremata, sacri et apostolici palacij magistrum. Anno Incarnationis dominice Millesimo quadringentesimo tricesimo nono*.

XXVII.—VAT. LAT. 2.580. Perg., s. XV, mm. 395 × 275, ff. 192, a dos columnas; carencia de capitales por lo general; la inicial del código en oro; armas del Cardenal en el f. 1 r; encuadern. en pasta, recubierta de piel roja, en tiempo de Pío IX y del Lambruschini. Hay diversas escrituras, que por lo común tiran al s. XVI: una llega hasta el f. 15 va, línea 11, y es gruesa, redonda y de marca española; otra, hasta el f. 116 v (fin de un tratado), y es más pura y elegante; y la tercera, hasta terminar, si bien a veces es difícil señalar sus límites con precisión. El código está corregido con gran cuidado, parte por el *corrector* y parte por el mismo Torquemada, cuya mano aparece evidentemente en diversos lugares, v. g.: ff. 150 rv, 160 v, 161 r, 164 vb, 165 ra, 186 rb, 191 v, 192 r, etc.

El último cuadernillo tiene 12 folios, los demás 10. Van señalados con el reclamo. Quedaron en blanco los ff. 178 v casi todo y 179 r-180 v.

Al primer folio precede otro en papel, de época posterior, con el índice general, en escritura moderna. Y anterior a éste va una guarda en pergamino, y sobre ella, adherido, un trozo de antiguo pergamino que en escritura del s. XV dice así: *tractatus facti per dominum Cardinalem sancti Sixti*.

Sequuntur tractatus facti per dominum Cardinalem sancti Sixti quorum aliquos fecit in minoribus constitutus et aliquos factus cardinalis.

1. *Tractatus de decreto irritante* (contra validitatem Concilii Basiliensis) [f.] 1 (1).

2. *Item Questio de qua respondit coram domino Eugenio*, 11.

3. *Item Responsio eiusdem contra inuehitiuam* (sic) *basiliensium*, 25.

4. *Item apparatus eius super decretum reductionis grecorum*, 41.

5. *Item tractatus reprobationis articulorum vssitarum*, 67.

6. *Item Responsio ad petitionem regis francie super concilio celebrando*, 78.

(1) La paginación es de otra mano. Los números que preceden a cada tratado no aparecen en el manuscrito, sino que son provisionales.

7. *Item Tractatus contra aliquas conclusiones magistri Alfonsi de malicali*, 81.

8. *Item Tractatus collecti de dictis sancti Thome de potestate pape*, 87.

9. *Item Tractatus contra Auisamentum basiliensium quod non licet appellare a concilio ad papam*, 93.

10. *Item Tractatus contra Auisamentum basiliensium quod papa debeat iurare decreta concilij*, 98.

11. *Item Tractatus de aqua benedicta*, 100.

12. *Item Tractatus de sacramento Eucharistie*, 103.

13. *Item Tractatus defensionum reuelationum sancte birgitte*, 116.

14. *Item Quedam repeticiones facte publice super dictis Augustini de Roma*, 150.

15. *Item Tractatus factus contra hysmahelitas*, 165.

16. *Item Quedam propositiones concepte per eum, una ad dietam magnantinam et alia ad dietam Nuremburgensem, ad quam erat venturus Imperator cum electoribus*, 181.

Describámoslos brevemente:

1. (ff. 1-11 vb, lín. 24). Inc.: *Quoniam lex teste*. No hay separación de párrafos. Expl. (f. 11 vb): *ut in hoc sacro concilio decretanda ecclesie sue sancte sint uere accommoda et utilia. amen. Hic terminatur questio de decreto irritante quod attemptabatur per multos basilee contra summum pontificem in materia prouisionis ecclesiarum et collationis beneficiorum, composita per fratrem Johannem de turre cremata, sacre theologie professorem, de qua debuit ipse respondere publice in sacro generali concilio basiliensi. sed certis de causis et quia decretum prouisionis ecclesiarum transiuit sub alia forma quam sub forma decreti irritantis, supersessum fuit a disputatione publica prefate materie Anno domini Millesimo quadringentesimo tricesimo tertio, in fine mensis maii etc.»*

2. (ff. 11 vb-25 va, línea 6.^a) Inc.: [N]otastis teneo, superiori die. Al margen ha escrito una mano de época más reciente: **de potestate concilii**. El título va en el margen superior, en escritura distinta del s. XV: *Incipit questio quedam facta per reuerendissimum dominum cardinalem sancti sexti. dum erat magister sacri palatii, coram v. d. eugenio papa quarto et Reuerendissimis dominis cardinalibus et prelati curie romane*. Expl.: *Explicit responsio facta per Magistrum Johannem de Turrecremata, sacri et Apostolicj Palacij magistrum, Anno Incarnationis dominice Millesimo quadringentesimo Tricesimonono*. Faltan las iniciales y, hasta el f. 15 vb, no hay separación de párrafos.

3. (ff. 25 va-41 va). Inc.: **Responsio in blasphemam et sacrilegam inuectiuam ad Sanctissimum Canonem Justissime condemnationis dampnatis-**

sime Congregationis Basiliencium (sic). [D]*Isimulare non possumus quod pertinet ad omnes qui diligunt nomen xristi. Expl.: Qui est in secula benedictus. Amen. Ista responsio composita per dominum Johannem de Turrecremata, presbiterum Cardinalem sancti Sixti, dum esset Bituris apud Illustrissimum Regem francie, Orator sanctissimi domini nostri Eugenij Pape Quarti. Faltan las capitales.*

4. (ff. 41 vb-66 vb). Rub.: **Incipit Apparatus Cardinalis Sancti Sixti super decreto reductionis Grecorum, celebrate in Concilio Florentino per S. d. n. Eugenium papam Quartum, etc.** Inc.: Sanctissimo... domino Eugenio... Johannes, sancte Romane ecclesie presbiter Cardinalis, tituli Sancti Sixti de Turrecremata vulgariter nuncupatus... Et si ea que beatitudo tua circa grecorum reductionem et ecclesie orientalis unionem peregerit. Expl.: sessio hec celebraretur. Hec sunt, pater beatissime, que pro declaratione veritatis et defensione auctoritatis eorum, que a tua beatitudine in decreto unionis grecorum diffinita sunt, dicenda ad presens occurrunt. que si tue sapientie sufficienter dicta uisa fuerint, letus omnipotenti deo gratias agam. Si uero minus sanctitas tua, qui princeps es doctor et caput omnis orthodoxe doctrine, illa suppleri iubeat et emendari. Siguen las firmas y termina con el siguiente colofón: *Explicit apparatus domini cardinalis sancti sixti super decreto unionis grecorum florentie anno domini millesimo quadringentesimo quadragesimo primo.* El texto del Decreto va en caracteres mayores. Faltan las capitales.

5. (ff. 67 ra-78 rb). Rub.: **Sequuntur reprobaciones quedam breues XXXVIII articulorum infrascriptorum, qui dicuntur esse Hussitarum qui sunt in regno Bohemie, facte per eximium virum magistrum Johannem de Turrecremata, qui postmodum fuerat Cardinalis sancti Sixti.** Inc.: [P]rimus articulus. Non obediunt. Expl.: que prosequi breuitatis causa supersedemus. Rub.: *Expliciunt reprobaciones XXXVIII articulorum Bohemorum qui sunt in Moldauia, ita perfunctorie et celeriter facte ad mandatum Sanctissimi domini Millesimoquadringentesimoquadragesimo 2.º die XXVIII Julij. Per studium domini Cardinalis Sancti Sixti.* Faltan las capitales.

6. (ff. 78 va-81 rb). Después de un breve prólogo que comienza: *Quoniam non hominis, sed diuinitatis esse conuincitur*, viene la Rub.: **Collecta per dominum Cardinalem Sancti Sixti tempore S. d. n. Eugenij pape Quarti super petitione domini Regis francie ut aliud tercium celebraretur vniuersale Concilium.** Inc.: [Q]uod autem conuenientissimum esset. Expl.: *et cum impiis non sedebo.* Rub.: *Collecta sunt ista per dominum Sancti Sixti.* Faltan las capitales.

7. (ff. 81 va-87 va). Ante todo viene el *Prohemium* con este incipit: [S] *Anctissimus pontifex maximus Eugenius... ex hoc paruo tractatu, etc.* Rub.: *Sequitur Tractatus in quo ponuntur impugnaciones quarumdam propositionum, quas quidam magister in Theologia, nominatus Alfonsus de matricali, posuit et asseruit in disputatione publica, in Romana Curia, XXJ die Junij Anni domini M^oCCCC^oXLIIJ^o.* Inc.: [P] *Rima propositio-impugnanda.* Expl.: *corrigenda submittimus.* Rub.: *Expliciunt impugnaciones quarumdam propositionum, quas posuit et asseruit magister Alfonsus de matricali.* Faltan las capitales.

8. (ff. 87 va-93 va). Rub.: *Incipiunt flores sententiarum de auctoritate summi pontificis exerpte* (sic) *ex dictis beati Thome de aquino et collecte per magistrum Jo. de Turrecremata.* Inc.: [M] *Andastis Reuerendissime pater.* Expl.: *uel de medio subtrahat. hec ille. Hec sunt, pater Reuerendissime, que ego vester humilis Cappellanus... ex libris beatissimi doctoris Thome de Aquino, iussu vestre reuerendissime paternitatis, de auctoritate summi pontificis collegi...* Rub.: *Expliciunt flores beati Thome de Aquino... in concilio Basiliensi Anno domini M^oCCCC^oXXXVIJ^o...* Faltan las capitales.

9. (ff. 93 vb-98 va). Rub.: *Tractatus factus contra Auisamentum quoddam Basiliensium quod non liceat appellare a Concilio ad Papam.* Inc.: *Sancta Synodus Basiliensis etc. ordinat et statuit...* Y luego con tinta encarnada se dice: *Sequitur votum in contrarium,* y al margen se añade: *scilicet votum magistri Jo. de Turrecremata.* Este voto empieza así: [C] *Irca hoc auisamentum, pace et gratia semper integris patrum.* Expl.: *circa hoc auisamentum appellationum.* Rub.: *Explicit uotum magistri Johannis de Turrecremata in materia appellationum, in deputatione reformatorij IX Marcij, Anno domini M^oCCCC^oXXXVIJ^o.* Faltan las capitales.

10. (ff. 98 va-100 ra, línea 15^a). Rub.: *Incipit aliud votum eiusdem magistri Jo. super auisamento quod papa debeat iurare seruare decreta de Concilijs generalibus continuandis et electionibus confirmandis. Alias cadat a iure papatus etc.* Inc.: [C] *Irca auisamentum positum de iuramento pape.* Expl.: *iuxta ea que dicta sunt.* Rub.: *Explicit uotum magistri Jo... in Basiliensi Concilio in deputatione reformatorij super auisamento quod papa debeat iurare seruare decreta de Concilijs generalibus continuandis et electionibus confirmandis. Alias caderet a iure papatus, etcétera.* Faltan las capitales.

11. (ff. 100 ra-103 rb). Rub.: *Sequitur Tractatus de aqua benedicta:* Inc.: [I] *Niunxit michi nuper.* Expl.: *offero examinanda et emendanda.* Rub.: *Explicit tractaculus de aqua benedicta, editus Basilee per magis-*

trum Jo. de Turrecremata, cum responsione ad quoddam probleuma (sic) sibi propositum, videlicet vtrum aqua benedicta sit maioris efficacie et virtutis quam sacramentum sensibile altaris. Faltan las capitales, y los títulos de capítulos van en letra encarnada.

12. (ff. 103 rb-116 va). Rub.: *Sequitur tractatus de sacramento Eucharistie.* Inc.: [Q] *Varundam religiosarum personarum.* Expl.: *ministri ieinent. Hec sunt fratres carissimi... et tandem introductio felicitatis eterne. Amen.* Rub.: *Finitus est hic Tractaculus Basilee, in Octauis beatissimi Johannis Euangelisti, studio magistri Johannis de turrecremata, Anno domini Millesimo quadringentesimo Tricesimo sexto.* Faltan las capitales, y los títulos van en letra encarnada.

13. (ff. 116 va-150 va). Rub.: *Incipiunt defensiones quorundam articulorum Rubrorum Reuelationum Sancte birgitte, facte in concilio basiliensi per magistrum Johannem de turre cremata, sacri palacij apostolici magistrum, ordinis predicatorum, nationis yspanie.* Inc.: [V] *Enerabilibus patribus et religiosis viris fratribus ordinis sancti saluatoris.* Expl.: *Quare uideant attente quam dampnacionem incurrunt qui uadiunt contra illa.* Faltan las iniciales. La escritura no toda es de la misma mano. Títulos de capítulos, en rojo.

14. (ff. 150 va-165 rb). Rub.: *Repeticiones quedam eiusdem Cardinalis Cum esset in minoribus constitutus basilee. Super quibusdam propositionibus Augustini de Roma.* Inc.: [R] *Euerendissimi reuerendique patres.* Expl.: *quibus humiliter me recomendo. Explicit uotum magistri Jo. de turre cremata, apostolici palacij magistri, super primo tractatu magistri Augustini de roma, relatum coram iudice fidei et aliorum reuerendissimorum reuerendorumque patrum et eximiorum vtriusque iuris doctorum multitudine copiosa, in domo fratrum minorum, ita compilatum et scriptis redactum ad mandatum inclite nationis ytalie. Anno domini Millesimoquadringentesimo tricesimo quinto in mense Julij.* Faltan las capitales.

15. (ff. 165 rb-178 va). Rub.: *Sequitur tractatus quidam contra madianistas (sic) et hymaelitas aduersarios et detractores fidelium qui de populo israelitico originem traxerunt.* Inc.: *Turris fortitudinis a facie inimici.* [E] *Cce inimici tui sonnerunt.* Expl.: *toto corde gratias agentes.* Rub.: *Explicit tractatus Contra madianitas et hymahelitas aduersarios et detractores fidelium qui de populo israelitico originem ducunt. finitus rome anno domini Millesimo quadringentesimo quinquagesimo tempore Jubilei. Turris fortitudinis a facie inimici.* Faltan las capitales. Títulos en rojo.

16. (ff. 181 ra-192 vb). Rub.: *Propositio Magistri Johannis de turre*

cremata Cum esset orator ad dietam maguntinam Ex parte S. domini nostri Eugenij pape. Inc.: [V] Eritatem et iustitiam domini nostri S. summi pontificis domini Eugenij. Expl.: (f. 187 vb): infundere exultationem. A continuación hay otra propositio ad dietam Nurembergensem, cuyo inc. (f. 188 ra): [S] I fuit, clarissime rex et virtuosissime cesar, umquam dies in quo optassem ingenium meum diuina quadam preditum dignitate. Expl.: est regum terre jhesus xristus amen.

Faltan las capitales. Como ya indicamos, hay aquí notas autógrafas de Torquemada.

(Concluirá).

FR. JACINTO M.^a GARRASTACHU.

Roma.

BOLETÍN DE CUESTIONES DE ASTRONOMÍA Y COSMOLOGÍA

INTRODUCCIÓN

Siendo la Cosmología una parte de la Metafísica especial que tiene por objeto el estudio del mundo, caben dentro de sus fronteras todas aquellas cuestiones que se refieren al Universo e implican carácter trascendental relacionado con el ser, y se desprenden de las propiedades intrínsecas que tienen las cosas corpóreas, entendiendo por intrínsecas las que son específicas.

Ahora bien: el Mundo puede considerarse bajo dos aspectos; en cuanto es un conjunto de todos los seres corpóreos que se mueven hacia un solo fin, mereciendo por esto el nombre de *Universo*; o también en cuanto los cuerpos todos tienen algo de común, ciertas cualidades intrínsecas a ellos, solamente por ser *cuerpos*, como son las propiedades intrínsecas de la materia, los constitutivos específicos de los seres corpóreos, las leyes que regulan sus manifestaciones dinámicas, etc.

Para intentar ambas investigaciones la ciencia ofrece a la razón humana dos potentísimos auxiliares: el telescopio y el microscopio. El primero le ayuda a conocer lo infinitamente grande; el segundo pone a su alcance lo infinitamente pequeño.

Hoy vamos a concretar nuestros apuntes al Universo en conjunto, cuyos velos se descorren a través del telescopio y del espectroscopio; dejando para otro BOLETÍN el estudio analítico de cuantas cuestiones suscita el gravísimo problema de la constitución íntima de la materia.

Confieso que abordaré asuntos que no se ponderan en nuestros autores escolásticos de hoy. Basta, sin embargo, abrir los Comentarios de nuestro Angélico Maestro sobre el tratado aristotélico *De Coelo et Mundo* para persuadirse de que no es una travesura filosófica estudiar en nuestros días problemas, que entonces les inquietaban, aunque hubiesen de plantearlos dentro del ambiente cerrado que ofrecía a nuestros grandes Doctores la Cosmografía de la Edad Media. Tengo para mí que ganaría mucho nuestra Cosmología si se abriesen los ventanales del Palacio donde vive, para que entrase plenamente la luz de las grandes teorías astronómicas y físico-químicas, y al propio tiempo pudiesen asomarse los alumnos a contemplar los amplios y dilatados horizontes lindantes con lo infinito.

No se me critique, por lo tanto, cierta predilección por las teorías científicas,

que quisiéramos incorporar a las investigaciones cosmológicas, dándoles beligerancia filosófica en este BOLETÍN, porque como ha demostrado muy bien el Padre Hoenen (1) (y nos complace mencionar aquí su hermoso estudio) las teorías físicas—y por lo tanto cosmogónicas—tienen su valor positivo innegable para el filósofo porque son fuente de conocimiento analógico de la realidad exterior y cósmica. No se trata de interpretaciones meramente teóricas y abstractas, hechas para satisfacer las exigencias técnicas de la Ciencia; sino que son verdaderas *relaciones reales* como las llamaba Poincaré al apellidarlas *cómodas*, cuya verdad no depende tan sólo del número de conclusiones comprobadas en la práctica y deducidas de tal hipótesis como de un principio lógico. La razón es la indicada en el aforismo tomista; «oportet causatum esse aliquo modo a causa» (2); luego todo lo que se derive de esa teoría ha de tener cierta analogía con ella; y de la realidad de sus aplicaciones concretas se derivará, ascendiendo, la realidad cósmica de los principios teóricos de cuya aplicación se inferen.

Puede muy bien el filósofo aprovecharse de las teorías físicas, no sólo para saber la estructura de la ciencia, sino para conocer la naturaleza del Cosmos.

Para dar un poco de orden a la multitud de trabajos publicados en los últimos años, es decir, a los que han podido llegar a mis manos, hablaré sucesivamente de estos asuntos: PRIMERO. *Sobre el origen del Universo.*—*Teorías cosmogónicas.* SEGUNDO. *Nacimiento y muerte del Universo.* TERCERO. *Estructura del Universo infinito y limitado.* CUARTO. *La edad del Universo o de sus individuos.* QUINTO. *Leyes cósmicas fundamentales.* SEXTO. *La vida en el Universo.* SÉPTIMO. *Influencia de los astros en la tierra y sobre el hombre.*—*Doctrina de SANTO TOMÁS.* De antemano les pido perdón a mis lectores por la fatiga que estas páginas les pudieran causar.

I.—SOBRE EL ORIGEN DEL UNIVERSO.—TEORÍAS COSMOGÓNICAS

¿Qué se hicieron de las teorías infantiles de Laplace? ¿Qué fué de los experimentos juguetones de Plateau? ¿Cuánto cambiaron los tiempos! La Cosmogonía deja el camino de los sueños para andar por el de la razón, siquiera sean pequeños sus avances. Desde el punto de vista filosófico, no resuelven las cosmogonías ningún problema: porque el terrible de los orígenes no hace sino retrasarlo o alejarlo. En el orden de la observación física, merecen poco crédito sus afirmaciones; y aunque nos merezcan mucho respeto los sabios de cuya frente nacieron, no debemos abrazar las interpretaciones equivocadas y exageradísimas que les dieron más tarde (3).

A las teorías cosmogónicas puede aplicarse aquel criterio de Santo Tomás para juzgar los errores humanos: que no hay uno tan completo, tan absoluto,

(1) HOENEN (Pedro) S. J. *De valore theoriarum physicarum* en el libro *Acta Primi Congressus Thomistici Internationalis*. Romae, 1925, p. 61 y sigs.

(2) Cfr. SANTO TOMÁS, *De Potentia*, q. VIII, a. 7; *Sum. Contra gentes*. I. II, c. 98.

(3) Cfr. HUMBERT (P.) *Au couchant des Cosmogonies*. Art. en la «Revue Apologétique». Julio 1927 (p. 20 sig.)

tan desprovisto de *algo* de verdad que totalmente carezca de algún fragmento de ella. Las teorías cosmogónicas, basadas casi siempre en apariencias *razonables*, contienen puntos de vista dignos de estimación. Entresacar los aciertos de todas las teorías para formar con ellos la ruta del pensamiento en busca de la verdad, es un trabajo tan lleno de fatiga como de mérito científico, realizado con éxito por el profesor Nölke (1) en una obra que ha constituido un verdadero triunfo para el autor. El problema es arduo porque se nos escapa a lo indefinido del tiempo y en el casi infinito (otros quitan el *casi*) del espacio.

Más conveniente que exponer una nueva teoría, es formar el núcleo verdadero de todas las hipótesis, tanto referentes al origen de nuestro sistema planetario, como al nacimiento y desarrollo de las estrellas, de las nebulosas... de todos los astros, agrupados específicamente. Así se eliminan las equivocaciones y adquieren valores, aproximados al menos, las incógnitas de la verdad.

Desarrollo histórico y crítico de las teorías.—Tres períodos perfectamente definidos distingue Véronnet (2) en el desarrollo humano de las ideas cosmogónicas. Los antiguos creían que la tierra era el centro del mundo; por consecuencia toda su cosmogonía era también geocéntrica. De los sistemas heliocéntricos hay que distinguir dos épocas, características de dos tendencias científicas. La primera de estas dos se preocupaba de explicar la formación del sol y del sistema planetario. De cincuenta años a esta parte se dilató el problema hasta querer explicar la constitución del Universo, lleno de conjuntos estelares y nebulosas. Para ello, dice Véronnet, se supone lleno el espacio de toda la materia que actualmente forma el Cosmos, sin preocuparse de cómo se llenó ni apareció dicha materia difusa (*En dispersant dans l'espace n'importe comment et sans aucune hypothèse, la matière qui forme actuellement les astres...* p. 572): precisamente a la filosofía, o para hablar más en concreto a la Cosmología, ese cómo es lo que más le interesa y le importa.

Dejado el período antiguo, se destaca en el medio la figura de Kant que dió a sus creaciones cosmogónicas una savia filosófica perenne. Sus panoramas fueron grandiosos: las nebulosas son vías lácteas lejanas, que se van extendiendo más y más hacia los confines de lo Infinito; los mundos se van formando sin cesar en el seno de dos infinitos, el espacio y el tiempo, renaciendo de sus cenizas los astros muertos, apareciendo humanidades cada vez más perfectas en armonía con la evolución de los mundos; y respondiendo más y más al soplo del Altísimo, se elevan con mayor grandeza a la contemplación de la Belleza, a la posesión de la Verdad, a la realización del Bien (p. 575). La teoría de Laplace se refiere solamente al sistema solar, siendo por lo tanto incompleta y según Poincaré *insuficiente*. La teoría de l'aye parte como la de Kant de una nebulosa, a la cual dota l'aye de movimientos torbellinosos rotatorios; el coronel de Ligondés supone, en sus modificaciones teóricas, que los movimientos

(1) Nölke (F). *Entwicklung im Weltall. Kosmogonische Probleme und Hypothesen*. (Un volumen en 8.º, 134 págs. H. Graud, Hamburgo, 1926).

(2) Dr. VÉRONNET (Al.) *Etude critique des Hypothèses cosmogoniques Modernes* (artículos en la *Revue Gén. des Sciences*, 31 Octubre 1926 y 15 Noviembre 1926).

iniciales de la Nebulosa no son regidos por el azar. ¿Es que la teoría científica no puede explicar el génesis de ese movimiento? ¿Hay que suponerlo, sin demostrarlo? Debe la ciencia intentarlo sin pararse a la mitad del camino «ni apelar a Dios, o al azar, sin haber agotado todos los recursos para sorprender los secretos de la máquina» (p. 605). Ni basta decir que «el reposo es un caso particular del movimiento» como insinúa Mr. de Ligondés, porque el movimiento supone una fuerza como causa, y el reposo, no.

Dejando la teoría *torbellinaria* de Belot, que ya nos mereció juicio desfavorable hace años cuando la mencionamos en esta misma Revista, nombremos la del Abate Moreux a base también de un choque entre un astro y una nebulosa (ya los supone existentes) y que se puede referir a nuestro sistema solar basándose en consideraciones *probables*.

La teoría de la captura, firmada por See, supone que los planetas no son formados completamente de la nebulosa solar, sino que tienen origen cósmico, exterior a la nebulosa y capturados por ella al pasar por cerca del sol dichos planetas. Naturalmente, si *ya se suponen* planetas, sol y nebulosas, no tiene que explicar mucho la teoría de sus orígenes. A la crítica más elemental parece insuficiente esta teoría como la de las mareas celestes de Mr. Dorwin (G.-H.) y la *planetesimal* de Moulton y Chamberlín (p. 609-611).

Expone M. Véronnet su pensamiento. La materia estaba dispersa en el espacio antes de la aparición de los astros. Antes de esto existía el éter, medio electro magnético universal que llenaba el espacio con electrones positivos y negativos. Antes del éter y los electrones, nada sabemos que hubiese; ni podemos conocer la causa de su nacimiento (*Avant l' éther et les électrons nous ne savons pas ce qu' il y avait, nous ne savons rien sur ce qui a pu leur donner naissance*, p. 611). Vienen después los núcleos de condensación, los centros de núcleos, centros de atracción de segundo orden—o sea *estrellas*—etc., etc. El sol se enfía; la tierra seguirá el mismo curso que el sol... Pero ¿qué importa la vida de la Tierra en comparación con el Universo? Un soplo, un segundo, el Universo irá adquiriendo nueva vida con los núcleos de calor y de luz que se irán multiplicando; la materia evoluciona hacia la vida, nunca hacia la muerte; y después de la vida viene el pensamiento... «ninguna ley del espíritu permite al pensador entrever en qué sentido evolucionará eternamente la vida y el pensamiento...» (p. 612).

El hombre de ciencia representado por Véronnet se mueve en brazos de la hipótesis, pero siempre chocando con las paredes de dos incógnitas: *nada* sabemos de lo que hubo antes; *nada* sabemos de lo que habrá después. Si no fuera profanar la seriedad de estos estudios científicos recordaría la inquietud de un poeta moderno:

¡Oh pobre espíritu en suplicio
Al presentir lo que no ves!
¿A dónde irás cuando te vayas?
¿Qué habrá después? ¿Qué habrá después? (1).

(1) ARDAVIN, *La eterna inquietud*, p. 26.

Esas incógnitas las tiene descifradas la Cosmología nuestra, porque los balbuceos de la razón que *presiente*, se aclaran y robustecen con las afirmaciones de la Fe, las cuales alumbran con luz confortadora el horizonte *pasado* del origen del Universo y el horizonte *futuro* de su espléndida y perenne renovación gloriosa.

La Cosmogonía dualista.—Las teorías de M. Belot, principal defensor de la Cosmogonía dualista, tiene sus predilectos en nuestros días como lo manifiesta el Profesor Boutaric (1), que la defiende a capa y espada, como a una de las conquistas más admirables de la Cosmogonía moderna. Sabido es que la idea directriz de la teoría es la siguiente, expuesta con las mismas palabras de Belot: «L' architecture des mondes est l' oeuvre des forces répulsives, l' attraction ne fait que la stabiliser» (p. 347). Si atracción y repulsión son las manifestaciones más vivas de la naturaleza, parecía justo que en la aparición de los astros sólo se tuviera en cuenta la atracción newtoniana. Belot apeló al choque; a él debe su nacimiento el sistema solar, al choque de una estrella gigante en rotación sobre sí misma, una especie de proto-Sol, con una nebulosa amorfa dotada sólo de traslación (p. 348). Esta hipótesis se comprueba por ensayos experimentales y por cálculos matemáticos; explica todas las apariencias conocidas hasta hoy y aun predice algunos fenómenos futuros; da razón de ciertas anomalías averiguadas en los planetas; y hasta nos suministra la explicación de algunos problemas de última hora, presentados por los astrónomos norteamericanos. En realidad, el dualismo se impone en todo; en los átomos, en los vegetales, en los seres sensibles, en el hombre. Los astros deben estar sometidos, en su nacer, a la ley del dualismo «que domina todos los seres» (p. 356).

II.—NACIMIENTO Y MUERTE DEL UNIVERSO

Si tratamos de averiguar el origen primordial de ciertas apreciaciones cosmogónicas, la oscuridad responde a nuestro deseo. Nölke (2) ha sabido recoger en breve síntesis las diferentes modalidades del problema, hasta dar en la última, propia de la centuria próxima pasada, impregnada de *evolución*, aunque sea poco atendida cuando de evolución se trata. Ahora va cambiando el rumbo científico debido a la consideración de las enormes cantidades de energía irradiada de los astros, las cuales deben ser en ellos compensadas. Así acontece por efecto de la desintegración radioactiva, sobre todo, cuando atendemos la consecuencia de la teoría relativista defendida brillantemente por Eddington, a saber, que la materia representa en energía un valor dado por el producto de la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz.

Respecto del *nacimiento* de las estrellas cabe decir que se verifica en el

(1) BOUTARIC: *La Cosmogonie dualiste et tourbillonnaire* (Art. en *Scientia*, vol. XL, p. 345 sigs.)

(2) NÖLKE (Fr.): *Kosmogonische Grundfragen* (Art. en *Scientia*, vol. XLIV, p. 387 sigs.).

seno de las nebulosas, sobre todo si se tiene en cuenta la intensidad variable de la temperatura en la superficie de las estrellas. Ahora bien: ¿cómo nacieron las nebulosas?

Nernst intentó dar una explicación lógica: la materia que se irradia constantemente de las estrellas se acumula poco a poco en el éter bajo forma de energía vibratoria. Esos puntos son núcleos de las nebulosas cósmicas; y estos hechos ponen de manifiesto la llamada *marcha cíclica de los acontecimientos cósmicos* (*Kreislauf des kosmischen Geschehens*, p. 395). Prueba también de ese *equilibrio*, que hay entre la masa *total* de las estrellas oscuras y estrellas luminosas, se advierte en la regularidad de atracción ejercida por las estrellas luminosas sobre un astro aislado. Queda en pie el difícilísimo problema del origen. «Para el creyente, no es difícil responder a esta cuestión, porque *en el principio creó Dios el cielo y la tierra...* Pero el pensador científico no puede declararse satisfecho con esta respuesta. Sería infiel (añade (Nölke) al principio fundamental de la ciencia buscando recursos en un dominio *inaccesible* a la investigación científica. Cuando se encuentra ante los límites del conocimiento, al sabio no le queda otro remedio, en cuanto sabio, que resignarse al *ignoramus*» (p. 397).

El mismo tema sugestivo y casi novelesco, «nacimiento y muerte de la tierra», desarrolló el heraldo de la teoría torbellinosa Mr. Belot (1). Recuerda que debe la tierra su nacimiento al protosol y a la nebulosa primitiva contra la cual chocó el primero. De ese choque se originó el *embrión* terrestre que salió del ecuador del protosol en forma de hoja que se arrollaba en torbellino, alimentándose con la materia de la nebulosa, formando como una especie de larva que dió lugar al elipsoide terrestre en virtud de la condensación. Del protosol recibe el geoide su movimiento de revolución; de la nebulosa, el de rotación. Vendrá la muerte de la tierra, pero en fecha muy lejana. Serán causa de esta muerte las conocidas: enfriamiento solar, caída del satélite, nivelación del globo, etc.

Del estado actual a los ciclos eternos.—El astrónomo de Estrasburgo, Dr. Veronnet, ha resumido las cuestiones modernas planteadas por la Astronomía en vista de los últimos descubrimientos del espectroscopio y de la fotografía del cielo, en una obra distribuida en dos partes, cuyo resumen es del mayor interés para nosotros (2). Ha seguido este autor las huellas de Poincaré, las que nos dejó en sus *Leçons sur les Hypothèses Cosmogoniques*, criticadas ya por nosotros en anteriores Boletines.

Sin introducir nuevas hipótesis «he sometido, nos dice, simplemente al cálculo y a la crítica científica las soluciones dadas y las hipótesis hechas; y esto teniendo en cuenta únicamente hechos conocidos, leyes conocidas, causas co-

(1) BELOT (E.): *La naissance et la mort de la Terre*. (Art. en *Bulletin de la Société Phil. de Paris*, t. XIV, fas. 1.º)

(2) VERONNET (A.): *Constitution et l'évolution de l'Universe*. (Arts. publicados en *Scientia*, vol. XLIII. Año de 1928, p. 81 sigs.; p. 149 y sigs.) Resume en ellos con maravillosa claridad y lógica las doctrinas expuestas en la obra del mismo título publicada por el editor Doin, en París.

nocidas, consideradas dentro de límites conocidos o débilmente extrapolados» (p. 82-83). Para conocer la grandiosidad de los espacios tenemos el criterio de la *distancia* que nos separa de los astros: distancia que puede conocerse con certeza por medio de distintos procedimientos, dignos de crédito científico.

Además de las estrellas visibles agrupadas en nuestra *galaxia*, algunas de las cuales formando enjambres abiertos, hay por encima y por debajo del plano de la Vía Láctea multitud de enjambres globulares, algunos con 60.000 estrellas; y su distancia se calcula entre 20.000 y 200.000 años de luz. Hay también, fuera de Vía Láctea, a enormes distancias de ella y por tanto de nosotros (la nebulosa de Andrómeda bastante próxima, puesto que es visible a simple vista, dista 600.000 años de luz). Recientemente se han visto en la región de esas nebulosas *espirales* otras análogas de forma elíptica. Esto unido a la clasificación de las estrellas a base de su color—azules, amarillas, rojas—hace que pueda conocerse la evolución *posible* de los astros. Hay un dato que *ayuda* a este conocimiento: es la temperatura, medible según la ley de irradiación formulada por Planck. La evolución de los astros se rige hoy por el ciclo de Lokyer y Russell: las estrellas se forman al principio en estado de nebulosas difusas y frías; después se condensan, se calientan y se transforman en estrellas gigantes, primero rojas, después amarillas, más tarde blancas, para enfriarse después lentamente... Además de estos tipos de evolución hay las estrellas nuevas (*Nova, Novae*) que súbitamente cambian de resplandor; las *cefeidas* y las estrellas dobles.

La velocidad del sol y la radial de los enjambres y nebulosas es enorme. Para conocer la constitución del Universo hemos de partir de una cosa cierta, a saber: el sol y las estrellas son *astros gaseosos*, donde se pueden aplicar las leyes de los gases perfectos, admitiendo dos hipótesis límites: el equilibrio isotérmico (temperatura uniforme) y equilibrio homogéneo (densidad uniforme). Para el Dr. Veronnet, la teoría de la contracción de Helmholtz es la que explica mejor el equilibrio termodinámico del Sol; y ella es también la que «llena las condiciones científicas exigidas» (p. 153). Para la edad de la tierra y del Sol, después de su formación definitiva, se da la cifra de un millón de años que es enorme en realidad, aunque pequeña para lo que le resta de vida a nuestro globo: «l' évolution future s' impose comme beaucoup plus longue ouvrant au développement de l' humanité des perspectives sans fin» (p. 153).

El mejor de los métodos para calcular la edad de la Tierra es el de Joly, basado en la cantidad de sales disueltas, llevadas por los ríos al agua del mar, fenómeno general y de tipo regular. Tomando por dato fundamental la cantidad que recibe actualmente el Océano, se obtienen alrededor de cien millones de años... un *poco mayor* de la señalada anteriormente. Para conocer la evolución de las estrellas es necesario tener en cuenta la formación o integración de la materia en su aspecto electrónico; y la formación de las estrellas y nebulosas dan luz—la corriente—sobre la evolución del sistema solar.

Hay, finalmente, un problema de interés que se plantea con las palabras funerarias: la *muerte del Universo*.

Si la energía se degrada, y se da la irreversibilidad de los fenómenos, se enfriarán fatalmente las estrellas. «C' est sera la mort de l' Univers» (p. 158). Pero la concentración de un conjunto o un enjambre de estrellas produce in-

mensamente más calor que se pudo perder. «*La concentration indéfinie de l' Univers pourra entretenir l' évolution indéfinie de la pensée dans l' Univers*» (p. 158).

Por eso el autor concluye con la esperanza de que la evolución cósmica apenas está comenzada; y sigue siempre la misma trayectoria circular, a saber, una condensación cada vez más completa, de electrones en átomos, de átomos en estrellas, de estrellas en conjuntos o enjambres y así sucesiva e indefinidamente...

El astrónomo parisién Carlos Nordmann defiende la eternidad del Universo, siendo inaplicable el principio de Carnot a su conjunto enorme de materia y energía que según las concepciones de Einstein es infinito pero limitado (1) y de acuerdo con lo defendido por Abel Rey en la obra criticada por nosotros en el anterior BOLETÍN (2). Las estrellas nuevas que aparecen en el cielo sólo son estrellas resucitadas. La Materia y la Energía juegan por los espacios inmensos recorriendo *ciclos* sin fin de luz y de sombras.

Serenidad del filósofo.—Cuando se habla de que la creación es temporal, dando al Universo un origen que no puede ser eterno, se confunden a veces las ideas en neblinas de imaginación. No es de este lugar analizar el concepto de *creación* para rectificar opiniones muy arraigadas como lo ha hecho el ilustre P. Sertillanges (3); no podemos concebir a Dios Creador, como despertando de una soledad deliciosa, y cansado de ella, sacar de la nada la pléyade inmensa de los seres; no podemos pensar en un momento temporal preexistente al mundo, cuando el tiempo es atributo de algo real y no puede existir cuando no hay nada. Todo ello son juegos de imaginación que desvanecerán los metafísicos al estudiar las causas. Pero no podemos ni debemos prescindir, tratando del Universo, de recoger aquí un comentario del ilustre dominico francés que viene muy bien a nuestro propósito. Dice así: En cuanto a las pretensiones científicas referentes al origen o al término del mundo, claro es que Santo Tomás no pudo hacerse eco de ellas; pero también es claro que de haberlas conocido las hubiera calificado de meros infantilismos. Nosotros nada sabemos del Universo en su totalidad. Nuestras *leyes* se infieren de experiencias muy reducidas bajo este aspecto; son aproximaciones; nada puede asegurarnos que no son casos particulares de una ley más general, que regulan conjuntos ignorados de nosotros. Pretender hacer entrar los dos infinitos de Pascal en una fórmula termodinámica, y deducir de esta fórmula la suerte del Universo sería una falta visible de la fantasía. Ante ella, se encogería de hombros Aristóteles como ante los que pretendían demostrar el principio del mundo por los orígenes de la cultura helénica» (p. 115).

(1) CH. NORDMANN: *L' Au-Delà-Face au problème de l' Immortalité* (París, Lib. Hachette, sin fecha) sobre todo Capítulos IV y V.

(2) Cf. LA CIENCIA TOMISTA, *Boletín de Filosofía de las Ciencias Físicas*. Sep.-Octubre 1929, p. 224-26.

(3) SERTILLANGES (A. D.), O. P.: LA CRÉATION (Art. en la *Revue Thomiste*, 1928, p. 97 y sigs.

III.—ESTRUCTURA DEL UNIVERSO INFINITO Y LIMITADO

Idea general del Firmamento.—Tomo la pluma con verdadero gozo al comenzar esta sección del *Boletín*, contemplando la obra magnífica, por dentro y por fuera, de mi querido amigo el P. Rodés, S. J. Se siente hondo placer cuando se hojean libros semejantes que honran a la Patria donde nacieron y a la frente que supo concebirlos. Y hasta el religioso goza al ver a otro religioso, que si viste de modo distinto, tiene dentro del pecho la llama de la misma fe, consagrado tan plenamente a las investigaciones científicas que puede presentar libros preciosos para exposición y desarrollo de las teorías más modernas de Astronomía y Física del globo.

Me refiero al *Firmamento* (1) editado con todo lujo por Salvat (Barcelona) en 1927, dividido en dos partes: *Una estrella y sus alrededores*, la primera; *El Universo Sideral*, la segunda.

Apelando frecuentemente a las metáforas, envoltura brillante del pensamiento, con un estilo cálido y vibrante en armonía con los grandiosos panoramas que describe, comienza el P. Rodés recordando lo que es la luz, heraldo de los cielos, su velocidad; y el éter, *sostén del mensajero cósmico*, cuya existencia abraza y encarece. Tras la descripción de los telescopios, nos habla del *Sol*. Después de indicaciones preciosas sobre el origen de la energía solar y su irradiación por los espacios (p. 60-62), estudia la constitución física del sol, particularmente sus protuberancias, su corona, su campo magnético, sus manchas, etc. En la descripción de la *Tierra* maravilla el estudio que hace de su *interior* y de la *vida* que hay en ella, tanto en el aire como en la superficie y bajo las aguas del mar. Cuando estudia la *Luna* advierte que no puede concluirse, de las razones universalmente aducidas, que «nuestro satélite esté totalmente desprovisto de atmósfera» (p. 208), la cual puede estar muy enrarecida. Todo hace suponer que la luna «tuvo ya su *fin del mundo*».—El párrafo dedicado al *sistema Tierra-Luna en el tiempo* tiene para nosotros especial interés porque se *roza* con la noción metafísica del tiempo, la cual «es una de las más íntimas del espíritu humano»; y con la edad de la Tierra que nos conviene conocer aunque después mencionemos diferentes opiniones. La Paleontología y la Geología exigen para los seres que estudian miles y miles de años de duración. También la transformación de las sustancias radioactivas, en particular del *uranio* suministra un argumento potentísimo para la antigüedad del Globo.

La gran ley del Universo—la gravitación—es explicada por el P. Rodés según las hipótesis modernas, sin olvidar la de Einstein que tiene «un crédito indiscutible entre los astrónomos modernos» (p. 342).

¿Cuántas son las estrellas? pregunta el sabio jesuita al comenzar la segunda parte. El telescopio se ha quedado corto en comparación con la fotografía que va recogiendo con exquisito cuidado las huellas luminosas de los habitan-

(1) RODÉS (L.), S. J. *El Firmamento*, en 4.º, 600 págs. con preciosos grabados, tricomías, huecogrados, etc.

tes del espacio. En las 22.000 placas que formarán el *Mapa del Cielo* no se registrarán menos de treinta millones (p. 359). Esto es por lo que respecta a *nuestro* sistema estelar limitado; porque fuera de él se encuentran «apiñadísimas condensaciones de mundos» como las Nubes de Magallanes, nebulosas espirales..., etc., etc.; entreviéndose «la existencia de otros sistemas de mundos que nos arrastran de nuevo hacia lo infinito y eterno» (p. 366).

Para conocer la naturaleza de las estrellas se sirve la Ciencia del espectroscopio. Bien. Para medir su temperatura se emplean aparatos de tal sensibilidad que pueden apreciar el calor de una candela encendida a *trece kilómetros de distancia* (p. 411).

Por la temperatura se conoce la *fase* en que se halla la evolución de la estrella. Pero no terminan aquí los misterios de la bóveda celeste, dignísimos de mención en nuestras páginas aunque no tengan directamente un reflejo notable en las doctrinas filosóficas del Cosmos. La mayoría de las estrellas son múltiples, en especial dobles; ¿qué lazos tiende la gravitación entre ellas cuando sus velocidades son diferentes según revela el espectroscopio?

Las nebulosas brillantes, galácticas y extragalácticas, son tan evocadoras como las masas oscuras que se proyectan como interrogantes sobre el cielo, más silenciosas porque no puede hablarnos, por ellas, el mensajero de la luz. Dan idea, si cabe ideal lo inmenso, de cómo son esas masas caóticas flotantes en el espacio, sus dimensiones colosales; por ejemplo la que irradia como en torrentes de lava finísima de la estrella *Ophiuchi* tiene, bien medidos, sus *tres billones seiscientos ochenta mil millones de kilómetros*. Para dar una representación de esta magnitud dice el P. Rodés: «El ángel caído que describe Milton en las profundidades del Caos, esforzándose por escalar las regiones de la luz, habría podido volar a razón de 300 kilómetros por hora durante más de cien millones de años sin salirse del tenebroso seno de ese vastísimo piélago de materia cósmica» (p. 458). Esas enormes sombras deben estar formadas «de finísimo polvo integrado por partículas del orden de cienmilésimas de milímetro de diámetro, dimensión la más aproximada para ejercer una absorción máxima sobre la luz y experimentar a su vez el efecto máximo de la presión de radiación que las dispersa en el espacio». Para el P. Rodés es un enigma la existencia de esas inmensas regiones desprovistas de astros; el cual sólo puede explicarse «teniendo en cuenta que todo en el Universo sidéreo está animado de un vertiginoso movimiento, y que las fuerzas cósmicas arrastran los soles y juegan con ellos como un torbellino de aire agita y esparce las ligeras plumas que levanta a su paso» (p. 458).

Las estrellas variables, entre las cuales las *cefeidas*, también suscitan polémicas e interrogantes aunque sea general atribuir sus variaciones a que dichas estrellas son asiento de agitaciones violentísimas. Acucian la inteligencia de los astrónomos las estrellas llamadas *nuevas*, variables, sin período, observadas preferentemente en la Vía Láctea y en conexión con las nebulosas brillantes. Misterio son las variables *caprichosas*; pero mayor que todos los enigmas de estrellas... «Un puntito apenas discernible a simple vista, entre las estrellas de la constelación de Hércules, se convierte al concentrar su luz sobre la placa fotográfica durante once horas, con el auxilio del gran telescopio

de Monte Wilson, en un espléndido apiñamiento de más de *cincuenta mil* soles...» (p. 515).

Había ya catalogados en 1922 en el Monte Wilson (que como se sabe tiene hoy el mayor telescopio del mundo) 95 de estos *enjambres*, cuyas estrellas se distribuyen entre sí como las moléculas gaseosas en un espacio libre. Otra cifra asombrosa de los *enjambres* es su distancia: el más cercano dista, según Shapley, la respetable suma de 21.000 años de luz. «Cuando el astrónomo podía creer que había terminado ya el inventario celeste, se encuentra frente a frente del mayor enigma con que le sorprende la exploración cósmica: la *nebulosa espiral*» (p. 527). Las hay destrogiras y levogiras, según se alejen las espirales del centro en el sentido de las agujas del reloj o en sentido contrario. Tienen movimiento de rotación y de traslación.

Debe notarse que las velocidades positivas o de alejamiento en la mayor parte de las nebulosas espirales se atribuye fundadamente a que la Vía Láctea se traslada en bloque a una velocidad de 700 kilómetros por segundo; o según Lundmark, 400 kilómetros. ¿Puede la imaginación más vigorosa concebir los millones de astros que forman la Vía Láctea moviéndose todos a la vez, cruzando el inmensísimo espacio a razón de cuarenta y dos mil kilómetros en un minuto? ¡Tan grande es el Universo! Para mayor aturdimiento puede recordarse que las nebulosas espirales conocidas, relacionadas con nuestra Vía Láctea, suman cerca de un millón (p. 527-42).

Al deducir el P. Rodés sus conclusiones, dirigiendo al Cosmos una mirada de conjunto, deja sentadas las siguientes, que entresacamos del último capítulo de tan hermosa obra. *Primera*. El límite de la materia no ha sido alcanzado. *Segunda*. Además de la materia *ponderable*, no sabemos si el espacio interestelar está lleno de otra materia continua y uniforme de cuya naturaleza no conozcamos nada. *Tercera*. La Astronomía considera el movimiento en su aspecto relativo. *Cuarta*. La ciencia rinde un tributo a la inspiración a Moisés, al descubrirnos el estado primitivo de la materia en la primera fase de la creación. *Quinta*. Creemos posible que las fuerzas dadas por el Creador a la materia permiten durar indefinidamente un cielo estrellado semejante al que actualmente contemplamos. *Sexta*. ¿Será la Tierra el corazón del Universo? ¿Entre los millones de astros que recorren silenciosamente sus órbitas por el espacio, será nuestro planeta el único en donde encuentran eco vital y consciente las armonías de la creación? (c. X y *Conclusión*).

La última pregunta parece implicar una respuesta en que se admita la habitabilidad de los astros, dejando de ser la tierra una excepción tan diminuta. El P. Rodés, siempre ecuaníme, prudente y reflexivo, se escuda con un interrogante que nosotros no queremos borrar.

Damos la enhorabuena más íntima a nuestro ilustre amigo por la publicación de su obra, cuya ilustración insuperable corre parejas con su texto, que tan brillantemente nos describe el cielo.

Morada de grandeza
Templo de claridad y hermosura

como le llamó el Maestro Fr. Luis de León.

Lo infinitamente grande a través de lo infinitamente pequeño.—La *Revista de Occidente* nos ha regalado con la traducción de la bellísima obra de Eddington (1) *Estrellas y Átomos* escrita con la viveza de imaginación y el estilo a ratos humorista y siempre simpático del astrónomo inglés. En esta obra se recopilan, como advierte el autor, los amplios desarrollos, incluso matemáticos de la otra magistral *The Internal Constitution of the Stars* (Cambridge, 1926); de manera que conociendo una, se conocen las dos. Parte el ilustre escritor del paralelismo constitucional de una estrella y de un átomo, uniendo bajo un mismo concepto lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. En su primer Conferencia estudia el *interior de una estrella* tomando el sol como tipo, el cual investiga con maravillosa claridad y precisión. El análisis de la temperatura interior del sol es sencillamente admirable. Y como allí residen los átomos resulta que se unen realmente ambos infinitos, abismándose el pequeño en las entrañas del infinitamente grande, cuya dinámica explica y produce. Se ven los átomos, se ven los electrones en las fotopías que presenta, como los ve la razón en los estudios que hace. Es notable la *presión de luz* que desempeña un gran papel en los fenómenos celestes (p. 45) y la relación del brillo de una estrella con su masa.

Dejando otras particularidades que no añaden luz a lo manifestado en diferentes apartados de este BOLETÍN, plácenos recoger su referencia a la nube cósmica que ocupa todo el sistema estelar, la cual «ha llegado a ser un hecho de observación, no una conjetura teórica. El sistema de las estrellas está flotando en un océano; no meramente un océano de espacio ni un océano de éter, sino un océano material, que contiene aproximadamente un átomo por centímetro cúbico. Es un océano plácido, sin gran movimiento relativo. Probablemente existen corrientes en él; pero son de poca importancia y no llegan a las grandes velocidades que de ordinario poseen las estrellas» (p. 110).

Al tratar de la *edad de las estrellas* deducida por los métodos que en estas mismas páginas, si bien ligeramente, mencionamos, asegura que para el sol se hace precisa una edad mínima de diez mil millones de años (p. 155), advirtiendo que desde el principio cada estrella posee en su interior, como latente, «la energía que ha de gastar en el resto de su vida» (p. 157). «Este repuesto de energía, con pequeñas excepciones, está formado por la energía de constitución de los átomos y electrones; es decir, por energía subatómica» (p. 158).

Respecto de la aniquilación de la materia hace Eddington esta afirmación: «La frase *aniquilación de la materia* suena a algo sobrenatural. No sabemos todavía si puede ocurrir o no en la naturaleza. Pero no se opone a ello ningún obstáculo evidente. Los últimos constituyentes de la materia son pequeñas cargas positivas y negativas, que podemos representarnos como centros de opuesta clase de formación en el éter. Si se les pudiera forzar a reunirse, se aniquilarían no dejando otra cosa que una salpicadura que se difundiría como onda electromagnética, transportando la energía liberada por la ruina de la deformación» (p. 164-165).

(1) EDDINGTON (A. S.) *Estrellas y Átomos* (Trad. J. Cabrera).—Madrid, *Revista de Occidente*, 1928.—En 8.º 220 págs. Con grabados fuera del texto.

La inmensidad de los cielos.—Un gráfico de la inmensidad de los espacios, llenos de tantos millones de estrellas separadas entre sí por distancias fabulosas nos lo proporciona la siguiente comparación de Wirtz (1): nos podemos imaginar a las estrellas del tamaño de un grano de arena separadas entre sí por distancias de 100 kilómetros. A 100 kilómetros se ve una cosa del tamaño de un grano de arena ¡cómo será de grande para que se vea y qué desproporción tan enorme entre la magnitud del granito de arena y los 100 kilómetros que las separan...! Entre la Vía Láctea y las nebulosas espirales, sistemas estelares lejanísimos análogos a nuestra galaxia, hay una distancia que puede calcularse en 600.000 (seis cientos mil) años de luz. Esas nebulosas catalogadas ya pasan de veinte mil y no es dudoso pensar que se conocerán tres millones (p. 310, n. 6). Además, por el desplazamiento espectral de los rayos de Doppler, se ha llegado a calcular el movimiento de las nebulosas. También es cierto el movimiento de aproximación de nuestra Vía Láctea hacia las nebulosas espirales, como si mutuamente se atrajeran hacia un *centroide* cual si todas las nebulosas espirales, inmensos cosmos de millones de estrellas, constituyesen un *Universo* cuya sola imagen nos confunde y anonada.

Se observa también «la tendencia a diseminarse por el espacio de la materia de las nebulosas por sus movimientos radiales», que aunque nosotros los conceptuamos en un plano dando a las nebulosas forma de disco, en realidad son volúmenes que irradian materia, vertiginosamente, en todas las direcciones difundiéndose por todos los espacios. Esos fenómenos tienen cabal explicación y cumplimiento en el Espacio absoluto de W. de Sitter «que es un continuo de cuatro dimensiones compuesto del Espacio y del Tiempo imaginario y que forma la superficie de una esfera de cinco dimensiones» (p. 308, n. 5). Este Universo de Sitter «tiene un aire deliciosamente complicado y aun incomprendible; y no nos será posible nunca representarnos dicho espacio». La representación depende de nuestra fantasía; mientras que el conocimiento depende de la razón: por lo tanto, no hay dificultad en conocer una cosa y no poder representarla.

Hay un hecho del mayor interés aunque *oscuro*, porque se trata de la absorción de la luz en los espacios interestelares. Existen *nubes* cósmicas comprobables en las placas fotográficas formadas por masas corpusculares, compactas e impenetrables, que por ventura nos tapan regiones inmensas del espacio. En las regiones de la Vía Láctea se nota una *absorción fuerte, general y selecta*, lo cual no sucede en regiones más lejanas del Universo. Estas consideraciones sobre las nebulosas nos llevan a los confines del sistema espiro-nebular, donde la realidad se abraza con la ficción para satisfacer las ansias científicas del hombre. Si hay todavía muchos interrogantes que ocultan huellas de contradicción, eso bastará para que el espíritu humano persevere en la investigación, avanzando en el conocimiento del Universo espoleado siempre por el error, que como decía Schiller, «solamente el error es la vida» (p. 314).

Estructura del sistema solar y de la Vía Láctea.—Es un hecho compro-

(1) WIRTZ: *Die Spiralnebel und die Struktur des Raumes* (Art. en *Scientia*, vol. XXXVIII, p. 303 sigs.)

bado que muchas estrellas se mueven en la misma dirección, cual si formaran un verdadero conjunto. La atracción que entre estas estrellas puede existir, dada la distancia enorme que las separa, es extremadamente débil. Quizá tienen de común su origen; nos vemos precisados a admitir «que estos enjambres han sido formados como consecuencia de una condensación de la materia en un cierto medio». Con esta afirmación empieza Fessenkoff el estudio que estamos extractando (1). Las nebulosas que han dado nacimiento a las estrellas, en virtud de esa condensación, tienen materia meteórica. «A primera vista sería natural suponer que el estado primordial de la materia es el estado gaseoso enrarecido. Pero de esto no sabemos absolutamente nada. Quizá en la circulación eterna de la materia, esta concepción esté desprovista de sentido. Nosotros comenzamos simplemente por la materia meteórica, porque las propiedades de las nebulosas caóticas nos hacen suponer su existencia».

En la nebulosa meteórica van formándose centros de condensación cada vez mas distintos. ¿Cómo? Entre esos centros se extiende polvo meteórico. En los centros aparecen núcleos de estrellas, todas las cuales forman un enjambre que se mueve en la misma dirección y velocidad para todos sus componentes. Desechada la explicación de Laplace como imposible (p. 12), esta descripción nos puede indicar lo sucedido, ratificada por la pérdida constante del calor en las nebulosas y estrellas, causa que determina, por sí sola, la evolución subsecuente de los astros.

El movimiento de rotación de las nebulosas juntamente con el enfriamiento más rápido de las capas superiores en contacto con los espacios interplanetarios, son causa de que se formen ondas, remolinos, torbellinos de materia que aumentan las condensaciones en los núcleos iniciados, que vienen a agruparse en las proximidades del plano ecuatorial de la nebulosa gigantesca. Ahí está el principio del proceso planetario, que si aparece en las capas exteriores de la nebulosa «tiene el planeta una débil excentricidad y una pequeña inclinación sobre el plano del Ecuador».

Prescindiendo del examen de la cuestión «cometas» podemos resumir la doctrina relativa a la evolución del sistema solar en esta sentencia: «Nuestro Sol pertenece a un enjambre de estrellas en movimiento, cuyos componentes se mueven en la misma dirección y con la misma velocidad. Las estrellas de este enjambre provienen de condensaciones de la materia meteórica que constituyó anteriormente la nebulosa caótica» (Nous avons quelques raisons de penser que notre Soleil appartient à un essaim en mouvement dont les composants se meuvent dans la même direction et avec la même vitesse. Les étoiles de cet essaim ont pris naissance en tant que condensations de la matière météorique qui constituait antérieurement la nébuleuse chaotique; p. 15). Los cometas serían en todo caso testigos mudos de lo que es esa materia meteórica que forma pequeños agregados en comparación con el conjunto total.

Relacionado con este asunto está el de la nebulosidad o *nubosidad* general del cielo, que tomó gran incremento merced a los trabajos del P. Hagen,

(1) FESSENKOFF (B. de Moscou): *L' Evolution du Système Solaire*. (Art. en *Scientia*, vol. XL, p. 9).

pues si tiene importancia el estudio de la parte clara del cielo, quizá lo tenga mayor el de la parte oscura, en que deben analizarse la naturaleza y cualidades de las *nubes cósmicas* (1). Estudiando las nebulosas con exquisita detención llegó Hagen a esta verdad notable, experimentalmente comprobada: *Las nebulosas son los bordes luminosos de las nubes oscuras* del cosmos. La luz de la nebulosa no es más que resplandor, reflejo de las nubes oscuras.

Según este criterio se podía afirmar que las nebulosas *luminosas* son formadas por el reflejo de la luz de las estrellas en los bordes de las nebulosas *oscuras*. Hagen señala, efectivamente, qué estrella o estrellas puedan reflejar su luz en las nebulosas respectivas. El cielo sería una nebulosa oscura gigantesca abriantada a trozos por luz refleja. Esto fuera de la Vía Láctea: porque las nubes, dentro de ella, son comparables a *crirus* muy tenues. Fuera de ella, y como consecuencia de la estructura nubosa que damos al cielo, se nota que donde hay nubes cósmicas faltan estrellas; y donde brillan estrellas faltan nubes: lo cual hace suponer que el origen de las estrellas se debe a la materia difusa de esta clase de nubes.

—En mil o dos mil millones calcula Bohlin (2) el número de estrellas conocidas, animadas de movimientos colosales que guardan armonía con el movimiento de nuestro Sol; armonía *real*, prescindiendo de que hayamos de referir al Sol el centro de coordenadas, por desconocer el verdadero *Centro* del Universo (3). Parecele a Bohlin que existe una nebulosa secundaria que se llamaría *Segunda Vía Láctea* que tendría como la primera forma de anillo espiral; y que nuestro sistema solar ocupa una posición casi central con referencia al Universo investigado hasta hoy.

El Universo único y los Universos-Isas.—En el epitafio sepulcral de Herschel grabó el amor una expresión sublime: *Coeli perrupit claustra*; abrió para la ciencia las puertas cerradas del cielo, pues por medio de sus teorías ofreció una vista de conjunto del Universo, dando forma lenticular al sistema total de las estrellas; forma que había de convertirse más tarde en elipsoide, cuyo diámetro calculó Newcomb en 30.000 años de luz. La Vía Láctea sería una Nebulosa espiral, inmensa para nosotros, cuyo núcleo lo formarían las estrellas (entre las cuales el Sol) y sus brazos proyectados por el espacio formarían la banda luminosa que abraza el cielo. Este es el período *europco* de la Astronomía, anterior a la guerra; después de ella, predomina el sentir americano (4) basado en las observaciones astronómicas de los enormes telescopios norteamericanos.

Uno de los fundamentos de la teoría, es la distancia entre las nebulosas es-

(1) CERULLI: *La Nebulosità Generale del Cielo* (art. en *Scientia*, vol. XL, p. 134 sigs.)

(2) BOHLIN, *Ueber die Struktur unseres Sternsystemes* (Art. en *Scientia*, vol. XLV (año 1929), págs. 235 y sigs.)

(3) Consúltese el breve y luminoso comentario de nuestro compatriota COMAS SOLA, en su artículo *Movimientos propios de las Estrellas*, publicado en *Scientia*, vol. XLV, página 145 sigs.

(4) ARPELLINI (G.), *Progressi e Stati degli Studi astronomici sopra la costituzione dell' Universo* (Art. en *Scientia*, vol. XXXVIII, p. 219 sigs.)

pirales y su movimiento de rotación. Pero la verdadera gloria de la ciencia moderna, el triunfo mayor de Shapley lo constituyen sus investigaciones sobre los *enjambres de estrellas*, donde aparecen *nuevas*, y otras estrellas—las *cefeidas*—con variantes de luz y de resplandor.

Ya no hay muchos Universos aislados, *Universos-Islas*, sino que todos los astros forman un *Universo único*, agrupadas las estrellas en enjambres. El Universo tiene forma elipsoidal, cuyo plano ecuatorial coincide casi con el plano galáctico. Entre estos enjambres de estrellas, nos interesa más el *nuestro*, donde brilla y nos calienta el sol...

Los antiguos geógrafos hacían sus estudios y construían sus mapas como si la tierra fuese una superficie plana, prescindiendo de la tercera dimensión; y se veían obligados, por esa misma suposición, a admitir que las tierras habitadas debían estar rodeadas de un océano infinito. «Mejor todavía nosotros, dejándonos guiar por las primeras impresiones de los sentidos exactamente igual que los antiguos geógrafos, suponemos, a nuestra vez, que la variedad de tres dimensiones tiene una curvatura igual a cero; y que el conjunto de enjambres de estrellas y de nebulosas que constituyen nuestro Universo material está como sumergido en un espacio infinito (...che l' *insieme dei clusters e delle nebulose* costituenti il nostro Universo materiale, si trovi *immerso in uno spazio infinito*, p. 226), los geógrafos antiguos veían cada vez menos numerosas las ciudades y montañas alejadas del origen en que estudiaban... Struve y Seeliger en sus catálogos de estrellas, dicen que se hacen cada vez más raras a medida que se alejan del sol, ¿será real o una simple apariencia, debida al postulado de Euclides que no resulte verdadero?

Este postulado es el célebre de las paralelas. Si se modifica, varía completamente la visión racional del Universo. El conjunto de enjambres de estrellas y de nebulosas espirales, que según acabamos de decir, constituye nuestro Universo material, tendría, como el espacio que lo contiene, una extensión finita. La energía calorífica, luminosa, etc., emitida por un astro, acabaría por llegar al mismo astro (salvo la parte absorbida por la materia encontrada en su camino) después de haber dado la vuelta al Universo; como puede darse la vuelta sobre la superficie de la tierra, que no es plana, sino curva por completo: precisamente como una onda eléctrica emitida por una de nuestras estaciones radiotelegráficas, vuelve a la misma estación emisora después de haber dado en todas direcciones la vuelta al mundo... (p. 227).

¿Cuándo tendrá la ciencia una visión clara de estas perspectivas tan evocadoras?

—Apoyándose en el estudio detenido de las nebulosas propugnó Curtis (1) la teoría de los *Universos-Islas*, que, como acabamos de decir, había impugnado Armellini. Es muy notable, dice, que los géneros celestes sean tan poco variados, cuando lo son hasta lo infinito los géneros terrestres, cuyas especies vitales se cuentan por millonadas. Los del cielo sólo son cinco, a saber: 1.º

(1) CURTIS (H. P.) *The Spiral Nebulae and the constitution of the Universe*. (Art. en *Scientia*, Vol. XXXV, n. I, 1-10).

Las estrellas; 2.º los conjuntos globulares de estrellas; 3.º las nebulosas difusas; 4.º las nebulosas planetarias; 5.º las nebulosas espirales. Cada uno de estos géneros tienen número, velocidad espacial, espectro y distribución diferente en el cielo. Las espirales, agrupadas alrededor de los polos de nuestra galaxia, forman un conjunto aparte lleno de características misteriosas, y de tan gran número que nuestros telescopios potentes descubren más de un millón de ellas. Tienen una gran semejanza con nuestra galaxia hasta en el raro fenómeno de aparición de nuevas estrellas, el apoyo más sólido de la teoría de los Universos-Islas (the strongest support to the island universe theory). En algunos años han aparecido 27 estrellas nuevas en las nebulosas (sólo en la famosa de Andrómeda aparecieron 16); y en la Vía Láctea han aparecido treinta y cinco. Parece lógico suponer que ambas apariciones obedecen al mismo fenómeno de carácter cataclísmico o explosivo gigantesco. En el movimiento de las espirales hay una objeción contra los Universos-Islas; pero Curtis tiene la convicción de que en esta última teoría las dificultades son menos que en cualquiera otra. Y desde luego, las perspectivas racionales y filosóficas son verdaderamente grandiosas.

Así lo ha hecho notar, bajo análogas consideraciones, el ilustre astrónomo de París Mr. Salet en un trabajo sintético de gran luminosidad (1), donde recoge y desata las objeciones que se oponen a la concepción de Universos-Islas, fijando muy bien los argumentos que la robustecen.

El estudio de las nebulosas espirales suministra argumentos valiosos en pro de la limitación y curvatura del espacio, porque sabido es que hay una relación señalada por la teoría de la Relatividad entre la masa total del Universo y el radio de curvatura del mismo. Para calcular la masa total del Cosmos no basta considerar la masa de la materia radiante, sino también de la materia oscura, la cual puede conocerse mediante el coeficiente de absorción de la luz que se estudia en las masas oscuras del espacio. Así se llega al Universo limitado de Einstein, que tiene sus contradictores, pero también sus defensas.

No puede inferirse de la consideración de las nebulosas que el número de estrellas sea infinito actualmente ni que sea ilimitado el Universo. Que crezcan y se dilaten los horizontes del espacio inmenso; que floten en infinitos mares oscuros esas Islas-Universos, gigantescas espirales con soles dentro... (p. 175); pero siempre será cierto que la magnitud y la multitud infinitas actuales son metafísicamente imposibles; no se olvide el adjetivo *actuales*, porque no sería lo mismo tratándose de *potenciales*.

Reflexiones de un Escolástico.—Terminaremos este capítulo refiriendo las ideas capitales de Mr. Greewood, expuestas en una *Memoria* bien documentada que presentó al Congreso Tomista de Roma, la cual suscitó cierta oposición, traducida en sendas objeciones. Su trabajo se publicó en las *Actas* del Congreso expresado; pero después publicó un estudio más extenso en la *Re-*

(1) P. SALET: *Les Univers-Iles* (art. en la *Rev. Génér. des Sciences*, 1926, 31 Mars, p. 168 sigs.)

vista Neo Escolástica de Lovaina, al cual nos vamos a referir en este brevísimo resumen (1).

Los conceptos geométricos se obtienen por la inteligencia humana abstra- yendo no sólo de la materia sensible particular sino de la materia sensible común y por lo tanto no conservan más que la *materia inteligible común*. No hay allí ningún elemento intuitivo; y basta la compatibilidad interna de un grupo de axiomas, base de teoremas y de corolarios, enlazados entre sí por las leyes lógicas para que sea verdadero cualquier sistema de Geometría, con o sin aplicaciones prácticas. «Desde este punto de vista, la Geometría de Riemann es tan verdadera como la de Euclides; y esta última como la de lo *discontinuo* de Veronese» (p. 39). De aquí se deduce que el espacio no euclidiano de la teoría de la Relatividad es tan intuitivo como el de Euclides y se adapta mejor al espacio físico, que está lleno de materia sometida a la gravitación. Por eso no podemos trazar en el Universo actual una recta rigurosamente euclidiana a causa del movimiento de la tierra, cuyos componentes son tan enormemente complicados. La materia del Universo determina la curvatura media del espacio físico que la contiene, causando como pliegues que cambian la forma del espacio a ciertas distancias y acaban por hacerle adoptar una forma casi esférica.

El espacio de Einstein se asocia más al espacio físico que el de Euclides. «Si nos hubiésemos acostumbrado a pensar en términos de espacio no-euclidiano, acabaríamos por considerar el espacio de Euclides como un límite ideal más sencillo que nuestras representaciones y más difícilmente adaptable a los datos complejos del conocimiento sensible» (p. 42).

Para tener una imagen objetiva del mundo sensible es necesario apelar al Universo de cuatro dimensiones, formado por tres espaciales y una de tiempo. Este Universo constituye un continuo *único*, cuyas dimensiones se diferencian por la diferente manera de determinar los hechos, los fenómenos, cuanto acontece en ese mundo. «El continuo tetradimensional del Universo es justamente el cuadro absoluto de la realidad física» (p. 45). Son pueriles los temores y desconfianzas mostrados por algunos filósofos tomistas (*la méfiance qu' un grand nombre de philosophes thomistes*) al contemplar la nueva figura del mundo

No se diga que al obrar así se introduce en la matemática un concepto físico, confundiéndose los tres órdenes de ciencias matemático, físico y metafísico establecidos por Aristóteles y Santo Tomás. Cabalmente la epistemología peripatética y tomista supone una abstracción de las cosas sensibles, tal como son en sí, y por tanto dan un concepto del Universo con algo más que puras relaciones de geometría euclidiana, las cuales se obtienen por nuevas abstracciones (p. 45-48). Por eso al Espacio del Universo se acerca más el de Einstein que el de Euclides. «La géométrie de l' Univers ne saurait donc être celle d' Euclide» (p. 49). No debe hacerse de esa identificación un dogma filosófico. Si así aconteció hasta el día de hoy, es porque la Geometría de Euclides satisfacía nuestras necesidades inmediatas «et a cause de notre ignorance d' une géo-

(1) T. GREENWOOD: *L' adaptation de la Géométrie au Monde sensible*. (Art. en la *Rev. de Phil. N. Scol.*, 1926, p. 37-51).

metrie diferente» (p. 50). La síntesis del campo gravitatorio y del campo electromagnético, ideada por Eddington, ha dado un nuevo contenido al concepto físico del Universo, complicando, tal vez, su Geometría en provecho de la Física y dando un gran avance a las investigaciones científicas acerca del Cosmos.

IV.—LA EDAD DEL UNIVERSO

Si conocer la *edad* de las personas resulta muchas veces difícil, cuando no imposible, calculen mis lectores el trabajo que supondrá llegar a conocer la edad de los astros. Las modernas investigaciones sobre la radiactividad de las rocas han dado para la tierra la respetable suma de mil millones de años (1). Pero no podemos tomar esa cifra como término de comparación para conocer la edad del Sol ni menos de las estrellas. Es necesaria otra *escala larga de tiempo* (*the long time scale*) para medirla, porque es una equivocación querer comparar los planetas con las estrellas desde el punto de vista de la edad. Lo demuestra por de pronto que durante la evolución planetaria de la tierra no ha variado la radiación solar, ni ha tenido modificaciones notables. El Sol no ha vivido más que un *momento* de su vida durante el *millar de millones* de años que vive la tierra.

Sin embargo el Sol, con su sistema, se ha movido considerablemente en el espacio, acercándose tal vez a vastas regiones de nebulosas irregulares que han podido modificar las condiciones de los climas geológicos y aun las apariencias de las ideas variables. (... *the radiation of Sun has not change essentially in a thousand millions years...*, etc.) P. 70.

La segunda razón para admitir esa nueva escala de tiempo, mucho mayor que la necesaria para nuestro planeta, nos la proporcionan la observación de la distribución de las estrellas y la de sus velocidades. Ese período de tiempo terrestre casi podemos decir que no significa nada para la transformación de las estrellas o nebulosas: mil millones de años son un instante. Con un millón de millones puede que llegáramos al origen de las estrellas que vemos ahora *en nuestro sistema galáctico* (*Our present conception, therefore, of the nature and dimensions of the galactic system, and ours deductions from geological history, both point to a time of at least a million million years since stars we now observe originated*, p. 71).

Está relacionada la evolución de una estrella con la velocidad de la irradiación de la propia materia que se lanza a los espacios por miles y millones de toneladas en un segundo. Pero no es criterio seguro por la dificultad de las observaciones. Por eso se buscan postulados teóricos para fundamentar el discurso en estos asuntos, contrastándolos cuanto es posible, con las intuiciones astronómicas en el espejo de los cielos. Las llamadas *nubes de Magallanes* ofrecen un ejemplo singularísimo, que han sabido utilizar los sabios del

(1) SHAPLEY: *The Magellanic Clouds and their bearing on the problem of stellar Ages*. (Art. en *Scientia*, v. XXXVIII, p. 69 sigs.)

observatorio de Harvard: en su conjunto demuestran la necesidad de adoptar una escala de tiempo nueva y amplia.

Grato nos es poder intercalar aquí algunas referencias del P. Rodés en la obra mencionada (1), que recuerdan exactamente las de Mr. Shapley. Después anotaremos la conclusión de este sabio norteamericano. En estas dos apinadísimas condensaciones del hemisferio sur, porciones desgajadas de nuestra Vía Láctea, se ven ejemplares de toda clase de variedades en que se ha condensado la materia cósmica, contándose sus estrellas por millones. Para la Pequeña Nube se da la enorme distancia de 81.000 años de luz; para la Gran Nube ha calculado también Shapley 114.000.

El diámetro real de la Gran Nube debe ser de 15.000 años de luz; y la velocidad radial con que en el seno de ella se mueven las nebulosas es según Wilson 276 kilómetros por segundo. Recordando el equivalente en kilómetros del *año de luz* se viene en conocimiento de la grandiosidad incomparable de esos Universos suspendidos en el espacio, cuyas estrellas tienen un volumen gigantesco como se desprende de su análisis espectral. Todo cuanto sabemos de la estructura, composición y aun posición de las Nubes de Magallanes nos demuestra que hemos de rechazar la escala de tiempo restringida, porque todo indica que han recorrido las estrellas su evolución con una lentitud extrema; quizá podamos llegar a conocer, por este medio, la edad de los cuerpos celestes, enigma que, como se dice en frase vulgarizada, *se pierde en la noche de los tiempos*.

—Otro medio para calcular la edad de la Tierra, y por lo tanto la mínima del Sol es la radioactividad y la trasmutación de sus elementos en la Tierra (2). La desintegración radioactiva se verifica de un modo matemático; así es que mirando las capas de la tierra pudo señalar Hahn su edad respectiva y por lo tanto la edad del globo. La teoría de Einstein haciendo tan posible la transformación de energía en materia y de materia en energía, nos explica por el hecho de la radiación la *fuera vital* (*Lebenskraft*) del sol y de las estrellas (p. 246).

—Este procedimiento de la radioactividad también ha sido felizmente utilizado por Mr. JEANS (3) para calcular la vida de la Tierra y la edad de las estrellas. Por ejemplo, el átomo de Uranio tiene de vida siete mil millones de años; como la tierra se desprendió del Sol hace dos mil millones de años, se debe preguntar de dónde vino ese átomo a la tierra. Desde luego del sol, durante la permanencia de la tierra en él: porque el sol tiene siete u ocho *millones de millones* de años de edad; así que las sustancias radioactivas de la tierra se produjeron en ella durante su vida intrasolar. Se calcula que el Sol irradia cada minuto 250.000.000 [doscientos cincuenta millones] de toneladas de materia, que ya no se aniquila en los espacios. Pero el fenómeno inverso no tiene lugar jamás. La materia se encamina fatalmente a la tumba de su ener-

(1) RODÉS (L., S. J.): *El Firmamento*, c. VIII, p. 525-26.

(2) FREUNDLICH (E.): *Ueber die Quelle der Sonnenstrahlung* (Art. en *Scientia*, v. XLIV, p. 239 sigs.)

(3) JEANS: *The Physics of the Universe* (Art. en *Nature*, Noviembre de 1928).

gía, mediante esa degradación universal y estéril. Jeans había de llegar a conclusiones contrarias a Muller y Eddington, pues contrarios habían sido sus principios.

V.—LEYES CÓSMICAS

Aspecto general.—La ley científica tiene el aspecto metafísico de la constancia e inalterabilidad intrínseca de la propiedad que regula; implica además la generalización cuando se trata de muchos individuos que participan de la misma naturaleza. Para establecer ese tipo generalizado y generalizador se precisa la inducción lógica, puente por donde se pasa de la realidad múltiple al pensamiento uno (1).

Para que la ciencia pueda reconocer esas leyes como participantes de sus fueros hasta que se refieran a la *constancia* en la manera de ser o de obrar de un objeto, siquiera sea tan único como el Sol en el sistema planetario.

Las leyes cósmicas son de dos clases, las que pudiéramos llamar *generales*, y las que apellida André leyes de *especificación*. Las primeras se refieren a gran número de seres que convienen en aspectos de universalidad, las de la gravedad, las de equilibrio, temperatura, etc. Las segundas a cada especie de cuerpos, bien sea agrupándolos por estados sólidos, líquidos, gaseosos—o bien por especies, como las densidades, presiones, fusión, cualidades de especies minerales o vegetales o animales, etc. (2). Ambos grupos de leyes tienen solidez científica y filosófica diferenciándose tan sólo en el campo de su influencia y en la amplitud de su gobierno.

La Ley de equivalencia entre masa y energía.—He aquí una de las más fundamentales en la concepción moderna del Universo. Podemos formularla así: *Entre la masa y la energía de un cuerpo existe la relación*

$$m = \frac{E}{c^2}$$

Recientemente la teoría relativista ha demostrado, siendo c como se sabe, la velocidad de la luz en un segundo de tiempo. La irradiación de energía llevará consigo la pérdida de masa en la proporción que la fórmula establece. Los trabajos de Eddington, de Vogt y de Nernst, recogidos por el propio Vogt en un artículo notabilísimo (3) vienen a demostrar, aunque bajo diferentes aspectos cuantitativos, la comprobación experimental de esa ley. No vamos a descender a detalles que podrán consultar mis lectores en obras técnicas y en este mismo artículo, cuyo contenido doctrinal estamos recogiendo; el cual, por lo

(1) Cfr. DOROLLE (Maurice): *Les problèmes de l'induction*, Paris, Alcan.—1926.

(2) Véase ANDRÉ: *Die Eigenartsanalyse der Lebenserscheinungen und Ihre Bedeutung für die Biologie*. Art. en *Divus Thomas* de Friburgo (Suiza). Diciembre de 1928, p. 431 sigs.

(3) VOGT (H.) *Die Massenabnahme der Sterne infolge ausstrahlung von Energie* (Art. de *Scientia*, vol. XXXVIII, n. I),

que hace a nuestro propósito se resume en esta afirmación: «El acuerdo perfecto de muchos resultados de observaciones con la teoría, así como otras consideraciones más generales hablan en favor de la teoría de la disminución de la masa de las estrellas en el curso de su evolución. Toda teoría científica que tienda a dar una explicación del Cosmos deberá partir, por consiguiente, de este principio, a saber: que el Universo se encuentra en un estado estacionario y que aparecen por término medio tantas estrellas como desaparecen en el mismo tiempo; porque si fuera de otra suerte, el Universo debería estar poblado hace mucho tiempo de astros apagados, lo cual es desmentido majestuosamente por el estado actual de los espacios celestes». Las estrellas no sólo acabarán por apagarse, sino que desaparecerán (siquiera sea *muy a la larga*) como conjuntos de materia, en consecuencia de la disminución constante de su masa. Pero al propio tiempo, debe lógicamente admitirse (y la observación lo va demostrando) que en otros parajes del espacio van apareciendo aglomeraciones materiales, transformándose la energía en átomos de materia y constituyendo paulatinamente nebulosas, cuna y origen de nuevas estrellas. «Según esta teoría cuya exactitud no está establecida aún con certeza, *pero que parece muy probable*, se trataría de un ciclo cósmico que importa una génesis y una desaparición continuas de materia, esto es, una transformación, no interrumpida jamás, de una forma de energía en otra».

Aplicada la teoría al Sol, se explica su radiación enorme de energía no sólo por el trabajo mecánico de la contracción de su masa por efecto de la gravitación, sino también por la materia misma solar que naturalmente se irradia, y es idéntica a la energía y se va transformando en otras formas de energía a expensas de la masa del Sol.

La ley unitaria de la teoría de la emisión y ondulatoria.—Si se admite esta ley formulada por de Broglie, cuya exposición genial le ha valido el Premio Nobel de Física en 1929; si se acepta esta unión entre ambas teorías rivales, adquiere el Universo un ritmo dinámico portentoso. Nordmann ha hecho una exposición de la ley cuya síntesis contienen estas palabras:

«Los rayos luminosos son, en efecto, ondulatorios; pero, por otra parte, los mismos electrones están asociados a ondas, es decir, tienen trayectorias en cierto modo ondulantes y cuyo ritmo y velocidad están ligados a la velocidad del electrón. En suma: emisión de partículas y ondulación no serían más que modalidades de un mismo fenómeno, es decir, el inverso y el reverso de una misma medalla. Si esa concepción atrevida fuese exacta, conciliaría y reconciliaría en una síntesis pacífica teorías antes enemigas, y entre las que parecía necesario que una había de quedar vencida por la otra. Si esa concepción era exacta, todo se armonizaba, en vez de desgastarse en vanos combates. Si esa concepción era exacta, se podía entrever en la ciencia un monismo grandioso sucediendo a funciones rivales» (1).

El mismo autor M. de Broglie resumió las comprobaciones experimentales

(1) NORDMANN (Ch.): *Una idea maravillosamente atrevida*. (Art. en *Rosas y Espinas*, Enero de 1930). Si en vez de síntesis de vulgarización se quiere una científica, véase el artículo de THOMSON: *Waves or Particles*, publicado en *Scientia*, vol. XLVI, p. 163 sigs.

de su teoría hechas recientemente por Davidson, Germer, Thomson y Rupp, dando a lo representado por las *ondas-pilotos* una realidad impresionante. Siendo $\underline{V}$ la velocidad de los electrones y $\underline{C}$ la de la luz, esas ondas-pilotos que llenan los espacios se propagan con una velocidad

$$U = \frac{c^2}{v}$$

o sea superior a la velocidad de la luz porque $v < c$.

Advierte de Broglie que estas ondas-pilotos intervienen *comme une sorte d'artifice de calcul pour prévoir les trajectoires des électrons*. Pero a ese artificio responde *algo*, un verdadero fenómeno físico nuevamente descubierto, cuya naturaleza intrínseca se conocerá en adelante (1).

VI.—LA VIDA EN EL UNIVERSO

Nuevamente se discute el problema de la vida en los astros; y seguirá la discusión en lo futuro, por lo mismo que no puede resolverse de un modo absoluto y evidente. Pero el libro de M. Andrenko que aquí menciono (2) ofrece puntos de vista nuevos, que pueden orientarnos en la solución final del problema.

Desde luego no es probable una ley de excepción en favor de la tierra, planeta insignificante entre las millonadas de estrellas y planetas que pueblan el Universo. Las condiciones que nosotros exigimos para la aparición de *nuestra* vida, es decir, del tipo vital que vemos en la tierra, también existen en muchos planetas: luego puede defenderse su habitabilidad. Respecto de la luna suele afirmarse de una manera rotunda que es planeta muerto, lleno de cráteres apagados y de grietas enormes, sin posibilidad de que la vida exista, porque no hay atmósfera. Pero tampoco se ve atmósfera en el fondo de los mares, de los lagos y de los ríos y hay vida en su seno. Si no existiera la vida acuática nos parecería imposible.

Pero hay más. Tratándose de seres vivos cuya composición química sea semejante a la de nuestra química orgánica, es decir, compuestos de oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, con algo de fósforo, de hierro, de azufre, etcétera, aún tienen base nuestros razonamientos. Ahora bien: ¿quién nos asegura que los organismos vivos se han de componer sólo y exclusivamente de tales cuerpos químicos? No podemos afirmarlo con seguridad; no podemos dar por demostrado y evidente que las funciones vitales sean sólo aquellas que conocemos aquí; ni tampoco que las funciones orgánicas puedan desarrollarse *solamente* con los elementos químicos que se mencionan. Se sabe, por el con-

(1) DR BROGLIE (M.): *Les Récentes confirmations expérimentales de la Mécanique ondulatoire dans le cas du mouvement des électrons* (Art. en *Rev. Gén. des Sciences*, 15 Fev. 1929, p. 69 sigs.)

(2) ANDRENKO (Luis): *L' Uniformité de la vie dans l' Universe*. Préf. de Morosov, *Association internationale biocosmique*, 1929.

trario, que el oxígeno es análogo al azufre, el selenio al telurio, el carbono al silicio, el nitrógeno al fósforo. En toda combinación química pueden sustituirse unos cuerpos por sus análogos sin que se alteren las propiedades fundamentales de la combinación. ¿Sabemos si puede verificarse lo mismo tratándose de propiedades vitales? Sólo podemos hablar de lo que experimentamos; pero nada impide que aceptemos como posible lo que no implica contradicción específica.

—El astrónomo inglés Jeans comienza su estudio acerca de las grandiosas perspectivas del Universo (1) aludiendo a la ascendencia símica del hombre; y acaba manifestando que la *vida* no puede ser universal en los astros sino estar limitada a un pequeño rincón del mundo. (*Quelque soit le système cosmogonique adopté, la vie doit être limitée à un coin très restreint de notre Univers*, p. 574).

La Vida en Marte.—El ilustre astrónomo español Sr. Ascarza leyó una conferencia sobre MARTE en el Congreso celebrado en Salamanca por la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*. Por lo que a nosotros respecta, hemos de recoger solamente lo que menciona el autor acerca de la vida; y, como preliminar, las condiciones de habitabilidad del planeta. Se observa difícilmente; pues aun los telescopios de mayor alcance no amplían su imagen sino al tamaño de la luna a simple vista. ¡Es bien poco! Ayuda desde luego el espectroscopio y singularmente la imaginación. Parece probado que hay poca cantidad de agua, pocas nubes, bastantes nieblas. Las estaciones son más largas, las noches más frías. Lo que se desprende de todas las observaciones más recientes es que Marte es un mundo viejo, con muy poca agua y la vida, si hay, refugiada en los valles más hondos, donde únicamente hay atmósfera y agua. Las fantasías sobre los *canales* se han ido disipando poco a poco, desvaneciéndose también los seres inteligentes que veía, por deducción, la inteligencia de Lowell. El Sr. Ascarza dice que acerca de la cuestión de los habitantes de Marte, la ciencia es neutral; que ese «es un problema de creencias, de filosofía, de imaginación». A cuyas palabras hemos de responder que la imaginación no resuelve esos problemas, ni ningún otro, porque ni razona ni piensa; a la filosofía no le parece mal cierta homogeneidad en la constitución de los astros parecidos al nuestro; y por lo que respecta a las creencias, la fe católica es completamente ajena a la cuestión, porque ni la unidad del hombre sobre la tierra, ni el misterio de la Encarnación, ni la Redención de la Humanidad culpable por virtud de la Sacratísima Sangre de Cristo son óbice ni sombra que molesten la mirada intelectual de los sabios. Es problema de ciencia, pero sin resolver plenamente por falta de datos que esclarezcan los misterios del llamado *dios de la Guerra*.

—En análogos sentimientos abunda el Abate Moreux, cuyas conclusiones

(1) JEANS (J. H.): *Les aspects plus larges de la Cosmogonie*, trad. por H. de Vorigny. (En *Rev. Gén. des Sciences* 31 Oct. 1928, p. 567 sigs).

resumo en estas breves palabras: Antes se creía que en Marte era muy posible la existencia de seres vivientes, incluso humanos. Cuanto más se avanza en su estudio, más disminuye la probabilidad. Del suelo de Marte están ausentes las grandes masas de agua; las nubes son raras; la niebla provoca la condensación. Los animales grandes no deben existir, ni menos seres vivientes parecidos al hombre (1). Estas mismas conclusiones desarrolló más tarde el famoso astrónomo sacerdote disertando sobre los mares de Marte (2).

La Vida del más allá.—Ya que hablamos de vida en el Universo, bien será que cerremos este párrafo levantando nuestra mirada al cielo de los Bienaventurados, siguiendo el gesto de mi fraternal amigo el Dr. Salete (3), que ha publicado un librito sobre ese asunto evocador. Desde luego que casi todo él es juego de su fantasía candorosa y simpática, ante cuyos panoramas se extasía su corazón de apóstol, gozando de antemano las emociones de lo inmenso.

Bien sabe mi querido y sabio amigo que los ángeles (por ejemplo) no pueden *salir* del espacio de las sustancias materiales porque fuera de dicho espacio no hay nada y en la nada no cabe relación, ni contemplar *desde allí* «como a vista de pájaro» (p. 44). Son metáforas que colorean la idea, pero a veces le perjudican. Se consuela justamente de las ignorancias actuales con la esperanza de aclaraciones futuras en nuestra vida bienaventurada, donde ciertamente «no nos pasaremos la eternidad sentados en sillones» (p. 72), sino gozando de todas las maravillas de la Creación. Otra porción de cuestiones que se suscitan, quizá estuvieran mejor adormecidas porque producen, a mi humilde y cordial parecer, más inquietud que probabilidad. No tenemos base racional casi para nada: es mejor acercarnos a las fronteras de la certeza y contemplar desde allí el mundo del *más allá*, alcance lo que alcance nuestra vista, que meternos a remover incógnitas sin tiempo material para plantear las ecuaciones que podrían llevarnos a su acertada resolución. Son demasiados interrogantes para tan breves páginas. Por eso se desliza entre ellos alguna equivocación que no hemos de señalar, porque todo lo disculpa la sanísima intención del benemérito Sacerdote, amante de mirar al cielo, donde ve manantial de gratísimas emociones en el tiempo y en la eternidad; es decir, en nuestra vida humana.

VII.—INFLUENCIA DE LOS ASTROS EN LA TIERRA Y SOBRE EL HOMBRE

Las manchas solares y los fenómenos terrestres.—Los astros que ejercen influjo indudable en nuestro globo y en nosotros son como sabe todo el mundo por experiencia, el Sol y la Luna. Preocupó a los sabios el carácter periódico que revestían los fenómenos meteorológicos, período cuya longitud media

(1) MOREUX (Th.) *Récents observations de Mars*. (En *Revue du Ciel*, Oct. 1924).

(2) MOREUX (Sh.): *L' Océanographie de la planète Mars*. (Art. en *Revue Scientifique*, 24 Julio de 1926).

(3) SALETE (S.): *El Cielo de los Resucitados*. Barcelona, 1929. En 8.º, 150 págs.

es de 28 meses; de manera que al cabo de dos años y medio vuelven a repetirse con gran aproximación las máximas y mínimas del período anterior. No se trata de adivinaciones cabalísticas, sino de estudios razonados y serios, apoyados en estadísticas veraces de presiones, temperaturas, etc., que se relacionan con ciclos de variación de latitud de la zona de manchas solares. Mr. CLOUGH ha deducido importantes conclusiones del estudio personal de estadísticas europeas y americanas, durante muchos años, confrontándolas con resultados de los métodos analíticos: de ellas destacamos las siguientes:

Primera. El ciclo de las manchas solares es el prototipo de otras periódicas solares y terrestres, aunque no todas son bien conocidas.

Segunda. Estas variaciones que se advierten en los ciclos tienen causas descubiertas y por lo tanto eliminables.

Tercera. Hay una correlación rítmica entre los fenómenos solares periódicos y los terrestres (1).

Cuanto mejor se vayan conociendo los fenómenos de nuestro globo y se descifren más los misterios del Sol, la armonía y el ritmo serán más perfectos y se extenderán a una zona más amplia y luminosa.

Si el Sol debe ser estudiado por los astrónomos, la Tierra pertenece al dominio de los físicos, quienes gozan de mejores medios para la observación y de mayor facilidad para contrastar las deducciones científicas y corregir los métodos de investigación. Aunque podamos esperar constantes progresos, ya produce en el espíritu una gran impresión la obra escrita por varios sabios profesores bajo la dirección de Mr. Mathias (2) sobre la electricidad atmosférica y tellúrica: que es una demostración espléndida del influjo que venimos estudiando.

—Un nuevo punto de vista ofrece la misma cuestión, considerando que la Tierra es hija del Sol, explíquese esta filiación como se quiera. Hechos novísimos que corroboran la misma conclusión, son las perturbaciones que se notan en las ondas eléctricas de radiocomunicaciones como señaló y observó Marconi en 20 Septiembre y 14 de Octubre de 1926, en que aparecieron también grandes manchas solares y auroras boreales magníficas (3). Un medio muy seguro para calcular dicha influencia sería conocer la variabilidad de la actividad solar, por medio de la cantidad de calor emitida por el Sol estudiada en la que se recoge en la Tierra. Cabe también suponer que además de las radiaciones ultravioletas que ionizan las regiones altas de la atmósfera, emite el Sol a través del espacio «haces de partículas cargadas con electricidad negativa... las cuales podrían producir las variaciones del magnetismo terrestre. Abetti llama la atención sobre un hecho notable: que desde la aparición de las manchas en el

(1) Véanse los razonamientos de Mr. CLOUGH en *Monthly Weather Review*, Sept. 1924, p. 421 sigs. y en la *Revue Générale des Sciences*, 30 Mai 1925, p. 289 sigs.: *Existence d'une période d'une durée moyenne de 28 mois dans les phénomènes météorologiques et solaires*.

(2) MATHIAS (Dr. E.) *Traité d'Electricité atmospherique et tellurique*—por Bosler, Girousse, Dongier, Loisel, Maurain y Mesny—Paris, 1925, en 8.º—XX—580 págs. con figuras en el texto.

(3) ABETTI (G.) *Sole e Terra nei loro mutui Rapporti* (Art. en *Scientia*, vol. XLIII, p. 221 sigs.)

meridiano del Sol hasta la aparición en la Tierra de perturbaciones magnéticas pasan siempre uno o dos días. Lo que prueba que la causa atraviesa el espacio con relativa lentitud (si é trovato che queste *perturbazioni* avvenivano con un ritardo di uno o due giorni sul detto passaggio p. 227).

Las manchas solares y las muertes repentinas.—No creemos que pueda rechazarse en buena filosofía tomista, antes la consideramos como luminosa y aclaratoria ampliación de sus intuiciones, la hermosa teoría de Lakhovsky acerca del influjo que ejercen las radiaciones eléctricas de los astros, en especial del Sol, y más en especial de las manchas solares sobre los seres vivos y particularmente sobre el hombre. Nos referimos en estas notas a la comunicación enviada a la Academia de Ciencias de París sobre las muertes repentinas y las manchas solares (1 de Marzo de 1927), al artículo de Mr. Adam en la *Revue Générale des Sciences* (1) y a la obra del sabio profesor Lakhovsky, titulada *Origen de la Vida*.

Es indudable el influjo que ejercen las radiaciones electromagnéticas en la dinámica de los instintos en los animales. Hay innumerables hechos que lo demuestran. Por otra parte existen muchas especies de animales y de plantas que emiten radiaciones luminosas y eléctricas.

Para Lakhovsky es la célula viva el asiento de vibraciones electromagnéticas, y obra según las ocasiones como emisora y como receptora de ondas. «La célula, en efecto, se compone de un filamento de líquido conductor aislado en el seno de materia dieléctrica; constituye así un sistema oscilante dotado de capacidad, inductancia y resistencia eléctricas. Es a la vez, y según los casos, un oscilador o un resonador de ondas de longitud muy corta, es decir, de vibraciones de elevadísima frecuencia».

Por esta constitución de la célula se explican los fenómenos físicos, químicos y biológicos que caracterizan las manifestaciones de la vida; y por lo tanto la manifestación y el desarrollo de las enfermedades, efectos de los desequilibrios oscilatorios celulares. De ahí los resultados asombrosos que se obtienen en las Clínicas por la aplicación de la electricidad y del magnetismo. Y como la energía radiante de la atmósfera proviene de los astros, en especial del Sol, resulta que los seres vivientes «pueden ser considerados como complejos de circuitos oscilantes sumergidos en campos electromagnéticos de radiaciones astrales» (p. 178).

Por otra parte se halla suficientemente demostrada la influencia de las manchas solares en el orden físico y meteorológico de nuestro mundo, tales como régimen de vientos, ciclones, tempestades, etc. Una demostración gráfica de esta relación se consigue comparando las curvas de dichos fenómenos meteorológicos y las de las manchas solares. Luego, fácil será extender al campo de la Biología el penetrante influjo de tales manchas del Sol: pues al fin los fenómenos vitales se desenvuelven en el ambiente físico y meteorológico del mundo. Si las interferencias provocadas por las manchas solares alterando el

(1) ADAM (M.): *Une Nouvelle Hypothèse Scientifique. La influence des taches solaires sur la vie et la santé*. En *Rev. Gen. des Sciences*, 31 Mars 1927, p. 177 sigs.

valor normal del campo electromagnético sostenido en el globo por la radiación penetrante, es causa de tantos cataclismos como dejamos dicho ¿no es posible, no es probable que alteren el equilibrio entre ese campo normal y las oscilaciones vitales de la célula?

Es cierto que la enfermedad y la muerte nacerán muchas veces de causas internas; pero no es menos cierto que las modificaciones bruscas del campo electromagnético que envuelve al hombre, son capaces de quebrantar la salud y tal vez causar la muerte. Fatigas, neuralgias, reumatismos pueden obedecer a la misma ley de producción. Y aun las muertes repentinas... porque es rara la coincidencia señalada en la Academia de Medicina de París por el Dr. Faure entre la curva de la aparición de las manchas solares y la curva de las muertes repentinas: casi paralelas, correspondiéndose exactamente los máximos y mínimos de las dos. ¿Verdad que esa coincidencia macabra se presta a meditaciones muy hondas?

Al ilustre Abate Moreux (1) no le pareció bien la atribución de esos fenómenos a las *manchas* solares, sino en general a la *actividad* solar, sin poder afirmar si se trata de protuberancias del Sol, etc. La coincidencia de máximos y mínimos en las curvas indica que todos los fenómenos, incluso las manchas, obedecen a una causa suprema común a todos, o sea la actividad solar, «veritable Protée se cachant sous tous les déguisements».

El mismo Canónigo Moreux estableció las relaciones reales entre las crisis del Sol y los fenómenos terrestres tan formidables como corrientes telúricas, terremotos, erupciones volcánicas, explicándolas por radiaciones ultra violetas que hieren la atmósfera terrestre y quedan en las capas superiores ionizándolas; y también por los electrones expulsados por el Sol por sus protuberancias, etc., los cuales van en haces dispersos con las más diferentes direcciones, hasta que por ventura encuentran la tierra. Exactamente igual puede admitirse que sucede con los seres vivientes del reino vegetal y animal, sin excluir los reumatismos y neuralgias humanas. Se deduce en definitiva que existe la correlación entre fenómenos solares y telúricos, pero no se explican éstos por las manchas del Sol, sino por otros fenómenos solares. M. Adam respondió (2) a las críticas del Abate Moreux haciéndole notar que el Profesor Millikan había estudiado la absorción en el *suelo* terrestre (no en las altísimas capas atmosféricas) de los rayos penetrantes de corta longitud de onda; y que era algo inverosímil el bombardeo contra la tierra de los electrones expulsados por las protuberancias solares. Pero el aspecto fisiológico de la teoría de Lakhovsky equiparando la célula viva a un sistema oscilante capaz de captar y emitir vibraciones electromagnéticas, no parece fuera de razón y nos explica esos fenómenos correlativos, cuya existencia es reconocida por todos. Todavía más tar-

(1) Chan. MOREUX: *L'activité du Soleil et sa repercusión sur la Terre*, en *Rev. Gén. des Scien.* (15 Mai. 1927, p. 261 sigs.)

(2) ADAM: *A propos des Taches du Soleil et de la Radiation cosmique*. (En la *Rev. Gén. des Scien.*, 15 Junio 1927, p. 321).

de (1), recogió M. Adam una porción de hechos que corroboran la teoría de Lakhovsky.

Santo Tomás de Aquino y la influencia de los Astros.—Asunto de verdadera importancia para los amantes del Angélico Doctor es el que mencionamos para conclusión del BOLETÍN. De una manera general lo estudia el Doctor Berten en un artículo sobre la física astronómica del Angélico Maestro, donde reproduce las teorías de Santo Tomás acerca del influjo que los astros ejercen en este mundo sublunar (2). La física filosófica tenía más importancia en la Edad Media que la astronomía; pero ésta se movía dentro de los principios de las ciencias físicas introduciendo alguna teoría, como la de los epiciclos, cuando las deducciones teóricas no se adaptaban plenamente a las observaciones prácticas: esas teorías explicaban los desacuerdos y salvaban las apariencias (p. 390).

La cuestión que más interesa a un teólogo, y aun al filósofo que estudia la Teodicea, es averiguar las influencias que tienen los astros sobre el hombre, y, más en general, sobre todas los fenómenos terrestres. Toda la doctrina de este influjo se apoya en el principio metafísico de las perfecciones *participadas*, las cuales suponen un ser que sea fuente de esas perfecciones y las posea en grado más que superlativo: todos los seres que tienen calor y lo producen en la tierra, lo participan del astro caluroso por esencia —el Sol— *amplius quam calidissimum*, que había dicho Santo Tomás (p. 393). En esas causas, no unívocas con sus efectos, deben de buscarse las razones permanentes de cuanto va sucediendo en el mundo; sin que excluyan, por otra parte, la acción de las causas sublunares que producen aquí los mismos efectos aludidos. Obran las dos causas con perfecta subordinación de la segunda, que recibe *de arriba* sus cualidades; y si se trata de seres vivos el influjo para la *generación*, caso más complicado que la *generación en general*.

En los astros se refleja, según Santo Tomás, de una manera más perfecta y más universal la semejanza de la Divinidad. Movimiento perfecto en su trayectoria, en su uniformidad, en su perennidad, pide para su producción un elemento extrínseco e incorpóreo, una inteligencia separada de la materia, que no llega a ser nunca forma sustancial del astro.

Santo Tomás no da por absolutamente ciertas estas doctrinas; las recoge como las más corrientes en las Universidades y en los Publicistas de entonces, muy en armonía con las ideas de Aristóteles.

—Con mayor detención y más profundidad aborda el mismo asunto el antiguo alumno de la *Escuela Politécnica* Mr. Choissard en su libro «Santo Tomás de Aquino y la influencia de los astros» (3). Comienza uno la lectura de

(1) ADAM: *Nouvelles applications thérapeutiques de l'oscillation cellulaire et des ondes cosmiques*. (Art. en *Rev. Gén. des Scienc.*, 31 Oct. 1929, p. 576 y sigs.)

(2) A. BERTEN: *La Physique de Saint Thomas d'après la «Summa contra Gentiles»*. (Art. en *Rev. de Phil. Neo-Scol.*, 1926, p. 389 sigs.)

(3) PAUL CHOISSARD: *Saint Thomas d'Aquin et l'influence des astres*.

este libro interesante oscilando entre dos impresiones muy distintas: una de simpatía, y otra de precaución. *De simpatía* ante la sincera y noble confesión de que «lejos de encontrar en los numerosos pasajes de Santo Tomás supersticiones absurdas, sobre las cuales hubiese de correrse un velo de respeto hacia el autor y de honor por la filosofía, no halló más que cosas muy sensatas, utilizables tanto por los astrólogos como por sus adversarios» (p. 33). Estas palabras predisponen a la simpatía. Pero nace a la par el sentimiento de precaución, por si se trata de un investigador habilidoso, que se arrima a Santo Tomás con el objeto de llevar las aguas de sus doctrinas a su molino astrológico, porque el Dr. Choignard es autor de muchos libros de astrología popular y científica.

Avancemos con precaución, por si acaso.

Desde luego puede afirmarse que el Angélico Doctor admite como hecho cierto, la influencia de los astros sobre el nacimiento y la vida del hombre. Los adivinos no pueden predecir con certeza los actos humanos basados en el libre albedrío, como se demuestra no sólo por razones teológicas y filosóficas, sino por la misma comprobación de los hechos.

Hay una conexión real pero indirecta entre el influjo de los astros y las inclinaciones del hombre; pero esa conexión no destruye el libre albedrío. Parece oírse aquí (permitidme un paréntesis literario en honra de la libertad) la voz majestuosa y grave del Rey Don Basilio que hablando de Segismundo, su hijo, en *La vida es sueño*, dice así:

Quizá no le vencerán
Porque el hado más esquivo
La inclinación más violenta
El planeta más impío
Sólo el albedrío *inclinan*,
No fuerzan el albedrío.

Para el examen detallado de las doctrinas de Santo Tomás en la *Suma Teológica* se vale el Dr. Choignard de la traducción francesa de Lachat publicada por el benemérito Luis Vives.

Comienza afianzando los cimientos técnicos de la investigación, fijando la amplitud de los conceptos esenciales, asentando la certeza de la correspondencia astral y de las leyes que la determinan. La Astrología es una ciencia porque ciertos elementos celestes se encuentran al nacer en unas categorías especiales de individuos y no en otras. Debe huírse todo simbolismo y limitarse a lo real y objetivo de los hechos (p. 55-56).

Estos hechos pueden agruparse en las tres categorías siguientes: PRIMERO. El hombre no nace normalmente sino bajo un cielo de cierta analogía con el de sus padres. Al menos todo pasa como si la naturaleza tendiera a hacerle nacer así. SEGUNDO. Nuestras facultades e inclinaciones son *tonalizadas* y *orientadas* (al menos en parte) según una influencia cósmica expresada por el aspecto del cielo al tiempo del nacer. TERCERO. La impresión manifestada por los astros se ejerce en nosotros, durante el curso de la vida, en razón de nuestra receptividad innata y del desarrollo de nuestra voluntad (p. 61-62).

Estas y parecidas tendencias doctrinales quiere el autor verlas comprobadas en las páginas de Santo Tomás de Aquino.

Primeramente, la influencia general de los cuerpos celestes. Recoge multitud de fragmentos en que habla Santo Tomás de la naturaleza de los astros, de la utilidad que tiene su contemplación para el hombre, de las influencias que ejercen en la generación y corrupción de las cosas, de la concatenación de movimientos que se reducen al movimiento del *cuerpo celeste* (*in motum corporis caelestis*) como a su causa, porque el primer motor en el orden de los seres corporales es el cuerpo celeste.

Salvo el aspecto metafísico que envuelve esta prueba del movimiento y otras influencias de carácter intuitivo que pueden repetirse hoy por los hombres de ciencia, las otras expresiones de Santo Tomás son remembranza de otros autores, por ejemplo cuando dice frases como ésta: *según los astrólogos, de acuerdo con el filósofo, como dice el Crisóstomo*, etc.: estas expresiones dan un valor *relativo* a las enseñanzas de Santo Tomás. Nos parece un poco prematura la esperanza del autor Dr. Choissard de que la ciencia moderna rectifique su condenación enérgica contra todo lo que signifique astrología, influjos ocultos y misteriosos de los astros sobre los hombres y las cosas, prescindiendo de la influencia indudable que ejerce la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, la gravitación: energías que en la Tierra también conocemos siquiera sea con aproximación (p. 79).

Sea de esto lo que quiera, debía Santo Tomás de Aquino eliminar el concepto de *necesidad* del influjo de los astros sobre el hombre y aun sobre las cosas: sobre el hombre para no dañar, como hemos indicado, nuestro libre albedrío; y sobre las cosas porque las causas son deficientes y pueden fallar alguna vez, tanto más cuanto que el influjo efectivo de los astros sobre los cuerpos terrestres dependen en parte de su *receptibilidad* (85).

Con buen sentido examina el autor más en detalle las relaciones entre los influjos astrales y el entendimiento y la voluntad humanos según la doctrina de Santo Tomás que se resume en esta frase: *in vires autem animae quae sunt organorum corporeorum, non directè quidem, sed per accidens* (*Sum. Theol.*, P. I, q. CXV, a. 3). Respecto de las inteligencias separadas, que son los motores de los astros según la ciencia de entonces, debe afirmarse que pueden obrar *directamente e inmediatamente* sobre el entendimiento humano por sus iluminaciones espirituales; aunque no pueden modificar la voluntad (*Ibid.*, P. I, q. CXV, a. 4) sino indirectamente: por eso es falsa la *adivinación*, porque el hombre puede siempre, bajo el imperio de la razón, obrar *contra* la inclinación producida por los cuerpos celestes (*Sum. Theol.*, II-II, q. XCV, a. 5).

Pavorosa, como un fantasma, se presenta la cuestión del *destino*, proyectando sobre la inteligencia la sombra del azar. El destino, según la interpretación astrológica, debe ser rechazado; la casualidad no existe. Sólo hay una causa reguladora de todo, que es la divina Providencia. Tales son los puntos de vista de Santo Tomás, con exclusión de todo comentario de astrología. El destino de un hombre leído en las combinaciones de los astros en el cielo de su nacimiento es algo baladí para el Angélico Doctor, aunque le parezca muy serio al Doctor Choissard.

Vienen después las artes divinatorias, queriendo vestir hábitos de profecía, para llegar a conocer los misterios insondables de lo futuro. Las predicciones astronómicas de los eclipses anuncian lo porvenir con una certeza física innegable: nada tiene que ver eso con las combinaciones astrológicas. La inspección de los astros y la consideración de lo que pasa en los cielos sólo sirve, según Santo Tomás de Aquino, para vaticinar aquellos fenómenos que se relacionan con ellos como efecto con su causa: tales son las lluvias y las sequías y cosas semejantes (*puta, siccitates et pluvias, et alia hujusmodi*). Los restantes fenómenos naturales y mucho más los actos de la libertad no pueden ser conocidos por adivinación de los astros.

Dice bien el Dr. Ch. que el «solo punto difícil aquí, es tener un medio en la práctica para concluir la relación de causa a efecto entre dos cosas; ahí está el nudo de la cuestión» (p. 127). El autor identifica por medio de un paréntesis la relación causal con una *conexión natural cualquiera* entre dos cosas. Ni la precedencia, ni la sucesión implican relaciones de causa a efecto; ni el enlace ni la simultaneidad la presuponen ni la demuestran; ni siquiera la relación de condicional y condicionado, aun tomando el efecto por condición y la causa por condicionada, puede identificarse con la relación causal (1). En ese *nudo* de la dificultad está el germen de la equivocación: Santo Tomás se vió libre de él; los astrólogos se hallan saturados de ese microbio patógeno.

Otra fuente de investigación aprovecha el autor para tomar la doctrina tomista, cuando habla el Angélico Doctor de influjo de los espíritus del mal en el hombre. Se dice que los demonios atormentan a ciertos hombres según las *fases de la luna* (los *lunáticos*), lo cual puede explicarse, prescindiendo de otras razones, porque la luna, según la teoría peripatética, tiene especial influjo sobre el *humor*, correspondiente a la humedad y por tanto perturba con mayor facilidad el cerebro, asiento de la fantasía, que es donde abunda más el *húmedo*, el *humor* (*humidissimum est omnium partium corporis*, decía Aristóteles); y así, a través de las perturbaciones cerebrales ejecutan los trastornos morales y aun fisiológicos esos espíritus diabólicos que los atormentan. Igual razón convencional se aplica al hecho que parece aducirse en demostración de que abundan bajo ciertas constelaciones astrales las apariciones diabólicas, porque está quizá mejor dispuesta la materia cósmica terrestre bajo dichas constelaciones (*Sum. Theol. P. I, q. CXV, a. 5, ad 1.^m et 2.^m*).

Salta a la vista que las aplicaciones hechas por Santo Tomás en las frases aludidas son tan convencionales y movedizas como la teoría fisiológica, tan antigua como pintoresca, de los *humores humanos*. ¿Para qué estirar lo que se puede romper?

Otra cuestión curiosa: la animación de los astros. ¿Son llevados por los ángeles a través de los espacios? El enunciado de la pregunta hace sonreír a los astrónomos y a los que no lo son. Nada más en contra del ambiente contemporáneo, en que se discute la naturaleza de la gravitación: admitamos que es una

(1) Cfr. BALMES: *Filosofía Fundamental*, t. IV, c. VIII.

incógnita. Por eso trata la ciencia de descifrarla; pero es algo infantil querer encerrar en coeficientes diferenciales las manifestaciones de las fuerzas angélicas de los astros. Me va por la cabeza que el P. Carbonelle no desdeñaba esta hipótesis astronómico-teológica; pero lo recuerdo vagamente como lectura de cuando era casi un niño y me recreaba mirando los *confines de la filosofía y de la ciencia*.

El Dr. Choisnard se retira del teatro de esta discusión con un mutis bastante discreto (p. 147). Y después de estudiar pausadamente la figura científica de Ptolomeo, el gran astrónomo y astrólogo de la Escuela de Alejandría, y de sus comentadores; concluye la obra con un capítulo de resumen general y enumeración de conclusiones, ora astrológicas, ora tomistas, que vienen a desembocar en esta amplia sentencia:

Los astros tienen una relación positiva y demostrable con nuestras facultades innatas; y de ello se infiere una manera posible de conocimiento natural de estas facultades que permite, en cierta medida, el estudio de la desigualdad original entre los hombres: lo cual justifica el principio de la astrología judiciaria de los antiguos (p. 245).

Si podemos manifestar sinceramente lo que pensamos, diremos en conclusión que no comprendemos el deseo de resaltar las alusiones astrológicas que se deslizan en las obras de Santo Tomás cuando la ciencia moderna, esencialmente matemática, desdeña justamente las tendencias cabalísticas y visionarias de la astrología. El ambiente científico que respiraba Santo Tomás le imponía esas preocupaciones, que había de mencionar para armonizarlas su espíritu conciliador con las enseñanzas religiosas y filosóficas. Hoy sucede lo contrario: luego no es prudente comprometer lo cierto de nuestros dogmas y de los principios metafísicos de la filosofía *perenne*, con las afirmaciones adivinatorias y fantasmagóricas de los astrólogos, las cuales pueden recordar ciertas preferencias de la razón india y algunos panoramas del teosofismo... pero nunca nuestras doctrinas filosóficas, hijas de la luz y de la libertad. Por lo demás, el influjo astral que Santo Tomás admite, se circunscribe a los efectos que el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo del Sol principalmente producen en nuestro globo y en quienes lo habitamos.

FR. LUIS URBANO, O. P.,
Dr. en Ciencias Físicas.

Valencia, Real Convento de Predicadores, Febrero de 1930.

CRONICAS CIENTIFICO-SOCIALES

ESPAÑA

EMPIEZA el año 1930 con algunos acontecimientos de relieve mundial cuya somera indicación no debemos omitir.

Señalan pasos más o menos vacilantes, más o menos acelerados hacia un mundo ideal en el que tarde o temprano se habrán de reunir y fundir todas las inteligencias (porque una es la verdad objetiva, reflejo de las cosas), y tras esas inteligencias cumbres, que son las primeras que dora el sol, habrán de ir los respectivos pueblos cualesquiera que sean los intereses encontrados que les hacen estar ahora en pugna consigo mismos o con el resto de la humanidad.

Nos referimos concretamente a la *Conferencia de Londres para el Desarme Naval* cuya primera sesión plenaria se celebró el 23 de Enero, y aún continúa su dificultísima labor. El solo hecho de reunirse con tal propósito las cinco grandes potencias, Estados Unidos, Inglaterra, Japón, Francia e Italia, es ya un gran progreso aun cuando en esta primera jornada no se llegase a ningún resultado positivo, cual sería, de no ir a la supresión de todos los barcos de guerra, la disminución, al menos, del tonelaje y unidades de las respectivas escuadras en proporción a los contingentes actuales y a las necesidades ponderadas de los respectivos países y aun de todos aquellos que no concurren a dicha Conferencia. Conformes, al parecer, hasta ahora, en que el máximo tonelaje a que haya de llegar la mayor escuadra sea de 1.200.000 toneladas (que es poco más o menos el que tienen los Estados Unidos e Inglaterra), se discute en estos momentos el porcentaje que se asignan las respectivas naciones. Y, en este punto, Francia aparece la más exigente, pues reclama nada menos que 724.479 toneladas por los recelos que le inspira Italia en el Mediterráneo.

En otro punto discrepa Francia de las otras grandes potencias. Se avienen ya éstas a la supresión total de los *submarinos*; pero Francia se resiste a medida tan radical, y en esto es seguro que le acompañan todas las naciones pequeñas o de menor potencialidad marítima, porque ven en el submarino un arma especialmente defensiva que pone siempre en peligro a las más poderosas escuadras.

El imperialismo colonial que aún subsiste con fines utilitarios más que altruistas y civilizadores; los intereses creados por los empresarios que se dedican a las industrias navales y sus derivados, y, en fin, la crisis que pone en pe-

ligro una *carrera* tan lucrativa y de tanto lucimiento como tantas otras, son causas que detienen, por desgracia, las aspiraciones pacifistas, siempre en el aire, en tanto las naciones permanezcan tan formidablemente armadas. Porque, ¿para qué se quieren las armas sino para pelear? ¿Cuál ha de ser el sueño, la aspiración constante de los que, hurtando su cuerpo y su actividad a otras ocupaciones más beneficiosas para el bien público, hacen profesión de sostener y manejar esas armas mortíferas, avizorando o buscando el momento de dispararlas? ¿Hay algo más antinatural?

Ha sido necesario ver palpablemente cómo el desarme o limitación de armamentos impuesto a Alemania fué para esta nación, tan abrumada de cargas, uno de los factores más influyentes en su vertiginosa restauración técnica, en los progresos enormes de su aviación civil y de sus comunicaciones aéreas, etcétera, para que las demás naciones se afirmasen en el propósito de renunciar a los costosísimos acorazados de 35 y 40 mil toneladas.

La Conferencia Naval de Londres es continuación de la de Washinton de 1921 en que ya se acometió este problema sin llegar a nada concreto. En los nueve años transcurridos algo se ha adelantado. Las naciones se ven cada día más acogotadas por los presupuestos ruinosos de los departamentos bélicos; los odios se han mitigado no poco; las ideas pacifistas arraigan cada día más, ya difundidas e impuestas por la literatura, ya por los Gobiernos de tendencias doctrinales más humanitarias como el *Laborismo* inglés, en relación con otras fracciones o individualidades de la política internacional, que años atrás, en la oposición o en el destierro, se trataban de *camaradas* en asambleas o congresos de tonos radicales y que, *entonces*, podrían calificarse y se calificaron de propagandas antipatriotas. Hoy lo patriótico en todo el mundo sería abogar por la supresión total de los armamentos (una supresión universal eliminaría todo peligro de guerra) para aliviar a las respectivas patrias de gastos tan enormes y tan improductivos ¡Cómo cambian o deben cambiar las ideas!

Es de justicia reconocer la beneficiosa influencia que está ejerciendo en la política mundial el *Partido Laborista* de Inglaterra.

La Conferencia de Londres era una consecuencia del feliz éxito obtenido en la segunda *Conferencia de La Haya* (la primera, habida en el verano, fué bien accidentada) para el arreglo definitivo de las deudas, indemnizaciones y reparaciones de guerra, conforme al plan Young, que venía a suavizar no poco en favor de Alemania el plan Dawes.

En la última sesión del 19 de Enero dijo Snowden, el ministro de Hacienda inglés, ferviente católico, según nuestras noticias, estas hermosísimas palabras: «Después de resueltos estos delicados problemas financieros derivados de la guerra, ya no habrá aliados y enemigos ni ex aliados y ex enemigos, sino camaradas leales que trabajarán juntos por la causa de la paz».

Realmente es triste y se presta a muy serias y, por otro lado, esperanzadoras reflexiones que un pensamiento tan sencillo, tan divino, como el de *la paz y fraternidad* humanas, predicado por Jesucristo hace veinte siglos, y tan beneficioso para el mundo, tropiece con tantos obstáculos entre los hombres y los pueblos para tomar cuerpo en la realidad. ¡Cuánto se echa de menos una intensa religión cristiana interior que modele las almas y domene su nativa o adquirida fiera!

La aceptación por parte de Alemania del plan de Owen Young que amenazaba conmover y, acaso, alterar la república germánica en sus fundamentos, como al parecer lo deseaba y procuraba Hugenberg como jefe del *Partido nacionalista*, acompañado de la brava resistencia del doctor Schacht, director del *Reichsbank*, quien en nombre de la plutocracia alemana se negaba a la idea de pagar la deuda ya definitivamente fijada y estabilizada y distribuida por anualidades, produjo dos fenómenos de gran importancia: el uno de orden político y el otro de orden social. El primero, la derrota que parece definitiva del *Nacionalismo* alemán, con sus anhelos y esperanzas de una restauración monárquica y plutocrática, con ciertas aspiraciones al desquite y a las venganzas raciales, cosa que ha favorecido a todos los partidos de tendencias *sociales*, como el *Centro* en el que forman todos los católicos; y otro fenómeno de orden propiamente *social*, cual ha sido el tener que someterse el *Reichsbank*, síntesis y figura del Capitalismo individual y privado, a las exigencias del bien público nacional e internacional simbolizado en ese *Banco Internacional de Pagos* en que el egoísmo individual y colectivo toma una forma un poco más idealizada para sostener una paz que pide como única base digna la *justicia* y la *fraternidad* sentidas en el alma. Todo lo demás vendría por añadidura.

No dudo en calificar de acontecimiento mundial de singularísima importancia la publicación de la *Encíclica sobre la educación de la juventud* que, con fecha 31 de Diciembre último, ha dirigido S. S. el Papa Pío XI a toda la Iglesia. Otras dos la habían precedido con pocos días de intervalo, la una sobre los *Ejercicios espirituales* y la otra conmemorando el aniversario de los *Pactos o Convenios de Letrán* en que quedó definitivamente arreglada con el Estado italiano la cuestión del Poder temporal de los Papas, y por el alto criterio que presidió ese arreglo, creemos que se dieron nuevas y mejores normas de concordia entre la Iglesia y el Estado moderno. Leyes, costumbres e instituciones tantas veces seculares, creadas en torno o en vista de las antiguas relaciones, más o menos armónicas, entre ambos Poderes, es claro que no podían borrarse de un plumazo sin arrancar muecas de dolor, de una y otra parte, en los que no podían llegar al ápice de los principios en que aquellos inesperados Pactos se inspiraron. Habrían de producirse falsas interpretaciones, se inflamarían las pasiones, la lengua o la pluma usarían de términos poco exactos en la ciencia teológica o en la técnica jurídica. Eso tenía que ocurrir por necesidad, y así fué.

Por un momento se creyó que los Convenios lateranenses traían nuevamente la guerra de las investiduras y los pleitos liberalescos del siglo XIX. Cierta prensa liberal, o dicha liberal, pesarosa de que se hubiese llegado al *acuerdo* entre la Iglesia y el Estado bajo el gobierno dictatorial de Mussolini, batía palmas ante las perspectivas de nuevas discordias.

No fué así; los conceptos y las palabras se rectificaron, y la cuestión ha sido puesta en su propia luz y en sus propios términos. Resolviendo casos concretos de Italia (nos referimos a las rectificaciones de Arnaldo Mussolini, hermano del Duce, y a la reciente Asamblea de los «Balilla»), el Papa viene formulando doctrina general de la más alta importancia, ya en parte articulada en los nuevos *Concordatos* de la postguerra, que conviene destacar y ponderar. Por eso las tres Encíclicas mencionadas convergen a un punto central: el de la in-

tensificación del Cristianismo interior por una sólida piedad y una más atenta cultura.

Este último es el tema que amplísima y profundamente se trata en la Encíclica sobre la *Educación de la Juventud* (de la cual se están haciendo grandes tiradas en España para repartirla profusamente) a que nos venimos refiriendo, porque no sólo acomete el problema en sí mismo, sino en su aspecto social y político, que es el que ahora nos interesa, por lo referente a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, asunto de vivísimo interés siempre y ahora sobre todo, en estos momentos de exaltaciones políticas con sus ribetes anticlericales, como luego veremos.

Si el problema de la enseñanza pública (como tantos otros), se plantea en términos *absolutos* es insoluble, es absurdo, es un eterno rompecabezas, tanto si se mira desde el punto de vista del Estado, como de la Iglesia y de la familia.

¿A quién corresponde, en derecho y en deber, la educación integral del hombre? No se puede decir que al Estado, porque es falso; no se puede decir que a la Iglesia, porque no es su misión docente enseñar las ciencias humanas; ni se puede decir que a la familia, porque es incapaz.

De ese modo absoluto se ha planteado la cuestión en la Historia, y así se han dejado escritas páginas de sangre y de desdicha. Hay que distinguir.

Y el Papa distingue magistral y definitivamente.

He aquí sus palabras, su tesis: «*La educación, dice, es obra necesariamente social, no solitaria. Ahora bien, tres son las sociedades necesarias, distintas, pero armónicamente unidas por Dios, en el seno de las cuales nace el hombre: dos sociedades de orden natural, tales son la familia y la sociedad civil; la tercera, la Iglesia, de orden sobrenatural*».

Basta con esta indicación para apreciar el alcance de la nueva Encíclica. Para los espíritus superiores, aun los más exigentes, este documento ha de ser enteramente satisfactorio. Si miramos la *Escuela*, de una manera integral y abstracta, abarcando todos sus posibles grados y modalidades, surge el postulado absoluto, que en nada invade el terreno acotado para el Estado, de *la escuela religiosa y confesional católica*, función de la Iglesia en combinación con la familia, y función que debe reconocer y tutelar el Estado, como síntesis de todas las fuerzas y actividades sociales en que se desenvuelve libremente la vida ciudadana. El Estado queda en completa libertad para construir como tenga por conveniente aquellas escuelas que estime necesarias para realizar todos los demás fines lícitos de la vida temporal y humana, procurando mantener la debida armonía y compatibilidad entre todas las distintas ramas y especializaciones de la cultura, y huyendo del exclusivismo sectario que envuelve el lema del nuevo *radicalismo* de corte francés *escuela única y laica*. Nadie se opone a que haya una *escuela única y laica* de Química, de Arquitectura, de Gimnasia, etc., etc. para toda la nación.

Pero no puede negarse a la Iglesia y a todos los hombres que tienen el derecho y sienten el deber de ser *católicos*, la facultad omnimoda de instruirse e instruir con toda amplitud en sus creencias sin ningún género de limitaciones. Y ese derecho sacrosanto que tiene todo hombre a la *cultura católica*, y todo católico a difundir sus creencias y todo ciudadano a recibir e inquirir toda

verdad, es anterior al mismo Estado, el cual debe tutelar y facilitar ese derecho como un postulado de la vida y hacerlo objeto de una *concordia* con la Iglesia, desde el punto y hora en que ella misma se constituye en una Institución para desempeñar por sí misma una función tan elevada, dado que el Estado recuse el ejercicio directo de antiguas *delegaciones* que la Iglesia le confiriera a cambio de otros servicios. Otra cosa es la tiranía jacobina que parece recrudecerse estos días, incluso entre nosotros, como luego veremos.

La Iglesia, a todas luces, va recabando para sí todas esas especialísimas funciones suyas, y a ello obedece el que en los novísimos *Concordatos* se exija el reconocimiento no sólo de la Iglesia en sí misma como una sociedad perfecta, sino de la *Acción Católica*, en cuanto significa una acción depurada del elemento secular cooperando a la Jerarquía en los fines espirituales, y el que esta misma *Acción Católica* dedique una especial preferencia a las obras de *cultura y formación religiosa y moral*, dejando en segundo término otras actividades de carácter más ciudadano. Sin duda responde también a esta nueva tendencia la recientísima disposición por la que se inculca a todos los eclesiásticos el deber de estar bien capacitados para la *enseñanza catequística*, pudiendo en todo momento los Prelados someter a examen a los respectivos miembros del clero.

Advertíamos poco ha un recrudecimiento antirreligioso, singularmente anticatólico. Nos referíamos a Rusia. Años pasados fué Méjico el teatro de las persecuciones religiosas. En Méjico han cesado, y esta república, que parecía una sucursal de Rusia, ha roto sus relaciones con los Soviets.

Y es que esta Rusia del Comunismo no cesa en su intento de revolucionar al mundo; vuelve de cuando en cuando a la carga; envía emisarios, derrama dinero y piensa que su régimen soviético está siempre en peligro si las demás naciones no lo establecen por los medios que sea. Rusia es un terrible *campo de experimentación* que la divina Providencia permite para *lección práctica* de los hombres que no quieren rendirse a la enseñanza de las verdades cristianas.

Los comunistas rusos se han propuesto *realizar toda la doctrina de Carlos Marx*, en el que han puesto toda su *fe*, una fe casi religiosa, y hasta que se cansen de sacrificar hombres en este nuevo lecho de Proculo, o sea, en una sociedad «sin Dios» y sin algunas otras instituciones fundamentales, no cesarán; porque sólo así llegarán ellos y otros a convencerse de que el Socialismo marxista es un absurdo, un funestísimo error que envenenó al mundo durante un siglo. Y habrá de convencer también a otros de que si no se pone remedio eficaz y orgánico a la *miseria* de las muchedumbres, éstas no se cansarán de arrasar y tomar venganza de la sociedad que contempla impasible sus sufrimientos. Sólo se puede vencer eficazmente el mal con superabundancia del bien. Sólo se puede vencer el Comunismo y Socialismo de Carlos Marx con persistentes y sistemáticas *reformas sociales*. Estas van muy despacio o se detienen en el mundo, y por eso subsiste, y en momentos amenazador, el fantasma del Comunismo ruso. La Prensa de todos los países, varios Parlamentos de Europa y América, han dado detalles espeluznantes de esa persecución contra «la idea de Dios» y contra los creyentes que no la abandonan o la sien-

ten renacer en sus almas, y han protestado sin distinción de credos ni de matices religiosos y políticos.

Esto demuestra otro síntoma consolador que queremos registrar en esta crónica de principios de año, y es el de que las religiones cristianas *disidentes*, sectas protestantes y cismáticas, continúan sus persistentes y ahincados esfuerzos para llegar a lo que llaman *pancristianismo*. No está en crisis el sentimiento religioso ni la fe católica; están en crisis, ciertamente, muchas, muchísimas conciencias, muchos sectores religiosos, por falta de cultura adecuada, están en una gran crisis las costumbres; pero, repetimos, no está en crisis el Cristianismo. Todo lo contrario.

Tenemos a la vista el último cuaderno del *Comité National d' Etudes Sociales et Politiques*, de París, que reseña la sesión del 4 de Noviembre de 1929 sobre *L' Union des Eglises*, en que, bajo la presidencia de un católico tan distinguido como M. Barthelemy y con autorización del Arzobispo de París, disertaron varios protestantes y un ortodoxo sobre este tema, hablando al final M. Jézéquel, secretario general de *L' Alliance universelle pour l' amitié internationale par les Eglises*, de la buena marcha de los trabajos pro unión y terminando su informe por estas palabras: «Nous souhaitons de tout coeur. l' heure où tous les disciples du Christ et tous les enfants du Pere ne feront plus partie que d' un seul troupeau, nous entendons aussi n' oublier aucun des devoirs actuels et essayer de répondre aux besoins les plus urgents des peuples qui souffrent encore».

Para los católicos, que permanecemos tranquilos en nuestro puesto, es una prueba más de la solidez de nuestra fe católica, el observar que los disidentes entre sí buscan esa *unión*, sin duda porque no se encuentran satisfechos de sí mismos y sienten la *fractura* que les dice que son *parte* de un *todo* que abandonaron, que es la Iglesia Católica.

CAÍDA DE LA DICTADURA.

No menos trascendentales que los hechos apuntados para la vida internacional, son los que tenemos que reseñar para dentro de la vida nacional. Entramos en este apartado de nuestra crónica con la mayor dosis de serenidad y con el mejor deseo de acertar en nuestros juicios y observaciones.

El 28 de Enero presentó el general D. Miguel Primo de Rivera la dimisión de su Gobierno de Dictadura, siéndole aceptada por el Rey, quien nombró para sustituirle al general D. Dámaso Berenguer. Este general, bastante bien conceptuado como hombre de talento y de carácter reposado, ha formado un Gobierno que llamaron de «defensa del Rey» y de *tránsito* a un régimen parlamentario y constitucional, suspendido o abolido por la Dictadura.

Ante todo, hemos de consignar, para honra del *pueblo español* (y damos a esta palabra una significación concreta de la masa trabajadora del campo y de la ciudad) cuyo *buen sentido* ha sido apreciado y ponderado, no sólo por los observadores nacionales sino por los extranjeros en cuya Prensa se ha reflejado, que el cambio de Gobiernos se hizo sin la menor conmoción, sin la menor violencia, sin derramar una sola gota de sangre, del mismo modo que vino y

se conservó la Dictadura, desde el 13 de Septiembre de 1923 hasta la fecha ya consignada. Lo cual prueba el hecho ya varias veces apuntado y elogiado en estas crónicas (por otros lamentado), de la *indiferencia* del pueblo, de la masa general del país, por los problemas específicamente políticos, y de que sus preocupaciones y afanes marchan por otros rumbos. Esta es la realidad positiva. Las *revoluciones* violentas, antes y ahora, las hacen o los militares o los obreros. Atraviesa el *militarismo*, como profesión, una crisis profunda, una crisis de agonía convulsa, que tan pronto le pone al borde de la muerte, como le devuelve el papel de la heroicidad, pero de una heroicidad esporádica y pasajera. El proletariado, nuestro proletariado, tras una larga y dolorosa experiencia de agitaciones y rebeldías, y con alguna mayor cultura, siquiera superficial, que le pone al tanto de lo que en otros países sufre la clase trabajadora bajo todas las formas de gobierno y bajo todos los signos y matices partidistas, ha llegado a un grado tal de *estoicismo* o indiferencia por la *política* y los *partidos* que hace casi imposible toda revolución en el sentido clásico de la palabra.

Los augurios sobre una conclusión trágica de la Dictadura han fracasado enteramente como están fracasando otra porción de apreciaciones.

Tal vez sean inexactas también las que formula el que esto escribe; pero os asegura que están inspiradas en la más desapasionada, en la más reflexiva imparcialidad y sinceridad. Las gentes están naturalmente ansiosas de descifrar una porción de enigmas que plantean estos sucesos de la vida nacional; es legítimo este deseo; es profundamente instructivo, y debemos todos cooperar a satisfacerlo dignamente.

La Dictadura cayó porque tenía que caer algún día; porque ni ella misma, ni los que la recibieron con aplauso, que fué casi toda la nación, ni los que la apoyaron y colaboraron en ella por amor al bien público (demos por descontado que en todos los gobiernos, incluso los más santos, se mezcla la codicia y otras malas pasiones) la consideraron como un régimen estable, normal y definitivo; sino como un régimen transitorio, de excepción, impuesto por la gravísima y anárquica situación, verdaderamente insostenible, en que se encontraba España el año 23, y de la que había que sacarla por un golpe de fuerza, por un tratamiento de rigor que durase hasta la extirpación de las causas del mal y la implantación de las nuevas normas de vida social y ciudadana en plan de sanidad. Caen, pues, por su base cuantos argumentos se esgrimieron y esgrimen contra ella y sus partidarios en nombre de un *régimen de derecho*, de *libertad*, de *democracia* y de *responsabilidad*. Todo esto está muy bien; ni creemos que se haya manifestado entre nosotros una opinión solvente que tratase o trate ahora de restaurar un *absolutismo* político como el que se impugnó y propugnó hace un siglo en el reinado de Fernando VII y en los años siguientes; es necesario un régimen de derecho en el que estén aseguradas las *condiciones esenciales de la vida individual y social*; en cuya gestión *intervengan, de alguna manera*, como ya hace mucho tiempo enseñó Sto. Tomás (1.^a-2.^a, q. 105, art. 1), *todas las clases sociales*, y estos postulados deben estar consignados en una *Constitución política* en la cual, además, ha de quedar establecida la estructuración de los poderes del Estado y la manera de formarse los Gobiernos. Todo esto está muy bien; todo esto es lo ideal y lo

normal de la política; pero, antes que filosofar es *vivir*, y España no vivía sino *moría* por el año 23. No vivía sino que agonizaba rápidamente, porque no había garantías para los *derechos individuales y sociales*, el principal de los cuales es el derecho a la vida, y éste y los demás derechos eran un mito ante el *terrorismo anarquizante*, ante el *separatismo* y ante la *guerra sangrienta de Marruecos*.

Lo hemos escrito otras veces: o aquellos gravísimos males endémicos y pertinaces procedían de *los hombres* de aquel régimen, por incapacidad o compli-
cidad, supuesto que no los curaban o atajaban, o queriéndolo sinceramente y siendo capaces de ello, no podían conseguirlo por causa del *régimen*, en su conjunto, por su inadaptación, por su embarazosa complicación, como la del nudo gordiano, que estaba pidiendo una espada o la hoz que despeja la maleza enmarañada para el nuevo cultivo.

Por piedad, si no por justicia hacia los hombres, hemos de suponer lo segundo, que los males procedían de las leyes e instituciones vigentes, de un exagerado sentido *liberal e individualista*, y claro es que de muchos delinquentes que, como microbios y parásitos malignos, devoraban el organismo nacional.

Había que suspender, y acaso renovar, casi todas las leyes; no bastaba cambiar *algunos hombres*, como por error de visión apreciaban los que querían una Dictadura de 90 días; había, por necesidad, que atar corto y mandar con decisión y sin contemplaciones como se hace con el enfermo vicioso y resabiado.

Claro es que los amantes sinceros e incontaminados del antiguo régimen y de las antiguas leyes, en cuyo ambiente nacieron y encanecieron asimilándose-las como algo ya perfecto y definitivo del *siglo de las luces* (muchas veces hemos comparado el estado psicológico de los liberales clásicos de hoy con los absolutistas de antaño en punto a adoración de *lo tradicional y vivido*), habían de mirar el hecho de la Dictadura y la continuación de la Dictadura y la obra de la Dictadura, fuese la que fuese, como una *profanación*, como un perjurio, como un atentado contra los principios del 89 y un *insulto a la toga*. También habían de protestar perennemente contra la Dictadura todos los que vivían y medraban de los públicos males y desórdenes. ¡A qué desgracia de organización social hemos llegado que el vicio y el crimen son medios normales de vivir para muchas gentes!

El general Primo de Rivera había llegado a condensar en sí toda aquella gran protesta nacional contra los males públicos que, fragmentariamente, salía de los individuos y de las agrupaciones políticas cuando se combatían unas a otras y se reprochaban mutuamente lo que estaba a la vista de todos. Tal vez el haber recogido con excesiva crudeza los gritos de la galería y haber hablado mucho para ella y en tono de acre censura, más o menos merecida, contra los hombres de aquella política, *indispuso* a la casi totalidad de éstos, muchos de los cuales hubieran podido, y creemos que *debido*, colaborar con la Dictadura, sobreponiendo el interés de la Patria y del bien público (que en esto consiste el verdadero patriotismo o civismo) a los resentimientos personales y a las gentiles sutilezas de escuela o de partido. Algunos de aquellos políticos *colaboraron* con toda lealtad. Si todos o la mayoría hubiesen hecho lo propio, ayudando (y por ello redimiéndose de presuntas culpas) a la limpieza general

y a la total renovación del país, enormemente facilitada por el golpe de Primo de Rivera, la Dictadura hubiera sido de menor duración, su obra regeneradora hubiera sido más perfecta y, sobre todo, hubiera quedado terminada, y su sustitución hubiera sido aún mucho más tranquila, más *jurídica*, si se quiere, y no tendríamos ni asomos de esta pequeña llamarada de gritos, de deseos de venganza y desquite, de ruptura de placas y carteles, de vivas y muera callejeros, de exaltaciones de hombres que se han creído castigados o perseguidos injustamente. Lo bastante, digámoslo con sinceridad, para provocar una *revolución*, si, como hace unos cuantos años, los *militares* o los *obreros*, ilusos e inexpertos aún, se lanzasen a la calle haciendo eco a la gritería *periodística*, *estudiantil* y, si se quiere, *intelectual*. Pero, ha llovido mucho sobre las costillas de obreros y militares; los gritos y manifestaciones de estos días nos parecían un eco lejano, desteñido y un tanto anacrónico, de los episodios entre *liberales* y *serviles* de hace un siglo. Hoy la masa general, desengañense todos, permanece indiferente ante semejantes pleitos de *abogados*, *literatos* y *aprendices* de tales. Son fogatas de virutas en cenáculos de reducidas dimensiones. ¿Estudiantes? Digamos mejor, jóvenes, y como tales, sin las debidas selecciones, amigos ante todo del *jaleo*, del ruido, de todo lo que pueda *libertarles* de la pesadumbre de la clase. Recuérdense otras bien recientes y numerosas manifestaciones por motivos bien opuestos. De la manifestación a la rechifla hay poco espacio. Lo triste es que Universidades, Ateneos y otros centros de cultura, quieran convertirse en trincheras y barricadas por cuestiones tan bizantinas como las *formas políticas*. Tan doloroso y ridículo como si esto se hiciera para imponer una moda o un estilo arquitectónico.

Pero volvamos a la Dictadura, que era y es asunto un poco más serio que todo eso. Convengamos en que hubo una falta inicial por parte de la Dictadura al atacar demasiadamente y sin distinguos a los anteriores políticos, y otra mayor por parte de éstos en darse por agraviados y no prestar su colaboración a la obra de gobierno cuando para ello fueron requeridos en distintas y solemnes ocasiones.

Estos *agraviados* aumentaron su encono; a ellos se unieron cuantos se sintieron *perjudicados* al avanzar las reformas, más o menos perfectas, que siempre merman *intereses* particulares; seis años de monotonía política, con la consiguiente disciplina de la *libertad de la palabra*, para los que consideran la primera como un *espectáculo* dramático, más o menos lucrativo, y la segunda como *un fin* obsesionante de la vida que se traduce de ordinario en *atacar al prójimo* y hacer chistes y burlas del prestigio ajeno, y en ganar unas monedas, eran ya *inaguantables*; había que cambiar de posición, siquiera como la busca el cansado enfermo en el lecho, se precisaban nuevas *emociones* y se decía que los hombres públicos se gastaban en un quinquenio.

Pero, ¿eran éstos motivos bastantes para *interrumpir* una Dictadura que la razón serena y la experiencia de casi un mes están diciendo muy alto ser todavía necesaria? No hablamos de las personas, ni mejores ni peores que las otras como otras veces hemos escrito, sino de la institución dictatorial, como recurso supremo y tratamiento excepcional de los males políticos y sociales, no como gobierno normal de los pueblos.

Juzgando por las *causas de la caída de la Dictadura*, por su obra indes-

tructible y por lo que nos ofrecen las oposiciones triunfantes al parecer en sus programas y manifiestos, el lector imparcial formará su criterio acerca de este interesantísimo momento de la política española.

No nos olvidamos de nuestro carácter sacerdotal y de que escribimos en una revista religiosa; uno y otro motivo nos colocan, muy a nuestro gusto, en un plano de elevación que está por encima de compromisos personales y de partido y aun de toda forma de gobierno. No nos inquietan estas mudanzas de tejas abajo y siempre hemos procurado que la Iglesia, que el Catolicismo no se solidarice en demasía con las instituciones humanas ni busque apoyos en lo que es tan efímero y deleznable. Por eso lamentábamos que en estos seis años de tan propicias condiciones para hacer labores de profundidad y de amplitud en el ámbito nacional, se empleasen tantos esfuerzos en hacer entronizaciones, levantar estatuas y colocar placas en Ayuntamientos y Diputaciones, que ahora ocuparán otras gentes de muy distintos sentimientos y criterios. ¿Luchas religiosas? Dios quiera que no se susciten por esas cosas de quita y pon, o por otras grandes manifestaciones *exterioristas* ya anunciadas. Gracias que las organizaciones de la *Acción Católica*, enteramente apartadas, como quiere el Papa, de todo matiz y partidismo político, se van extendiendo por toda la nación y llevan a los hombres un sentido de seriedad cristiana que, si como a tales cristianos les veda ciertas actuaciones, como a ciudadanos les permite y hasta les estimula a actuar por su cuenta en defensa del bien público y de los principios del orden social como reclamen las circunstancias.

CAUSAS DE LA CAÍDA DE LA DICTADURA.

Para nosotros no tienen valor alguno los episodios de algaradillas y enfoscamientos que determinaron al general Primo de Rivera a redactar la precipitada *nota* que apareció el domingo día 26, en parte rectificada el lunes 27, en que sometía a consulta de las altas personalidades del Ejército y de la Marina su permanencia o retirada del Gobierno. Eso pudo acelerar por días o meses la caída prematura; todo eso pudo haberse vencido como se venció fácilmente en otras ocasiones. El general Primo de Rivera, suponemos, pudo dar la batalla moral o material a la oposición, como la dió, sangrienta, el Dictador portugués; pero el Dictador español tuvo empeño especial en no derramar una sola gota de sangre durante su mando, y es esa una de sus glorias, la que ha nimbado su figura y la de su Gobierno de una suave y simpática luz, como indiscutiblemente lo ha reflejado la Prensa extranjera, testimonio más seguro, en este caso, que el de la Prensa nacional un poco apasionadilla en estos momentos. Y al decir esto, no disimulamos faltas, yerros, equivocaciones más o menos graves, así individuales como colectivas, en el Gobierno de la Dictadura. No somos partidistas. Pero ese es el coeficiente inevitable de todo gobierno. ¿Qué gobierno se puede presentar libre de mácula?

Pero también para los hechos hay una balanza.

Hemos dicho que fué prematura la caída de la Dictadura y no retiramos el adjetivo. No estaba terminada, no estaba madura la Obra de reconstrucción y regeneración nacional de que venimos hablando tirios y troyanos desde hace treinta años que llevamos de siglo, apenas sufrimos la sacudida de la pérdida de las colonias. Y tan no terminó su Obra, que, probablemente será necesaria

otra Dictadura, porque dudamos que el Parlamento se regenere y se torne capaz de hacer algo grande en este sentido. Pronto lo sabremos; francamente, deseábamos equivocarnos.

Para nosotros, la Dictadura interrumpió su marcha, sufrió el colapso mortal, el día que se decidió a retirar de la *Asamblea Nacional* el *Anteproyecto de Constitución*. No era ésta perfecta, pero era muy superior a la del 76 y tenía los principios y los gérmenes del derecho nuevo, que muy bien hubieran podido desarrollarse y perfeccionar la obra en el *periodo constituyente* que se abría. Los que entonces, por odio o por escrúpulos a la nueva Constitución, abogaban y lloraban por la del 76, ¿no son los que claman ahora por *Cortes Constituyentes* y nueva Constitución, con la agravante de que en España no hay manera *legal* de convocar ni celebrar Cortes Constituyentes, pues en la Constitución vigente, se dejó en blanco ese importantísimo artículo de las Constituciones anteriores?

Y he aquí ahora el callejón sin salida en que se encuentran todos los *puristas* de la *legalidad* y del *sentido jurídico* de la vida. Legalmente, no hay manera de cambiar la Constitución ni la forma de gobierno, que es la razón de ser de gran parte de la oposición. Cambiar, dicen, de Constitución para impedir que pueda repetirse la Dictadura (que es lo mismo que intentar poner puertas al campo, como si con las constituciones más democráticas y republicanas no se diesen las Dictaduras); cambiar de forma de gobierno, como si la forma republicana fuese el secreto de la felicidad social con tantas repúblicas a la vista.

No; las causas de la caída de la Dictadura son más hondas y se vieron apuntar pronto, aunque lindamente disfrazadas con ropajes tan vistosos como los de la *Libertad*, *Parlamento*, *Democracia*, etc., etc. Para nosotros, todos esos requilorios no llegaban a ser otra cosa que una vil hoja de parra.

En la crónica anterior, escrita por el mes de Diciembre, cuando veíamos los titubeos y el descenso de la Dictadura, escribíamos:

«Si el Sindicalismo obrero revolucionario y anárquico fué una de las causas del advenimiento de la Dictadura y de su plena justificación, el *Sindicalismo de la plutocracia* y *de la banca* ¿no será, por ventura, el que haga caer la Dictadura y vuelva las cosas al mismo ser y estado del régimen anterior? *Todo pudiera ser*».

Y así fué, estamos seguros de ello.

El Capitalismo, tan fuera y tan lejos de la verdad y de la justicia como el Socialismo marxista, se alarmó en demasía de las *reformas sociales* que iba realizando la Dictadura. Nuestros lectores, si nos han venido acompañando en nuestras informaciones bimestrales desde últimos del año 26, recordarán que íbamos anotando las oscilaciones de este fenómeno singular del avance social que se venía desarrollando desde los Ministerios de Hacienda, Fomento y Trabajo, especialmente desde este último, y cómo a la curva ascendente de la obra reformista seguía la descendente del desafecto plutocrático.

Nos remitimos a una observación atenta de la Prensa diaria apenas caída la Dictadura, la cual recogió y sigue recogiendo una serie de exposiciones de entidades y empresas capitalistas pidiendo la abolición de los *Comités parita-*

rios, el *intervencionismo* del Estado, los *monopolios*, las *tasas*, el *aval* del Estado, etc., y todo en nombre de la *libertad de contratación*, *libre concurrencia*, etc., en que el fuerte procura aplastar lo más fina y absolutamente posible al débil y al que poco puede y tiene.

El Capitalismo, demostrando en esto su fuerza y poderío, apeló a lo que fué extremo recurso en las clases trabajadoras, a la *huelga* y la *emigración*.

Empezó el dinero *sobrante o flotante* a *retirarse* de los negocios y de las explotaciones nacionales y a *huir* sutilmente al extranjero. Aquella retirada había de provocar el *paro forzoso* y la *irritación* de los obreros, muy satisfechos con la Organización Corporativa que venía a hacer casi innecesarias las *huelgas*; aquella *emigración* (bastante general) de *dinero español* ofreciéndose a los Bancos y negocios extranjeros determinaba su desvaloración por la ley inexorable de la oferta y la demanda, y más aún cuando expresamente se vende dinero patrio para adquirir moneda extraña. ¡Qué patriotismo! Y esto ocurrió en España en los últimos meses.

De no ir a la incautación de capitales, la Dictadura no podía resistir, y cayó.

Esta es la verdad, tal como honradamente la sentimos. El tiempo nos rectificará o nos ratificará en nuestras modestas observaciones.

LA OBRA DE LA DICTADURA. Si «cada uno es hijo de sus obras» y «obras son amores y no buenas razones», como rezan sapientísimos adagios populares, hay que reconocer que los hombres de la Dictadura, salvo las excepciones que son de rigor (tratándose de seres humanos), han sido buenos hijos de España y su amor a la Patria ha quedado plenamente demostrado. Aunque, como antes advertíamos, su Obra ha quedado sin terminar, es lo bastante considerable y destacada para que logren sepultarla las tempestades y aluviones de palabrería gruesa e insultadora que ahora se desencadena.

Hay en la Obra total de la Dictadura una parte de ella que es indiscutida e indiscutiblemente *buen*; obra que intentaron llevar a cabo, en largos años, todos los partidos del régimen Parlamentario y no pudieron lograrlo y que sólo podía conseguirlo una Dictadura con todas sus consecuencias. Esa parte de la Obra fué: dar término al *terrorismo anarquista*, al *separatismo* de algunas provincias y a la *guerra de Marruecos*. Hay quien dice que, extirpados estos males, antes de empezar la obra *reconstructora* que evitase la recaída en los mismos, debió marcharse la Dictadura. Conformes, si los políticos del viejo régimen que se suponen ahora más capacitados, se hubiesen agregado a la Dictadura y colaborado con ella, por amor a la Patria y al bien público, ya que no por simpatía a los gobernantes y a sus métodos de gobierno; o si, apartados voluntariamente de éste, hubieran forjado en una razonable oposición organizaciones y programas solventes que superasen a la Dictadura y la reemplazasen en cualquier momento. Hombres como Ossorio y Gallardo recorrieron toda España diciendo cuanto tenían que decir de útil, y organizaciones como la socialista y republicana no interrumpieron su vida para la exposición de ideas y captación de adherentes. Así pudieron obrar todos.

No se prestó esa colaboración, ni por patriotismo, y la Dictadura hubo de proseguir por sí misma su camino. No podía detenerse en su labor depuradora.

Hay otra parte de la Obra de la Dictadura sobre la cual los pareceres se dividen por grandes sectores, ofreciendo muy variados matices de pensamiento. Pero, hasta el presente, no se han presentado datos ni razones suficientes que demuestren el error, la inutilidad, la injusticia o la inmoralidad de las empresas llevadas a término o planeadas para el porvenir.

Nos referimos a la Obra de conjunto de los Ministerios de *Trabajo, Fomento y Hacienda*. Respecto a la obra del Sr. Aunós en el departamento de Trabajo, que sintetizamos en la *Organización Corporativa nacional*, aparte lo que hemos venido diciendo en elogio suyo en todas las crónicas precedentes, bastará saber de momento que el actual Gobierno que ha sucedido a la Dictadura, por su jefe el general Berenguer, y más explícitamente por el Ministro de Trabajo, el eximio y competentísimo D. Pedro Sangro y Ros de Olano, ha declarado que esa profunda reforma no será tocada en su esencia; más aún, en pública sesión de la Comisión de Corporaciones, el Sr. Ministro del Trabajo dijo que «antes dejaría la cartera que atentar en lo más mínimo, salvo correcciones de defectos, contra los Comités Paritarios». En la misma sesión y en igual sentido de defensa del régimen paritario se manifestaron las dos representaciones *patronal y obrera*. Muy buena tiene que ser esta reforma social cuando Gobierno, obreros y patronos (en su representación oficial) están acordes en mantenerla.

Mal han de verse los opositores de esta obra de la Dictadura, que nos hablan en nombre de la *libertad*, de la *democracia* y del *derecho*, para convenir de su razón y sinceridad a las clases trabajadoras y empleadas.

Se habla de los *millones* que cuesta a la clase patronal la Organización Corporativa. Naturalmente que cuesta esta *función de justicia social*, como la de los demás tribunales y servicios públicos. ¿Y los *millones* que se han perdido y se pueden perder con las huelgas que evitan los Comités paritarios? ¿Qué es preferible?

Todavía es más significativo este dato. Mil veces hemos hablado de la oposición formidable de empresas y grupos capitalistas y elementos conservadores hacia los Comités paritarios y de la importancia que ha tenido este factor opositor en los sucesos que estamos comentando. Diríase que todo eso es vergonzante y clandestino; porque si esa reforma no estuviese tan cargada de justicia y de razón ¿cómo habría de ser amparada y defendida por el flamante jefe del nuevo *Partido Conservador*, Sr. Bugallal? Pues el Sr. Bugallal, al tomar posesión de su jefatura el 10 del corriente, dijo estas palabras:

«En el aspecto social, siguiendo a Dato y al vizconde de Eza, hemos de apartar la lucha de clases y propender a la armonía y convivencia de todas. Hay que seguir el camino emprendido por Dato, y para ello debemos hacer progresar la legislación obrera, amparadora de los trabajadores. La iniciación de los *Comités Paritarios* y aun la organización corporativa puede ser ventajosa para esa convivencia social. No atacamos la idea, ni sus principios, lo que combatimos es su organización fuera de toda garantía jurídica y en la forma antes analizada en cuanto a lo económico».

El plan de *Obras públicas* del Sr. Ministro de Fomento, Conde de Guadalhorce, es otro de los puntos de ataque de los adversarios de la Dictadura; ataque desafortunado en sumo grado, porque ese *Plan* magnífico es un postu-

lado y una concreción de esa *política de realidades* que se venía pregonando hace mucho tiempo por todos los hombres sensatos, y precisamente y de una manera *casi sectaria* por los elementos llamados progresivos que querían desterrar de nuestra política todo *idealismo metafísico*, porque, además, se asentaba sobre estos indestructibles principios: 1.º Dar su verdadero empleo al capital español haciéndolo reproductivo en el incremento de la producción y tráfico nacionales, en vez de encerrarlo en los bancos o llevarlo, en criminal *emigración*, al extranjero, y 2.º Dar ocupación lucrativa a los trabajadores españoles (95.000 obreros vienen ocupados en estas obras, de los cuales sólo en obras ferroviarias trabajan 80.000) y evitar de ese modo o atenuar la *emigración* de los mismos. ¿No son ambas, y empecialmente esta última, razones supremas?

Basta, por otro lado, indicar algunos datos, luego de extender la vista por toda España y considerar la serie de obras públicas beneficiosas y de ornato realizadas en estos últimos años o empezadas, para felicitarse de ese esponjamiento de la nación. Periódico tan enemigo de la Dictadura como *El Sol* (22 de Febrero), escribió estas palabras: «Tenemos tal conciencia de que la España anterior a 1923 se debatía en la impotencia y el caos, que no creemos haya quien deje de reconocer que entre 1923 y 1930 se ha hecho más labor positiva en lo económico que en el período precedente».

Millones de veces se ha dicho que España es un país esencialmente agrícola y que necesita mucha agua para humedecer y fertilizar sus páramos, sus ricos terrenos de secano, con lo que (se está viendo) se duplica y triplica la producción. A eso tienden las grandiosas *Confederaciones Hidrográficas* que van al aprovechamiento y administración del caudal líquido de nuestros ríos para esos campos en producción rudimentaria; a eso tiende también (y al incremento de la industria maderera) la *repoblación forestal* de nuestras cordilleras peladas; ese seguro incremento de la producción necesita para su circulación y distribución *carreteras, ferrocarriles y puertos*.

Y todo este vastísimo Plan, fruto del estudio de un *ingeniero profesional* ya acreditado como el conde de Guadalhorce y de *todo el cuerpo de ingenieros de España* que está a su lado y le ha festejado al salir del Ministerio, está presupuestado en 5 200 millones de pesetas, cuyos intereses suponen 263 millones anuales para los presupuestos generales del Estado, cuando el rendimiento anual de las obras en riqueza pública se calcula en 5.000 millones de pesetas, de los cuales habrían de corresponder al Erario público 1.000 millones anuales.

Sólo hay una objeción hipotética de fuste: la de que no haya *capacidad económica* en la nación, ni crédito bastante para hacer frente a esa magna empresa colectiva; es decir, que el ministro de Hacienda Sr. Calvo Sotelo *habría engañado miserablemente a toda la nación española* como al paleta le engaña un timador vulgar. No es tan fácil ocultar la riqueza efectiva y dineraria de una nación.

Y se plantea el tercer grave problema relativo a la gestión acertada o desastrosa de la *Hacienda pública durante la Dictadura*.

Es indiscutible que el Sr. Calvo Sotelo reformó y mejoró profundamente el régimen tributario, asentado antes sobre bases absurdas, injustas y anti-

científicas; reforma, ya lo advertimos muchas veces, que levantó enormes protestas, pero que nos ponía al nivel de la legislación *européa*. Antes, el peso mayor de la tributación cargaba sobre los *actos de la riqueza* o sobre el *trabajo* o lo que se llaman *utilidades*, «impuestos indirectos», lo cual venía a ser como un *castigo para los que más trabajaban y producían*; mientras que la *riqueza inmueble*, la *rústica y urbana*, la verdadera fuente de riqueza (a veces estancada), se veía casi exenta de tributos, bien *por ocultación* o falta de *evaluación* justiciera. Todo esto fué acabando con la magna obra del *Catastro* que ha descubierto y sigue descubriendo ocultaciones e injusticias, y, por lo tanto, importantísimas bases de nueva tributación, tendentes a recargar las *grandes fortunas* y aliviar las *rentas de trabajo*, que afectan a las clases media y proletaria. ¿Resultados de esas reformas tributarias, que tuvieron, como se sabe, ruidosa oposición desde el campo de la plutocracia?

El Sr. Calvo Sotelo y la Dictadura nos han dicho que el *déficit* anual, persistente desde el año 1910, de varios *centenares de millones* (mil millones en 1922), fué extinguiéndose gradualmente hasta el año 1927 en que no sólo se nivela el presupuesto sino que empieza el *superavit*.

Hay quien niega estas cifras y aun añade: que si es verdad que la *Deuda pública* total alcanzaba la cifra de *14.700 millones de pesetas*, en el año de 1930 llega a los *20.200 millones*. Si esto último fuera cierto (el Gobierno actual, que es el que puede hablar con imparcialidad, todavía no ha emitido su juicio), habría que confesar que la Dictadura no había sido bastante hábil o dura para imponer la disciplina tributaria de que es capaz España para salir de este marasmo, de esta sórdida mezquindad en que yace y se empeña en continuar por obra y gracia del rutinario egoísmo de unos cuantos, mal disfrazados con la veste de *legalidad, Parlamento, soberanía nacional*, etc., etc. Porque la capacidad tributaria de España es triple o cuádruple de lo que rinde actualmente según los cálculos más serios.

Por otro lado, el fundamento real de la capacidad dineraria y crediticia es la *economía, el trabajo y la producción* en todos sus órdenes y en todo lo que contribuye a mantener esta tensión, y todo esto no va mal en España y esas Obras públicas tienden a que vaya mejor; prueba de ello es que el *ahorro nacional anual* cubiertos los gastos de producción, los tributos y el entretenimiento de la vida, asciende de *mil a tres mil millones* de pesetas. ¿Para qué meterlos en los Bancos pudiendo y debiendo (siendo el Estado como el banquero, el único banquero nacional para *servicio*, no para explotación de la nación) emplearlos en el *fomento* de la riqueza pública?

En resumen: la Obra culminante de la Dictadura, que responde a las más nuevas y fecundas orientaciones de la ciencia social y a una visión clara de las realidades, exenta de prejuicios, no puede ser combatida, en rigor, por los hombres y los grupos que se dicen más avanzados y progresivos, so pena de contradecirse. El dilema es formidable: si aplauden el *sentido social* de la vida y de la economía tienen que aplaudir, fuera palabrería hueca, la Dictadura; si se empeñan en condenar a ésta se combaten a sí mismos.

LOS SUCESESORES DE LA DICTADURA.

No nos referimos al actual Gobierno, continuación más o menos atenuada de la Dictadura, para traernos en breve o relativamente breve período lo que llaman *legalidad constitucional*. Todos de tradición y sentido conservador, nos merecen respeto, asistencia y colaboración, y de un modo especial el Excmo. Sr. D. Pedro Sangro y Ros de Olano, excelente católico práctico y eminente hombre social si los hay en España, en quien el señor Aunós tiene su más digno sucesor, que continuará su Obra.

Nos referimos a los *partidos* que se aprestan a ser los *sucesores de la Dictadura*. Gracias a que durante estos seis años se ha educado enormemente la masa de la nación que trabaja y, entre escéptica y desilusionada, no se deja impresionar por la *palabrería* de hace treinta años.

Una *bella anarquía* de ideas directrices de la vida política española es lo que aparece en escena apenas corrido el telón de este famoso teatro. Con pena dejamos de consignar, como datos históricos, los párrafos más culminantes de los infinitos *partidos* que se han formado para honra e incremento del régimen *Parlamentario*. Nos contentaremos con enumerarlos en esta crónica, dejando mucha tela cortada para las sucesivas, pues conviene no perder de vista estos *fenómenos* de la vida colectiva, que tienen su interesante filosofía para guía y aviso de inexpertos, de exaltados o durmientes.

Desde luego, se ha visto que la Dictadura no ha matado, como la inculparon, la vida política, los partidos políticos, en determinados medios. El mal político, corregido (así lo creemos) para la nación, se agravó dentro del propio cordón sanitario, dentro de los propios círculos políticos.

Los dos clásicos partidos turnantes, con los cuales era pasadero el régimen Parlamentario (gracias a la dictadura que ejercían entre los suyos), ya no vuelven. Ya en Inglaterra hay *cuatro partidos*. En Alemania y en Francia los gobiernos de *grupos*, a lo que vamos nosotros, si no se remedia, se están dando magníficos ejemplos de *estabilidad* ministerial, aun teniendo planteados los más graves problemas nacionales e internacionales.

Se prefieren las cuestiones de *forma* a las de *fondo* para la constitución de partidos. Hay una cuestión de fondo que sirve de gran línea divisoria a los partidos, pero que se perturba y casi se borra por tantos zigzags como se entrecruzan.

Es *el sentido social* o *individualista* de la vida y de la economía.

Esto produce el *partido* o *partidos conservadores* (individualismo económico) y el partido o partidos socialistas o comunistas en su extremo opuesto.

Hay otra cuestión de forma, que es la *monarquía* o la *república*.

Tenemos perfectamente definidos un *Partido Conservador*, bien pronto restaurado y un *Partido Socialista*. Entre estos dos extremos, el problema social y el de la forma monárquica o republicana determinan: por el lado de la monarquía, además del *Partido Conservador*, el grupo llamado *maurista*, el de los exministros de la *Dictadura* y simpatizantes con ella, que manifestaron su adhesión al gobierno actual y a la monarquía y el *Partido liberal* clásico romanonista.

Hay una zona, que llaman *Constituyente*, formada por muchos antiguos

monárquicos, que confieren al pueblo soberano (!?) y sus representantes en Cortes que se decidan por una u otra forma de gobierno.

Los republicanos presentan: el *partido radical*, dispuesto a aliarse con los monárquicos para un programa mínimo; *partido federal*, partido de *Acción republicana* (intelectuales), y *partido radical-socialista*.

En el *Partido Socialista* se dibujan tres tendencias: una a aliarse con los republicanos, para traer con la *masa obrera* que se lance a la calle la república, sea como sea; otra tendencia que no le satisface con una república que no sea socialista y que prefiere mantenerse en un *pragmatismo* sin riesgos materiales (tendencia que comprende a los apolíticos) y otra tercera que propende al Comunismo. Es decir: todos los partidos republicanos quieren la república, pero la mayoría de ellos la quieren sin *Socialismo*, no obstante que la ven imposible si no viene por un golpe militar o por los obreros en huelga revolucionaria; pero los obreros no se aventuran a la revolución si no se les da una república socialista, y dicen que no la quieren traída por el Ejército.

En esta profunda divergencia estriba la fortaleza de los monárquicos.

Por otra parte, aparece muy generalizado el deseo de concretar en un gran Partido de carácter social que, sin hacer punto de programa las formas de gobierno y otros enunciados demasiado abstractos, vaya a la resolución de los problemas económico-sociales sin exclusivismos de clase, antes aceptando la colaboración de otros grupos afines y de todas aquellas fuerzas organizadas apolíticas que se sienten coincidir en las mismas soluciones concretas.

De todos modos, en medio de las explosiones pasionales que se han observado en estos primeros días al aflojar la censura previa y constituirse las Diputaciones y Ayuntamientos, se observa menos sectarismos y *un espíritu más abierto* en la formación de casi todos los nuevos partidos.

LOS CATÓLICOS.

Las fuerzas católicas o los elementos católicos actuantes en razón de tales, lejos de impresionarse demasiado y tocar a rebato ante las conmociones políticas y formar agrupaciones similares a las que bajo ciertos aspectos se presentan como adversarias, según se hacía en otros tiempos no muy lejanos, adoptan una cierta actitud de tranquilidad, de serenidad y buen juicio, sin que por eso dejen de continuar organizándose intensamente en *Acción Católica*, seguros de que sin la masa general del país, hoy más despierta que nunca, las efervescencias políticas de la superficie, el griterío y ciertas truculencias se han de quedar en el aire. La masa española, volvemos a repetir, siente una indiferencia consciente y olímpica por las *formas políticas* y los *curanderismos* de vísperas de elecciones. Lo mismo le da Juan que Pedro, y hace bien. Y en esta indiferencia por todo lo formal y contingente de la política, es cuando en las organizaciones locales de la *Acción Católica* que aciertan a fundarse sobre un plan de *cultura* (y no de relumbrones pueblerinos, con veladitas y manifestaciones de barrio jaranero), de elevación, de piedad seria y no bullanguera, de austeridad y disciplina de costumbres, de buenos ejemplos, siente el pueblo los *valores absolutos* del Catolicismo y de la Iglesia; y más cuando al Catolicismo o los intereses católicos no se los pretende encerrar bajo ciertas agrupaciones y banderías y etiquetas, reclamando votos y adhesiones para unos y

fulminando condenaciones para otros; y más aún cuando se presenta al Catolicismo y a la Iglesia abiertos a toda reforma que traiga un nuevo progreso, una positiva mejora para las grandes necesidades públicas de todo orden, cuyo reconocimiento y sincera compasión han de ser las verdaderas características de los hombres y de las organizaciones de *Acción Católica*.

Si ésta hubiera empezado con el mismo criterio y con el mismo brío desde el principio de la Dictadura y no al final, como ha sucedido, hoy estaría conjurado todo peligro. Es para temblar cuando ciertas gentes de celo poco discreto enarbolan esta bandera de los *peligros* para llevar a los católicos a la *calle*, a las *facciones*, a los *pleitos* en que tienen que enfrentarse unos ciudadanos contra otros (y todos católicos no pocas veces) y se apresuran a formar grupos o ranchos aparte por una especie de *mimetismo* enfermizo que rebaja nuestro carácter y nuestro lema.

La bandera católica no debe llevarse jamás a los pleitos de la calle, allí en donde puede ser objeto de contradicción por los mismos católicos por divergencias de criterios, ni a campañas en donde al abrigo de altos y nobles ideales se ventilan intereses humanos de todas clases. La bandera católica debe cobijar solamente organizaciones en que la *formación religiosa y moral* sea el fin exclusivo o predominante o específico: para que los hombres así formados, jóvenes, adultos, con vigoroso e ilustrado criterio, con alma de apóstoles, lleven a todas las profesiones, a todas las agrupaciones y partidos lícitos, en su inmensa variedad, la savia del Evangelio y el aroma generoso de la vida cristiana. Deben filtrarse por todas partes, penetrarlo y ocuparlo todo, en vez de aislarse, tratando de formar *uniones* que siempre fueron imposibles. Y así observamos con alegría que contamos con buenos católicos en todos los partidos que se están formando.

Afortunadamente parece que en este sentido va cristalizando el ansia de actividad, de propaganda ideológica para *orientar al pueblo* e ilustrarlo sobre estos grandes problemas de la vida pública, ahora un poco embarullados, que se nota en nuestros centros de *Juventudes*, *Padres de Familia*, en los *Círculos de Estudio* y entre los *Propagandistas* de *El Debate*. Cultura, mucha cultura, incesante y elevada, pero sin concretarla en ningún *partidismo estrecho*, sin encerrarla en el *voto fulanista*.

¿No es esta la doctrina clara, terminante, de sana libertad, que nos traza el Papa en la *Carta* de 6 de Noviembre pasado al Cardenal Primado?

He aquí sus palabras, que no admiten duda, con las que cerramos esta crónica:

«De las explicaciones que hasta el presente hemos dado de esa *Acción Católica*, se deduce claramente que siendo por su misma naturaleza *enteramente ajena de los partidos políticos*, no se la puede encerrar en los angostos confines de las *facciones*. Mas aunque los católicos están obligados a obedecer a esta gravísima prescripción, *no se les prohíbe*, con todo, *tratar de la política* y *desempeñar los oficios públicos*, con tal que su actuación *no disienta de los preceptos de la doctrina*; más aún, nada impide que *los fieles cristianos pertenezcan a los partidos que les cuadren*, a condición de que la acción de los tales *en nada se oponga a las leyes de Dios y de la Iglesia*».

Sapientísimas y acertadísimas palabras. Distingue la Carta del Papa el ca-

tólico militante en la *Acción Católica*, enteramente apolítica, y el ciudadano católico particular que puede y hasta debe militar en distintos, tal vez opuestos *partidos políticos*.

Dios quiera que en las crónicas sucesivas tengamos que elogiar la práctica de consejos y mandatos tan venerados y oportunos.

FR. JOSÉ D. GAGO, O. P.

Madrid, Febrero de 1930.

ITALIA

HA transcurrido un año desde que en el Palacio de S. Juan de Letrán se firmó el Tratado, con el aditamento del Concordato, que zanjaba definitivamente la difícil *Cuestión Romana*. En recuerdo de este primer Aniversario y del octavo de la Coronación del Papa, que al día siguiente se celebraba, ondearon las banderas pontificia y nacional en todos los edificios públicos de Roma y se engalanaron los balcones de las casas, dando a la ciudad un aspecto encantador. Y el Gobierno italiano, en esta misma fecha, comisionaba a su Embajador ante el Vaticano para presentar a Su Santidad un precioso regalo, en señal de profundo reconocimiento por haber llevado a cabo la unidad religiosa del país.

Si con rectitud de miras volvemos los ojos al pasado para examinar los resultados del Tratado Lateranense, no podremos menos de afirmar con el Sumo Pontífice que «estamos no sólo satisfechos, sino verdaderamente consolados».

Aun sin contar por ahora los frutos copiosos que, merced al impulso pontificio, ha producido el Año Jubilar para la Iglesia y para el pueblo cristiano y que en admirable síntesis vienen recordados en la Encíclica *Quinquagesimo ante anno*, son muchas, y muy significativas por cierto, las manifestaciones y las obras que, como resultado del nuevo estado de cosas, se han llevado a cabo en el reducido espacio de 12 meses; obras y manifestaciones que muestran con claridad la mútua compenetración de ideas y de sentimientos entre ambos Poderes. Y así vemos que hoy la Ciudad del Vaticano se yergue en toda la plenitud de su entidad moral, jurídica y material, al paso que se van realizando las condiciones estipuladas para asegurar la absoluta independencia del Papa y el ejercicio pleno de su autoridad soberana. Entre estas condiciones figuran la instalación de correos, telégrafos y teléfonos que están ya funcionando, y las obras de la nueva estación ferroviaria que van muy adelantadas.

Resultados satisfactorios del Pacto de Letrán han sido también la pacificación de los ánimos; la creación de Nunciatura Apostólica ante el Rey de Italia y el nombramiento de Embajador en el Vaticano (24 de junio); las audiencias solemnísimas otorgadas por el Santo Padre, después de 59 años, a los Reyes de Italia y Príncipes de la familia real en los días cinco, siete, veintiséis y veintiocho del pasado diciembre; la grandiosa procesión eucarística del 25 de

julio por la plaza del Vaticano en que ofició el Sumo Pontífice; la primera salida de Pío XI por las calles de Roma para conmemorar en la Basilica Lateranense, Catedral del Orbe Católico, el 50º aniversario de su ordenación Sacerdotal, etc., etc.

Es justo así mismo enumerar entre los resultados de la Conciliación la pompa y solemnidad con que ha podido desenvolverse el Año Jubilar y la semana de conferencias sobre el Concordato y la Iglesia Católica que por deseo explícito del Santo Padre ha organizado la Federación Universitaria de Roma y que tuvo lugar últimamente en los días 11 a 17 de febrero. En ellas tomaron parte notables personalidades jurídicas de Italia y el español P. Manuel Suárez, O. P., que habló magistralmente sobre la naturaleza jurídica del Concordato.

Las polémicas mismas y las discusiones, que en la interpretación y aplicación de algunos puntos del Concordato llegaron a suscitarse, han demostrado por un lado la solidez del Tratado y la buena voluntad que animaba a las partes, y por otro las dificultades enormes que, al cabo de medio siglo de contiendas, hubo que afrontar y superar para establecer las bases definitivas de la Conciliación.

Tal ha sucedido, por ejemplo, con la cuestión de la educación de la juventud, de que expresamente se ocupa el Concordato. A fines de Diciembre, y como recuerdo de su Jubileo Sacerdotal, publicó Pío XI sobre este asunto una Encíclica admirable que merece lugar aparte entre las 15 que hasta la actualidad van apareciendo bajo su glorioso pontificado. No podía salir en tiempo más oportuno un documento papal de este género, mientras en algunas partes se veía la intención manifiesta del gobierno de monopolizar la enseñanza de la juventud y cuando diariamente estábamos palpando las consecuencias desastrosas que en lo tocante a moral y buenas costumbres acarreó consigo el azote de la guerra europea.

Con gran claridad y firmeza se señalan en ella las normas que en este punto deben seguirse, haciendo resaltar la importancia capital de la educación cristiana de la juventud, según el orden establecido por Dios en la economía de su Providencia, y la función particular que corresponde a los tres factores que necesariamente intervienen en ella: la Familia, el Estado y la Iglesia. La educación—dice el Papa—consiste en la formación integral del hombre, tal como debe ser y como debe conducirse siempre en orden a la consecución del fin último para que ha sido creado. Ahora bien: este fin es sobrenatural, y por eso la verdadera educación tiene que ser también sobrenatural o cristiana, de tal modo que ayude al hombre a conseguir su total perfeccionamiento. La educación, por otra parte, es obra eminentemente social, en la que intervienen la Familia, el Estado y la Iglesia; factores todos que deben inspirarse en la unidad de criterio y concurrir a la formación de la juventud, según su naturaleza y fines propios.

Por eso el fin propio de la familia, o sea la procreación y educación de los hijos, y el fin propio del Estado, que es el bien común temporal, quedan en parte subordinados al fin propio de la Iglesia que coincide con el fin último del

hombre, esto es, con la eterna salvación de su alma. Y si añadimos a esto que la Iglesia está constituida por Dios Maestra infalible en las cosas tocantes a la fe y buenas costumbres, fácilmente deduciremos que ocupa un puesto superior a toda otra potestad terrena, que debe ser independiente en el ejercicio de su misión educativa, no sólo en cuanto al fin propio sino en cuanto a los medios necesarios o convenientes para realizarla, y que ella es la llamada a juzgar de la conveniencia o desproporción de una cosa en orden al perfeccionamiento último del hombre. Es derecho suyo y, a la vez, deber sacratísimo el velar por la educación de los fieles en todas y cada una de las disciplinas que guardan relación, mediata o inmediata, con la religión o con la moral, sin que por esto perjudique en manera alguna los legítimos intereses del Estado y de la Sociedad.

Por lo que a Italia se refiere, es manifiesto que uno de los fines principales que el Papa se propuso con el Concordato Lateranense fué procurar la paz y armonía de estos tres factores en el campo de la educación, de tal modo que cada cual se mantuviera dentro de sus límites, respetando mutuamente los derechos inviolables de los demás.

Como era de esperar, el documento pontificio despertó gran interés en el mundo católico. Claro es que no faltaron notas discordantes por falta de comprensión o divergencia de ideas, y que parte de la prensa italiana saludó con poca simpatía, cuando no con el silencio o con una exagerada parsimonia, la aparición de esta hermosísima Encíclica; pero también es cierto que poco a poco se fueron amansando los ánimos y que todos, más pronto o más tarde, van reconociendo y abrazando la verdad que, a manera de luz esplendorosa, procede a raudales de la cátedra del Vaticano.

Así lo dan a entender la audiencia pontificia concedida el 8 de febrero al on. Turati, Secretario del Partido Nacional Fascista, las diversas manifestaciones aparecidas últimamente en la prensa y las normas tomadas a propósito de la educación religiosa en las escuelas del Gobierno. El Director de *Il Popolo d' Italia*, Dr. Arnaldo Mussolini, hablando poco ha en Milán a la Federación Provincial de Comités Comunales de la Obra Nacional *Balilla*, acababa por reconocer «la importancia considerable que tiene el sentimiento religioso en la educación de los ánimos y la grandiosidad de la palanca moral que es la religión. Lo cual manifiesto yo no por consideraciones de oportunidad política sino porque soy católico y creyente».

Con fecha 9 de febrero anunciaba *L' Osservatore Romano* que la Obra Nacional *Balilla* había emanado disposiciones precisas tocantes a la educación física de las niñas y jóvenes italianas, a fin de que «absteniéndose en adelante de fines atléticos y más aún de excesos deportivos, se ordene únicamente a favorecer el bienestar de la juventud femenina. Desterrado así, en plan de método, toda forma de campeonato, perjudicial a la salud y a la mejor educación de las jóvenes, se dará gran incremento a la cultura física de las mismas, teniendo presente cuanto se ha ordenado en atención a las disposiciones y reglamentos técnicos de la presidencia de la O. N. B.»

«La propaganda de la cultura física debe servir para engendrar la convicción de la necesidad de no abandonar los ejercicios gímnicos, sino más bien de

lograr que, practicados según las directivas de personas expertas, vayan introduciéndose poco a poco en la vida ordinaria de las mujeres».

«Su utilidad es manifiesta, pues se trata de formar la conciencia de las futuras madres de familia para que se preocupen de la educación física de sus propios hijos, considerándola, no ya como en tiempos pasados, un ejercicio inútil, sino como una necesidad y un deber para consigo mismos y para con la Nación». Y sigue la nota dando normas sobre la educación física y moral de las jóvenes italianas, prohibiendo la coeducación, suprimiendo toda forma gimnástica propia de los ejercicios físicos del hombre, armonizando perfectamente el cuidado de la salud y el desarrollo físico de la mujer con las más severas garantías para que quede siempre a salvo la modestia cristiana, etc., etc. Se ha dispuesto, además, que cada legión de *balillas* y cada «cohorte» de *vanguardistas* tenga su sacerdote, designado por las autoridades eclesiásticas y encargado de asegurar la educación espiritual de sus miembros. Por último, ni *bali-las* ni *vanguardistas* podrán celebrar reunión alguna en día festivo antes de las diez de la mañana, sin duda para que puedan todos oír la santa misa.

Huelgan comentarios. Las precedentes medidas recientemente adoptadas en orden a la educación física y moral de la juventud significan un nuevo triunfo de la verdad católica y son, al mismo tiempo, honra de la Obra Nacional Balilla y de toda la Nación Italiana.

EL NUEVO SECRETARIO DE ESTADO.

Sabido es que el benemérito Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de Su Santidad, intervino eficazísimamente, como Plenipo-

tenciario de la Santa Sede, en el difícil y prolongado trabajo preparatorio del texto de la Conciliación. Hoy, al cumplirse el año precisamente, después de haber visto con sus propios ojos los óptimos frutos que para la Iglesia y el Estado se han originado del Tratado y del Concordato, cargado de años (cuenta setenta y ocho) y de méritos, se ha retirado del Vaticano, dejando el puesto al que fué su discípulo y es hoy conocidísimo por su cultura, piedad y destreza en las relaciones diplomáticas, Emmo. Cardenal Pacelli.

La prensa ha tributado al Cardenal Gasparri un entusiasta homenaje de profunda gratitud, recordando los grandes servicios que prestó a la Iglesia como Profesor de París en un principio y después como encargado de la Secretaría de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, y sobre todo como Presidente de la Comisión Cardenalicia para la Codificación del Derecho Canónico, Secretario de Estado de los Papas Benedicto XV y Pío XI, y Plenipotenciario del Romano Pontífice en la obra magna de la Conciliación de Italia con la Santa Sede.

El Presidente de la República francesa le ha condecorado con la Gran Cruz de la Legión de Honor; S. M. Victor Manuel III le ha conferido el Grado Supremo de la Santísima Annunziata, y el Vicario de Jesucristo, lamentándose de verse privado de un tal consejero, le ha regalado un hermoso Palacio, donde el Emmo. Purpurado piensa continuar trabajando en pro de la Religión y en particular por la Codificación de la Iglesia Oriental.

Roma.

FR. JACINTO M.^a GARRASTACHU, O. P.

ALEMANIA

LA IGLESIA Y EL ESTADO PRUSIANO.—Por la Constitución confederativa del Reich, que respeta la autonomía de los estados federales dentro de las limitaciones necesarias, pertenéceles el derecho de reglamentar sus relaciones con las distintas asociaciones religiosas que se encuentran en ellos. (Es de notar que la Constitución alemana es atea). Varios de los estados ya en años anteriores firmaron un Concordato con la Sede Apostólica; sólo Prusia quedó atrás. Las negociaciones resultaron largas y difíciles por la cuestión de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, sostenida por el Centro y los partidos de la derecha contra los de la izquierda, y que aún está sin decidir por falta de mayoría de votos por uno de los lados. Durante tres años se negoció sobre asunto tan importante de aclarar y acomodar la situación legal y jurídica de la Iglesia en Prusia a las nuevas circunstancias del país. Después de haber sido firmado por los plenipotenciarios de la Santa Sede y de Prusia el 14 de Junio, y previa la aprobación por la Comisión especial y por el Consejo de Estado, el nuevo Concordato fué votado y aprobado en la dieta prusiana el 9 de Julio, cambiándose mutuamente los documentos de ratificación el 13 de Agosto, con cuya fecha el Concordato es ley del Estado prusiano.

El mero hecho de la realidad de este Concordato significa sin duda un progreso considerable en la tolerancia religiosa en el estado protestante por excelencia y una victoria moral de la Iglesia, que se ve mejor, si consideramos que un ministerio socialista fué el que lo determinó. Los católicos prusianos sabemos que el feliz éxito, en no pequeña parte, se debe a la persona de S. E. el Cardenal Pacelli, Nuncio Apost. que fué en Berlín durante toda aquella crítica época.

En el artículo 1 se promete la libertad de la confesión y de las funciones religiosas, cuya protección legal toma la autoridad pública. El art. 2 trata de la erección de dos nuevos obispados y de un nuevo arzobispado y de la nueva circunscripción de las diócesis existentes en Prusia. Los ordinarios tienen plena libertad en la administración de sus diócesis. En los art. 6-12 están las convenciones sobre la formación intelectual del clero, el nombramiento de los párrocos, prelados y obispos. Los clérigos, que habitualmente y durante mucho tiempo ejercen el ministerio sacro, deben ser de nacionalidad alemana y tener el título de bachiller, además del estudio de filosofía y teología, según las normas canónicas, en una Universidad alemana, o en un Seminario alemán, o en uno de los colegios pontificios de Roma. En lo restante el ordinario puede nombrar los párrocos según su juicio. El nombramiento de los obispos fué reglamentado de la manera siguiente: cuando ocurre la vacante de una sede episcopal, el Cabildo respectivo y todos los obispos prusianos mandan su lista con los nombres de los sacerdotes dignos y aptos para la elevación a aquella sede. Hecho lo cual, el Papa escoge tres de las personas propuestas, o propone libremente tres candidatos y de éstos elige el Cabildo libre y secretamente uno. Después de la elección, el Cabildo recurre a la autoridad civil, si el electo es persona grata, y el Papa hace el nombramiento. De esta manera se evita

el inconveniente de que sea obispo una persona menos grata a la Santa Sede. Finalmente contiene el concordato la cuestión pecuniaria. El gobierno sigue pagando a los sacerdotes que tienen cura de almas, los profesores, etc., según las medidas de su categoría y contribuye a los gastos de las curias episcopales, cabildos e institutos diocesanos con una renta anual de 2.800.000 RM.

Aunque no se consiguió todo lo que se deseaba, se ve la importancia del nuevo Concordato, fundamento sólido para la colaboración pacífica de la autoridad eclesiástica y civil para el bien común. Muy significativa en este sentido es la erección de una sede episcopal en Berlín. Por otra parte, es de lamentar, que no se haya podido resolver definitivamente la cuestión de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, así primarias como secundarias. Pero eso no significa de ninguna manera una resignación en este punto de fundamental importancia para la Iglesia. Así lo declaró el Papa expresamente y el presidente del Consejo, el socialista Braun, se vió obligado a declarar oficialmente, que por el Concordato no se limitan los derechos constitucionales de los católicos y señaladamente los que tienen respecto a la escuela confesional y a la enseñanza de la religión católica. Sin embargo seguiremos luchando hasta la victoria definitiva.

De todos modos el feliz resultado debe animar a los católicos, porque el nuevo Concordato es un bien y una ganancia, así para la Iglesia como para el Estado. Ordena las relaciones entre la Iglesia y el Estado según las exigencias modernas sin ruptura brusca con la posición antigua, y da la claridad necesaria en las cuestiones jurídicas. Esto, juntamente con el espíritu conciliador, nos dan la garantía para una evolución feliz del catolicismo en Prusia, a pesar de las enormes dificultades que la triste situación en la vida política y económico-social de la nación lleva consigo.

LA SITUACIÓN RELIGIOSA.

Como ya se habló en números anteriores de esta revista sobre la crisis religiosa en Alemania, no tenemos nada que añadir sino algunos datos estadísticos que ilustran la situación del catolicismo. En el año 1927 hubo en Alemania 7910 conversiones de acatólicos y 3429 apóstatas se reconciliaron con la Iglesia. Por otra parte sigue el movimiento antirreligioso, aunque con menos fervor que en años anteriores, pero con tal efecto que 41865 católicos declararon ante las autoridades civiles su apostasía de la Iglesia. Solamente el 10-12 por 100 de ellos apostataron para otras confesiones. Eso es una señal evidente del discernimiento de los espíritus y de la eliminación de los tibios, que presenciamos lamentando la ruina de tantos. Causas materiales, como la mala situación económica y social de muchos, que por medio de la apostasía oficial se libran de los impuestos de culto que el Estado impone solamente a los miembros de una confesión religiosa, la propaganda antirreligiosa de los comunistas bastante numerosos, la actividad de varias sectas y de las asociaciones sociales explican en parte el hecho lamentable que por otra parte vigoriza la actividad de los fieles. Eso se prueba por la mayor frecuencia de los cultos divinos y de los Sacramentos, que se nota en los años pasados.

La acostumbrada asamblea general de los católicos alemanes se celebró el año pasado en Freiburg (Brisgovia), con el lema de la salvación y restauración

de la familia cristiana, cuya vida armónica está amenazada por la cultura actual con su orientación materialista. La gravedad del peligro se manifiesta en las discusiones interminables en el Reichstag sobre los artículos del nuevo código civil, que se refieren al matrimonio y a la moralidad pública. Los oradores y conferencistas trataron con absoluta claridad los diferentes puntos importantes del problema, criticando la mentalidad de muchos que quieren pactar con el enemigo y mostrando cómo tan sólo las normas sagradas de la moral cristiana pueden asegurar contra la ruina, así del individuo como del estado. La importancia de estas reuniones anuales para los católicos en Alemania crece con la gravedad de la lucha contra los adversarios, y la unanimidad de los principios juntamente con la unidad en los métodos les da convicción de su fuerza y les asegura la victoria, que les sería más fácil si pudiesen conseguir la unidad de todos en la vida política.

COLABORACIÓN CIENTÍFICA ENTRE LOS CATÓLICOS DE ALEMANIA Y ESPAÑA.

La unión de «Görres» para el cultivo de las ciencias entre los católicos de Alemania, fundó una nueva sección de estudios españoles. El Prof. Finke y otros historiadores de nombre habían publicado ya en años anteriores los importantes resultados de sus investigaciones en las bibliotecas grandes de España, que llamaban la atención de los doctos. Las relaciones amistosas entre los dos países, juntamente con la convicción de los científicos de la importancia de los tesoros de cultura que quedan escondidos en España, sugirieron la idea cuya realización anunciamos gustosamente. Como primer fruto de esta colaboración hispano-alemana, acaba de publicarse un tomo respetable que reúne estudios documentados sobre diferentes puntos de la cultura en la península, elaborados por distinguidos investigadores de ambas naciones,

La unión científica «Görres» se fundó en el primer centenario del nacimiento de este gran jefe católico, para cuya conmemoración se reunieron los primeros científicos católicos historiadores como Hertling, Hergenröther, Janssen, Pastor y otros el día 25 de Enero de 1876 en Bonn, con el fin de fomentar los intereses y trabajos científicos entre los católicos alemanes. Para ello no bastaba la simple reunión de los peritos, se necesitaba de medios pecuniarios para la publicación de investigaciones ya hechas y más aún para facilitar los estudios e investigaciones de doctos, faltos de estos recursos y de jóvenes capacitados. En los cincuenta años de feliz evolución se formaron 8 secciones, que comprenden la filosofía, la historia antigua, medieval y moderna, las ciencias naturales, jurisprudencia, ciencias sociológicas, literatura y bellas artes, presididas cada una por personajes de renombre entre católicos y acatólicos. La dirección general está en manos de 10 directores con su presidente y consejo, responsables todos ante la junta de los miembros, que suele celebrarse cada año juntamente con la reunión general de los católicos de Alemania.

Los resultados de las investigaciones se publican en cinco anuarios reconocidos por los órganos científicos competentes. Además publica la Asociación nueve series de estudios de mayor tamaño e importancia, como son, las «Fuentes e investigaciones de la historia», los «Estudios y exposiciones históricos», los «Estudios sobre la historia y la cultura antigua», las «Publicaciones de la

sección de jurisprudencia y las de sociología y economía pública», las «Fuentes Vaticanas», «Collectanea Hierosolymitica», los «Escritos sobre la literatura alemana» y finalmente las «Investigaciones españolas», coronando su labor científica con la edición del «Diccionario de estado», de las «Actas del Concilio de Trento» y la de los «Escritos de Joseph von Görres».

La Asociación mantiene dos Institutos científicos, uno en Roma y otro en Jerusalén. Este último se dedica a excavaciones de lugares del Antiguo Testamento y de los primeros tiempos cristianos. Las becas fundadas para los estudios españoles sirven para las investigaciones en los archivos y bibliotecas de España. De esta manera ayuda la Asociación, a los estudiantes aprovechados proporcionándoles los medios para su formación, como a los doctos con estipendios y publicación de sus trabajos.

La Asociación de Görres es la mayor de las científicas de Alemania. Fuera de las fundaciones de unos mecenas y de los estipendios públicos recibe los medios materiales de las cuotas anuales (de 10 RM) de sus 5.000 miembros.

Como estos días el liberalismo y socialismo bajo la bandera de la ciencia luchan así contra la Iglesia y la sociedad, como contra toda la vida cultural de la nación, una Asociación como ésta es de suma importancia y actualidad. Por eso creemos que la colaboración de la parte católica de Alemania con los católicos españoles es de mucho valor para ambas partes y un lazo de una amistad que se hace más estrecha cada vez.

FR. HILARIO M. ALBERS, O. P.

Berlín.

BIBLIOGRAFIA

Cisneros y su siglo. *Estudio histórico*, por el P. Luis FERNÁNDEZ DE RETANA, redentorista. Tomo I. En 4.º, XV-622 págs. Madrid, «El Perpetuo Socorro», 1929.

La literatura cisneriana es ya tan abundante, que parece ocioso pretender acrecentarla y audaz sobremanera emprender a estas alturas un estudio de conjunto encabezado con el rumboso título de «Cisneros y su siglo». Con todo, el padre Fernández de Retana, ocupado durante largos años en reunir materiales acerca de tan ilustre personaje, acaba de publicar un voluminoso tomo, primero de los dos de que constará la obra, sobre la vida del célebre cardenal hasta 1515. En veinticuatro capítulos estudia otras tantas manifestaciones o momentos históricos de esta interesantísima figura en nuestra vida nacional del reinado de los Reyes Católicos, haciendo converger en torno a él el movimiento cultural, político y religioso durante un cuarto de siglo.

Es sin duda un acierto, para llegar a comprender la significación de este eminente prelado en la historia patria, saber encuadrar su vida en el campo en que ejerció su actividad. Y tratándose de Cisneros hay además otra razón particular, puesto que la mayoría de los trabajos publicados acerca de él en los últimos tiempos, estudian sólo aspectos parciales, sin que hasta el presente haya surgido el arquitecto que, utilizando esos trabajos, levante un monumento digno de tal personaje, que pueda resistir los golpes de la crítica. Nuestro autor lo ha intentado, y si la obra no puede darse por acabada y perfecta, es justo reconocer que sale de sus manos en condiciones ventajosas para que eso se logre en futuros ensayos, que Cisneros no es hombre cuyo retrato pueda terminarse en una sesión.

La documentación que utiliza el autor es por necesidad abundante, debiendo extenderse a todo lo que rodeaba a su héroe. En bastantes casos se sirve de informes de primera mano, aunque no siempre que lo pudieran sugerir sus referencias, calcadas en autores contemporáneos de todos conocidos.

En materia de crítica le creemos algo deficiente, faltando aquella depuración y esmero, aquel análisis a que deben someterse los documentos y noticias cuando se litiga acerca de su autenticidad o valor histórico. En otros casos apoya sus asertos en autores, como la *Biografía eclesiástica* y la *Historia eclesiástica* de la Fuente, que por estar bastante desacreditados, perjudican más que favorecen la objetividad de la narración. El historiador moderno, para merecer tal nombre, debe trabajar sobre bases más firmes, si no quiere exponerse a muchos desaciertos.

Por eso y por cierta ligereza en dar por fundado lo que aún ofrece amplio margen a la discusión, los comete el padre F. de Retana, sobre todo cuando trata de personajes secundarios, todavía mal estudiados. Sin duda que en ello merece mayor indulgencia que si se tratase del héroe principal.

Tal sucede, por ejemplo, en lo que escribe acerca de la *beata* de Piedrahíta, que tam

bién denomina de Barco de Avila (pp. 445 y 619), y que en rigor debe llamarse de Aldeanueva, donde tenía su residencia habitual. Sus relaciones con Cisneros fueron harto más frecuentes de lo que sospecha el padre Retana, como lo atestiguan las cartas de la misma y de sus confesores al cardenal. Este aprobaba su espíritu, mandó escribir sus revelaciones y apoyó a sus partidarios los dominicos de Piedrahita en su actitud de rebeldía para con los superiores, fomentando—sin duda con intenciones muy laudables—un pequeño cisma en la Orden de Santo Domingo. Nos extraña cómo dichas cartas, que tanta luz podrían proporcionarle para conocer bien este episodio, hayan pasado inadvertidas al autor.

En otro lugar (p. 241), dejándose arrastrar por la rutina de escritores tendenciosos o mal informados, califica de «adulador e inculto» a fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, lo cual, después de los eruditos estudios del padre Getino sobre el mismo y de Cotarelo y Mori sobre Enrique de Villena, nadie puede sostener en serio.

Igual juicio nos merece la afirmación contenida en la pág. 286 acerca de la meritísima obra del cardenal Hugo de San Caro en la corrección de la Vulgata.

Pero dejemos estos detalles para tratar de puntos más importantes.

La adhesión incondicional de nuestro autor al libro *De rebus gestis...* de Alvar Gómez, ha ejercido una influencia nociva en su modo de apreciar ciertos hechos. El libro de Alvar Gómez continúa siendo, es verdad, la mejor biografía de Cisneros. El padre Retana la utiliza ampliamente, tanto que hasta se toma el trabajo de traducir de él documentos cuyo original español anda impreso. De este libro de Alvar Gómez, además del impreso, de que, salvo contadas excepciones, se sirve nuestro moderno biógrafo, existen varias copias. La de la Universidad Central, que contiene, según él, «adiciones numerosas, al parecer del propio autor» (p. 10, nota), y cree además que es el original (p. 299, nota), es en realidad una copia en que el censor ha tachado lo que por referirse a personas y asuntos recientes, pudiera suscitar conflictos. Y eso tachado, que falta en el impreso, es lo que da valor a dicha copia.

Lo que dice el padre F. de Retana en el capítulo preliminar acerca de la honradez histórica y exactitud de este biógrafo de Cisneros no satisface del todo. En lo material de los hechos, cuyo relato toma de fuentes contemporáneas y de notas que aún se conservan, facilitados por sus amigos que alcanzaron los días del cardenal, suele ser fiel. Pero no así en la interpretación de esos mismos hechos. Su calidad de retórico, de literato, como diríamos hoy, le lleva a recargar unas veces y atenuar otras el colorido del cuadro, inclinándose siempre del lado de su héroe y de sus empresas, especialmente de las de orden cultural vinculadas en Alcalá, de cuya Universidad había sido él profesor y cuyo Colegio de San Indefonso le había encomendado la composición de este libro. Aún se nota en él marcada tendencia en pro de los de su gremio, los humanistas, y entre ellos de un modo singular en favor de Nebrija, del que refiere varias anécdotas más o menos desfiguradas, con miras efectistas, recogidas por el autor en tertulias con sus amigos de Toledo. La censura ha tachado algunas por estimarlas ofensivas o notoriamente amañadas, como lo es la que el padre F. de Retana reproduce en las páginas 486-87 de su libro, calcando la traducción del texto de Alvar Gómez en la que en 1917 publicamos nosotros en esta revista (1), y parece serlo también la que consigna dicho

(1) Tomo 16, p. 348. En el capítulo referente a la Universidad de Alcalá, utiliza el autor, entre otros trabajos, el que publicamos en esta revista titulado: *Cisneros fundador de la Universidad de Alcalá*, t. 16 (1917), pp. 347-60 y t. 17 (1918), pp. 43-56, y el primer artículo de *Catedráticos de Sagrada Escritura en la Universidad de Alcalá durante el siglo XVI*, t. 18 (1918), pp. 140-155. En dos ocasiones (pp. 457 y 508) cita el padre Retana el primero, pero se le ha olvidado incluir entre comillas e indicar la procedencia de varios párrafos cuya paternidad puede el lector comprobar comparando las páginas 43-46, 51, 356 y 358-60 de nuestro primer trabajo con las 506-508, 498, 509 y 510-511, respectivamente, de su libro, y las 140-41 de nuestro primer artículo acerca de los catedráticos de Escritura con las 496-98 del padre Retana.

padre en la página 299 de su libro. ¿Será esto exceso de suspicacia por nuestra parte? Si lo es, confesamos que la ha motivado el exceso de credulidad de dicho padre, el cual parece olvidar que Nebrija, no sólo no estaba exento de los achaques que hoy todos censuramos en los gramáticos y humanistas de entonces, sino que además era rencoroso y murmurador, como nos lo presenta Lucio Marineo Sículo en carta al mismo Nebrija inspirada en muy cristianos sentimientos, y tenía además la pretensión de ejercer su magisterio en materias extrañas a su facultad. Por ello llegó a romper con el mismo Cisneros, y fué preciso que sufriera nuevas humillaciones en Salamanca para que buscase otra vez el amparo del cardenal.

Otra serie de apreciaciones, que no queremos dejar de señalar en el libro de que venimos tratando, es la referente a fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla. Anticipamos que nuestro autor desconoce las documentadísimas biografías del mismo escritas por el padre Góngora y por Cotarelo y Valledor. Y eso que fray Diego de Deza es en tiempo de Cisneros el personaje eclesiástico de más relieve en la historia de España y que más eficaz y desinteresadamente ayudó a los Reyes Católicos en sus difíciles empresas. Sin embargo, para el padre F. de Retana, que según el título de su libro, ha de ocuparse de Cisneros en relación con su siglo, este personaje no existe, pues ni siquiera le menciona al hablar de la muerte de su augusto discípulo el príncipe don Juan, y si lo cita en otras ocasiones, es para envolver su nombre en una sombra de siniestro recuerdo. Habiendo sido Deza la persona que más aprecio, estima y confianza mereció al Rey Católico, más aún que el mismo Cisneros y que el Gran Capitán, ningún olvido, ninguna imagen está tan desfigurada en el libro del padre F. de Retana como la de este ilustre dominico. El investigador sincero de la verdad no puede menos de lamentar que en una obra, por otra parte tan bien trabajada, se haya cometido ese desacierto.

Las faltas de omisión suelen ser en historia tan graves o más que las de comisión. Y en el libro que analizamos las hay de ambas clases con relación a Deza. Fijémonos por ejemplo en el capítulo dedicado a Cisneros *inquisidor general*. Se expone allí la entrada del cardenal en este puesto, que Deza había abandonado a consecuencia de los sucesos de Córdoba, haciendo resaltar de intento el contraste entre las gestiones de ambos, pero sin decir nada del capítulo de cargos expuesto por Deza al Rey, y que tocaban muy de cerca al propio Cisneros. Para que el lector pueda formar juicio de las cosas, vamos a transcribirlo aquí, pues aunque sea alegato de parte, ésta debe siempre ser oída antes de dictar la sentencia.

En carta de enero de 1507 informaba Deza al Monarca, que había encomendado el proceso de los asuntos de Córdoba a ocho miembros del Consejo Real, lo mismo que ratificó y amplió luego Cisneros, y que el padre Retana califica de genialidad propia del cardenal. Con eso—continúa escribiendo Deza—«yo quise cumplir lo que en mí era, de forma que por mí no tomara nadie achaque, sino el que toviere dañado el corazón. Y cerca deste artículo, suplico a vuestra alteza una cosa que siempre le supliqué y vuestra alteza la conservó; y es que por ninguna necesidad ofenda a Dios por ganar los hombres, porque sería muy mal troque; y puede y sabe Dios tanto, que por la misma vía que piensan algunos pidiendo a Dios ganar los hombres, hace que los pierdan. Digo esto, porque de la corte de la Reina nuestra señora me han certificado que vuestra alteza escribió a su embajador, que dijese al arzobispo de Toledo que enviaba a Roma a suplicar al Papa que lo enviase proveído por inquisidor general destos reinos; de lo cual yo estoy muy maravillado, porque vuestra alteza conoce bien que tal provisión sería en gran ofensa de Dios, y para destrucción de la Inquisición y para malos fines que él sabría tener. Y no se excuse vuestra alteza ante Dios diciendo, que puesta la Inquisición en sus manos, la defendería, como hasta agora la [ha] impunado, porque la impunación que él ha hecho y hace a este Santo Oficio sale de odio y enemiga que le tiene, lo cual está bien conocido. Y siendo así, y teniendo el arzobispo de Toledo la

osadía para hacer mal y traición cual vuestra alteza y toda Castilla sabe. no habrá empacho de cosa que dél digan, sino hacer su hecho».

Frases tan expresivas, que proceden de un inquisidor general, modelo de prudencia, y van dirigidas al Rey Católico, no pueden menos de tomarse muy en cuenta, si pretendemos ser objetivos en nuestro modo de escribir la historia.

Sin que podamos concretar en qué consistió la intromisión de Cisneros en estos asuntos, lo que nos interesa es documentar el hecho. En el mismo escrito da a entender el dominico que el arzobispo de Toledo apoyaba las pretensiones del duque de Medina Sidonia a la plaza de Gibraltar contra los intereses del Rey encomendados a Deza. Por otra parte el historiador Zurita afirma en redondo, que Cisneros y el condestable «trabajaron que se hiciese instancia con el Papa, que revocase la comisión y poder de inquisidor general al arzobispo de Sevilla y se cometiese al de Toledo, lo que él deseaba grandemente con el capelo». Y por último, como testimonio fehaciente del desacuerdo entre ambos prelados, está la carta del Rey a Cisneros, en que le comunica la consecución de ambas dignidades, encomendándole al propio tiempo «que con toda razón y diligencia procuréis que no sea en cosa alguna disminuída la autoridad del arzobispo de Sevilla». No entra en nuestros planes precisar el valor y alcance de estas expresiones, que sólo a título de información y como suplemento de lo que escribe el padre Retana sobre Cisneros y Deza hemos querido transcribir aquí.

FR. V. BELTRÁN DE HEREDIA.

P. Gommarus MICHIELS, O. M. C.—**Normae Generales Juris Canonici.** Commentarius Libri I Codicis J. C. Dos volúmenes en 4.^o de XV-521 y XX-541 págs. Precio 40 marcos polacos. Lublín. Universidad Católica. 1929.

En dos bien presentados volúmenes de nutrida y jugosa lectura nos ofrece el egregio Profesor de la Universidad Católica de Lublín un muy acabado comentario al Libro I del Código Canónico. Sin dejar de reconocer que se habían publicado ya excelentes comentarios al mencionado Libro, no creemos pecar de exagerados si calificamos éste como el más fundamental y sólido de cuantos conocemos. No queremos decir con esto que los autores anteriores no hayan contribuído por modo más o menos eficaz a que la presente obra lograse salir con una perfección que sin la labor de aquéllos no hubiera podido adquirir. A nadie se le oculta que los tanteos, los aciertos y hasta los errores de los que comienzan, prestan valiosa ayuda a los que vienen detrás. Con esto no tratamos tampoco de rebajar el mérito de nuestro autor, que con tanto acierto supo aprovechar los servicios prestados por quienes le precedieron en la noble tarea de comentar el Código. Que no es la ciencia patrimonio de ningún particular, ni se basta nadie a sí mismo en orden alguno de la vida humana, antes bien somos todos, de alguna manera, tributarios unos de otros.

Erudición selecta y abundante, así antigua como moderna, exposición clara y metódica, criterio amplio, y generalmente recto y seguro, examen y resolución de los puntos oscuros y debatidos sin escamoteo de las cuestiones difíciles e intrincadas, son otras tantas cualidades que realzan el mérito de esta obra. No se contenta el P. Michiels con salir del paso repitiendo las palabras del Código en los puntos difíciles, ni con transcribir servilmente lo dicho por otros, sino que se detiene a dilucidar y resolver las dificultades, adhiriéndose a la opinión que considera más aceptable y alegando las razones que le impulsan, o aduciendo la solución que juzga más en conformidad con las disposiciones del Código, siquiera sea disintiendo en ocasiones del común de los autores, sin que por esto afirmemos que sea siempre inapelable su fallo.

Como excede los límites de una reseña bibliográfica entrar en muchos pormenores, hemos de limitarnos por fuerza a ligeras indicaciones.

Sea la primera la concerniente al método que emplea. Movido a escribir su comentario para llenar una deficiencia que notaba en las obras de los que le precedieron en la exposición del Código, nos dice en el *Prefacio*, adoptó aquel método que le pareció más apto, o sea el compuesto del positivo, sistemático e histórico, ya que cualquier exclusivismo sería nocivo a la explicación plena e integral. Siguiendo, pues, las instrucciones dadas por la Sda. Congr. de Seminarios y Universidades con fecha 7 de agosto de 1917, después de una introducción histórica a cada uno de los institutos jurídicos, breve, pero suficiente para hacer ver a los lectores el origen y vicisitudes de aquéllos, que sirve de marco para encuadrar lo actualmente dispuesto por el Código, analiza y desentraña su contenido exponiéndolo con la debida amplitud, suficiente para producir idea bastante exacta de cada uno de los cánones.

Tenemos por muy aceptable su explicación acerca de los derechos adquiridos de que habla el can. 4, punto verdaderamente difícil y como tal muy debatido. Dedícale doce páginas (Vol. 1, págs. 57-70), y examina la cuestión en el terreno teórico y en el práctico, haciendo un recuento de los derechos adquiridos que el Código deja en pie. Asienta como norma general que para adquirir un derecho subjetivo se precisan dos cosas: a) *una norma legal objetiva*, b) *un hecho jurídico* que sea como la aplicación o concreción de aquella norma.

Afirma, y con fundamento, según mi humilde sentir, la subsistencia de las costumbres generales o particulares *praeter Codicem*, añadiendo que no se rigen por el can. 6, sino por el can. 30 (págs. 83-90).

Al tratar de la no retroactividad de las leyes se ocupa incidentalmente del célebre can. 2.222, y sin negar toda probabilidad a los que ven en él una excepción de la regla común establecida en el can. 10, muestra más predilección por la teoría de los que enseñan convertirse en penales todas las leyes del Código cuando su transgresión va acompañada de alguna de las dos circunstancias allí mencionadas, a saber cuando es escandalosa o de especial gravedad (págs. 202-203). Plausible nos parece semejante predilección. Igual calificativo nos merece un parrafito que entresacamos de sus explicaciones sobre las reglas para la recta interpretación de las leyes, y que a la letra dice así: «Quare a priori et absolute rejicienda est, ut prorsus abusiva et naturae legis contraria, interpretatio legis quae, formula verbali penitus neglecta vel tamquam quid secundarium considerata, ex solo fine legis voluntatem legislatoris investigaret eamque, secundum hujus finis exigentias, ultra omnem verborum sensum, determinaret» (página 422).

Apoyándose en argumentos no despreciables, es de opinión, contra la más común, que para introducir una costumbre contraria a la ley, no se requiere por parte de la comunidad intención, ni siquiera interpretativa, de abolir la ley, dando por suficiente el mero hecho de no observarla (Vol. 2, pág. 62). Esta opinión al menos tiene de laudable el no exigir mala fe en los que pretenden introducir tales costumbres.

Como era de esperar, se ocupa al comentar el can. 33 (págs. 140-148) de si es lícito seguir simultáneamente diferentes horarios para el cumplimiento de varias obligaciones, v. gr. uno para la referente a la abstinencia de carnes, y otro para el ayuno eucarístico, y después de analizar detenidamente las diferentes posiciones, se decide en pro de la licitud, sentando antes estos dos principios: a) *certum videtur pro neutra sententia invocari posse traditionem ecclesiasticam et theologicam*; b) *Hujus quaestionis solutio praeprimis, imo et unice, definienda est ex voluntate legislatoris positive manifestata et rite intellecta*. También aquí hemos de añadir que su solución nos parece la más acertada.

Igual juicio nos merece cuando defiende (pág. 469) que no es delegada sino ordinaria la potestad concedida *a iure* a los Ordinarios para dispensar en las leyes del Superior.

La escasez de espacio nos obliga a poner término a esta parte, pero la imparciali-

dad nos impone consignar algunos reparos que a nuestro juicio merecen ciertas aseveraciones hechas en esta obra, algunas de las cuales sin duda se deslizaron por no haberse el autor fijado lo bastante.

En consideración a la que él guarda con los autores que niegan a la Iglesia poder para legislar sobre los actos internos, nos contentaremos con advertir que él defiende la opinión contraria (Vol. 1, págs. 217-232).

No está en consonancia con el can. 1.017, § 3, la afirmación de que la Iglesia no concede acción judicial a los esponsales en cuya celebración no se hubiese observado la forma prescrita, si al decir eso se intenta limitar dicha negativa a sólo esos, como parece hacerlo nuestro autor (pág. 268), ya que el canon niega tal derecho a todos los esponsales, aunque al contraerlos se hubieran observado todos los requisitos.

Nos parece al menos exagerado, lo que al hablar de las reglas de interpretación para darse cuenta del verdadero sentido de las leyes, expresa en los siguientes términos: «Jamvero credimus ex *sola* formulae inspectione de facto *numquam cum certitudine exsurgere sensum verum*, a legislatore intentum...» (pág. 402).

No nos llevará a mal si le manifestamos que nos agrada muy poco aquello de que «... perraro enim contingit, ut exacte quis media nocte nascatur aut sedes episcopalis vacare incipiat, fere numquam vero, ut annus novitiatus inchoetur aut sententia judicialis feratur» (Vol. 2, pág. 155), por parecernos que según el can. 34, § 3, n. 3, a que se refiere, *nunca* pueden verificarse tales actos a la media noche exacta, o lo que es igual, *nunca* pueden coincidir con el principio del día, de modo que sea éste computable, ya que, como muy bien añade luego (pág. 157), «*Adagium «parum pro nihilo reputatur» videtur nunc incunctanter rejiciendum, et tempus non moraliter, sed physice computandum»*.

Sin embargo, nos parece inexacto, o por lo menos expuesto a inducir a error, lo que pone a continuación: «qui nondum physice compleverit annum 15, vi can. 555, n. 1 ad novitiatum requisitum, invalide admittitur». En efecto, aun suponiendo que sea posible en algún caso la coincidencia del nacimiento con el principio del día, es lo cierto que son más los que nacen a otra hora, y que los años están *físicamente* cumplidos tan pronto como pase la hora del nacimiento, y así por ejemplo, refiriéndonos al propuesto por el autor, el que hubiese nacido el 8 de febrero del año 1915, a las diez de la mañana, el 8 de febrero del año actual, después que pase dicha hora tiene físicamente cumplidos los quince años, y, sin embargo, hasta el día 9 no podría ser admitido válidamente al hábito.

A pesar de estas y algunas otras cosas más o menos discutibles que en esta obra se encuentran, mirada en su conjunto es de un mérito relevante, y merece figurar entre las que hacen a sus autores dignos de ocupar un puesto honorífico en la república de las letras.

Su lectura está llamada a prestar excelentes servicios, no sólo a los estudiantes, sino también a los profesores, por lo cual a unos y otros se la recomendamos con gran entusiasmo, al mismo tiempo que deseamos al autor se sucedan rápidamente nuevas ediciones de este Comentario, haciendo además fervientes votos porque continúe su tarea sobre los restantes Libros del Código, que si no desmerecen del presente, no nos cansaremos de darle las gracias más expresivas.

FR. S. A.

Estudios sobre la Iglesia española medieval. *Episcopologías de sedes novano-aragonesas durante los siglos XI y XII*, por José GAVIRA MARTÍN, doctor en Filosofía y Letras. Con un prólogo de D. Eduardo IBARRA, bibliotecario perpetuo de la R. A. de la Historia. Págs. 179, en 8.º Madrid. 1929.

Los Estudios del Sr. Gavira son una interesante contribución a la historia eclesiás-

tica pirenaica, no menos oscura que la historia civil de esa región en sus orígenes. Con ayuda de documentos coetáneos, publicados unos, inéditos otros, unos originales y otros conservados en copias, en que figuran como firmantes dichos prelados, todos ellos cuidadosamente estudiados y confrontados, ha logrado hacer alguna luz en la inextricable serie de los obispos de Huesca, Pamplona, Roda, Zaragoza y Tarazona. Y como el estudio de las fuentes históricas es siempre fecundo, con los nombres y las fechas de los obispos, el autor recoge noticias interesantes para la historia general de la región.

Es muy de desear que memorias de este género se multipliquen, pues es el único camino para hacer posible una historia general de España que aún no poseemos.

FR. A. COLUNGA.

Litterature française, por J. CALVET.—(Bibliothèque Catholique des Sciences Religieuses).—Bloud y Gay edit. París. 1929. 225 págs. 12 frs.

Ciñéndose el autor—como él advierte en el prólogo—a esbozar las líneas generales, a señalar el movimiento de las ideas y las acciones y reacciones del espíritu cristiano en la literatura francesa, nos ofrece en la presente obra una síntesis clara y bastante completa de la historia y carácter de dicha literatura. Tiene puntos de vista originales y observaciones críticas muy aceptables. Es, en suma, un libro bien pensado y escrito con criterio sano y sensato.

FR. L. F.

La Religiosa por los caminos de Santa Teresita del N. J., por el R. P. Atanasio BIERBAUM, O. F. M. Traducción española de la 2.^a edición alemana por el R. P. Ramón Ll. de FÁBREGUES, O. F. M. Un tomito en 8.^o menor de 157 págs. Editorial Seráfica. Vich. Precio: una peseta en rústica.

El autor divide su libro en dos partes: *Instrucciones y Ejercicios piadosos*. En la primera nos ofrece un compendio breve de la vida de Santa Teresita, que ocupa el primer capítulo. Los tres siguientes los dedica a presentar a la Santa de Lisieux como modelo de religiosas, exponiendo con palabras de la misma su manera de santificar los actos y observancias de la vida religiosa. En la segunda parte, que consta de ocho capítulos, reúne el autor varias oraciones y ejercicios piadosos, unos que usaba la Santa o fueron compuestos por ella y otros que sirven para fomentar su devoción.

Es un librito provechoso para las religiosas que, como Santa Teresita, tienden a alcanzar «por el camino de la santa infancia espiritual una perfecta confianza y abandono en las manos de Dios».

FR. A. G.

Los dos huerfanitos, por Berta QUINTERO.—**El emboscado**, por el P. SPALDING, S. J.—**La hermana de Tontín**, por la CONDESA DE SEGUR.—1,50 pesetas cada tomo.—Edit. «Librería Religiosa». Aviñó, 20. Barcelona.

¡Ojalá que el literato y el hispanófilo con la misma tranquilidad que el moralista pudieran dar el pase a estas novelitas! De justicia es advertir que a «Los dos huerfanitos» no cogen ni la precedente salvedad, ni las que siguen. «El emboscado» y «La hermana de Tontín» son dos obras más entre tantas como van desdibujando el alma española y convirtiendo la opulenta y señera habla castellana en una pepitoria filológica, muy parecida al caló internacional que en los puertos de gran comercio emplean las gentes de mar. ¡Qué necesitados estamos de castellanizar nuestro idioma y de españolizar

nuestra alma!... No hay Patria grande sin alma nacional y... dime lo que lees, y te diré lo que eres.

FR. A. CARRIÓN.

Juan de Yepes, Medio fraile y Doctor de la Iglesia, por Leopoldo TRENOR. T. I. *Por tierras castellanas*.—Edit. «Voluntad». Ap. 8037. Madrid.

He aquí un libro cuya lectura instruye y educa, da hartura sin ahitera a las potencias del alma, deleita y embelesa al crítico, que deja caer de sus manos el escalpelo y no saca del tintero las tildes preparadas: sólo el Artífice divino pudo estampar sobre sus obras: «erant valde bona».

Convencido el Sr. Trenor de que el temperamento fisiológico y el científico y literario se forman en los parajes por donde anduvo el biografiado y con los usos y costumbres que tuvo, «vagó por el yermo castellano» en sentimental y devota peregrinación, acompañado por el Marqués de Lozoya, gran catador de paisajes y almas castellanas, y nos da una fiel reviviscencia de la vida familiar, social y claustral, que vivió S. Juan de la Cruz, cuyas obras leyó, junto con las de la M. Teresa de Ahumada. Con lo visto, estudiado y amado nos da una de las mejores biografías del Doctor místico, que «en su alta formación cultural es una de las glorias de las antiguas Universidades de España; es un timbre de honor para la raza» (138), y en cuyas manos y corazón, para tratar las almas, dejó la M. Teresa de Jesús la delicadeza y el cuidado, la paciencia y la ternura de sus manos y corazón maternales.

El místico Doctor «nació pobre, amó mucho, fué poeta—y supo remontarse tan alto—que se encendió en las lumbres de la gloria», dice, en el terceto que remata el clásico soneto que va por colofón de este libro, Juanito Contreras para mí, y para otros el Sr. Marqués de Lozoya.

FR. A. CARRIÓN.

¿Pentápolis? Estudio acerca de algunas fases de la inmoralidad social contemporánea, sus causas y remedios, por el Dr. Carlos SALICRÚ PUIGVERT, Capellán de honor de S. M. 6 ptas. Eugenio Subirana. Puertaferri, 14. Barcelona.

Acumula tantos detalles el autor, es tan prolijo al desarrollar los temas, que me asalta el temor que, vista la atrafagada vida actual, sean pocos los lectores de tan sustanciosa obra. Y sería caso lastimoso que tanto afán y tan nobilísimos propósitos como el Sr. Salicrú ha puesto y cifrado en este libro, no alcanzaran el fruto apetecido y que cordialmente le deseo. Dicen los marinos que, los hachazos de luz con que los faros costeros hienden las brumas marítimas y las tinieblas, sirven poderosamente para dar con el verdadero y seguro rumbo.

La esencia de la moralidad la ponen los tomistas en el objeto y fin de los actos humanos, y por ser esta doctrina más metafísica, que la balmesiana, es más verdadera. «Tenemos deberes de justicia y caridad (negativos los primeros y positivos los segundos)... ¡!!! ¿??) afirma el autor en la página 17. Ahí quedan esos signos de interrogación y de admiración.

FR. A. CARRIÓN.

Reloj de la Pasión, de S. Alfonso M.^a de LIGORIO. 356 págs. 2 ptas. en tela. Edit. «Librería Religiosa». Avinó, 20. Barcelona.

Esta utilísima obra es a manera de esenciero en que S. Ligorio encerró sus ideas inflamadas y creo no haya muchos libros espirituales más a propósito para reencender y conservar en los pechos cristianos la llama de amor viva que Cristo trajo a la tierra. Leyendo reposadamente el Evangelio, meditando y contemplando escriben los autores místicos obras, que como la presente son verdaderos «atajos para el cielo» y que «sólo la fe de los Santos puede dictar a su caridad».

FR. A. CARRIÓN.

Introducción al Latín vulgar, por C. H. GRANDGENT, págs. 384. (Traducción del inglés, adicionada y anotada por Francisco de B. MOLL). Madrid. Imprenta de la Lib. y Casa Edit. Hernando, (S. A.). Quintana, 31.

En la presente obra tenemos un estudio concienzudo y bastante completo del *Latín vulgar* en su origen, en su desenvolvimiento y derivaciones; y su versión al castellano viene a llenar un hueco existente en nuestra literatura filológica. Comienza el insigne profesor de la Universidad de Harvard por precisar el verdadero concepto del *Latín vulgar*, haciendo ver cómo se distinguía del clásico y del lenguaje escogido de la sociedad culta, y advirtiendo que tampoco hay que confundirlo con el latín bajo de la gente ignorante. «Era el latín *vivo*, el que se hablaba espontáneamente, como vernáculo, en la vida ordinaria», por la generalidad de las personas. Concisión y claridad en la exposición, riqueza y selección de datos, copiosa erudición, tales son las dotes que avaloran este trabajo. El que se extraña de cómo pueden proceder del latín las lenguas neo-latinas, diferenciándose tanto de él y entre sí, hallará cumplida solución de estas dificultades en el análisis a fondo y metódico que el autor hace del *Latín vulgar*, considerándole en el gran medio ambiente en que se tenía que desarrollar, que era la inmensidad heterogénea del Imperio Romano, con toda aquella diversidad de países, de razas e idiomas indígenas a los que se hubo de imponer. Semejante congerie de encontrados factores tenía que imprimir en el Latín las más varias influencias y múltiples modificaciones. Procediendo con mucho orden va estableciendo una comparación entre el *Latín vulgar* y el *clásico*, declarando sus muchas y notables variantes en todo, en el Vocabulario en la Sintaxis, en la Fonología y en la Morfología. Al mismo tiempo va apuntando cómo de tales variantes salen por un proceso muy natural las diversas formas que nos ofrecen las lenguas neolatinas. La *Autología* que al fin pone el traductor es digno complemento y auxiliar de esta obra, por muchos títulos recomendable.

FR. F. A. V.

Positivismo e Idealismo en la Lingüística y El Lenguaje como Creación y Evolución, por KARL VOSSLER; trad. del alemán por José FRANCISCO PASTOR (págs. 250). Edit. Poblet. Madrid.-Buenos Aires.

Dos son los tratados de este volumen, que se relacionan y completan íntima mente. Contiene el primero una crítica animada del Positivismo y de toda su metodología en la cuestión del lenguaje, y no deja de ser sólida y convincente en casi todas sus partes. En éste, como en todos los demás terrenos, el sistema positivista tiene que resultar forzosamente insuficiente y vano, pues se pára en los hechos, en los accidentes y fenómenos, en la superficie de las cosas, no penetrando para nada las esencias y las causas.

Por consiguiente, no puede explicarnos satisfactoriamente el pensamiento y la vida (el espíritu) de los pueblos, ni el lenguaje, que es su expresión más genuina. De aquí se concluye la necesidad del Idealismo en la Lingüística, *more* hegeliano. Como se ve, Karl Vossler salta al otro extremo, y hace la aplicación del sistema idealista al lenguaje, considerándolo como un fenómeno psicológico (intelectivo y volitivo), como una simple emanación del espíritu humano por un proceso creador y evolucionista. Hay que declarar que la obra es original y maciza, revelándose en todas sus páginas un gran pensador. Está llena de observaciones ingeniosas, todas útiles y muchas verdaderas, y en toda ella impera una lógica sagaz. No obstante, mirado en su conjunto, el sistema tiene mucho de artificio y carece de valor objetivo, por falta de contacto con la realidad, con los hechos desnudos; cosa que no podía menos de suceder partiendo del Idealismo absoluto y razonando según sus normas.

Lástima que aún no se haya extendido la aplicación metódica y completa de la verdadera Filosofía del Realismo moderado, término medio entre los dos extremos idea-

lista y positivista; a los problemas lingüísticos, hoy tan en áoga. En las Perihemeías de Aristóteles y en el Comentario de Santo Tomás, hay preciosos gérmenes, que desarrollándolos, podían dar ricos frutos en la materia.

FR. F. A. V.

Las confesiones de S. Agustín. Nueva traducción, por el P. F. MIER, O. S. A. Edición XV centenario. Madrid, Apostolado de la Prensa, San Bernardo, 7. 1929.

Acaba de llegar a mis manos un ejemplar de la nueva traducción de las Confesiones de San Agustín, por el P. Mier, O. S. A., a la que con gusto vamos a dedicar unas líneas.

La personalidad del Aguila de Hipona es tan intensa y tan rica de matices, que ha arrancado en todos los siglos palabras de ardiente entusiasmo y fervida admiración. Lejos de esfumarse con los siglos, adquieren sus contornos nuevo y más intenso relieve. El santo y el sabio son dos facetas de esa personalidad, a cual más asombrosa y admirable. Uno no sabe qué ponderar más: si los designios de Dios conduciendo al hijo de Santa Mónica desde la vida de disipación en la que busca una felicidad que no encuentra, a la cima de una santidad portentosa, o al sabio y al escritor que en cada palabra pone un rayo de luz y un latido de su generoso corazón y que ha legado a la posteridad obras inmortales en las que ha volcado el inmenso caudal de su inteligencia admirable. Cuando se lee un pasaje cualquiera de sus obras, después de haber paladeado la dulcísima miel de sus conceptos profundos, caldeados con llamaradas de corazón, después de habernos embalsamado con la fragancia de aquel espíritu de santidad que hierve en todas sus frases; después de habernos recreado con aquel estilo tan brillante, tan juguetón, ¿quién pensara que aquellas frases fueron escritas a fines del siglo iv o principios del v? Milagros del genio.

Sólo este librito de sus Confesiones bastaría para inmortalizarle, no obstante haberlo escrito el Santo con el propósito de darse a conocer a sí mismo a fin de que no se le alabara «más de lo que merecía», según manifestación suya a una persona que le pidió el libro.

Si en todo tiempo la lectura de las Confesiones de San Agustín ha producido frutos admirables en las almas, creemos que en nuestros días ha de producirlos aún mayores si se hace llegar a todas las manos. Libros como éste son los que hoy se necesitan para hacer entrar dentro de sí a tantas almas que viven sin preocupaciones sobre los problemas que debieran tener a nuestro espíritu en una constante y sana inquietud.

Esta nueva edición, realizada con todo esmero por el P. Mier para contribuir al homenaje al Santo con ocasión del XV centenario de su muerte, satisface plenamente todas las cualidades que se pueden y deben pedir a un libro que todos deben leer. Tanto la introducción general como las particulares a cada uno de los libros en que la obra se divide, como el mismo estilo en que la traducción está hecha, nos satisfacen plenamente.

Felicítamos sinceramente al P. Mier por su esmerada labor y deseamos ardientemente que el librito se lea mucho, seguros de que ha de producir frutos excelentes su lectura.

FR. FÉLIX MUÑIZ.

LIBROS RECIBIDOS

De la editorial Felizian Rauch Innsbruck (Austria):

KORTLEITNER (P. F.), O. P.—*De antiquis Arabiae incolis eorumque cum religione Mosaica rationibus*. T. III. 1930. Págs. 115. Pr. 3 mr.

LERCHER (L.), S. J.—*Institutiones Theologiae Dogmaticae*. V. IV: *De virtutibus, De Sacramentis in genere, De singulis Sacramentis, De Novissimis*. 1930. Págs. 763. Pr. 13 mr.

HERTLING (L. von), S. J.—*Antonius der Einsiedler*. 1929. Págs. 96. Pr. 4 mr.

SCHUSTER (Joh. B.), S. J.—*Der unbedingte Wert des Sittlichen*. 1929. Páginas 106. Pr. 4 mr.

SANTELER (J.), S. J.—*Der kausale Gottesbeweis bei Herveus Natalis*. 1930. Págs. 92. Pr. 3,50 mr.

NOLDIN (H.), S. J.—*De praeceptis Dei et Ecclesiae*. Recognovit et emendavit A. Schmitt, S. J. T. II. 1930. Págs. 746. Pr. 8 mr.

De la editorial Luis Gili. Apart. 415. Barcelona:

BERNARDOT (Fr. M.), O. P.—*De la Eucaristia a la Trinidad*. Traducción del francés por el P. E. Aguilar Donis, O. P. 1929. Págs. 156. Pr. 1 peseta en rúst.

LEJEUNE (P.)—*Hacia el fervor*. Traducción del francés por el P. V. Menéndez Arbesu, Agust. 1929. Págs. 180. Pr. 2,50 en rúst.

PORTMANS (Fr. A. M.), O. P.—*Ejercicios espirituales por medio de la meditación y rezo del Smo. Rosario*. Trad. de la II ed. latina por el P. C. Matellán, O. P. 1929. Págs. 202. Pr. 2,50 en rúst.

LLOVERA (J. M.^a), Pbro.—*Tratado elemental de Sociología cristiana*. VI ed. 1930. Págs. XII-392. Pr. 7 ptas. en rúst.

BURGOS Y MAZO (M. de).—*El problema social y la Democracia cristiana*. Parte I, T. V. 1929. Págs. 790. Pr. 15 ptas. en rúst.

De la editorial «Labor». Ayala, 49 dpdo. Madrid:

VENTURI (A.)—*Arte italiano*. Traducción de José F. Rafols. 1930.

BRENTANO (Franz).—*Aristóteles*. Traducción de Moisés Sánchez Barrado. 1930.

SCHAEFER (Dr. K.)—*La Arquitectura de Occidente*. Trad. de J. Camón Aznar, catedrático de la Univ. de Salamanca. 1930.

De la editorial Bruno del Amo. Apart. 5003. Madrid:

TESNIERD (P. A.), S. S. S.—*Manual de la adoración al Smo. Sacramento*. Trad. del francés por PP. del Smo. Sacramento. 1929. En tela, 4 ptas.

RENAULT (J.)—*Educación de la pureza*. Trad. española por F. Gallach Palés. 1930. Págs. 237. Pr. 5 ptas.

DELGADO CAPEAUS (P. R.), Merc.—*La mujer en la vida moderna*. Conferencias. 1930. Págs. 191. Pr. 4 ptas.

De la editorial E. Subirana. Puertaerrisa, 14. Barcelona:

FERRERES (P. J.), S. J.—*La muerte real y la muerte aparente con relación a los Santos Sacramentos*. Estudio fisiológico-teológico. 1930. Págs. 312.

ALCIETTE (P.)—*Lucila y el matrimonio*. Trad. de J. Lagüa Lliteras. 2.^a ed. 1929. Pr. 4 ptas.

FLORAN (Mary).—*¿Heredero?* Trad. de F. Villa Verde. 1930. Pr. 4 ptas.

VILLO (L.)—*Les tribulations d' un héritier*. Pr. 7 fr.

CAVALEAU (J.)—*Les Idées pédagogiques du V. J. M. Robert de la Mennais*. Pr. 7 fr.

Los Femmes de Saint-Cyr. T. I, II, III. Pr. 12 fr.

De la editorial Peter Hanstein. Bonn (Alemania):

MARTÍN (Dr. J.)—*Florilegium patristicum*. Fasc. XXI.—*S. Thascii Caecilii Cypriani. De Lapsis*. 1930. Págs. 48. Pr. 2 mk.

HEINISCH (Dr. P.)—*Das Buch Genesis*. 1930. Págs. XII-436. Pr. 17,50 mk.

De la editorial J. Kösel et F. Pustet. München (Alemania):

GERLICH (Dr. F. von).—*Die Stigmatisierte von Konnersreuth*. 1929. Dos tomos. Págs. 324 y 406.

De la editorial Bloud et Gay. Rue Garancière, 3. París VI:

JANIN (P.)—*Les églises séparées d' Orient*. 1930.

BRIAULT (R. P. M.)—*Polythéisme et Fétichisme*.

Imprimatur:

† FRANCISCUS, Episcopus Salmantinus.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.